Una Corona de Sangre y Ruina

L J Andrews

Traducido del inglés por Puerto Barruetabeña

Faeris



L J ANDREWS

Traducido del inglés por Puerto Barruetabeña



Una Corona de Sangre y Ruina

L J Andrews

Traducido del inglés por Puerto Barruetabeña



PRIMERA PARTE

Capítulo uno



El príncipe de la noche

Los listones de madera olían a vómito.

Me ardía el fondo de la garganta por el hedor cada vez que respiraba. Pero a ninguno de los que había en aquella mesa parecía importarle. De hecho, al hombre que tenía enfrente no hacían más que caérsele trozos de su arenque ahumado encima de la mesa y él los recogía y se los comía tranquilamente, como si no hubieran estado en contacto con el repugnante contenido de las entrañas de otra persona.

Él frunció los labios y se arrellanó en su silla sin apartar los ojos de mí.

—Es usted *Herr* Legion Grey, ¿no?

Lo miré con una sonrisa torcida.

—Si no ha cambiado nada en los últimos tiempos, así es.

Resopló y expulsó algo desagradable por la nariz, que después se limpió con el dorso de la mano.

—Dígame por qué debería vendérselos a usted. Su rey me ha ofrecido un buen precio. Y es el rey, maldita sea.

El comerciante miró por la ventana empañada afuera, donde había tres docenas de sirvientes encadenados como cerdos que llevaran al matadero. Tamborileó sobre la mesa con los dedos de la mano izquierda y cogió el cuerno para beber con la misma mano. Era zurdo. Me atacaría con la espada corta que llevaba en el cinto por mi lado más débil, pero eso era fácil de contrarrestar.

Le di un trago a la cerveza fuerte.

Su espada no era de baja calidad, pero tampoco la habían forjado manos expertas. El acero estaba un poco desequilibrado y era demasiado grande y pesada. Las estocadas serían rápidas y fuertes, pero con poco control.

—¿Para qué los quiere? —insistió.

Levanté la vista para mirarlo.

—Soy ambicioso, *Herr,* y en Timoran estamos atravesando tiempos inciertos. Usted no es de por aquí, pero yo tengo los cofres bien llenos. Me vendrían bien unos cuantos sirvientes fuertes para guardar las puertas de mi casa, nada más.

El comerciante enarcó una ceja. No dejaba de estirar la pierna derecha. ¿La tendría resentida? ¿Alguna vieja herida? Luego podría aprovecharme de ese detalle, si es que llegaba a levantarse.

—Por lo que veo, *Herr* Grey, ya tiene unos buenos especímenes para cubrirle las espaldas. —Observó el espectacular muro que formaban los hombres que tenía detrás de mí. Tor, Ari y Brant estaban allí plantados, con los brazos cruzados, las espadas en los cintos y los ceños fruncidos.

Me contuve para no poner los ojos en blanco.

Idiota. Estaba allí haciendo el papel de Legion Grey, un comerciante arrogante y temerario de Nuevo Timoran. Y se suponía que ellos eran mis socios, mis compañeros. En el pasado se nos conocía por jugárnosla en las mesas de juego y nos consideraban hombres jóvenes, ricos y derrochadores, con buen ojo para detectar un negocio rentable.

No guerreros de un rey.

Ari era el único que tenía razones para parecer agobiado, porque seguro que lo estaba pasando mal. Como contaba con la furia de la ilusión, Ari era la única razón por la que nadie veía mis rasgos de fae, pero la furia, si se utilizaba durante demasiado tiempo, dejaba el cuerpo sin fuerzas.

Y aquel comerciante insufrible no paraba de parlotear.

—Están molestos porque no los hemos invitado a beber —dije con sorna, y después atravesé con la mirada a Tor. Él no sonreía mucho antes, pero desde la última vez que estuvimos en el castillo Aguja del Cuervo, solo había una persona que podía arrancarle alguna emoción a mi viejo amigo.

Elise no estaba allí, pero lo menos que podía hacer él era representar su papel de socio comercial de Legion Grey despreocupado y ambicioso.

Como Mattis.

El carpintero se había metido en su papel sin revelar su habilidad para utilizar la espada que llevaba al cinto. Se reía a carcajadas y golpeaba la superficie de una mesa en un rincón mientras compartía un cuerno de vino tinto especiado con otro hombre que permanecía oculto bajo una capucha.

Frey no quería mostrar su cara, al menos aún no. Allí lo reconocerían enseguida.

Mi apestoso compañero de mesa vació su cuerno sin apartar los ojos de mí.

—Mis disculpas, *Herr,* pero no voy a romper un acuerdo con un rey para satisfacer su ambición. Acuda al mercado de Aguja del Cuervo. Y un consejo, si me lo permite: será mejor que no siga yendo por ahí intentando arrebatarle a la casa real lo que es suyo.

—Creo que está cometiendo un error.

Aquella conversación estaba a punto de cambiar de rumbo. Mientras el comerciante soltaba sus bravatas y se pavoneaba como un gallo arrogante, muy pagado de sí mismo, el hacha que yo tenía en el regazo, oculta bajo la mesa, empezaba a quemarme en la mano.

Una sonrisa de suficiencia apareció en su cara, curtida por los elementos.

—Si cometiera errores, no habría llegado a hacer tratos con los reyes, muchacho.

—¿Muchacho? —dije con una carcajada—. Es muy atrevido por su parte, *Herr*.

—No crea que no conozco la reputación del rebelde Legion Grey, un comerciante que se acuesta con las hijas de otros del gremio mientras les roba a sus padres sin que se enteren. Para mí, usted no es más que un joven descarriado con una bolsa repleta.

Enarqué una ceja.

—¿Eso es lo que dicen de mí?

Él sonrió, dejando al descubierto un diente de oro.

—Sí. Menos mal que yo no tengo hijas, *Herr* Grey. No voy a hacer

negocios con usted. Mantener una buena relación con un rey es mucho más interesante que un trato con un imberbe como usted.

Sonreí mientras levantaba el cuerno.

—No podría estar más de acuerdo. Pero me gustaría darle una última oportunidad de cerrar el negocio por su propia voluntad.

—¿Quiere que se los entregue sin más? —Se rio entre dientes—. Es usted muy extraño. No me explico cómo ha llegado tan lejos en el mundo del comercio.

—¿Debo entender que se niega?

El comerciante me miró como si yo hubiera perdido la cabeza.

—Sí, *Herr* Grey. Me niego a darle mis sirvientes.

—Entendido. —Rodeé con la mano la empuñadura del hacha de batalla. El cuero, la madera y el acero me trasmitían una extraña tranquilidad. Algo familiar y letal—. Por desgracia, esta noche no va a acabar bien para usted. El verdadero rey no tiene interés en comerciar con tipos como usted. Solo quería ser justo y darle una oportunidad.

Su sonrisa desapareció.

—¿Pero qué…?

Antes de que el comerciante terminara la frase, el filo curvado de mi hacha le rebanó los dedos que tenía sobre la mesa. Un aullido gutural y escalofriante acabó con la paz que hasta el momento reinaba en la taberna. Los hombres de Ruskig que venían conmigo atacaron a los del comerciante antes de que se dieran cuenta de lo que estaba pasando.

La espada de Mattis le atravesó la columna a un comerciante. Frey se quitó la capucha y le lanzó al tabernero una daga que le atravesó la garganta. No cuestioné su decisión, porque seguro que el guardia ettano tenía sus razones para matarlo.

Los parroquianos de la taberna empezaron a gritar. Algunos echaron mano a sus armas, pero ninguno vivió mucho. Unos cuantos se quedaron mirando a Frey con la boca abierta, e incluso sonrieron con un cierto aire de victoria. Cuando me levanté de mi asiento, Tor, Mattis y Brant se lanzaron a por el resto del grupo del comerciante, les pusieron a todos los cuchillos en la garganta y les obligaron a ponerse

de rodillas.

Ari soltó un suspiro de alivio cuando pudo detener por fin la ilusión que ocultaba mis rasgos de fae.

Me ajusté los puños de la chaqueta y me coloqué al lado del comerciante, que tenía la frente cubierta de sudor y estaba pálido. La sangre empapaba la mesa y se mezclaba con la cerveza derramada.

Hizo una mueca al ver la oscuridad de mis ojos y las puntas de mis orejas. Yo acaricié el filo del hacha, me puse en cuclillas y le coloqué la mano en la nuca.

—Debería disculparme. La verdad es que no he sido del todo sincero sobre nuestra reunión. —Apoyé el filo del hacha en sus nudillos, dejé caer la mano sobre la empuñadura y la hoja se hundió en la carne. El comerciante gruñó y cerró los ojos—. Pero primero creo que debería rectificar esos rumores tan atroces que corren sobre mí. Yo no me he acostado con la hija de ningún comerciante. Estoy más que satisfecho con una sola hija de Timoran. Lo comprendería si la viera, *Herr,* se lo aseguro. Es tremendamente hermosa y aterradora al mismo tiempo…

—Tal vez podríamos acelerar un poco las cosas. Estos desgraciados creen que pueden liberarse, y resulta bastante irritante —pidió Ari, sonriendo.

Los comerciantes que estaban en manos de mis hombres se resistían e intentaban alcanzar las armas que tenían en las fundas de sus cintos.

—Perdona —contesté, mirando con aire divertido al de la mesa—. Cuando me pongo a hablar de Elise es que no puedo contenerme.

—¿Quién es usted? —preguntó con voz ahogada.

—Ha venido a hacer un trato con el rey, ¿no? Como he dicho, él…, es decir, yo no quiero hacer ningún negocio con usted. Pero me voy a llevar la mercancía de todas formas.

Tal vez la pérdida de sangre o el trauma del corte de los dedos le produjeron una locura transitoria al comerciante. Se echó a reír y unas gotas de saliva se le quedaron colgando de la barba desgreñada.

—Está loco. Su rey lo hará pedazos por esto.

Miré con sorna a Tor.

—Sigue hablando de mi rey. Ah, creo que lo entiendo. —Entorné los ojos—. Debe de estar refiriéndose al falso rey. Muy típico de Calder continuar con este juego de mentiras.

—¿Fa… falso rey?

Me erguí y acerqué los labios a su oreja.

—Ha venido a mi tierra con intención de comerciar con magia, con mi gente. Para mí es prácticamente como si me hubiera declarado la guerra. —Le hice un gesto con la cabeza a Tor—. Matadlos.

Todo ocurrió muy rápido. Los cuchillos y las dagas se clavaron en los hombres del comerciante; su jefe dio un respingo al oír cada golpe contra el suelo de olor acre. Con menos cuidado del necesario, le arranqué el hacha de la mano destrozada. El comerciante chilló, cayó sobre la mesa y se puso a temblar.

—Lo voy a dejar vivir hoy —anuncié—. De nada. Cuando lleguen los guardias de Aguja del Cuervo, porque lo harán, para llevarlo ante el falso rey, espero que le trasmita mis mejores deseos y que le diga que el rey Valen Ferus está muy cerca ya. Y que le agradezco mucho su empeño en continuar con el comercio. Sus caravanas le han sido de gran ayuda al auténtico pueblo originario de esta tierra.

El comerciante se me quedó mirando con un miedo terrible. Me producía cierta satisfacción ver aquella mirada. En el pasado disfrutaba muchísimo cada vez que hacíamos algo así. Durante meses nos dedicamos a asaltar las caravanas de Calder para dejarlo sin suministros y debilitarlo.

Les hice un gesto fugaz a mis hombres para indicarles que nos íbamos. Brant le dio una palmadita en el hombro al comerciante, le tiró un trapo y lo dejó para que se hiciera un vendaje improvisado. Los Cuervos vendrían a buscarlo y lo llevarían ante Calder. Y el rey cobarde lo mataría o… No, teniendo en cuenta el carácter de Calder, seguro que querría que acabaran con su vida.

Fuera, Frey y Mattis estaban liberando a los sirvientes. Me arranqué el chaleco que llevaba. Nunca lograría entender por qué a los timoranos les resultaba cómoda aquella ropa.

Mattis me lanzó mi segunda hacha de batalla con una sonrisa.

—Muy bien, mi rey.

La noche se llenó de carcajadas. Era evidente que algunos de los sirvientes no eran de Timoran; la sangre de sus cuerpos magullados y maltrechos tenía el fuerte y empalagoso olor de la podredumbre. Eran alver, un pueblo mágico de un reino lejano. Sonreí al imaginar que Junius, nuestra amiga alver, estaría encantada de saber que habíamos encontrado a algunos de los suyos y se los habíamos arrebatado a Aguja del Cuervo.

—¿Frey? ¡Frey! —Una voz profunda y gutural resonó por encima de las demás.

Frey dejó caer la espada y una sonrisa alegre apareció en sus labios. Corrió entre el grupo desordenado hasta llegar junto a otro hombre, que iba vestido con harapos. Algunos de los liberados miraron a mi guardia y repitieron su nombre entre murmullos. No era de extrañar, porque estábamos en el lugar de origen de Frey, en su hogar, que Aguja del Cuervo había destruido tras robar a sus gentes, matar a las mujeres y los niños y esclavizar a los hombres.

—Rey Valen, tengo que hacerte una petición de carácter personal —me había dicho unas semanas atrás.

—¿Personal?

—Podríamos decir que se trata de una venganza.

Ese sentimiento me resultaba familiar, así que asentí.

—¿Qué quieres?

—Quiero liberar a mi gente, a mi hermano. Y después acabar con los que lo han mantenido prisionero durante dos órbitas.

Me dio unos cuantos detalles y me explicó que los ettanos de las ciudades del sur lucharon por la antigua Etta, por mi familia. Por culpa de su rebelión los masacraron y los vendieron como sirvientes. Había localizado otra caravana que le podíamos arrebatar a Calder y, además, Frey había dado con un comerciante en particular con una mercancía muy concreta.

Cuando su hermano, que tenía unas facciones casi idénticas a las de Frey, dejó de abrazarlo y le puso las manos a ambos lados de la cara, sentí una punzada en el pecho. Qué curioso que ver el feliz reencuentro de dos hermanos me produjera un nudo en el estómago.

Frey había salvado a su hermano; yo había abandonado al mío.

—¡Os ha liberado el rey Valen Ferus! —gritó Tor para que se le oyera por encima de las risas. Las voces se acallaron al instante; solo se oían unos cuantos susurros que repetían mi nombre—. Protegemos a la gente con magia. Cualquier tipo de magia. Y pretendemos recuperar esta tierra.

No había duda de que esos sirvientes habían sido golpeados y maltratados durante solo los dioses sabían cuánto tiempo. Pero, mientras Tor hablaba, aparecieron sonrisas que iluminaron la noche y destellos de esperanza en los ojos oscuros.

—¡Uníos a nosotros! —pidió Frey—. Muchos de vosotros sois de los míos, de los de Axel. —Le puso una mano en el hombro delgado a su hermano.

Axel me miró unos segundos antes de hincar una rodilla en el suelo y colocarse el puño sobre el corazón.

—Yo me uno al verdadero rey.

Otros se arrodillaron también, pero algunos dudaron.

Brant dio un paso adelante y se hizo un corte en la palma. Su sangre tenía un olor dulzón, como la de algunos sirvientes de ese grupo.

—Nosotros luchamos para defender todo tipo de magia.

Se vieron más sonrisas. Los que tenían la misma sangre que él rieron bajito y se golpearon el pecho con el puño.

Brant no entendía muy bien su propia magia, porque había descubierto que era alver hacía solamente media órbita, pero la magia de su sangre había resultado muy útil. El don premonitorio de Brant y sus advertencias cuando había peligro nos habían salvado el cuello más de una vez.

Desde que había revelado mi verdadero nombre, más ettanos y habitantes de la noche habían viajado hasta Ruskig para buscar refugio y unirse a su gente. Calder se estaba viendo obligado a comprar esclavos fuera de nuestras fronteras y así traer furia extraña (o mesmer, como llamaba Junius a su magia). Con la ayuda de Brant, estábamos logrando arrebatarle eso también al falso rey.

Mattis apareció a mi lado con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Otro éxito, diría yo. Calder languidece cada día más. Y te tiene miedo.

—Nos tiene miedo —corregí—. A nosotros.

Era cierto. El castillo Aguja del Cuervo había multiplicado por diez sus defensas; tenían miedo de la amenaza creciente que suponía la furia. Y eso también significaba que Calder estaba acorralado. Había una cosa que sabía sobre los hombres poderosos y desesperados por mantener el control: eran impredecibles. Peligrosos. Nuestra rebelión debía hacerse con cautela.

Algunos seguían exigiendo que pasáramos a cuchillo a todos los timoranos. Pensé en Elise. No quería ni pensarlo, pero había caras nuevas en Ruskig que la miraban como si creyeran que ella debería estar entre los habitantes de Aguja del Cuervo cuando ardieran.

Pero eso no iba a pasar.

Ella ayudaría a unir a todos los pueblos de aquella tierra y a curar las cicatrices. Elise Lysander era la persona a la que había elegido mi corazón, y los demás tendrían que acostumbrarse a que su rey temporal amara a alguien de la realeza timorana.

—Calder devolverá el golpe —murmuró Tor mientras Frey y Brant organizaban a los sirvientes en unidades y los preparaban para el viaje.

—Que lo haga —dije—. Está en las últimas. Nos acercamos, y lo sabe. Lo sacará y, cuando lo haga, Sol será nuestro.

Tor cerró los ojos.

—Valen, yo no voy a ser capaz de matarlo.

Sol era la única arma que le quedaba a Calder para enfrentarse a mí. Yo había creído que el príncipe solar estaba muerto, pero, durante todo ese tiempo, Aguja del Cuervo había mantenido prisionero a mi hermano, un fae oscuro, y había utilizado su furia para crear un veneno pestilente; habían convertido a Sol en una especie de bestia a su servicio.

En el fondo yo sabía que, si Sol suponía una amenaza para nuestra gente, él querría que yo lo matara. Pero, igual que Tor, no

sabía si podría hacerlo llegado el momento.

—No quiero matar a mi hermano. Lo que he hecho ha sido planear la forma de recuperarlo la próxima vez que lo saquen de su encierro y traerlo a casa contigo. —Le puse una mano en el hombro a Tor y después me adelanté para conducir la caravana de vuelta a Ruskig.

Sí, Calder devolvería el golpe. Pero estaríamos preparados.

Tocado por nuestros ataques, al rey cobarde le costaba alimentar a su gente, pero yo dudaba que eso le importara lo más mínimo. Estaba demasiado concentrado en intentar conseguir mi cabeza como para que le quedara tiempo de idear una verdadera estrategia.

Pronto sería su cabeza la que acabaría en mis manos.

Capítulo dos



La princesa rebelde

—¡Una vez más! Pero ahora bloquead. Eso es lo que estamos practicando, ¿no? No quiero tener que recoger vuestras entrañas en el campo de batalla porque hayáis sido idiotas y se os haya olvidado levantar la maldita espada —nos gritó Halvar.

Estaba en un extremo del claro cubierto de hierba, con una espada corta y muy gastada en cada mano. El emblema que llevaba en la túnica era un hacha y una daga cruzadas y rodeadas de espinas, el sello de la familia Ferus. En aquel momento parecía totalmente el primer caballero que era.

Aunque solía mostrarse gracioso, cuando llevaba sus armas daba bastante miedo y se volvía muy exigente. Y con razón, suponía yo. Lo que decía tenía mucho sentido: nadie quería presenciar cómo las entrañas de sus amigos y vecinos acababan desparramadas en el campo de batalla.

Levanté mi espada corta. La empuñadura era gruesa y el recubrimiento de cuero se había soltado, así que el metal afilado se me clavaba un poco en la palma.

Alguien me dio un beso en la mejilla antes de que me diera tiempo a atacar. Desconcertada, me di la vuelta y encontré la sonrisa juguetona de Halvar.

—Tú no eres idiota, por supuesto —aclaró—. En tu caso, estás excluida de mis exabruptos. —Miró a Kari, mi pareja de entrenamiento—. Y tú también, mi bella guerrera.

Kari entornó los ojos.

—Halvar…

Él me miró.

—Se pone muy tímida cuando hablo de mis sentimientos por ella en público. No lo entiendo. —Volvió a mirar a Kari—. Yo estaría dispuesto a ponerte los labios en los lugares más indecentes, mi amor, sin importarme quién estuviera mirando. ¡Pero es que no me dejas!

Se oyeron unas risas en la hilera de gente que estaba entrenando. Kari se puso muy roja y lo miró con cara de pocos amigos. Seguro que Halvar iba a pagar después por haber dicho eso. Y no había duda de que él disfrutaría al máximo de cada momento.

Sonreí y agarré mejor la espada.

—Quítate y déjanos entrenar.

—Siempre y cuando comprendáis que vosotras, mi dos preciosidades, no sois las destinatarias de mis crueles palabras.

—No me parece justo —repliqué—. Yo estoy bajo tu tutela igual que los demás.

—Ah, claro. —Bajó tanto la voz que solo yo pude oírlo—. Pero ellos no van a ser mi futura reina.

Noté una oleada de calor y un vuelco en el estómago.

—Para eso, algún rey tendría que pedirme que fuera para él algo más que una consorte.

—Puedes seguir fingiendo que no está predestinado que ocurra lo que deseas, querida Elise.

Le clavé el codo en las costillas. Todos nos estaban mirando.

—Aun así, quiero que me trates como a los demás. Tengo que aprender a usar la espada como un caballero.

—Como quieras. Arriba esa espada. Abre la postura. —Halvar me dio un manotazo en el vientre con el dorso de la mano que hizo que un gruñido ahogado saliera de mi garganta—. El vientre duro.

Tras un guiño de despedida dirigido a Kari, Halvar volvió al principio de la fila y levantó una de sus espadas. Cuando bajó la hoja, atacamos.

Veinte pasos después tosí cuando Kari volvió a derribarme y quedé boca arriba en el suelo, otra vez.

El polvo que flotaba junto a mis mejillas se pegó al sudor que cubría mi piel. Ella apoyó las manos en las rodillas para recuperar el aliento y después me tendió una de ellas para ayudarme a levantarme.

—¿Estás bien, Elise? —Kari se apartó el pelo claro de los ojos.

Era timorana como yo, pero además antes había sido guardia de Aguja del Cuervo. Sentía una cierta afinidad con ella por nuestras vidas anteriores, pero también porque Kari le había robado el corazón a un fae, como yo. Halvar nunca dudó ni tuvo el más mínimo problema con la vida que ella había llevado antes en Timoran. Ojalá los demás fueran igual que él.

—Estoy bien. —Me puse en pie con dificultad y miré con un poco de envidia a los demás, que seguían luchando.

Mi amiga Siv lanzaba ataques con una fuerza llena de agilidad, aunque luchaba con dos oponentes a la vez, y ya había conseguido envolverle el cuello con el brazo a una de ellas.

—Has mejorado —dijo Kari, enjugándose el sudor de la frente con el dorso de la mano. Aunque las declaraciones de amor públicas de Halvar la avergonzaran, no lo perdía de vista mientras él recorría las hileras de gente, corrigiendo posturas y agarres.

—Tal vez, pero sigo acabando en el suelo. A este ritmo, creo que será mejor que vosotros ataquéis Aguja del Cuervo y que yo sea el cebo.

Kari soltó una risita y negó con la cabeza.

—Como ha dicho Halvar, como consorte ni siquiera tendrás necesidad de levantar una espada.

Lo dijo para animarme, pero tuvo el efecto contrario. Necesitaba aprender a luchar. Mi intención era permanecer al lado de Valen hasta que él recuperara el trono que era suyo por derecho. No tenía intención de ser una mujer florero que lo observara todo desde un lugar cómodo, lejos del campo de batalla.

—Ya está bien por hoy —gritó Halvar cuando la última pareja declaró que la lucha quedaba en tablas—. Largaos. Descansad, comed, bebed, acostaos unos con otros… Me da igual. Menos en tu caso, mi hermosa Cuervo.

Atravesó a Kari con sus ojos oscuros, que ardían de deseo. Ella fingió ignorarlo, pero cuando él le susurró algo al oído, en los suyos se vio una pasión similar.

Siv enfundó sus dagas, vino corriendo a mi lado y entrelazó su brazo con el mío.

—Vuelven esta noche.

Dejé escapar un suspiro de alivio.

—Sí. Espero que lleguen antes de que anochezca. Calder envía muchos Cuervos a patrullar cerca de las puertas de Ruskig por la noche.

Siv asintió y mostró una sonrisa irónica.

—¿Alguna vez te paras a pensar en todas las cosas que han cambiado? Yo veo a Mattis al lado del príncipe de la noche, luchando por Etta, por fin, y todavía me asombro. Y tú… Antes *Kvinna* y ahora consorte del rey de Etta.

—No puedo pensarlo demasiado, o empieza a dolerme la cabeza —contesté con una carcajada.

Poco me importaba si Valen me llamaba consorte o reina, siempre y cuando proclamara que era suya. Cuando fingía ser Legion Grey no esperaba amarlo, y mucho menos si me hubieran dicho que era el rey de la furia.

Pero mi cuerpo temblaba cuando pensaba en él. Llevaba demasiado tiempo fuera, rescatando a más de los suyos de la esclavitud o de las garras de los comerciantes. Todos notábamos su ausencia, pero a mí me gustaba pensar que yo le echaba de menos más que nadie.

Siv me dejó cuando llegamos a la cabaña que ella compartía con Mattis.

Los ratos que pasaba a solas me servían para reflexionar. Como había dicho Siv, habían pasado muchísimas cosas en menos de una órbita. Pero todavía nos esperaban más antes de que pudiéramos proclamar la victoria. El mayor peso que sentía en mi corazón era Sol Ferus.

Valen casi nunca hablaba de su hermano, pero yo veía el dolor en el fondo de sus ojos. A Sol lo estaban utilizando para el beneficio de Aguja del Cuervo y yo deseaba rescatarlo por encima de todo. Por Valen, por Sol y por Tor. Saber que vivía pero que lo torturaban y manipulaban a diario era demasiado para su consorte, quien apenas podía soportarlo.

Tor hablaba poco con los demás, pero conmigo sí que compartía

parte de su carga. Tal vez era porque yo también conocía los riesgos de ser consorte de un Ferus.

O quizás solo porque éramos amigos.

Sol necesitaba que lo liberáramos. Yo sentía en lo más profundo que lo necesitábamos a él, tanto como a Valen, para recuperar Etta. Pero con la furia oscura del príncipe solar en nuestra contra, él mismo era nuestro mayor obstáculo para conseguirlo.

Algunos exigían su muerte y decían que era por clemencia, una forma de liberarlo de su tortura, pero yo me había prometido a mí misma que iba a hacer todo lo que estuviera en mi mano para traer a Sol de vuelta a casa vivo. Valen ya había perdido a demasiada gente.

Él había sufrido por la pérdida de su hermano durante mucho tiempo; no quería que tuviera que hacerlo de nuevo.

Le di una patada a unas zarzas mientras iba de camino a la casa del rey. Ruskig estaba entrando poco a poco en el invierno, pero, aun así, se veían asomar los brotes de los arbustos de la luna, las ortigas y los serbales sobre el fondo de los árboles cubiertos de musgo oscuro. No hacían más que construirse nuevas cabañas y el refugio de los habitantes de la noche ya parecía una pequeña ciudad. En el centro había un templo, una plaza para hacer anuncios oficiales y un pequeño mercado. No utilizábamos el *shim* como moneda allí, pero el comercio aumentaba al mismo ritmo que el número de habitantes.

Un estrecho sendero junto a un cañón llevaba a una pequeña playa en la que pescábamos salmón y arenque. Calder nos había bloqueado la mayoría de las rutas comerciales, seguro que con intención de matarnos de hambre, pero la furia de la tierra tenía una peculiaridad: que muchas veces era suficiente para que crecieran bayas más grandes y más cantidad de verduras. Además, Stieg y Casper usaban su furia del aire y del agua para mover las mareas y así beneficiar a nuestros pescadores y llenar sus redes.

Por el momento, teníamos suficiente para saciarnos.

El sol se estaba ocultando tras las copas de los árboles. Se veían faroles iluminando las ventanas de las cabañas y no me fijé en el grupo de hombres que había en la puerta de la casa del rey hasta que llegué.

Gruñí. Klok era patriarca de Ruskig y un hombre amable, pero los demás eran recién llegados o miembros del grupo de refugiados de

Crispin. Yo formé parte del equipo que los rescató de unas cuevas llenas de humedad junto al mar para después traerlos al refugio.

Crispin, su líder, no me prestaba demasiada atención. A veces arrugaba la nariz al verme, pero nunca decía nada. Ojalá se pudiera decir lo mismo del resto de sus hombres.

Cuanto más tiempo pasaban hablando mal de los timoranos, más recién llegados me miraban con las mismas reservas y el mismo desdén que demostraban ellos.

En la puerta de la casa del rey, Klok se despidió del resto del grupo. Al verme me saludó con un gesto de la cabeza y yo le respondí con una sonrisa, deseando que se quedara hasta que entrara. Desde que Valen no estaba, las palabras que algunos me dirigían eran un poco más beligerantes.

Pero no se lo había dicho al rey, por supuesto. Valen tenía cosas mucho más importantes de las que preocuparse que de unas palabras malintencionadas dirigidas a mí.

Contuve la respiración e hice todo lo que pude por entrar con la cabeza gacha y sin llamar la atención. Pero el destino era caprichoso, y estaba claro que no me tenía ningún aprecio.

Un brazo grueso y musculoso apareció delante de mí y me bloqueó el paso.

—¿Dónde vas, *De Hän?*

—Stave, déjame entrar —ordené con la barbilla levantada.

—¿En la habitación de mi rey? ¿A una timorana? Debes de pensar que estoy loco.

Stave era uno de los hombres de Crispin. Me sacaba dos cabezas, tenía la barba poblada y la llevaba en una trenza. La leve punta de sus orejas revelaba que tenía algo de magia, una furia de la tierra básica, pero también sabía usar una espada, brutalmente además.

Yo no dudaba de su lealtad a Valen, pero también estaba segura de que odiaba todo lo que tenía que ver con Timoran.

—Me estoy cansando de esto —contesté con voz firme—. No te atreverías a hablarle así a su consorte si el rey estuviera aquí. Apártate de una vez.

—Me han encargado proteger al rey —murmuró Stave—. Y eso es lo que pretendo hacer, timorana.

—¿Stave?

Noté un enorme alivio en el pecho. Casper acababa de aparecer tras doblar una esquina, con un plato de bayas y frutos secos en la mano. El fae del agua tenía unas marcadas puntas en las orejas, y sus ojos recordaban más a un mar bajo una tormenta que a una noche estrellada. La mayoría creía que no era solo un habitante de la noche, sino que también tenía algo de nyk. Se metió un par de nueces en la boca y nos miró a los dos, primero a uno y luego al otro.

—¿Qué pasa aquí?

La Hermandad de las Sombras, junto con Ari, Kari, Brant, Siv y Mattis, hacían las funciones de consejo privado de Valen.

Por respeto a la posición de Casper, Stave agachó la cabeza y apartó el brazo que me cortaba el paso.

—Nada. Solo estaba dándole las buenas noches a *De Hän* Elise.

Casper entornó los ojos.

—Creo que querías decir *lady* Elise.

Stave hizo una mueca, pero asintió.

—Por supuesto.

Casper empujó la gruesa puerta para abrirla.

—Permíteme, Elise.

—Gracias, Casper. —No miré a Stave al cruzar el umbral, pero cuando el fae del agua cerró la puerta, me dejé caer contra la pared.

La reticencia a aceptarme estaba creciendo. Al ser también timoranos, Kari y Brant tenían que aguantar ciertos prejuicios, pero como Brant tenía una extraña magia extranjera en la sangre, los fae de Etta parecían estar más dispuestos a aceptar a los antiguos Cuervos.

Stave no me había tocado, pero era la primera vez que alguien había tenido el atrevimiento de decir en voz alta que no me quería cerca de Valen.

Aparté de mi mente el desasosiego que me producía y me quité la túnica sudada.

La casa del rey era lo bastante grande como para reunir a un número impresionante de gente. Una enorme chimenea de piedra calentaba el salón. La larga mesa siempre estaba preparada con jarras de cerveza y pan. Pero yo me pasaba la mayor parte del tiempo en la habitación del fondo. Era un lugar privado en el que Valen podía ser simplemente él y yo también tenía la posibilidad de ser yo.

Me acerqué a la mesa y acaricié el pergamino abierto, sonriendo. Echaba de menos a Junius, que había regresado a Oriente, pero nos habíamos estado enviando cartas durante esos meses. Saber que había vuelto con su gente, los alver, y con su marido hacía que el pecho se me llenara de felicidad.

Aun así, nos habría venido muy bien su talento para percibir el sabor de las mentiras en aquellos momentos. Stave me vino a la mente. ¿Sería capaz de traicionar a Valen? No. Durante la guerra no. Cuando estaba en juego el renacimiento de Etta no.

¿Pero consideraría matar a su consorte para dejar sitio para otra? No tenía la más mínima duda de que, si alguien le diera a aquel hombre un cuchillo, él solo preguntaría dónde asestar la primera puñalada.

Aquella carta, sin embargo, me había hecho sentir un peso muerto en el corazón la primera vez que la leí.

La contadora de historias ha vuelto a Occidente. No entiendo la felicidad que sintió esa noche al regresar. El lugar del que hablaba, Raven Row, es una pocilga, peor que Skìtkast. Si algún día vienes a visitarnos, entenderás mi repulsión.

Elise, he pensado mucho en lo que me escribiste en tu última carta, la predicción de la niña. No lo pensé demasiado hasta que volví con mi gente y la verdad es que me siento avergonzada por no haberlo hecho antes.

Yo conozco a un alver que encaja con la descripción que os dio Calista. El que trae la oscuridad y el miedo. Elise, vive aquí, en Oriente. Lo llamamos el Terror Nocturno…

Me ponía nerviosa pensar que alguien, un alver, tenía una magia como la que había descrito Calista durante su trance, antes de abandonar nuestras costas. Sacudí la cabeza. Lo cierto era que no sabía qué pensar sobre ese Terror Nocturno.

«Tu batalla termina cuando la suya comience.»

Esas fueron las palabras que pronunció la contadora de historias antes de abandonar Ruskig. No estaba segura de si significaban que íbamos a necesitar a aquel alver, pero saber que existía me resultaba… desconcertante.

¿A qué batalla tendría que enfrentarse? ¿Cómo acabaría la nuestra?

Doblé el pergamino de nuevo, desesperada por dejar de pensar en sangre, guerras y batallas. Quería sumirme en la calma, aunque fuera un momento. Dejé caer la piel que cerraba el acceso a nuestro dormitorio y llené la bañera de madera con agua calentada al fuego. El aceite de rosas y los pétalos de las flores de los arbustos de la luna fueron un bálsamo para los cortes y las heridas que tenía tras el entrenamiento.

Mientras estaba sumergida en el agua, oí unas carcajadas que me provocaron escalofríos en los brazos. Stave estaba allí cerca. Seguro que él y sus compañeros beberían hasta bien entrada la noche solo para mantenerme despierta. Después, cuando Valen volviera, me harían reverencias y me mostrarían respeto, como si besaran el suelo que yo pisaba.

Tal vez debería decir algo sobre su evidente falta de respeto.

No. Si quería estar al lado de Valen, necesitaba aprender a gestionar por mi cuenta problemas sin importancia, como un insignificante resentimiento por el hecho de que era timorana.

Pensar en Lilianna Ferus, la madre de Valen, me daba fuerzas. Sus diarios dejaban entrever que hubo un cierto rechazo cuando ella se casó con el rey de los habitantes de la noche. Lilianna, aunque era timorana, encontró su lugar en Etta. Fue una mujer sabia y querida por todos.

¿Stave y los que pensaban como él eran conscientes de que su rey era medio timorano?

Una sonrisa apareció en mis labios y me hundí un poco más en el agua.

Debí de quedarme dormida, porque no oí abrirse la puerta principal, ni el ruido de las botas en el suelo. El corazón se me quedó atravesado en la garganta cuando unas manos se sumergieron en el

agua y me agarraron las piernas.

Pero cuando sentí el ronroneo de su risa contra la piel, dejé caer mi peso sobre él, totalmente relajada.

—No quería asustarte —me susurró Valen con la cabeza apoyada en mi hombro. Me besó despacio la piel, subiendo por el cuello hasta llegar a la curva de la oreja, y me acarició el vientre con una mano cubierta de ásperos callos mientras me apartaba el pelo húmedo con la otra.

—Has vuelto —suspiré, colocándole una mano en la nuca—. Puedes asustarme todo lo que quieras si después vas a hacer esto.

Me puse de rodillas y noté una presión en el pecho al verlo. Tenía el pelo del color de la medianoche recogido para apartarlo de la cara. Sus ojos negros brillaban, y desde tan cerca se veían destellos verdes y dorados en ellos. Mis dedos le dejaron unos rastros húmedos en la mandíbula. Le toqué las puntas de las orejas y los labios, memorizándolos una y otra vez.

Valen me abrazó el cuerpo desnudo y me apretó contra su pecho. Acercó sus labios a los míos y se detuvo solo un segundo, para disparar mi locura.

—Te he echado de menos.

—Yo ni me he dado cuenta de que no estabas.

Él entornó los ojos y soltó un leve gruñido. Yo chillé y me reí cuando me cogió por los muslos para que le rodeara la cintura con las piernas y llené todo el suelo de agua. En sus brazos me sentía segura, incluso después de que me dejara en la cama.

Con los ojos llenos de un fuego oscuro, el príncipe de la noche se acercó a cuatro patas sobre las pieles y me encerró entre sus brazos.

—Si te parezco tan fácil de olvidar, vamos a ver qué puedo hacer para remediarlo, mi amor.

Le cogí la cara entre las manos y noté que cada respiración se hacía más trabajosa y cada caricia era como encender una llama.

—Puede que te lleve mucho tiempo, mi rey. Tal vez toda la noche.

Él sonrió y mi corazón se derritió por él una vez más. Entonces me besó de forma ansiosa, profunda… Perfecta.

Capítulo tres



El príncipe de la noche

Elise me estaba haciendo círculos en el pecho. Notar su piel pegada a la mía se había convertido en un consuelo para las presiones de aquella vida, y nunca me cansaba de ello. Tenía los dedos enterrados en su pelo y las piernas de ambos estaban entrelazadas. Esos momentos escaseaban.

—¿Cuántos han venido contigo? —preguntó en voz baja.

—Más de cincuenta. Algunos son de Oriente. ¿Todo bien en nuestra ausencia?

Ella dudó lo bastante como para que me hiciera dudar de su respuesta.

—Sí, bien.

—¿De verdad?

Elise entrelazó los dedos de ambas manos sobre mi corazón y apoyó la barbilla encima, sonriendo.

—Sí. Halvar sigue entrenándonos. La mayoría de los días no sé si lo quiero o lo odio.

Me eché a reír, apretando su cuerpo un poco más contra el mío.

—Es igual que su padre. Dagar me enseñó a luchar a mí y recuerdo algunos días en que me daban ganas de ensartarlo, aunque no dejaba de desear su aprobación y sus elogios. Lo respetaba por encima de casi todo el mundo.

Ella sonrió, pero la sonrisa se desvaneció enseguida. Elise me apartó el pelo de la frente con las yemas de los dedos.

—Estaba preocupada por ti. Te esperábamos de vuelta hace tres noches.

La coloqué sobre mí y la acerqué a mi cara para poder darle un beso en los labios, dulce y profundo. Cuando me aparté, unimos nuestras frentes.

—Creí que nos llevaría menos tiempo. El explorador os dio mi mensaje, ¿no?

—Sí. —Elise se envolvió un dedo con un mechón de mi pelo—. Esa fue la única razón por la que no peiné todo el reino buscándote. Pero, aun así, estaba preocupada.

—Creo que más bien es que me echabas de menos.

Apareció una sonrisita en su cara y me apoyó la cabeza en el hombro.

—Posiblemente. Pero solo porque ha empezado a hacer frío y no podía acurrucarme contigo. Por nada más.

Le di besos por todas partes hasta que se echó a reír y me apretó un poco más la cintura.

—Valen, te echo de menos cada momento que no estás aquí —susurró.

—Y yo a ti.

Le cubrí la mejilla con la mano y acerqué aún más la cara para retomar las cosas donde las habíamos dejado unas horas antes, pero tuve que parar al oír el ruido de la puerta.

—¡Rey Valen! —La voz de Ari resonó en la casa del rey.

Gruñí y me giré para quedar boca arriba.

—Nadie estaba tan encima de él cuando llevaba la corona. Lo hace a propósito.

—Es cierto —respondió Ari, aunque estaba a al menos cincuenta pasos de la puerta de nuestra habitación—. Me produce un inmenso placer venir a agobiarte. Es tu penitencia por todas las quejas y la resistencia que mostraste cuando eras el Espectro Sanguinario, mi rey.

Elise se rio bajito y me dio un beso en el hombro.

—Eres un rey inmerso en una guerra. Nunca hay tiempo para descansar.

Rodé debajo de las pieles, me levanté y me puse unos pantalones limpios. Mientras me abrochaba el cinto, la miré.

—Créeme: no hay nada que me duela más que tener que dejarte.

Sin haberme puesto una túnica todavía, me agaché sobre la cama.

Elise me rodeó el cuello con los brazos y me dio un beso en la articulación de la mandíbula.

—Así es la vida de la consorte de un rey. Estoy segura de que te veré irte tantas veces que me acostumbraré a mirarte la nuca. Pero eso servirá para que, cuando te vea la cara, todo sea aún mejor.

Consorte…

No habíamos hablado mucho de lo que significaba la corona. No había nada malo en ser consorte, al menos no en la corte de Etta. Tor era consorte y tenía una posición de privilegio. Mi abuelo fue el consorte de la reina. Era un lugar de prestigio, compromiso, y también de amor y adoración. Pero yo quería que Elise fuera más que eso.

Yo la quería como mi reina.

Pero para Elise el matrimonio significaba el fin de su libertad. La iban a obligar a contraerlo cuando nos conocimos, y el malnacido de Jarl Magnus la forzó a casarse con él en Aguja del Cuervo hacía poco tiempo. Por eso tenía una gran aversión por él. Pensar que ella no estaría feliz de casarse, ni siquiera conmigo, era algo que me producía una profunda amargura.

Pero la verdad es que tampoco se lo había pedido. Ella me había elegido. Y yo a ella. ¿Necesitábamos algo más?

Le sonreí y terminé de vestirme.

—Hasta pronto.

—Prepárate. Si tardas mucho y estás demasiado ocupado tras haber estado fuera una semana, iré a secuestrarte y te empujaré a algún rincón oscuro solo para poder ponerte las manos encima.

—Lo estoy deseando. De hecho, te lo voy a exigir.

Elise se acurrucó debajo de la piel más gruesa, que se subió hasta la barbilla. Cuando salí de la habitación, la dejé sonriendo.

No necesitaba unos votos matrimoniales para saber que amaba a Elise y que quería que permaneciera a mi lado hasta mi último aliento. Pero también quería que fuera mi reina. Era una idea que no podía

quitarme de la cabeza, como si la hubiera plantado en mi pecho un poder externo y superior a mí.

Las reinas ettanas podían gobernar sin necesidad del apoyo de un rey. Podían declarar guerras, invadir, construir ciudades y asistir a las reuniones del consejo. Un consorte solo podía ejercer el poder si el rey o la reina se veían incapacitados mental o físicamente. Por eso, Tor podría asumir la corona si quisiera; Sol no estaba en plenas facultades mentales en aquel momento.

Pero si el rey o la reina estaban en prisión o lejos durante mucho tiempo, su consorte no tenía poder para elegir estrategias. Las decisiones recaerían en el consejo privado del rey.

En el pasado, mis padres compartieron la corona como iguales. Mi madre convocó a los ejércitos cuando a mi padre se lo llevaron los timoranos. Y ambos cayeron juntos. No se separaron, siguieron unidos hasta el final.

Era cierto que yo no tenía intención de llevar aquella corona siempre. Sol iba a volver, tenía que hacerlo. Y recuperaría su lugar como legítimo rey.

Pero hasta entonces, Elise debería ser reina. Me sentía como un niño por culpa de la cantidad de nervios que se me acumulaba en el pecho solo de pensar en pedírselo. La amaba, la deseaba, y no tenía duda de que ella sentía lo mismo.

—¿Por qué sonríes? —preguntó Ari tras coger un cuerno de la mesa. Parecía cansado, pero siempre tenía un comentario mordaz listo en la punta de la lengua. Sus ojos se fijaron en la piel que cerraba el acceso al dormitorio—. No me lo digas, prefiero no saberlo. ¡Adiós, adorable *lady* Elise!

—Que tengas un buen día, Ari —respondió ella—. ¡Aunque, al llevártelo, acabas de estropearme el mío!

Ari sonrió.

—Es todo parte de mi plan. Quitártelo de encima para poder cumplir mi amenaza de casarme contigo. —Esquivó el puñetazo que le lancé entre risas—. Es una broma, mi rey. Inofensiva, además.

—Ten cuidado con que no cambie de opinión sobre lo de pedir tu cabeza.

—Mi bonita cabeza… —Ari me abrió la puerta y su expresión cambió y se ensombreció—. Perdona por venir tan temprano a interrumpirte, pero hay problemas en las puertas, Valen. Se están debilitando y ha habido algunas disputas por las raciones de comida. A los pescadores les parece que ellos hacen el trabajo duro y por eso debería corresponderles la parte más grande, mientras que los que se quedan en la ciudad creen que ellos son los que mantienen funcionando nuestro miserable refugio y por eso deberíamos darles más cereales y tejidos.

—¿Alguna discusión grave?

—Nada que infrinja la ley, pero algunos ya se están quedando cerca.

Apreté y aflojé los puños. Con más gente cruzando nuestras fronteras, cada vez surgían más problemas con las raciones y el espacio. Era inevitable que cundieran la inestabilidad y el descontento.

—Que Stieg y Halvar hablen con la gente que se queja. Yo voy a revisar los muros.

Ari asintió.

—Una cosa más. ¿Has considerado lo de enviar un grupo al sur?

Miré los muros del sur, que protegían la parte de Ruskig que daba al mar. La idea tenía sentido: enviar a un grupo de exploradores a Oriente para buscar aliados. Yo nunca había estado allí, pero sabía que, en el pasado, mi propio padre tuvo relación con algunos grupos que vivían allí en la clandestinidad y con varias casas reales.

Pero habían pasado unos cuantos siglos, y a lo largo de tanto tiempo habían llegado a nuestras costas rumores de derrocamientos, de pueblos divididos y de disturbios. Ni siquiera sabía quién ostentaba el trono en aquel momento, ni si era mortal o fae. Pero se decía que Oriente era el reino que mejor aceptaba la furia y también el lugar de origen de diferentes habitantes de la noche: los nyks, los habitantes de los bosques y también los mortales.

Tal vez allí tuvieran las respuestas que yo necesitaba para liberar a mi hermano. Aunque también era posible que tuvieran una magia más fuerte que podrían utilizar para hacerse con nuestra tierra.

—Si todavía llevaras la corona, ¿qué harías tú? —pregunté.

Ari suspiró como si estuviera sopesando cada palabra. Él era un poco más alto que yo, pero no tan corpulento. Se había agujereado las puntas de las orejas para ponerse unos pendientes de plata, y cuando se colocó los mechones de pelo dorado detrás de ellas, su brillo hizo que destacaran más las runas dibujadas con kohl en sus mejillas.

El linaje Ferus era el legítimo heredero al trono, pero yo seguía considerando a Ari Sekundär un líder en aquel lugar.

No empezamos nuestra relación como aliados, pero había llegado a confiar en él tanto como en los miembros de la Hermandad de las Sombras.

—La gente de Etta es fuerte —contestó Ari en voz baja—. Pero si nosotros no les tendemos la mano de la amistad primero, ¿cuánto crees que tardará Aguja del Cuervo en hacerlo? Es un riesgo, mi rey. No sabemos qué vamos a encontrar en las costas de Oriente, pero si yo tuviera que tomar la decisión, correría el riesgo. Es posible que allí haya furia que no tenemos aquí.

Entonces le hice la pregunta que me preocupaba:

—¿Y qué evitaría entonces que intentaran dominarnos?

Él sonrió, burlón.

—Nuestras espadas.

Tenía razón. Ruskig estaba cansado de todos los que intentaban reprimir la furia. El pueblo lucharía hasta la muerte si era necesario.

Un riesgo. Uno al que no quería someter a nadie, pero un rey tenía que tomar esas decisiones. Le puse una mano en el hombro a Ari.

—Lo discutiremos en el consejo.

—Como quieras. Voy a ver si puedo frenar esas peleas insignificantes por culpa de los arenques.

En cuanto pisaba las calles de Ruskig, la gente me hacía reverencias, me recibía con respeto. Pero todavía no me había acostumbrado. Gracias a los dioses que nunca caminaba solo durante mucho rato.

Tor y Casper aparecieron junto a una carreta llena de telas y

tintes textiles y se me unieron. Casper, que siempre estaba comiendo algo, arrancó unas moras de los pantanos de una rama que llevaba en la mano. Tor tenía la mandíbula apretada, inmóvil y petrificada. Nunca se quitaba el cinto en el que llevaba el arma. Seguro que incluso se bañaba con él, como si fuera a comenzar una batalla en cualquier momento.

—¿Adónde vamos hoy, Valen? —preguntó Casper con los labios manchados de zumo de moras.

—A los muros. ¿Cómo se las arreglaron para dormir los nuevos anoche?

—Crispin, Frey y el hermano de Frey están buscando cabañas para las familias con niños pequeños.

—Axel —corregí—, el hermano de Frey. La gente confió en él anoche.

Tor asintió.

—Por lo que he oído, Axel dirigió las revoluciones. Dicen que él conoce la voluntad de los dioses, que puede sentirla.

—¿Y qué dice él?

—Que tiene un estómago sensible. —Tor se rio entre dientes—. Apoya al linaje Ferus.

Bien. Un potencial traidor menos del que preocuparse. Tras la traición de Ulf en Aguja del Cuervo, tantas caras nuevas nos ponían a todos en alerta. Pero si Axel era como Frey, tendríamos un buen guerrero leal hasta el fin.

—Los que no tienen niños tendrán que alojarse por ahora en tiendas bajo los árboles. —Tor continuó con el informe—. Pero están a punto de caer las primeras heladas y el falso rey no deja de destruir las pocas rutas comerciales que nos quedan.

Maldito Calder. Era más listo de lo que yo había pensado. Nosotros nunca utilizábamos los caminos principales para nuestros suministros. Las rutas a Ruskig implicaban un terreno rocoso y caminos secundarios precarios que los guardias de Aguja del Cuervo odiaban. Pero el idiota del falso rey estaba logrando encontrar nuestros caminos, destruir los cargamentos y empujarnos a pasar hambre incluso antes de que llegara el duro invierno a Timoran.

En los muros más alejados, la piedra y la tierra agrietada tomaban formas irregulares para crear unas puertas que parecían garras salidas del mismísimo lecho de roca. Los arbustos de la luna crecían con gruesas ramas ensortijadas que se colaban entre las rocas y en las zanjas, como si no pudieran evitar florecer junto a mi furia.

Pero aunque estaban construidos con furia, había lugares en los que los muros se estaban desmoronando.

—Rey Valen, aquí.

Había un enorme agujero y Stave nos hizo un gesto para que nos acercáramos. No recordaba a Stave de pequeño, pero sabía que su padre fue guardia de palacio durante las invasiones. Él había demostrado ser leal y odiaba a Aguja del Cuervo tanto como yo.

—Stave —lo saludé, y lo agarré del antebrazo—, me alegro de verte. Gracias por cuidar de Ruskig en nuestra ausencia.

Él sonrió mientras echaba adobe y tierra sobre el borde del muro.

—Siempre defenderé a nuestra gente de cualquier amenaza, mi rey.

Le di una palmada en el hombro y estudié el agujero. La piedra estaba partida y había un hueco lo bastante ancho como para que un hombre pudiera colarse por él. La furia pasaba factura y yo no quería agotarme y quedarme con la guardia baja, pero el desperfecto era demasiado grande para repararlo con arcilla.

—Apartaos. —Les hice un gesto para que se echaran a un lado.

Todos se colocaron detrás de mí para observar. Ya me hacía sentir incómodo que la gente hiciera reverencias a mi paso, pero la forma en que me miraban con la boca abierta cada vez que utilizaba mi furia hacía que me ruborizara. Noté el hormigueo de la magia en las puntas de los dedos, que se fusionó con la piedra en cuanto apoyé las palmas en la superficie.

En unos segundos, la tierra se ladeó y se estremeció. Unas nuevas puntas irregulares surgieron en la superficie. Cuanta más furia recorría mi cuerpo, más caliente notaba la sangre. Aquel calor era un bálsamo, un recordatorio de las armas que nosotros teníamos y Timoran no.

Pero también durante las invasiones contábamos con la furia y, aun así, el rey de Timoran venció a nuestra gente. La culpa de nuestra

pérdida la tenían los traidores del consejo del reino. Una razón más para que yo hubiera escogido a sus miembros con mucho cuidado.

El sudor me empapaba la frente cuando terminé de reparar el muro.

—¡Rellenad los huecos con arcilla! —gritó Tor.

Los que estaban allí obedecieron inmediatamente.

—Siempre merece la pena verte hacer eso, rey Valen —comentó Stave.

Yo lo miré con el ceño fruncido.

—Sería mejor si no me dejara tan agotado. Me temo que he pasado tanto tiempo bajo la maldición que estoy desentrenado en el uso de la furia.

Él soltó una risita y nos acompañó a Tor y a mí a revisar el resto de los muros para rellenar los huecos con un cubo de barro cada vez que nos deteníamos a reparar los puntos más débiles.

—Se nota una confianza renovada en la gente de Etta —dijo Stave en un momento en que paramos para beber de un cubo de agua. Él se bebió el contenido de un cucharón de un trago y se limpió una gota que le caía por la barbilla—. Has renovado las esperanzas de los que estaban aquí.

Le cogí el cucharón de la mano.

—No solo yo. Aquí hay muchos que han hecho más que yo. —Elise Lysander, por ejemplo. Sin ella, yo todavía sería una bestia salvaje que solo quería matar y provocar sufrimiento a través de la sangre y la violencia. Incluso después de que desapareciera la maldición, sin Elise yo no estaría allí. No habría ocupado mi lugar. No sabría que Sol seguía vivo.

—Da igual, la gente está ilusionada contigo —insistió Stave—. Pero hablan.

—¿Sobre qué?

—Sobre el futuro. El tuyo, el de nuestra gente, el del reino. —Stave sonrió—. Quieren ver al rey asentado, feliz, con una reina ettana fuerte que nos guíe en medio de todo esto.

Al principio me reí al imaginarme a todos esos cotillas planeando una boda real a mis espaldas. Pero entonces lo pensé bien.

—Elise es timorana.

—Sí —contestó Stave. No me miró y siguió cubriendo con barro las grietas del muro—. Todos saben que la consorte del rey es timorana. Pero la gente habla de la reina. Un rey puede tener ambas cosas.

Miré a Tor, confundido. ¿La gente tenía algún problema con el linaje de Elise? Ella había demostrado su lealtad en multitud de ocasiones, incluso antes de que yo reclamara el trono. Por todos los infiernos, yo mismo era medio timorano. Si tenían algún problema con ellos, también lo tendrían conmigo.

Entonces recordé la pausa que Elise había hecho y la mueca de sus labios cuando le pregunté cómo había ido todo en mi ausencia. Una ira ardiente surgió en mi pecho.

¿Pero qué había ocurrido mientras yo estaba fuera?

—Tener multitud de amantes es una práctica timorana, Stave —intervino Tor—. Nuestro rey ha dejado claro que tiene intención de mantener las tradiciones de sus padres y de sus abuelos y gobernar con su *hjärta.*

Stave agachó la cabeza.

—Por supuesto. Solo estoy diciendo lo que he oído.

¿Es que había estado yo totalmente ajeno a la incomodidad que provocaba mi consorte? Apreté la mandíbula. Si la gente no aceptaba a Elise, no quería saber nada de la corona. Abdicaría y se la volvería a entregar a Ari.

Casper me dio un apretón en el hombro con una sonrisa tranquilizadora en la cara.

—No te preocupes, amigo. —Muy pocas veces me hablaba de manera informal. Eso es que parecía que estaba a punto de matar a alguien—. No escuches los cotilleos de los malpensados. La gente quiere a Elise. Más que a ti, diría yo.

Casper soltó una sonora carcajada, e incluso Tor sonrió. Parte de la tensión desapareció de mis hombros. Hablaría con Elise en cuanto

pudiera y haría que me dijera la verdad para descubrir quién le había causado tanto dolor, si es que alguien se había atrevido.

Si después acababa o no arrancándole las entrañas era algo que no había decidido aún.

—¡Mi rey! —gritó una mujer.

Eso me sacó de mi estado de furia, pero me puso los nervios de punta. Venía corriendo hacia nosotros desde un extremo del muro. Cruzó entre los integrantes del grupo de reparación con los ojos llenos de miedo.

—¡Mi rey! —Se paró, tropezando y jadeando—. Al otro lado del barranco. ¡Están… aquí! ¡Aguja del Cuervo!

El instinto me empujó. Cogí las empuñaduras de las hachas y salí corriendo hacia el andamio que habíamos construido para que los arqueros pudieran disparar desde lo alto de los muros. En lo más alto, miré por encima de la piedra y, como había dicho la mujer, al otro lado del barranco se veían las antorchas y los estandartes azules con el emblema del falso rey asomando entre los árboles.

Apreté los puños, que tenía junto a los costados. ¿A qué estaban jugando?

Se veía una unidad de Cuervos en los espacios entre los árboles, pero delante iba un hombre que llevaba un parche en un ojo. Vestido con pieles finas, se lo veía más erguido que la última vez que nos cruzamos. Iba ondeando una bandera blanca.

Por todos los dioses, cómo lo odiaba.

—Tor —dije con voz áspera—, ve a buscar a Elise. Su padre está ante nuestra puerta.

Capítulo cuatro



La princesa rebelde

—¡Elise! —La voz de Kari rompió el silencio de la casa del rey. Sonaba áspera, llena de pánico. Algo ocurría.

Solté los mechones con los que me estaba haciendo la trenza y salí corriendo del dormitorio hacia el gran salón. Allí estaba, con la mano sobre una espada que llevaba en la cintura, jadeando.

—¿Qué pasa? —Cogí la daga plateada que había en la mesa como si las espadas y los cuchillos no fueran más que un impulso a esas alturas.

—El muro… es… —Estaba sin aliento—. Él… está aquí.

—¿Quién, Kari?

—Tu padre, Elise. —Valen cruzó la puerta, con una expresión dura.

Abrí la boca, pero no salió ningún sonido de ella. Metí la daga en su funda con dedos temblorosos. La última vez que vi a mi padre, él contemplaba impasible mientras me obligaban a casarme con Jarl Magnus, el malnacido que poco después apuñalaría a mi madre en el corazón.

Yo no tenía padre. Después de algo así, no.

Valen cruzó la estancia para llegar adonde estaba yo.

—Ha venido a hablar contigo. No tienes que hacerlo. Yo iré a verlo, lo mataré, me burlaré de él…, lo que tú quieras.

Intenté humedecerme los labios secos, con el pulso acelerado, pero, mientras lo hacía, asomó en mi boca una sonrisa torcida. Había dicho esas palabras sin darles importancia, seguro que para hacerme reír, pero, en el fondo, había sinceridad en ellas: él haría cualquier cosa que yo le pidiera.

Era casi como si estuviera suplicándome que le diera permiso para acabar con todos los miembros de mi familia que me habían hecho daño, como si eso fuera un don que yo podía concederle.

Me obligué a sonreír y le acaricié la mandíbula.

—Hablaré con él.

—Iré contigo. Eres la mitad del corazón del rey, Elise. Has dejado atrás a la segunda *Kvinna* y ahora eres mucho más. Debemos asegurarnos de que lo entiende.

Valen me dio un beso en el centro de la palma mientras me colocaba un segundo cuchillo en el cinto. Un voto silencioso entre ambos: hacer lo que sea necesario para luchar, para defendernos. Para volver junto al otro de nuevo.

Kari me dio un manto de pieles. Valen me puso una corona negra con forma de alas de cuervo en la cabeza, un símbolo que recordaba a la corona original de Aguja del Cuervo, recuperado por los verdaderos herederos de aquella tierra.

Afuera, todos iban de acá para allá con armas y escudos. Unos fae creaban ilusiones junto a los enormes muros de piedra. Otros hacían que se retorcieran las raíces o removían la tierra hasta que unos densos brezos cubrieron el límite de Ruskig.

Valen me apretaba la mano con fuerza cuando nos acercamos. La gente se apartaba a nuestro paso. Enseguida apareció a nuestro lado la Hermandad de las Sombras. Tor se había puesto la máscara negra sobre la boca y la barbilla y Halvar estaba haciendo círculos con una mano, lo que provocó un remolino de nubes y viento sobre nuestras cabezas.

—Hablaremos en la torre —informó Valen mientras me apoyaba una mano en la parte baja de la espalda. Después se giró para mirar a su Hermandad—: Vigilad a sus arqueros. Si da la impresión de que alguna de las flechas se dirige a Elise, quiero al arquero muerto al instante, ¿entendido?

—Lo estará antes de que le dé tiempo a preparar la flecha, Valen —aseguró Stieg, y guiñó un ojo.

—Y lo mismo se aplica al rey —añadí yo, fulminando con la mirada al príncipe de la noche—. No dejéis que este idiota haga de escudo humano conmigo o yo os haré personalmente responsables si acaba con otra flecha clavada en la espalda.

—Como ordenes, *milady* —respondió Halvar entre risas.

Valen sonrió, burlón, y los dos nos dirigimos hacia las escaleras de madera que llevaban a la torre.

—Creía que te gustaba que me hiciera el héroe contigo.

—Me gusta mucho más que sigas respirando.

La torre de vigilancia más alta era también más amplia que las otras y por eso cabía en ella toda la Hermandad y aún quedaba espacio libre. Entrelacé los dedos con los de Valen y le apreté la mano hasta que su piel oscura y perfecta se volvió rosada. A veinte pasos de la frontera había una hilera de Cuervos vestidos con ropa oscura que llevaban espadas cortas y hachas de batalla. Algunos también portaban espadas largas y cuchillos de bronce y hierro.

Mis ojos ignoraron el brillo del acero y mi mirada se posó en el centro. Mi padre estaba de pie bajo un toldo. Tenía el pelo repeinado y brillante. Se lo veía sano. Tenía la barba adornada con cuentas de hueso y plata, y sobre el ojo izquierdo, que Runa le había destrozado por rencor hacia mí, llevaba un parche negro.

Mi hermana había hecho muchísimas cosas para destruir a mi familia y él seguía siendo su esclavo.

Miré la mano que tenía unida a la de Valen. Durante un breve momento mi corazón sonrió en silencio. Yo no tenía familia fuera de aquel refugio. Toda la que tenía estaba ahí, con él. Él era más parte de mí que ninguno de los que habitaron la mansión Lysander jamás.

Valen dio un paso adelante. No me soltó la mano en ningún momento y sospeché que encontraría la forma de seguir haciéndolo si yo insistía en seguir agarrándosela. Pero carraspeé y lo solté para que pudiera adelantarse.

«La cabeza alta. No vaciles.» Era la consorte del rey. Aferrarme a él como una niña asustada solo serviría para mostrar una debilidad que podrían utilizar contra nosotros. Una que podrían achacarle a Valen. Si él podía enfrentarse a lo que fuera con la cabeza alta, yo también.

—*Kvin* Lysander —saludó Valen. Su voz resonó como una tormenta poderosa en el barranco—, ¿qué es lo que quiere?

—No he venido a hablar contigo —respondió mi padre—, impostor.

Valen se echó a reír con cierta maldad.

—¿Yo soy un impostor? Y usted viene aquí al servicio de un falso rey. Un rey que esta tierra no ha elegido. Creo que el significado que ambos le damos a esa palabra es diferente.

—He venido para hablar con mi hija, así que apártate, príncipe insignificante.

En nuestro bando se alzaron unos arcos, con las flechas cargadas, al oír eso. Para nuestra gente, insultar al rey ettano significaba la muerte.

Valen levantó una mano: una orden silenciosa de no disparar. Miró fijamente a mi padre.

—Si Elise quiere hablar con usted, es libre de hacerlo.

Me miró con sus ojos negros y una sonrisa cariñosa en la cara. Asentí despacio y di un paso adelante.

—¿Qué quieres? —pregunté avergonzada porque mi voz temblaba, mientras que la de Valen sonaba segura y cortante.

—Hija —empezó mi padre—, ya te han manipulado los fae demasiado tiempo. He venido, con bandera de tregua, para llevarte a casa, con tu gente, tu familia. Nuestra sangre es la que eligieron los dioses para gobernar esta tierra y, si permaneces aquí, me temo que acabes encontrando la muerte.

Un momento antes había duda, pero, al oír sus palabras, una ira ardiente y repentina empezó a bullir en mi interior. Me eché a reír y me asomé al borde de la torre.

—¿Que temes por mí? Qué raro. ¿Y dónde estaba ese temor cuando me dejaste en las garras de ese lobo que es Jarl Magnus? ¿O cuando tu hija mayor pasó a cuchillo a la mitad de Aguja del Cuervo para conseguir la corona? Llévate esas súplicas lamentables a otra parte. Aquí caen en saco roto, *Kvin* Lysander.

—Elise, volverás —exclamó.

—¿Por qué? ¿Por qué te empeñas en esto? ¿Qué soy yo para ti? Si esto es solo una cuestión de control, estás malgastando tu tiempo y las vidas de los hombres que te acompañan. Ya no puedes ejercer ningún control sobre mí.

Incluso desde la distancia, fue como si el fuego que había en el único ojo de mi padre crepitara entre ambos.

—Todos te llamarán traidora, Elise. Luchas contra tu propia gente y yo no voy a permitir que ese sea el legado que dejes. Naciste con un deber y tienes que cumplirlo, o, si no, te aseguro que preferirás estar muerta.

El silencio se me clavó en la piel. La gente de Ruskig seguía con los arcos preparados. Nadie se movió, ni siquiera los Cuervos, mientras esperaban a oír mis siguientes palabras.

—Elise —susurró Valen junto a mi oído—, eres más de lo que él dice. No lo olvides y no dejes que él lo haga.

Yo no me sentía más. Sentir el escrutinio tanto de los ettanos como de los timoranos me ponía los nervios de punta y hacía que solo deseara que me tragara la tierra.

Hasta que miraba al príncipe de la noche.

Había confianza, afecto y amor en esos ojos. Volví a darle la mano y lo atraje a mi lado para que todos lo vieran.

Esta vez en mi voz no había ni la más mínima vacilación.

—Quiero que todos escuchen lo que voy a decir: yo ya no pertenezco a la casa Lysander. Rechazo al falso rey Calder y a su reina.

—Elise… —dijo mi padre con tono de advertencia.

Pero yo elevé la voz por encima de la suya.

—Quiero permanecer del lado de la gente de Etta, pero también de la de Timoran. —Señalé a los Cuervos—: Mirad a quién seguís, a quién servís. Un rey que asesina para lograr el poder. Contemplad la tierra que os rodea y reconoced que de nuevo ha cobrado vida gracias a la furia. Y vosotros os empeñáis en luchar contra eso. Mi padre dice que somos los elegidos de los dioses, pero miente. —Elevé la voz aún más, porque quería que todos oyeran lo que tenía que decir—. Yo quiero estar del lado del verdadero rey, el de ambos pueblos, porque nació de Timoran y Etta. Yo sirvo, y solo serviré, al linaje Ferus. Uníos a nosotros o marchaos. Es el único aviso que os vamos a dar antes de expulsaros por la fuerza.

—Por todos los infiernos, mujer —murmuró Valen entre dientes mientras me atraía a su lado—. Tengo intención de mostrarte todos los pensamientos indecentes que se me están pasando por la cabeza ahora mismo en cuanto estemos solo. Así que prepárate.

Me ruboricé. Solo Valen Ferus sería capaz de tener la cabeza ocupada con pensamientos indecentes cuando teníamos delante al enemigo.

—Elise, si eso es lo que eliges, me lavo las manos con respecto a ti, hija. —Mi padre me dio la espalda.

—Creo que eso es lo que yo acabo de decir —respondí, y eso provocó risas entre los miembros de la Hermandad de las Sombras.

Pero la diversión duró poco.

Oímos gritos procedentes de las puertas y el silbido de las flechas que soltaron nuestros arqueros y que llenaron el espacio que separaba a los dos ejércitos.

—¡Maldita sea! —exclamó Halvar—. ¡Están atravesando el muro!

Como era el primer caballero, Halvar se lanzó de cabeza al caos, gritando órdenes cuando vio que un grupo de Cuervos sacaba las espadas y se dirigía a un hueco entre las piedras.

Aparecieron más soldados que venían del bosque. Yo apreté los puños junto a los costados; no había sido más que una estratagema, un intento de colarse en Ruskig de nuevo para matar a cuantos más mejor. Y tal vez rebanarme la garganta a mí también, si tenían la oportunidad.

Valen se quitó la corona y sacó las hachas. Me miró, y en sus ojos vi que me decía un millón de cosas. Su leve caricia en mi cara trasmitía más que mil palabras. No necesitábamos hablar, yo ya lo sabía todo. «Lucha. Y vuelve conmigo.»

Al instante salió detrás de Halvar. La tierra tembló cuando su furia destrozó la roca que había entre nosotros y la grieta que había entre el bosque y Ruskig se ensanchó.

—Elise, nosotros defenderemos las torres —dijo Tor, que estaba detrás de mí, y me pasó un arco.

Asentí. No tenía la misma habilidad que los demás arqueros, pero

había estado practicando la puntería durante semanas y me las arreglaba mejor con un arco que en la lucha cuerpo a cuerpo. Tor me gritó que permaneciera agachada y les ordenó a Stieg y a Casper que prepararan su furia.

—¿Dónde está el rey?

—Ari —saludé con un suspiro de alivio cuando vi aparecer la cara del fae en lo más alto de la torre.

Tor señaló en la dirección en que había ido Valen.

—Ve con él y confunde a los Cuervos hasta que se vuelvan locos, Ari.

Con un guiño con aire juguetón, Ari salió detrás de Valen. En el pasado habían sido adversarios, pero en aquel momento eran prácticamente inseparables.

—¡Agáchate! —Tor se acercó a mí y me cubrió la cabeza cuando las flechas empezaron a caer sobre el muro tras hacer un arco perfecto.

El ruido enfermizo que hacía el acero al cortar la carne me llenó los oídos. Gritos, aullidos, maldiciones… Todo empezó a llegar cuando las flechas impactaron. Tor me rodeó con sus brazos y me mantuvo contra el muro de la torre de vigilancia, porque no podíamos hacer nada hasta que la lluvia parara.

Entonces llegó un grito desde los muros para que disparáramos en respuesta, y empujé a Tor para zafarme.

—Cuando he dicho que no quería que Valen fuera mi escudo humano, creía que con eso había dejado claro que ninguno de vosotros tiene permiso para sacrificarse, Torsten.

Tor me miró con una sonrisa, algo muy raro de ver. Tocó la punta de su flecha, lo que la prendió con el fuego azul de su furia, y después tensó la cuerda.

—Me parece que te caemos bien, Elise Lysander.

Otra batalla acababa de empezar. El miedo fue creciendo hasta que sentí un sabor amargo en la lengua. Sí, me caían bien. Quería mucho a todos los miembros de la Hermandad de las Sombras, como a una familia, como a verdaderos hermanos.

Todas las veces que la gente proveniente de mi lugar de nacimiento asomaba por allí, era para amenazar a los que más quería. Y ya estaba muy harta de eso.

Me acerqué el extremo de la flecha a la mejilla y apunté al lugar

donde mi padre se protegía bajo el toldo. Aquel hombre era un extraño para mí e iba a pagar por intentar hacerles daño a los que me importaban.

Abrí los dos ojos y disparé la flecha.

Capítulo cinco



El príncipe de la noche

Siempre estábamos preparados para la llegada de Aguja del Cuervo. Intentaron cruzar el muro, pero en cada hueco y grieta teníamos guerreros esperando, que ya habían conseguido atravesar los corazones de más de un Cuervo.

Me levanté, mientras los arqueros me cubrían, y utilicé mi furia para abrir la tierra y separarnos aún más de los Cuervos. El fuego que sentía en la sangre solo aumentó cuando los ejércitos de Calder demostraron ser más astutos de lo que yo pensaba.

Con la ayuda de unas flechas pesadas, dispararon cuerdas que alcanzaron el otro lado de la garganta que yo había creado. Como arañas que avanzaban por una tela, los Cuervos se pusieron a desenrollar cuerda, aparentemente sin esfuerzo, y a enrollarla en unos árboles gruesos, preparándose para utilizarlas para pasar al otro lado del abismo.

—¡Cortad esas condenadas cuerdas! —gritó Halvar.

A nuestro alrededor, todos se pusieron a intentar arrancar las flechas de las piedras o a cortar las cuerdas, pero el cordaje tenía una especie de recubrimiento brillante que les daba fuerza a los cabos y los convertía en casi imposibles de cortar.

Conseguimos quitar algunos, pero no todos. Había demasiados.

—¡Halvar! La partición, ¿te acuerdas? —le grité a mi amigo.

Al principio de las invasiones, entrenamos juntos. Dagar nos enseñó a usar nuestra furia en combinación y a potenciar nuestras fortalezas para proteger Etta y enterrar a los invasores timoranos.

Halvar se quedó parado y estudió el espacio que nos separaba. Unos segundos después, sus labios formaron una sonrisa, una malévola que oscureció e iluminó su cara al mismo tiempo cuando me miró.

—Podría funcionar.

—¡Pues a por ello!

—Apartaos del borde del muro —ordenó Halvar.

Los arqueros soltaron los arcos y se alejaron. Me agaché y extendí las palmas sobre la piedra; el calor de la furia abrasó la piedra pálida y dejó unas marcas negras. Una grieta apareció bajo mis manos. Una piedra raspó la de al lado. La tierra se inclinó formando montículos rocosos pronunciados cuando abrí nuestro muro.

Se oyeron aullidos y gritos de sorpresa cuando una parte del muro se fue deslizando al suelo, como si lo hubiera partido en dos.

—¡Seguid al rey! —gritó Halvar a mi espalda—. Vamos, idiotas. Y pisad solo donde yo diga.

Los guerreros tardaron un momento en mirar por encima del borde del muro abierto y ver que había varios niveles, como una especie de escalinata de piedra, que yo había moldeado para que ellos pudieran salir y acceder a la profunda grieta.

—¡Cubridlo! —gritó la voz de Elise a mi espalda.

Sonreí. Tenía un tono regio, y no tuve que mirar para saber que mi *hjärta* tenía dos docenas de arqueros a mi espalda.

La partición era una estrategia que en el pasado pretendíamos utilizar si los invasores llegaban a cruzar alguna vez los cañones o las montañas. Tendría que agotar toda mi furia y exigiría una concentración total, pero, si conseguíamos lo que teníamos en mente, los Cuervos sufrirían unas pérdidas enormes.

Tenía los brazos en alto y me temblaban las manos. La furia me bullía en la sangre. Desde lo más profundo de la grieta se elevaron unas enormes torres de roca y tierra, como unos dedos de piedra que asomaran de la tierra. Las torres eran planas en su parte superior y lo bastante amplias para que nuestros guerreros pudieran saltar de la parte más alta de una a la siguiente, como si fueran piedras en medio de un río, y utilizarlas para cruzar la garganta.

Llegaríamos al otro lado, los arrinconaríamos y ellos se arrepentirían de haber salido a la luz.

O, incluso mejor, nos imitarían y se nos unirían en las altas plataformas de piedra para luchar sobre ellas contra nosotros.

Un Cuervo corpulento se cruzó en mi camino; el capitán de la unidad, supuse. Se quitó la capucha y, durante unos momentos,

estudió los bloques que iban surgiendo del suelo.

Por fin les hizo una señal a sus guerreros para que avanzaran, ordenándoles que cruzaran el cañón por el camino que formaban las torres de piedra que yo iba levantando. Me dolían las extremidades, pero les proporcioné piedras lo bastante cercanas para que los Cuervos pudieran cruzar sobre el abismo oscuro que había debajo.

Y ellos hicieron justo lo que esperaba.

—¡Esperad! —gritó Halvar, y nuestros guerreros se quedaron parados donde estaban.

Yo me situé en el centro de la garganta. El pilar sobre el que yo estaba era lo bastante amplio para que cupieran cuatro hombres más, pero estaba solo. Tenía una visión de todos los lados y todos los lugares por los que podían acercarse.

Los Cuervos fueron tras nosotros con paso firme. Dudaron al principio, saltando de una roca a otra, pero fueron ganando confianza y después aceleraron.

—¿Listo, mi príncipe? Mi rey, quiero decir. Por todos los infiernos, me voy a acostumbrar, lo prometo —aseguró Halvar, riéndose como un maníaco a la vez que levantaba las manos.

—¡Listo!

—¡Avanzad! —gritó Halvar, y se desató el caos.

Con la mayoría de los Cuervos en terreno abierto, encima de los pilares de piedra, agité una mano para hacer que esas torres se desmoronaran y se convirtieran en polvo. Los gritos resonaron durante su larga caída hasta el fondo irregular de la garganta.

—¡Atrás! —gritó el capitán—. ¡Regresad, imbéciles!

Los Cuervos se apresuraron a volver a su lado, a tierra firme. Algunos incluso empujaron a sus propios compañeros al borde del abismo, llevados por el pánico. Pero donde pisaba un Cuervo, yo deshacía la tierra hasta que la torre caía. Y donde ponía el pie un ettano, reforzaba el suelo que pisaba con trozos de piedra más cercanos y más seguros.

Los nuestros ganaron terreno.

Los de Aguja del Cuervo caían para encontrar la muerte.

Si los Cuervos no caían por mi forma de moldear la tierra, Halvar los empujaba con fuertes y brutales rachas de viento provocadas por su furia. No había duda de que, cuando termináramos, el fondo del cañón estaría cubierto de sangre y huesos.

—¡Parad! —Se oyó un grito que resonó en medio del caos.

Se me hizo un nudo en el estómago. *Kvin* Lysander llamó a dos Cuervos que traían a rastras lo que yo más temía.

A Sol.

Solo que esta vez Sol no estaba muy rígido, como si lo hubieran tallado en piedra, ni tampoco maltrecho y como perdido en su mente. No, el hombre que tenía delante de mí, encadenado con gruesos grilletes, sonreía con maldad. Sus ojos azules estaban llenos de una ira que yo solo recordaba de la ocasión, hacía muchas órbitas, en que Sol dejó ciego a un guardia por llevarse a Torsten de su lado.

—¡Deteneos! —grité. Mis hombros subían y bajaban como locos y tenía la respiración acelerada y jadeante. Notaba el dolor de la furia en las venas, pero levanté las palmas y le lancé un trozo de piedra afilada al padre de Elise.

Él soltó una maldición y me atravesó con la mirada.

—Detén esto, príncipe de la noche, o tiraremos a tu hermano al abismo.

Me eché a reír y algo estalló en mi interior cuando Sol hizo lo mismo.

—Tiradlo. Yo lo recogeré al vuelo.

—¡Mira todas las órbitas que han pasado, y los timoranos solo se han vuelto más estúpidos, hermano!

El Cuervo que estaba detrás de Sol le dio una patada en la parte posterior de la pierna, y eso obligó al príncipe solar a caer de rodillas.

Apreté los puños. A mi espalda, Tor maldijo a todos los dioses y lanzó amenazas que yo dudaba que ningún Cuervo se pudiera creer, pero que seguro que con el tiempo verían cómo se hacían realidad.

Kvin Lysander era un imbécil integral, pero entonces una sonrisa

maliciosa apareció en su cara.

—Quieres al príncipe solar. Es una debilidad que tienes, y por eso sabemos dónde golpearte.

—¡Nos necesitan, Valen! —gritó Sol. Un Cuervo le dio un golpe en la cara, pero mi hermano se echó a reír. ¿Qué había cambiado? ¿Cómo había escapado del estado de locura en el que estaba solo unos meses atrás?

Se me erizó el vello de la nuca. Podría ser una artimaña; era posible que quisieran que yo creyera que Sol volvía a ser él mismo e hiciera alguna estupidez.

Era doloroso dejarlo en sus garras, pero había muchas vidas en juego.

—Por qué seguiríamos vivos si no —insistió Sol.

—Cállate —ordenó *Kvin* Lysander a Sol con los dientes apretados. Mi hermano lo ignoró.

—Utiliza el cerebro que supongo que tienes en esa cabeza, Valen.

Por todos los dioses, mi hermano no había dejado de insultarme. Pero cuando un Cuervo lo golpeó de nuevo, no me pude contener. Un segundo después, una roca puntiaguda ensartó al guardia en el sitio donde estaba. Toda su unidad murmuró y se apartó, buscando la cobertura de los árboles.

—Muy buena puntería —elogió Sol, mirando con una sonrisa burlona al Cuervo que tenía al otro lado.

Me centré en el padre de Elise.

—Si alguien vuelve a tocar a mi hermano, todos acabaréis atravesados antes de que os dé tiempo a dar un paso.

—Te ofrezco un intercambio, príncipe de la noche: tu hermano por mi hija.

En el fondo de mi alma supe, en cuanto apareció su padre, que iba a intentar utilizar a Elise como peón. Inteligente y malvado, aquel hombre sabía con qué amenazarme para llenar de dudas mi corazón.

Sol parecía ser el único imperturbable ante todo aquello. De hecho, estaba casi seguro de que había puesto cara de fastidio.

—No —contesté, perfectamente consciente de unos cuantos murmullos que se produjeron detrás de mí.

Kvin Lysander hizo un gesto con una mano y el Cuervo que estaba al lado de Sol lo tiró boca abajo al suelo en un segundo. El guardia sacó un tarro de cristal grande lleno de algo que parecía humo negro y lo sostuvo sobre el príncipe solar.

—Ahora mismo suena coherente, príncipe insignificante —dijo el padre de Elise—, pero con una dosis de esto se convertirá en el monstruo que viste en su momento.

—No seas estúpido —exclamó Sol entre gruñidos. Sus palabras sonaban amortiguadas—. Una vida por muchas, Valen. Una por muchas. ¡No seas débil!

Sol no había negado que a él le pasaría algo si le administraban una dosis del elixir que habían infundido con furia. Pero se resistió, como si el tarro quemara solo con estar cerca de él.

—Valen… —La voz de Tor resonó en mis oídos.

No me giré. No podía. Entendía el dolor que él estaba sintiendo. Cuando Aguja del Cuervo se llevó a Elise, comprendí lo que significaba ver cómo te arrancaban parte de tu corazón y el resto se hacía añicos.

Pero, una vez más, no supe cómo podía protegerlos a todos.

—Príncipe de la noche, voy a rectificar mi oferta —insistió *Kvin* Lysander—. Déjame que le trasmita un mensaje a Elise. De su hermana. Una advertencia, se podría decir.

—Yo quiero hablar con ella, hermano —pidió Sol con voz grave y cargada de un significado oculto.

El padre de Elise se rio, burlón.

—Ya lo ves. ¿Le vas a negar a tu hermano la posibilidad de conocer a tu ramera? ¿Y a un padre la posibilidad de ver a su hija por última vez antes de que su familia quede dividida para siempre?

No merecía la pena el riesgo.

—*Kvin* Lysander, usted no es su padre y ella no es una ramera. Si envía al príncipe solar aquí a hablar con ella, no seguiremos luchando.

Vosotros conserváis vuestras vidas y yo a mi hermano y a Elise.

Con una risa malévola, el desgraciado hizo un gesto con la cabeza y el Cuervo abrió el tarro, a punto de verter la poción con magia oscura sobre la cabeza de Sol.

—¡Que se detenga!

Por todos los infiernos. Me volví y encontré a Elise de pie en uno de los pilares de piedra, mirándome con ojos llenos de ira.

—Elise… —dije con tono de advertencia.

Ella me atravesó con la mirada y después miró a su padre.

—Iré contigo, pero no vas a tocar al príncipe solar, o le pediré al rey Valen que os mate a todos sin mostrar la más mínima misericordia, ni mucho menos remordimiento.

Aquella mujer había perdido la cabeza. Levanté las palmas y fabriqué un puente estrecho desde donde yo estaba hasta ella. Elise no iba a vacilar, no mientras yo estuviera mirándola, y esa fuerza imprudente que tenía era una de las muchas cosas que amaba de ella. Pero estaba yendo demasiado lejos.

Le puse una mano en la nuca y la acerqué a mí.

—Estás loca si crees que voy a dejar que te lleven a Aguja del Cuervo otra vez.

—Y tú no estás bien de la cabeza si crees que voy a permitir que torturen a Sol delante de su gente y su amante. Si fueras tú el que estuviera allí, no habría nada que no haría para evitar tu dolor.

Esa mujer hermosa y estúpida…

Me puso una mano sobre el corazón.

—No me iré con ellos, Valen. Pero puedo proporcionar un cambio, tal vez una distracción para que podamos liberar a Sol.

Apreté la mandíbula mientras miraba el lugar donde el Cuervo había obligado a mi hermano a ponerse de rodillas.

—Creo que Sol sabe algo. Se ha mostrado evasivo e irritante a propósito, pero esa forma de pedir hablar contigo… —Sacudí la cabeza—. No. Es demasiado arriesgado.

Me cubrió la mejilla con la palma y me giró la cara para que volviera a mirarla.

—Valen, confía en mí, como yo confío en ti.

—No es en ti en quien no confío.

—Lo sé, pero fíate de que no voy a ser tan idiota como para arriesgarme a que me separen de ti otra vez. Un riesgo sensato y calculado puede lograr que recuperes a tu hermano. Merece la pena.

Cerré los ojos, furioso y deseando que lo que decía no tuviera sentido.

—Un momento nada más —dije entre dientes—. Es el único margen que les daremos antes de morir como hagan un solo movimiento…

—No llegaremos a eso. —Elise me miró con el ceño fruncido y después observó el borde del abismo—. Pero ahora necesito una forma de llegar hasta allí, por favor.

Dejé escapar un suspiro de frustración y después miré a los arqueros.

—No perdáis de vista a *lady* Elise. Disparad, y no falléis, si alguien intenta hacerle daño.

Con mucho cuidado, formé un puente elevado con raíces, rocas y tierra que iba desde nuestro pilar hasta el borde de la garganta.

Antes de que Elise entrara en el puente, le rodeé la cintura con un brazo, la apreté contra mi pecho y le rocé la oreja con los labios.

—Te quiero, y debes saber que vas a acabar conmigo si sigues haciendo estas cosas.

Ella se mordió el labio inferior, sin duda para contener una sonrisa, y después me cogió una mano y me dio un beso en la palma.

—Volveré pronto, mi rey.

Capítulo seis



La princesa rebelde

A mi espalda, oí a Valen gritar órdenes. Yo ya había aprendido que era su forma de mantener la cabeza fría. Lo hacía cuando estaba claro que su cuerpo bullía por los nervios y la rabia, y la única forma que tenía de satisfacer su sed de sangre era acabar con todos los Cuervos que yo tenía delante.

Al final del puente me esperaba el capitán, que parecía esculpido en piedra. Me tendió una mano; tenía los músculos de la mandíbula tensos. Rechacé su ayuda para abandonar el puente y lo dejé atrás con la barbilla alta y sin apartar la vista de mi padre.

Solo me distraje cuando pasé junto a Sol.

Nuestras miradas se encontraron. Se parecía a Valen, porque en aquel momento tenía la cara algo menos demacrada y su piel había recuperado el color. La mayor diferencia estaba en los ojos. Los de Valen eran como un cielo a oscuras y los de Sol eran azules, como lo más profundo del océano.

—Elise.

Me alejé del príncipe solar y volví a mirar a mi padre.

—Ya estoy aquí. ¿Cuál es el mensaje?

—No tengo ningún mensaje. Solo quería mirarte a los ojos para asegurarme de que no te habían hechizado esos fae.

—Te aseguro que tengo las ideas más claras que nunca.

Mi padre hizo una mueca.

—Quiero recordarte, hija, que estás desposada con Jarl Magnus. Cualquier cosa que pretendas hacer con ese fae no tiene sentido. Los dioses no lo aceptarán.

Me eché a reír, no lo pude evitar. Lo que estaba diciendo era totalmente ridículo.

—¿Los dioses? ¿Crees que los dioses aprueban un matrimonio por

la fuerza? Estaba encadenada, *Daj.* ¿Y te parece que los dioses te sonrieron cuando permitiste que Jarl acabara con mi madre? —Me acerqué y dije en voz baja—: Eres un cobarde.

Él levantó una mano para pegarme, pero se tambaleó cuando la tierra se sacudió.

—¡Si le pone una mano encima, será lo último que haga! —gritó Valen.

Leif Lysander dirigió una mirada llena de ira al otro lado del cañón, pero enseguida inspiró hondo unas cuantas veces para recuperar la compostura.

—No lo vas a conseguir, Elise —prosiguió mi padre—. No conoces los secretos de Aguja del Cuervo.

Él se creía lo que estaba diciendo, y eso hizo que un escalofrío me recorriera la espalda, aunque logré ocultarlo bien.

—No os tengo miedo.

—Pues deberías. —Mi padre agachó la cabeza y la acercó a mi cara—. Sabes que no te voy a permitir volver con él, ¿verdad? No podrá matarnos a todos, no es lo bastante rápido.

Lo miré con el ceño fruncido.

—Sí, cuando decidí venir ya sabía que no me ibas a dejar regresar. Pero tengo una propuesta: iré contigo tranquilamente, sin luchar, y le pediré a Valen que no responda, pero solo si permites que el príncipe solar hable con su consorte.

Miré por encima del hombro. Sol no se giró para mirarme, pero hundió la barbilla y cerró los ojos.

—Permite que el príncipe solar tenga, al menos, la oportunidad de despedirse, *Daj,* y déjame permanecer junto a él cuando lo haga.

En la cara de mi padre vi un gesto de confusión y tal vez también cierta incomprensión. Tardó un rato, pero al final asintió.

—Si intentas algo, lo haré pedazos y no pararé hasta que su sangre tiña toda la hierba.

Mi padre hizo un gesto para que me fuera y me dejó a cargo del capitán de la unidad. Obligaron al príncipe solar a ponerse de pie y los

dos nos quedamos allí juntos, en silencio. Los Cuervos se apartaron.

—Eres valiente, mi reina —susurró Sol.

—Yo no soy reina. Soy la consorte de tu hermano.

—Por ahora. —La sonrisa de Sol era tan traviesa como la de Valen.

—Torsten te necesita —le dije en voz baja—. Habla con él.

Sol tragó saliva con esfuerzo y miró al otro lado del cañón.

—Qué petición más extraña para una reina: solicitas que a mí me dejen hablar con los que amo, pero no quieres nada para ti.

No volví a corregirlo sobre mi título, solo bajé un poco más la voz.

—Lo que espero es que juntos podamos idear un plan. He leído los diarios de tu madre y, según sus palabras, tú eres igual de astuto que tu hermano.

Sol sonrió. Era maravilloso verlo lleno de vida, tan diferente a aquella silueta encogida y casi inerte de las mazmorras de Aguja del Cuervo.

—¿Igual? Mi reina, algo que debes aprender desde ahora mismo es que yo soy mejor que Valen en todo.

—Oh, qué maravilla. Otro Ferus con la lengua afilada.

Sol se rio, pero enseguida se puso serio y se acercó al borde. Al otro lado, los ettanos y los habitantes de la noche lo miraban en silencio. Halvar y Tor estaban al lado de Valen. Ninguno de ellos se movió. No estaba segura de que respiraran siquiera.

Sol carraspeó.

—*Lady* Elise me ha concedido un regalo. —Se quedó callado, cerró las manos con fuerza y fue evidente el dolor de su corazón—. Tor, yo… creía que estabas muerto. Me han mantenido con vida, sumido en un estado de locura, y no me importó, porque pensaba que tú ya no estabas. Hasta que te vi. Ahora solo vivo por ti, soñando con el momento en que vivamos sin cadenas y no haya distancia entre nosotros.

Tor dejó caer el arco, se acercó al borde del pilar de piedra todo lo que pudo y se golpeó el pecho con el puño.

—Te perdí una vez y no volverá a ocurrir.

—No. —Sol sonrió—. No pasará de nuevo. Te juro que yo seguiré con vida si tú me lo juras también.

Tor gritó de frustración y se puso a caminar arriba y abajo.

—Tiene que ser hoy. No te voy a dejar aquí, Sol.

Una sombra de tristeza apareció en la cara del príncipe solar.

—No hay nada que desee más, pero creo que eso no es lo que guarda para nosotros el destino.

—El destino no es algo que me importe.

Sol ignoró la insistencia de Tor y sonrió.

—Te quiero como si no hubiera pasado el tiempo. Incluso más que antes, si eso es posible.

—Sol…

—Tengo una petición, Tor. Por favor —Sol señaló a Valen—, procura no matarlo. Los dos sabemos lo irritante que puede llegar a ser. Y Halvar, espero que tú hagas lo mismo.

Halvar no encontró ninguna respuesta ocurrente. La verdad es que parecía a punto de desmoronarse cuando se golpeó el pecho con el puño también.

Sol miró a su hermano y habló con la voz quebrada.

—El linaje Ferus es fuerte. Y estos malditos Cuervos lo necesitan. Durante un tiempo yo no controlaba mi mente, pero siempre he oído de maravilla. Y sé que eres un rey sabio, hermanito.

—Te estoy guardando el sitio hasta que vuelvas a recuperar tu corona.

Sol frunció el ceño, pero no lo contradijo.

—Sé sabio también ahora y escúchame. Debes saber que sueño con el día en que las sangres del primero, la intermedia y el último

vuelvan a reunirse. —Valen se tensó. Yo no entendí nada y no tuve tiempo de preguntar antes de que Sol continuara—. Prepárate para controlar la tierra, Valen.

Noté que se me ponía de punta el vello de los brazos por los nervios. Valen dejó caer el hacha. Tor se puso tenso. Sol tenía algo planeado y él iba a venir a por mí.

—Mi reina —susurró—, procura llegar a ostentar ese título de forma oficial.

—¿Qué quieres decir?

Sol miró a los Cuervos que estaban cerca y continuó con mucha cautela.

—Tu título es necesario. No puedo explicar nada más. Escucha y repítele a Valen lo que estoy a punto de decir, palabra por palabra. Dile que a ella la están usando, que lo han hecho todo este tiempo y que la encuentre. Y después, diles a ambos que vuelvan a casa a visitarme.

—No lo entiendo.

—Y ellos tampoco —dijo, señalando a los Cuervos que se acercaban.

Mi padre había sospechado algo y ordenó a los guardias que nos apresaran de nuevo.

—Estoy encantado de haber conocido a mi nueva hermana —murmuró Sol con una sonrisa pícara—. Elise…

—¿Qué?

El príncipe solar acercó su boca a mi oreja.

—Corre.

Lo que ocurrió después fue una locura. Sol me empujó hacia el borde del abismo y levantó las palmas, como hacía siempre Valen.

—¡Tor, abrásalos conmigo! —gritó.

Y de repente, unos hilos de algo negro, espeso y horrible envolvieron al príncipe solar. Después surgió una gran cascada de pestilencia que avanzó deslizándose hacia el borde del precipicio. El

tiempo se ralentizó. Oí gritos por todas partes: los de mi padre, exigiendo que atraparan a Sol con vida, y otras órdenes para que me apresaran a mí también.

—¡Salta, Elise! ¡Ahora! —gritó Sol.

Su furia venenosa seguía acumulándose a mi espalda. No tenía otra opción que correr hacia el borde. Solo veía a mi alrededor esos hilos negros de pestilencia que parecían a punto de devorarme.

Así que salté.

El viento me azotó la cara. ¿Grité? No lo sé. Noté el estómago proyectado hacia mi pecho cuando caí al vacío. Como si cada movimiento estuviera pasando a toda velocidad ante mis ojos, vi cómo un muro negro de furia oscura se encontraba con otro azul y llameante y el resultado rodeaba a los Cuervos que habían quedado atrapados en los pilares de Valen. Un estruendo ensordecedor resonó en el bosque cuando ambos muros se estrellaron el uno contra el otro. Y de los guerreros que se vieron atrapados entre las dos furias no quedaron más que cenizas.

Estaba confusa.

¿Por qué me había dicho Sol que saltara si quería que trasmitiera un mensaje? ¿Valen conseguiría mantener la cabeza en su sitio y seguir siendo el rey si me veía morir a mí? ¿O lo dejaría todo en un ataque de ira y sed de sangre y se convertiría en el Espectro Sanguinario de nuevo?

Cerré los ojos y me preparé para las puntas afiladas de las rocas que había en el fondo cuando algo duro se enroscó en mi muñeca. Después noté que me envolvía la cintura y frenaba mi caída. Unas raíces aparecieron debajo de mí, a mi alrededor y desde el otro lado del cañón para formar una improvisada red bajo mi cuerpo.

Un momento después, unos brazos me rodearon. Valen cayó conmigo, apretándome contra él con una mano y controlando la tierra con la otra hasta que nos detuvimos en seco.

Grité por la punzada de dolor que sentí cuando las raíces y las ramas llenas de barro frenaron la caída, cediendo lo justo para suavizar el golpe. Estaba segura de que a la mañana siguiente amaneceríamos llena de moratones y magulladuras.

La red rebotó un poco, el peso que había en el centro me hizo

rodar hasta allí y caí en brazos del príncipe de la noche.

Valen tembló cuando me apretó bruscamente contra su pecho. El calor de la furia se estaba evaporando de su piel húmeda. Jadeaba, igual que yo. Logré superar mi perplejidad y le abracé el cuello, aferrándome a él como si cada momento pudiera ser el último. Enterré la cara en su cuello e inhalé su olor: el calor de su piel, con un toque a tierra y barro, y el extraño hormigueo de la furia que casi podía tocar con los dedos.

—¿Esto lo has hecho tú? —pregunté en un susurro—. Controlas algo más que las piedras.

—Cualquier cosa… que esté en la tierra —confesó entre jadeos mientras iba recuperando el aliento. Tenía los labios apretados contra mi frente—. Nunca, jamás, vuelvas a hacer eso.

Sonreí junto a su piel y lo abracé más fuerte.

No supe cuánto tiempo estuvimos así, abrazándonos, besándonos y tocándonos, como si estuviéramos a punto de desaparecer, pero cuando salimos de la red de furia de Valen y él utilizó su magia para elevarnos, la gente de Aguja del Cuervo se había ido.

Mi padre también.

Y, para nuestra gran consternación, se habían llevado al príncipe solar.

Capítulo siete



El príncipe de la noche

No quería ver a nadie más que a los de mi círculo más cercano y a Elise. Las personas en las que más confiaba estaban alrededor de la mesa de la casa del rey en aquel momento.

Estábamos contemplando distraídos nuestros cuernos mientras repasábamos mentalmente todo lo que había pasado aquella mañana. Elise tenía arañazos en la cara y en los brazos. Kari la había ayudado a limpiarse los cortes que le había hecho la tosca red que yo había creado gracias a las plantas que cubrían las paredes de la garganta.

Maldito Sol… Podría habernos avisado de alguna forma, no solo soltando pistas vagas. Pero mi hermano había calculado con mucha sabiduría lo que decía. Eran sus palabras las que hacían que me mantuviera en silencio. Seguía sin haber aceptado la verdad.

—Quiero decir algo —anunció Tor por fin.

—No necesitas mi permiso —respondí.

Tor se giró en el banco de madera en el que estaba sentado y miró a Elise.

—Lo que has hecho… —se quedó callado un momento y carraspeó— ha sido un regalo que no podré acabar de agradecerte nunca.

Elise ladeó la cabeza.

—Tor…

—No, no lo comprendes. Durante siglos he vivido bajo una maldición, pero vacío. Mi corazón sabía que le faltaba algo, pero no recordaba el qué. Cuando nos liberaste de ella, lo recordé todo. La última vez que vi al príncipe solar estaba cubierto de sangre y arriesgó su vida para salvar la mía mientras me llevaban a rastras para torturarme. Y no pude hablar con él por miedo a que lo mataran o que eso provocara que me hicieran más daño.

El silencio se podía cortar con un cuchillo, era casi como algo físico en aquella habitación, igual que el olor de la cerveza y el humo.

Yo no olvidaría nunca aquel día, cuando llegaron los Cuervos y maltrataron a Tor delante de Sol; no había visto jamás una rabia como aquella en los ojos de mi hermano. De alguna forma, por el efecto de la furia o de la fuerza bruta, consiguió romper sus cadenas.

Nos pasamos semanas en una jaula heladora por culpa de aquello, pero desde que yo tenía a Elise, sabía lo que era la desesperación por proteger lo que es tuyo.

Tor le cogió la mano a Elise y continuó:

—Permite que te dé las gracias por concederme ese breve momento. Un nuevo recuerdo al que aferrarme con unas palabras y una imagen diferentes.

Siv se limpió una lágrima de la mejilla y le apretó un poco más la mano a Mattis.

Elise sonrió y bajó la cabeza.

—Te lo mereces, Tor. Pero tengo una pregunta: ¿qué es eso que has hecho con tu furia combinada con la de Sol?

—Yo nunca había visto nada igual —dijo Stieg, a quién también le picaba la curiosidad.

—Ni yo —corroboró Ari—. La verdad es que vosotros, los antiguos, tenéis una furia que yo no he visto… jamás.

—Los fae oscuros, como Sol, no van por ahí alardeando de su furia —comentó Tor con cierta amargura—. Y nosotros no somos antiguos, imbécil.

—Tan encantador como siempre —murmuró Halvar.

Kari lo miró, y había preocupación en su sonrisa mientras le acariciaba el antebrazo con las yemas de los dedos. Mi amigo había estado extrañamente apagado desde que había vuelto al otro lado del muro, y eso no era nada propio de él. Pero yo sabía que, si quería hablar, no habría nada que detuviera a Halvar de contar lo que se le pasaba por la cabeza.

Lo haría cuando se sintiera preparado.

—Yo también tengo curiosidad —admití, mirando a Tor—. No sé qué es lo que habéis hecho, pero nunca he visto nada parecido a lo

que ha pasado cuando tu furia del fuego se ha mezclado con la de Sol.

Tor se revolvió en su asiento y se frotó el puente de la nariz.

—Solo Arvad sabía que nuestra furia tenía una conexión explosiva. Ya sabéis que todo el mundo guardaba en secreto lo de la furia de Sol, pero a él y a mí nos gustaba experimentar. Y resultó que, cuando mi fuego entraba en contacto con su pestilencia, ocurría algo. Una colisión que podía calcinar cualquier cosa.

Sentí una presión en el pecho.

—Los Cuervos. Acabaron…

—Convertidos en cenizas —interrumpió Tor—. Sí. Una demostración para que Aguja del Cuervo sea consciente de lo que puede pasar… y pasará.

—Ha sido muy imprudente por su parte. —Me pasé los dedos por el pelo y apoyé los codos en la mesa—. Les ha mostrado lo peligroso que puede resultar para ellos. ¿Y qué van a hacer tras haberlo visto? ¿Matarlo? ¿O volver a convertirlo en el fae sin voluntad que hacía todo lo que ellos querían?

Golpeé la mesa con el puño, enfadado y frustrado y bastante asustado por el fino hilo del que pendía mi familia, que yo creía muerta, justo delante de mis ojos.

—Surge un cierto respeto hacia alguien cuando los demás lo temen —aventuró Ari.

—¿Qué quieres decir? —pregunté con malos modos, pero me calmé un poco cuando Elise me puso una mano en la pierna, un contacto reconfortante con magia propia. Solo esa mujer podía conseguir que la ira descontrolada que seguía sintiendo en mi interior se calmara.

Bajé la cabeza, le apreté la mano y la miré con una sonrisa tensa.

Ari me señaló.

—Cuando eras el Espectro Sanguinario, la gente te temía pero a la vez te respetaba. Incluso los Cuervos. Todos comprendían que, si decidían enfrentarse a ti, debían estar preparados para acabar en el Otro Mundo. Ellos han mantenido a Sol con vida todo este tiempo sin saber lo temible que era su furia.

»Seguro que habrán experimentado con él, pero hoy han visto lo que pasará cuando los habitantes de la noche se unan y luchen contra ellos. Él les ha hecho una pequeña demostración y ha sembrado el miedo en sus corazones. Ahora, Aguja del Cuervo tendrá que mostrarnos el respeto que nuestros ejércitos merecen. Que merece nuestro rey.

—¿Me estás diciendo que lo que ha hecho mi hermano ha sido inteligente?

Tor y Halvar se miraron sonriendo.

Ari arqueó una ceja.

—Pues sí. Creo que era un riesgo calculado que nos proporciona cierta ventaja.

—Lo voy a echar a patadas de aquí —le dije a Elise. Ella se me quedó mirando como si hubiera perdido la cabeza.

—¿Qué? —Ari me miró—. ¿Por qué?

Tor se echó a reír. Se oyeron las carcajadas del brutal, feroz e iracundo Torsten.

—Ya aprenderás que el príncipe solar y el príncipe de la noche tienen la mayor rivalidad fraternal que he visto en mi vida.

—Es verdad —confirmó Halvar—. Y yo tuve cuatro hermanos en el pasado. Pero solo la reina y Herja eran capaces de hacer callar a nuestros queridos príncipes cuando discutían. Buena suerte, Elise. Ahora te va a tocar hacerlo a ti.

El ambiente distendido duró solo un momento antes de que todos volviéramos a sumirnos en un silencio lúgubre. Había que hablar de más cosas, contestar a más preguntas, y yo no estaba seguro de que pudiera responder algo. Al menos aquella noche no.

¿Cómo había logrado Aguja del Cuervo manipular nuestras vidas durante tantas órbitas? ¿Qué poder tenían en realidad? ¿Qué tipo de furia? ¿Tenían alguna conexión con los videntes o con el destino que yo no conocía? ¿Y por qué?, sería la siguiente pregunta. La niña, Calista, me había dicho que la contadora de historias que había manipulado el destino para maldecirme me había salvado la vida con ello y había evitado más asesinatos de mi familia.

¿Aquella bruja no sabía, tantas órbitas atrás, que mi hermano y mi hermana seguían con vida? ¿O había alguna razón por la que los tres teníamos que sobrevivir?

Tenía un centenar de preguntas martilleándome en la cabeza y no me gustaba nada el miedo que sentía en el pecho. Tal vez, como me habían dicho ellos en forma de amenaza infinidad de veces, yo no era consciente de la verdadera fuerza de mi enemigo. Yo intuía que Sol se había enterado de cosas durante su cautiverio. Teníamos que liberarlo. Y encontrar a Herja.

—Has mencionado a mi hermana. —Me quedé callado un momento hasta que logré encontrar las palabras—. Herja está viva.

Nadie se movió ni dijo nada. Una buena señal. Hacía falta tiempo para digerir una afirmación como aquella antes de analizarla.

Elise me puso una mano en el brazo y vi que tenía los ojos llenos de lágrimas por la emoción.

—¿Cómo lo sabes?

Di un trago. En mis ojos brillaba una llama.

—Sol me lo ha revelado. Cuando ha dicho que soñaba con el momento en que las sangres del primero, la intermedia y el último vuelvan a reunirse..., me estaba contando que Herja está por ahí. Viva.

Casper alzó una mano.

—¿Te importa explicarnos cómo llegas a esa conclusión?

—Así se refería a nosotros cuando éramos niños, básicamente para fastidiarme. —Negué con la cabeza, sonriendo—. Él siempre decía que el primero, que era él, era el más fuerte. Los cimientos que sujetaban a los demás.

Incluso Elise se echó a reír.

—Mira que había cosas que podría haberme dicho esta mañana, pero lo que ha elegido es hacerme saber que él es mejor que tú en todo.

Puse los ojos en blanco.

—¿Eso es lo que ha dicho? ¿Mientras una unidad entera de

Cuervos le apuntaba a la garganta con sus espadas eso es lo que se le ha ocurrido contarte?

—Y ha insistido mucho en ello.

Por todos los infiernos, cómo echaba de menos a mi hermano.

—Eso ya se verá. A Herja siempre la llamaba la intermedia. La pieza que hacía falta para unir al primero y al último, los dos opuestos. La más calmada y fiable. Y yo era el último. No hace falta que repita lo que decía sobre mi orden de nacimiento.

Se oyeron risitas por toda la mesa.

Ari se reclinó en su asiento y entrelazó los dedos detrás de la cabeza.

—Estoy deseando conocer al príncipe solar. Me parece muy divertido.

Habría seguido menospreciándome y poniendo a Sol en un pedestal si con eso lograba que Tor siguiera como estaba en aquel momento: presente y contento, después de tantas órbitas en que no lo había visto así.

Mattis dio unos golpecitos en la mesa para que retomáramos nuestra conversación.

—¿Pero cómo puede saber él que está viva? Y no quiero ser aguafiestas, ¿pero cómo es posible que esté viva? Si no he entendido mal, la princesa Herja no era una habitante de la noche.

—Mi madre y Herja se sometieron a la *förändra*. —La Trasformación. Una forma para que un mortal se volviera como los fae. Al menos durante una vida. Pero ni mi madre ni Herja tenían furia, al menos la última vez que las vi—. Mi hermana cuando nació y mi madre poco después de casarse con mi padre.

Miré la mano de Elise, entrelazada con la mía. Pronto le pediría a ella que la hiciera también, si quería.

—Pero insisto, ¿cómo puede saberlo el príncipe solar? ¿Crees que está en Aguja del Cuervo? —siguió preguntando Mattis.

—No lo sé —tuve que admitir.

Stieg negó con la cabeza.

—A mí me ha parecido que era como si te estuviera pidiendo que la encontraras. Podría haber dicho que la intermedia estaba con él, pero ha utilizado las palabras «vuelvan a reunirse».

—Si está en alguna parte, haremos todo lo que esté en nuestra mano por encontrarla —aseguró Elise—. Creo… que me ha dicho a mí también algo sobre ella.

—¿De qué hablas?

—Antes de pedirme que saltara, me dijo algo muy extraño e insistió en que te lo repitiera palabra por palabra.

Elise captó toda la atención de la mesa al repetir las palabras de Sol. ¿Qué era lo que él quería que yo entendiera? Si le había dicho a Elise específicamente que me lo repitiera tal cual, es que había elegido las palabras con esmero. Me froté la cabeza, frustrado y deseando que mi hermano estuviera sentado a mi lado.

Entonces Kari se revolvió en su asiento.

—Deberíamos comprobar los burdeles.

La miré, perplejo.

—¿Qué?

Se quedó callada un momento antes de explicarse. Brant y Halvar se miraron preocupados, demostrando un enfado protector que solo era propio de un amante o un hermano. Pero Kari era dura. Inspiró hondo y alzó la barbilla.

—Has dicho «utilizada». Eso es lo que él dijo, ¿no?

Elise asintió despacio.

—Sí, Sol me dijo que habían estado utilizándola todo este tiempo.

—Cuando yo estaba en la guardia de Aguja del Cuervo y… me raptaron, los guardias decían que me iban a utilizar, que sería como una esclava sexual de un burdel.

Halvar tensó la mandíbula y apoyó la mano en la empuñadura de la espada, como si estuviera a punto de salir como una tromba de la casa del rey para ir en busca de todos los Cuervos que le habían hecho daño a Kari.

Si yo hubiera sido una mejor persona y un buen amigo, me habría preocupado y lo habría apoyado, pero en aquel momento solo fui capaz de sentir una ira que me ardía en las venas y me hizo levantarme de un salto de la silla.

—¿Crees que Aguja del Cuervo ha estado utilizando el cuerpo de mi hermana durante siglos?

Kari no se acobardó al notar la oscuridad que había en mi voz, sino que me miró a los ojos; algo admirable.

—Es una sugerencia, mi rey, nada más. Es lo primero que me ha venido a la mente al oírlo.

—Valen —intervino Brant—, si eso es cierto, la tendrán escondida en un lugar al que solo la nobleza tendrá acceso. Es demasiado valiosa para ellos. Conozco unos cuantos burdeles que han visitado solo los propios reyes del castillo Aguja del Cuervo desde hace siglos.

—Iremos a ponerlos patas arriba —sugirió Ari, con las manos convertidas en puños sobre la mesa.

—Mejor mantengamos la cabeza fría —dijo Tor—. Esa palabra podría significar otra cosa. Nadie utilizaba la espada tan bien como Herja. Podrían estar utilizándola para luchar para ellos.

—Esperemos que sea eso —contesté con un tono de amenaza en la voz.

Elise debió de sentir que me hervía la sangre (había adquirido una gran habilidad a la hora de detectar mis sentimientos), porque se apresuró a decir:

—¿Qué crees que quería decir Sol con eso de que volvieras a casa a visitarlo?

Se me hizo un nudo en el estómago. Había entendido perfectamente lo que quería decir mi hermano con aquella última frase. No sabía por qué, pero estaba seguro de que no lo habría dicho si no tuviera una buena razón. La miré con una sonrisa tierna y le di un beso en la palma de la mano.

—No estoy seguro. Creo que quería decir que lo trajéramos a Ruskig. Siempre decía que este lugar era nuestra casa.

Se oyeron murmullos en la mesa, como si los demás estuvieran

reflexionando sobre la explicación para encontrarle el sentido.

—Hay una cosa que quiero hacer y, después de lo que Sol le ha dicho a Elise, creo que, si estuviera aquí, estaría de acuerdo conmigo en que ya es hora —dije, y noté la sangre latiéndome en las venas. Por todos los infiernos, me sentía como la noche en que besé a Elise Lysander por primera vez en la antigua escuela. Estaba hecho un manojo de nervios, pero hablé con seguridad—: Quiero pedirte que te cases conmigo, Elise, y que seas mi reina.

Siv fue la primera en hacer algún sonido. Dio un respingo, se tapó la boca y se estremeció como si no pudiera contener sus emociones. Mattis se rio bajito y la atrajo hacia su costado.

Elise me apretó la mano y me miró a los ojos. Poco a poco apareció una sonrisa que le elevó las comisuras de la boca. Me agarró la cara entre las manos y me dio un beso sin vergüenza ni reparo. Cuando se apartó, se quedó a muy pocos centímetros de mi boca y dijo:

—Ya era hora de que me lo pidieras, Valen Ferus.

Yo sonreí también junto a sus labios y la acerqué de nuevo para besarla sin importarme todos los presentes en la mesa.

Los dedos de Elise se enterraron entre mi pelo y tiraron. Esa sensación me hizo ponerme en pie de un salto y la arrastré conmigo.

—Fuera todos —les ordené a los demás.

—Qué poco considerado por tu parte —exclamó Ari—. Nos podrías conceder el permiso para irnos de otra manera y decir tal vez: podéis ausentaros. O levantamos la sesión. O…

Conseguí separar los ojos de los de Elise para mirar a Ari.

—Si lo prefieres, puedo pedir que te arranquen la cabeza ahora mismo.

Ari resopló, pero se levantó.

—Una amenaza inútil. Me has cogido demasiado cariño ya. Tengo que decirlo de nuevo, Elise: todavía estás a tiempo de elegirme a mí.

Halvar soltó una carcajada, agarró a Kari de la mano y le dio un empujón a Ari.

—Lárgate ya, idiota.

Cuando salieron de la casa, arrastré a Elise hasta el dormitorio que compartíamos.

Bajo las pieles, a solas, no me contuve. El miedo que había sentido al verla cruzar el abismo en dirección a donde estaba la gente que quería hacerle daño chocaba con el orgullo infinito que me llenaba por tener a mi lado a una mujer que era capaz de enfrentarse al peligro con la cabeza alta y el arma preparada.

No era momento para dulzura ni ternura; todo era salvaje, feroz y sin reservas.

Su cuerpo se apretó contra el mío. Elise metió las manos bajo el cinto en el que yo llevaba las hachas. No me di cuenta de que lo había soltado hasta que oí el ruido del metal al caer sobre la madera. Me aparté de ella solo lo justo para tirar de la espalda de mi túnica y tirarla lejos.

Me clavó las uñas en la piel cuando la cogí en brazos y después me rodeó la cintura con las piernas.

Nuestras bocas se estrellaron y todo fueron dientes, lenguas y jadeos. La apreté contra la pared.

Elise suspiró cuando recorrí con la boca la suave y delicada curva de su cuello.

—Hace meses que quería pedírtelo —dije contra su piel mientras le mordisqueaba el hombro.

Ella se estremeció, sin aliento y mostrándome la garganta.

—¿Y por qué has tardado tanto en hacerlo?

Conseguí meter la mano entre la pared y su espalda para soltarle los lazos del vestido, lo abrí y tiré hasta que noté la carne desnuda y ardiente bajo mi palma. Le rocé el hombro con los dientes y los labios mientras tiraba de la manga.

—En el pasado no te gustaba nada la idea del matrimonio.

Ella soltó una risita. La vibración que producía encendió una llama de deseo en mi cuerpo.

—No me apetecía nada lo de casarme, hasta que un negociador

matrimonial muy irritante se cruzó en mi camino.

Le sonreí y la besé de nuevo.

—Irritante, ¿eh?

—Mucho.

Desde el fondo de mi garganta surgió una especie de gruñido. Dejé que bajara las piernas lo justo para librarme del vestido de lana, pero aún quedaba demasiada ropa entre ambos, una cantidad absurda.

—Por todos los dioses, Elise —exclamé entre gruñidos cuando me dio un beso sobre el corazón.

Se me aceleró el pulso. Las yemas de mis dedos ansiaban tocar a esa mujer. La llevé hasta la cama, le puse una mano en el pecho, sobre el corazón, y la empujé hasta que se tumbó.

La urgencia de la pasión se redujo. Nuestras miradas se encontraron. El fuego azul se mezcló con la medianoche.

Su pecho no dejaba de subir y bajar frenéticamente mientras yo le recorría la piel con los dedos, memorizando las perfectas curvas de sus pechos, las cicatrices de las costillas, la suave protuberancia de los huesos de la cadera. Le di un beso en cada uno de ellos y metí la mano entre sus muslos.

Elise se apoyó en los codos y me miró. Esa mirada decía mil cosas. La dejé así, con una sonrisita pícara, un desafío, una promesa de las cosas buenas que estaban por venir, y seguí bajando por su cuerpo.

Mis besos, mis manos y mi lengua consiguieron que emitiera jadeos breves e irregulares. Oír mi nombre salir de sus labios liberó una necesidad primitiva de algo más. Disfrutaba de cada mirada de ojos vidriosos, de cada exclamación. Elise apartó la piel de la cama, me tiró del brazo para que me tumbara sobre su cuerpo y me besó con fuerza y pasión.

Con su mano apoyada en mi cadera y su cuerpo debajo del mío, nos unimos, jadeando y disfrutando de un momento de paz en una época de corrupción y de guerra. Susurré su nombre contra su cuello y le murmuré secretos que eran solo para sus oídos.

Cuando la tensión se liberó, me clavó los dedos en la piel y gritó

mi nombre. Yo me estremecí y me hundí en ella. Durante un momento me quedé muy quieto, satisfecho y feliz. Una felicidad que nunca había imaginado antes de que la segunda *Kvinna* se instalara en lo más profundo de mi ser.

La besé con ternura y después la atraje contra mi pecho y apoyé su cabeza sobre mi corazón, hasta que noté la respiración suave y rítmica y dejé que el sueño nos arrastrara a ambos.



Elise dormía profundamente cuando volví al salón de la casa del rey. Los siseos y chasquidos del fuego del hogar llamaron mi atención y me calentaron la piel del pecho desnudo. Con los párpados apretados, me volví hacia la mesa, donde esperaban Halvar y Tor.

Sabía que ellos habrían vuelto.

—Volver a casa a visitarlo —repitió Tor—. Las sangres del primero, la intermedia y el último vuelvan a reunirse.

Asentí y noté que se me helaba el corazón.

—¿Por eso quieres casarte? —preguntó Halvar.

—No. —Esa no era la razón. Sería lógico, pero no lo era—. Quería casarme con Elise Lysander incluso antes de conocer mi verdadera identidad. Hace mucho que debería haberlo hecho.

Halvar pareció complacido.

—Va a ser una reina temible. Como tu madre.

—Y vosotros dos permaneceréis a su lado y lucharéis por ella, si yo no estoy aquí.

—Valen…, no puedes hacerlo —dijo Tor.

—No quiero, pero Sol no lo habría pedido si no fuera importante. Tú lo sabes mejor que nadie.

—Pero…

—Tor —interrumpí—, mi hermano me ha pedido que regresemos a Aguja del Cuervo. Sabe algo y nos necesita a Herja y a mí. Nuestra sangre. Tengo que encontrar la forma de volver a casa.

—¿Y qué pasa con Elise? Ella no lo aceptará —intervino Halvar—. Y no puedes ocultarle algo así.

Y tanto que se lo ocultaría, por todos los infiernos. Quería protegerla de la verdad, del riesgo, del dolor, de todo lo que tenía que ver con la maldita guerra.

—Elise lo sabrá, pero debemos encontrar a Herja primero. Ese es el primer paso.

—Te odiará si te matan por esto —advirtió Halvar.

Suspiré y me quedé mirando la mesa.

—Sol sabe por qué lo dice. No lo habría pedido si hubiera otra manera. Si lo que sabe Sol sirve para proteger a Elise, a vosotros, a nuestra gente, si nos ayuda a ganar esta guerra, lo haré. Pero, por todos los dioses, no dudéis de que voy a luchar con todas mis fuerzas para volver a su lado.

Capítulo ocho



La princesa rebelde

Cuando era niña, tenía la fantasía de que me casaría en los jardines de Aguja del Cuervo. Habría pastelitos de miel, vinos especiados calientes, cervezas fuertes y deliciosos faisanes en medio de montañas de comida, demasiada para que nadie pudiera comérsela.

Llevaría un vestido hecho de sedas importadas y decorado con perlas marinas formando unos dibujos intrincados. Mi pareja sería apuesto, fuerte y un guerrero que todas desearan. Y esa celebración me convertiría en la envidia de todas las mujeres de Mellanstrad.

Eso era, una fantasía.

La celebración de mi matrimonio como segunda *Kvinna* nunca habría sido tan fastuosa como la de Runa. Y no habría conseguido a un guerrero; un noble adecuado sería el elegido. Una unión dolorosa y sin amor que beneficiara a la casa real de Timoran. Los sentimientos, el amor, eran cosas que no importaban. Y se esperaría de mí que hiciera la vista gorda si mi marido tenía consortes, acudía a burdeles o se enamoraba de todas menos de mí.

¿Pero de qué podría quejarme yo?

Viviría en mansiones enormes, tendría tierras a mi nombre e iría a fiestas cubierta de perlas.

En la casa del rey, en el corazón de Ruskig, sin perlas ni vestidos lujosos, sonreí al ver el salón lleno de gente que preparaba raíces jugosas y un jabalí salvaje asado en la hoguera. Siv y Kari me trenzaron el pelo. Yo me limpié bien la tierra y la sangre de las uñas.

El vestido estaba hecho de lana tejida a mano, teñida de azul claro, y era muy sencillo. No llevaba joyas ni adornos.

Pero las flores de los arbustos de la luna que me habían puesto en el pelo resplandecían como estrellas plateadas. Los brazaletes de hierro forjado que llevaba en la muñeca tenían forma de sarmientos y serpientes marinas, un símbolo de la fuerza del linaje Ferus.

Aquel día no tenía nada que ver con cómo me lo había imaginado

en mi infancia.

Era mucho mejor en todos los sentidos: desde la comida sencilla hasta la fidelidad del hombre que había decidido compartir su vida conmigo hasta el final.

Seguí limpiándome bien los dedos, deseando que todo empezara.

Cuando Valen me hizo la proposición, no tardé en descubrir que casarse en medio de una guerra significaba acelerar todas las formalidades. Poco más de una semana después estaba todo arreglado y habían despejado la plaza para la boda.

Solo nos tomaríamos un día, una sola tarde para la celebración, y al día siguiente volveríamos a situarnos alrededor de la mesa para pensar en estrategias y en formas de ganar batallas.

—Es lo mejor que podemos hacer —anunció Siv, y apartó las manos de mi pelo.

—Esas son justo las palabras que cualquier novia quiere oír el día de su boda —bromeó Kari, y añadió una última flor a la larga trenza que me colgaba por la espalda.

—No tenemos que fingir. Ayer nos estábamos haciendo heridas que sangraban. Las cosas finas y remilgadas no van con nosotras —añadió Siv con una sonrisa. Su mirada se encontró con la mía en la superficie del espejo de plata—. Pero yo diría que pareces justo la reina que necesitamos, Elise.

Puse los ojos en blanco y me até el extremo de la trenza con una cinta dorada con los bordes adornados con zafiros diminutos.

—¿Es de Junius? —preguntó Siv mientras me ayudaba a atar el último nudo.

—Sí —sonreí—. Su carta estaba llena de recriminaciones porque no le hemos dado tiempo a regresar para asistir a la boda.

Kari se echó a reír.

—Me sorprende que quiera volver aquí. En esta tierra fue donde la hicieron prisionera.

—No —corrigió Siv—, su propia gente la secuestró en Oriente y la trajo aquí para venderla. A mí me parece que aquel reino es tan brutal

como este.

—Me prometí a mí misma que no le pediría que volviera a no ser que fuera una circunstancia de extrema necesidad —les confesé—. Ha sido muy amable enviándome un regalo.

—Una pena que Aguja del Cuervo no haya enviado nada. Ari y Mattis se aseguraron de que al primer sitio donde llegara la noticia fuera allí. —Siv guiñó un ojo y se envolvió los hombros con una suavísima estola de piel de zorro. Me miró de arriba abajo y se le empañaron los ojos. Unió las manos delante de su cuerpo—. Ya estás. Perfecta.

La abracé fuerte y noté que me ardían los ojos por las lágrimas contenidas.

—Gracias, Siv, por ser siempre una auténtica amiga.

Enterró la cara en mi hombro y me abrazó aún más fuerte. Ella no consideraba que siempre lo hubiera sido. La enviaron a mi casa para asesinarme en nombre de los agitadores. Pero no lo hizo, ni siquiera lo intentó. Me protegió y luchó por mí durante mucho tiempo, en cada paso del viaje, hasta llegar al momento en que nos encontrábamos.

Me soltó e inspiró hondo, temblorosa.

—Ojalá Mavie estuviera aquí.

—Por todos los dioses, no pararía de hablar, ¿verdad? —Nos reímos y nos separamos. Un momento después, mi sonrisa desapareció —. Yo también la echo de menos.

Kari nos dio algo de tiempo para recuperarnos y se ocupó en recoger un poco la habitación, hasta que alguien golpeó con decisión el marco de la puerta.

Mattis se asomó desde el otro lado de la cortina de piel.

—¿Listas?

Siv soltó una exclamación y lo miró de arriba abajo, comiéndoselo con los ojos. A Mattis no pareció importarle lo más mínimo. Me reí, pero me identifiqué con la sensación.

—Estás muy guapo, amigo mío. Y creo que Siv está de acuerdo conmigo.

—Lo estoy —confirmó Siv.

Mattis apoyó todo su peso en los dedos de los pies. Iba vestido con una bonita túnica negra, se había recortado la barba hasta dejar solo un principio oscuro y se había recogido el pelo. La daga que llevaba entre los hombros y la espada corta en la cintura relucían tras haberlas pulido y abrillantado.

Entrelacé mi brazo con el suyo, sonriendo.

—Siv, vas a tener que esperar a que yo acabe con él.

Ella chasqueó la lengua.

—Pues salid ya. Rápido o nuestro rey va a empezar a preocuparse por si has cambiado de idea.

—O ella vendrá a apartarme de un empujón solo para poder ponerte las manos encima —le murmuré a Mattis.

Él apretó los dientes para no reírse y juntos cruzamos la casa del rey.

Siv y Kari nos siguieron de cerca. En cuanto salimos al salón, el ajetreo cesó. Las mujeres y los hombres que preparaban el banquete se quedaron parados y agacharon la cabeza. Me ruboricé. Hacía tanto tiempo que nadie me trataba como a un miembro de la realeza que ya se me había olvidado lo poco que me gustaba recibir esas atenciones.

Afuera esperaba un carro para llevarnos hasta la plaza. Habían cubierto los laterales con flores, seguro que para tapar las manchas de sangre y barro, pero eso era lo mejor que había. No teníamos coches de caballos bonitos ni carruajes elegantes. Pero yo prefería un carro lleno de barro, sin dudarlo.

El camino estaba cubierto de azucenas, flores de arbustos de la luna y pétalos de rosas y flanqueado por una multitud hasta la mismísima plaza.

Mattis sonrió y me apretó la mano antes de ayudarme a subir al pescante del carro. Stieg era quien llevaba las riendas. Me guiñó un ojo cuando me acerqué a él para dejarle sitio a Mattis y después levantó las riendas de las dos yeguas.

—¿Preparada, Elise?

—Todo el mundo me pregunta lo mismo. —Cerré los ojos y dejé que el sol me calentara las mejillas—. Por todos los infiernos, estoy más que preparada. Lo he estado desde mucho antes de que fuera rey. Vamos, Stieg, o me voy andando.

Él me miró con el ceño fruncido y agitó las riendas. Con una sacudida, el carro se puso en marcha. Toda la gente se arrodilló, como formando una ola, y después nos siguió. Stieg llevaba el carro a una velocidad lentísima. Empecé a sacudir la rodilla y noté que el estómago me daba un vuelco.

Encima de nuestras cabezas había estandartes con el sello de los Ferus, y de las ramas de los árboles colgaban farolillos. Puede que fuera por los nervios, pero me pareció que los arbustos de la luna relucían aún más y que tenían los pétalos más grandes que antes.

Cuando ya creía que el corazón se me iba a salir tras romperme las costillas si no avanzábamos más rápido, el carro dobló una esquina y llegamos al final del camino. Entonces me quedé sin aliento.

Al borde de la plaza, un arco hecho de cintas y bayas de colores marcaba el final del camino.

Y debajo del arco estaba Valen.

Miraba al suelo y no dejaba de cambiar el peso de un pie a otro, hasta que apareció el carro. Entonces levantó la vista, y yo habría cruzado todos los reinos conocidos para encontrar una magia que me hubiera permitido grabar la sonrisa que vi en su cara en un recuerdo que nunca se desvaneciera.

La tradición marcaba que el cónyuge que iba a emparentarse con el linaje real fuera caminando al encuentro del rey o la reina de sangre real, pero Valen Ferus no era de los que seguían las reglas ni las tradiciones.

En cuanto el carro se detuvo, el rey abandonó el arco y vino rápidamente a mi lado. Mattis se interpuso en su camino, decidido a cumplir su papel de acompañante.

—Tu futuro marido me está intentando desplazar, Elise.

—Soy tu rey y te ordeno que te apartes —refunfuñó Valen.

—Hoy sirvo a la reina —insistió Mattis, y me cogió la mano—. Por todos los infiernos, podrás tocarla dentro de un momento. Se

supone que tengo que entregarte su mano. Hazlo bien o no lo hagas, rey impaciente.

Yo me reí con ganas cuando Valen accedió a regañadientes a apartarse. El nuestro era un reino extraño, en el que a Valen le importaba más la lealtad que las formalidades. Ningún rey que hubiera conocido permitiría que su gente le hablara de esa forma, pero la mayor parte de su consejo privado lo hacía sin pensárselo dos veces.

Mattis me tendió la mano.

—*Lady* Elise.

Yo la ignoré y le di un abrazo, igual que había hecho con Siv.

—Eres un amigo de verdad, Mattis.

Él me rodeó con sus gruesos brazos y me dijo en un susurro:

—Y tú también, mi reina.

Con una sonrisa, Mattis me cogió la mano y ambos nos volvimos hacia Valen. Nuestras miradas se encontraron; las lágrimas que me llenaban los ojos no me dejaban ver con claridad su preciosa cara. Parecía un rey. La luz de sus ojos hacía que la oscuridad brillara como una noche llena de estrellas. El embriagador aroma de pino y humo de leña que desprendía su piel me atraía hacia él. En vez de las hachas de Espectro Sanguinario, portaba una espada de acero negro en la cadera, y en las muñecas llevaba unos brazaletes de hierro como los míos.

—Eres preciosa. —Valen se llevó mis nudillos a los labios, y sus ojos se clavaron en los míos—. He deseado esto desde el día en que te conocí, Elise Lysander.

—Mentiroso.

—Ah, vale, quieres la versión más auténtica y menos romántica. Está bien. He deseado esto desde el día en que me di cuenta de que la mujer que estaba utilizando para romper mi maldición me había robado el corazón, y de repente empezó a importarme mucho más que siguiera con vida. ¿Mejor?

Me eché a reír e intenté besarlo, pero me lo impidió un brazo que pareció salir de la nada.

—No. —Halvar nos fulminó con la mirada a ambos—. No hasta el final. Por todos los dioses, ¿es que ninguno de vosotros sabe cómo va una boda? Vamos. Empezad a caminar y acabemos con esto.

Valen me besó la mano de nuevo y después entrelazó mi brazo con el suyo. Una corriente de energía, de furia, o tal vez solo fuera mi pulso acelerado, se trasmitió por el espacio que nos separaba. Temblé por la anticipación cuando los dos cruzamos el arco y entramos en la plaza.

A ambos lados del arco había dos mujeres que nos envolvieron los hombros con túnicas de piel y después nos pintaron runas en la frente.

Valen me cubrió la mano que tenía en su brazo con la suya. Nos miramos de una forma llena de significado, de emoción y de deseo.

Juntos salimos a la luz del sol, con los ojos fijos en el estrado en el que nos esperaba el patriarca Klok, vestido con pieles negras y con el cráneo cubierto por una cabeza de oso. El camino estaba flanqueado por nuestra gente. Nos tiraban hierbas aromáticas a los pies como forma de bendición. Las manos nos prendían huesecillos y runas hechas de madera en la ropa mientras avanzábamos a paso lento y firme hacia nuestro futuro.

Al final del camino, Tor se colocó al lado de Valen y Siv, al mío. Klok nos hizo un gesto con la cabeza, y ambos hincamos una rodilla para que nuestros amigos nos pusieran unas coronas plateadas.

—Levantaos —pidió Klok.

Noté un nudo en la garganta cuando Valen me ayudó a ponerme en pie. No sabía si se suponía que debíamos permanecer separados, pero tampoco me importaba. Le apreté la mano con todas mis fuerzas para calmar mis nervios y permanecí junto a él.

Klok entrelazó las manos por delante y nos miró.

—Los votos matrimoniales ettanos son claros y sencillos, pero encierran un gran significado. Os animo a ambos a escuchar con atención cada palabra y guardarla en vuestros corazones hasta vuestro último aliento. —Miró a Valen primero—. Valen, hijo de Arvad, de Lilianna, rey de Etta, tu mente y tu corazón han elegido caminar por esta vida con alguien que será tu apoyo, tu amiga, tu amante y tu compañera. ¿La eliges a ella con total libertad?

—Sí —respondió Valen, y agachó la cabeza.

Klok me miró a mí después. Contuve la respiración; no quería perderme ni una palabra.

—Elise, he pensado mucho en qué decir en este momento. Tú has renegado de toda tu familia de sangre…

—Hija de Mara —murmuré—. Soy la hija de Mara.

Valen me dio un apretón en la mano.

Klok sonrió y asintió.

—Elise, hija de Mara, consorte y liberadora del rey de Etta, tu mente y tu corazón han elegido caminar por esta vida con alguien que será tu apoyo, tu amigo, tu amante y tu compañero. ¿Lo eliges a él con total libertad?

—Sin duda. Sí.

Se oyeron risas entre la multitud.

Klok señaló nuestras manos y nos movió para que quedáramos el uno frente al otro. Los ojos de Valen brillaban y estaban llenos de lágrimas. Yo di un paso para acercarme, pero seguía sintiéndome demasiado lejos. Klok nos puso un trozo de tela sobre las manos y dijo las palabras de los votos definitivos que sellaban las ceremonias ettanas.

Las había leído en el diario de Lilianna una vez. Y de repente estaba a punto de leerlas yo, pensé con el corazón a punto de estallarme.

Valen carraspeó y dijo:

—Elise, hija de Mara, consorte y liberadora de mi vida, tú eres la elección de mi corazón. Juro servirte, amarte, honrarte y ser tu leal compañero en esta vida y en el Otro Mundo.

Y me dio un beso en los nudillos.

Yo no paraba de mover las piernas debajo del vestido, como si mis extremidades me suplicaran que les permitiera rodearlo para después tocarlo y besarlo.

Solo tenía que aguantar un poco más.

—Valen, hijo de Arvad, de Lilianna, mi rey, tú eres y siempre has

sido la elección de mi corazón. Juro servirte, amarte, honrarte y ser tu leal compañera en esta vida y en el Otro Mundo.

—Has cambiado las palabras —murmuró—. Es injusto.

Sonreí y empecé a dar saltitos, solo a un paso de gritarle al patriarca Klok que terminara la ceremonia. Tenía que besar a un rey.

Klok nos miró con una sonrisa en la que mostraba todos los dientes y después se dirigió a la multitud.

—Por el poder que me han otorgado los dioses, os presento al rey Valen Ferus y a nuestra nueva reina, Elise Lysander Ferus. —Klok se inclinó hacia mí y me susurró—: Ya está, mi reina. Ya podéis besaros.

Yo no necesitaba más que eso. Rodeé el cuello de Valen con los brazos, él me agarró la cara y me besó. Con fuerza. Cada vez que notaba su sabor, me quedaba con más ganas de él. Lo había amado cuando era Legion Grey, el Espectro Sanguinario y el príncipe de la noche.

Sin duda, lo amaba más ahora.

Me aparté, con lágrimas cayéndome por las mejillas, y sonreí cuando oí los vítores de la multitud. Valen me dio unos cuantos besos rápidos con una sonrisa enorme y auténtica en la cara. Iba a guardarme aquel instante y aferrarme a él durante los días venideros, que serían duros, pero aquel era el momento más feliz de mi vida.

Valen Ferus era mi esposo.

Levantamos nuestras manos unidas para que las viera nuestra gente, y todos se arrodillaron.

En mi mente no había nada que pudiera enturbiar aquel momento, hasta que vi un grupo de hombres que había casi al fondo de la plaza. Stave y unos cuantos más. Se arrodillaron despacio, a regañadientes. Pero no pude dejar de ver el odio en sus ojos al mirarme.

Yo era su nueva reina timorana. Y me odiaban.

Capítulo nueve



La princesa rebelde

No tuve tiempo para preocuparme por Stave y su rabieta porque una timorana ocupara el trono.

La gente nos rodeó enseguida y nos empujó para que volviéramos al carro, nos tiró más pétalos, huesos y hierbas para bendecirnos, hasta que iniciamos el camino de vuelta a la casa del rey para el banquete y la celebración.

Debían de haber ampliado la casa del rey con la furia, porque, si no, no le encontraba explicación a cómo podía caber casi todo Ruskig entre aquellos muros.

Valen se sentó a mi lado en la cabecera de la mesa que había en el salón, con la mano en mi pierna en un gesto posesivo. Yo tenía la cabeza apoyada en su hombro. A nuestro alrededor, la gente reía, bebía cerveza directamente de las jarras y bailaba al son de liras y tambores. Todo el mundo estaba feliz, y yo no podía dejar de contemplarlo.

Por un momento podía fingir que no había enemigos al otro lado de los muros.

Podíamos disfrutar de la paz, al menos por una noche.

Siempre que alguien pasaba por donde estábamos sentados, hacía una reverencia, algunos borrachos y sin parar de reírse, pero todos se dirigían a mí como la reina. Todavía tenía que acostumbrarme a esa palabra.

Yo no había nacido para ser reina. Tampoco había aspirado a serlo.

La verdad era que no sabía cómo iba a serlo a partir de entonces.

Como si sintiera mi inquietud, Valen me apretó la mano y se acercó para hablarme al oído.

—Pareces aterrada cada vez que oyes esa palabra. —Se rio y me acarició la pierna haciendo círculos con el pulgar—. Reina… No te gusta nada el título.

—No es que no me guste. Es que no estoy acostumbrada, como otro rey que conozco. Y, además, no disfruto de tener todos los ojos fijos en mí haga lo que haga.

—No te entiendo —contestó—. A mí me encanta que la gente me esté adulando todo el tiempo, y cuanto más palpable sea su adoración, más satisfacción siento.

—Qué pena —dije, y le di un trago al vino dulce—. Tu evidente rechazo por subirte al pedestal real es una de las cosas que más me gustaban de ti.

Valen se echó a reír, me besó en un lado de la cabeza y me acercó a él. Noté su aliento en la curva de mi oreja. Bajó la voz y me susurró:

—¿Qué es lo que te preocupa de la corona, Elise? Dímelo y no pararé hasta que lo elimine.

Brutal. Amable. Feroz. Tierno. Valen Ferus estaba hecho de opuestos en continuo choque. No era sorprendente que amara a aquel hombre desde lo más profundo de mi alma. Podía ser todas esas cosas y hacer que me sintiera segura y reforzada en todo momento.

Suspiré y le acaricié el pecho con los dedos.

—Las reinas timoranas eran figuras decorativas, unos bonitos trofeos para sus maridos, pero el rey era quien seguía concentrando todo el poder. Tu mundo, el de tus padres, todo Etta, es diferente del lugar en el que yo me he criado. Esta corona… No tengo ni idea de qué debo hacer.

—Haz que este sea tu mundo también. Te aseguro que la tierra que tenemos delante no es la misma que la de mis padres. Será la nuestra. —Valen me frotó los muñones de los dedos que me faltaban, la única sangre mía que derramó cuando su mente estaba bajo los efectos de la maldición e infectada por la sed de sangre—. Tú siempre has sido mi igual; para mí, los títulos no significan nada. Pero a partir de ahora, para esta gente, tu palabra importará lo mismo que la mía. Cuando el rey Eli nos encarceló a Sol, a mi padre y a mí, mi madre reunió a los ejércitos para luchar. Dagar y ella fueron quienes crearon Ruskig como refugio. Tú tienes el mismo poder, y confío en tu forma de gobernar tanto como mi padre confiaba en mi madre.

Valen se quedó callado un momento. Se le tensó la mandíbula mientras contemplaba la celebración.

—Elise, incluso de pequeño era consciente de que mis padres eran iguales. Trabajaban juntos. No se decidía ninguna estrategia sin la aprobación de mi madre, y cuando podían, tomaban las decisiones juntos. Le juré a tu madre antes de morir que nunca tendrías miedo de mí y que te daría todo lo que tengo. Ahora lo tienes. No hay nadie con quien preferiría compartir esta carga, ni tampoco a quien aceptara confiársela más que a ti.

Y se tocó la corona plateada de la cabeza.

Yo estudié nuestras manos entrelazadas.

—Soy timorana y no estoy segura de que aquí todos acepten órdenes de una reina con esa procedencia.

Valen me levantó la barbilla con el nudillo.

—No les dejes otra opción. Mi amor, creo que tienes en mente una imagen gentil de mi madre, porque solo has leído lo que escribía de su familia. Pero aquella mujer provenía de una estirpe de guerreros e invasores como tú y no vacilaba a la hora de destripar a un hombre si amenazaba a su familia. De hecho, lo hizo más de una vez. —Se detuvo y se llevó el dorso de mi mano a los labios—. Tú nunca has estado del lado de Timoran ni de Etta, Elise, sino del lado de la justicia, de la gente. Recuerda la primera vez que te vi, cuando te escapaste de un garito de juego lleno de sirvientes. O la primera conversación que tuvimos.

Fruncí el ceño.

—La recuerdo. Te mostraste muy arrogante, la verdad.

Él sonrió.

—Estaba confuso. No te encontraba sentido. Una *Kvinna* que se escondía en un balcón porque quería hacer más, ser más. Y no para sí misma, sino para los demás. Me dejaste encandilado aquella noche y no me he librado de esa sensación después.

—Dices lo que cualquiera quiere oír, Valen Ferus. —Le rocé la mandíbula marcada con los dedos. Me acerqué para besarlo, pero me aparté bruscamente cuando un golpe en la mesa hizo que reinara el silencio en la casa del rey.

Halvar estaba de pie en el centro, con su cuerno alzado para hacer un brindis.

—Por nuestro rey y la nueva reina.

La gente vitoreó, algunos bebieron a nuestra salud y otros se pusieron a bailar de nuevo hasta que Halvar levantó una mano.

—Tenemos regalos para vosotros, pero no olvidéis que estamos en medio de una guerra y vivimos en un refugio. Solo tenéis que imaginar que nos encontramos en la corte de antaño y que os estamos enterrando en cosas elegantes.

Valen puso los ojos en blanco. Yo me eché a reír cuando Halvar chasqueó los dedos y la Hermandad de las Sombras se acercó corriendo. Casper y Stieg fueron los primeros. Tenían en las manos unas dagas envueltas en pieles.

—Hemos estado trabajando en ellas desde que volvimos tras la batalla en Aguja del Cuervo —explicó Stieg—. Supusimos que este día llegaría en algún momento.

Me quedé con la boca abierta mientras rozaba con suavidad el filo pulido de la daga. La empuñadura era de un bronce impoluto y reluciente; en el centro, un cristal pulido y brillante reflejaba la luz del fuego y la convertía en un prisma de color.

Había una igual para Valen, pero la suya tenía un ónix negro en la empuñadura.

—De una corte de hielo —murmuró Casper, señalando mi daga—. Tu gente era fuerte y resistía en las tierras más duras.

—Para una corte de fuego y furia. —Stieg señaló la daga de Valen —. Una que convirtieron en cenizas pero que, sin duda, juntos restauraremos para convertirla en una tierra mejor de la que ningún timorano o ettano haya conocido.

—Son preciosas —contesté.

—No sabía que vosotros dos teníais esa vena poética. Deberíais escribir sagas —aconsejó Valen con una sonrisa, y Casper le dio un empujón en el hombro.

Un miembro del consejo que empujaba a un rey. Sonreí y pensé que prefería nuestra corte de hielo y cenizas a ninguna otra que hubiera conocido.

Halvar y Tor no le regalaron nada a Valen; según dijeron, era su

penitencia por toda la lata que les había dado cuando eran niños. Pero encargaron un anillo de plata para mí. Tenía la forma de una flor de arbusto de la luna y el escudo de los Ferus grabado.

Valen me lo puso en el dedo, me besó la parte superior y después se centró de nuevo en las pieles, las mantas y las hierbas que le regalaron algunas otras personas. Luego se aproximaron Ari, Mattis y Siv.

—Debéis saber que ha sido idea mía —anunció Ari con aire travieso.

—No es cierto. Tú sugeriste que podríamos hacerles este regalo y nada más —corrigió Mattis.

Ari agitó la mano para quitarle importancia.

—Los detalles no importan. Elise, sé cuánto te gusta leer, así que, con gran esfuerzo, he conseguido… —Gruñó cuando Siv le dio un codazo—. Unos cuantos hemos logrado hacernos con una reliquia de los tiempos del rey Arvad y la reina Lilianna.

Valen se irguió en su asiento cuando pusieron ante nosotros un paquete envuelto. Con manos temblorosas, aparté las pieles que lo envolvían y encontré un montón de pergaminos antiguos y arrugados.

—¿Qué son?

Siv se adelantó con una sonrisa triste en la cara.

—Cuando la reina Lilianna estuvo presa en Aguja del Cuervo escribía cartas. No sabemos a quién, pero nos pareció que podrías encontrar consuelo y tal vez incluso sabiduría en ellas.

Valen tocó los pergaminos con cierta reverencia.

—No he oído nunca hablar de estas cartas.

—Ni nosotros tampoco —confesó Ari.

—¿Cuándo las encontrasteis?

—Axel —explicó Siv—. Antes de que alguno de estos dos presumidos se atribuya el mérito, os diré que Axel las encontró y era quien las tenía.

Levanté la vista hasta un lugar que estaba más o menos hacia la

mitad de la larga mesa. Frey soltó una risita y le dio una palmadita en el hombro a su hermano. Axel respondió con un leve asentimiento y agachó la cabeza porque se había sonrojado. Me arriesgaría a asegurar que aquel hombre habría preferido no recibir reconocimiento alguno por ello.

Pero Valen no estaba dispuesto a dejarlo estar.

—Axel, ¿dónde las encontraste?

Él exhaló de forma prolongada. Cuando arrugó la frente, me recordó mucho a su hermano. Axel era más alto pero menos corpulento y musculoso que Frey. Hablaba en voz baja y tenía una mente inteligente y pícara, por lo que había visto yo en el asentamiento. Tenía buena mano con la gente, así que ayudaba a calmar los ánimos y había señalado varios lugares donde excavar para construir pozos de agua potable, para no tener que estar yendo y viniendo al río.

—El tiempo que pasé preso estuve con varios comerciantes, mi rey. Cuando me enteré de la existencia de las cartas, no quise que algo tan valioso para Etta pasara de mano en mano de hombres que no tenían ningún aprecio por la reina.

—¿Se las robaste a un comerciante? ¿Y no te pillaron?

La cara de Axel se puso aún más roja.

—Por desgracia, el hombre que las tenía en su poder se puso muy enfermo una noche y no llegó a ver el amanecer.

El salón se quedó en silencio unos segundos y, de repente, unas carcajadas fuertes y atronadoras hicieron temblar las paredes y la cerveza que había en la mesa. Casper le puso sus enormes manazas en los hombros a Axel y lo sacudió.

—Maldita sea. Lo envenenaste, ¿no?

Axel frunció los labios.

—Ni confirmo ni desmiento.

Eso solo provocó más carcajadas y más brindis. A mí no me importaba si Axel había tenido que cortarle la garganta al comerciante de esclavos. Acaricié con los dedos los bordes irregulares de la pila de pergaminos.

Nuevos escritos, nuevas palabras. Unas que Valen no había visto. Una parte de mí tuvo ganas de escabullirse de allí para leerlas enseguida. ¿Cómo era la vida de Lilianna cuando era la prisionera del rey Eli, qué sabía, qué aprendió?

—Gracias. A todos —exclamé.

Tor se levantó y vino junto a Valen.

—Tenemos uno más.

Le tendió una cajita que tenía en las manos y miró a Valen con cierta cautela.

—No es nuestro. Lleva el sello de Aguja del Cuervo. Lo encontramos en el muro.

La casa del rey se sumió en un silencio repentino e incómodo. Solo se oía el crepitar del fuego.

Valen se puso en pie y le cogió la cajita a Tor antes de que pudiera ponerla en la mesa. Me miró.

—Es para ti.

Noté que me subía la bilis desde el estómago.

—Runa lo sabe.

—No hace falta que…

—No —interrumpí, y cogí la cajita—. El juego es así, Valen. Ella está empezando a hacer sus movimientos y yo tengo que responderle.

Él sostuvo la caja un momento antes de ceder y dármela. Avergonzada por cuánto me temblaban las manos, me senté, desesperada por ocultarlas de los atentos ojos de todos los que estaban en aquel salón.

Dentro había una nota manuscrita sobre algo pequeño y envuelto en tela.

Nuestra madre habría querido que tuvieras su anillo el día de tu boda, hermana.

Aparté la nota, se la di a Valen para que la leyera y después metí la mano en la caja y abrí la tela.

Un sonido estrangulado salió de mi garganta, y me puse en pie de un salto. La cajita se me cayó del regazo. La sangre se me heló en las venas. Una ira heladora y terrible me nubló la mente y me inundó el cuerpo cuando el dedo ennegrecido y repugnante cayó al suelo.

Todavía llevaba el anillo de oro con un zafiro.

Unas exclamaciones de horror resonaron en el salón cuando aquella gente, que había visto sangre y destrucción, se apartó del dedo podrido de mi madre en cuanto cayó sobre las tablas del suelo.

Estuve a punto de vomitar.

Valen apareció a mi lado en un instante. El odio y la sed de sangre ardían en sus ojos. Yo lo comprendí, porque sentía básicamente lo mismo.

No sé cuánto tiempo estuve allí parada, sin poder apartar la vista del anillo y odiando todo lo que tenía que ver con Aguja del Cuervo, pero cuando miré las caras perplejas de nuevo, vi compasión en algunos ojos.

Yo no quería eso.

Quería sangre.

Apreté los puños junto a los costados. La mano que Valen me había apoyado al final de la espalda me animó.

—Cuando nos enfrentemos a Aguja del Cuervo —dije, elevando la voz para asegurarme de que todos me oyeran y no se perdieran ni una palabra—, nadie le pondrá la mano encima a la falsa reina. Escuchadme bien: Runa Lysander es mía, porque soy yo quien va a matarla.

SEGUNDA PARTE

Amiga mía:

La traición ha puesto a mi esposo y mis hijos en manos de quien yo antes consideraba un buen amigo. Un enorme odio bulle en mi sangre. Y una gran violencia también. Le deseo la muerte más dolorosa por lo que les ha hecho a mi familia y a nuestra gente. Tú me dijiste una vez que su destino es reforzar las ramas del árbol de mi familia, pero yo me niego a permitirlo.

Lo cortaré de las ramas y lo veré sangrar.

Te necesito. A ti y tus consejos. No soy lo bastante fuerte para enfrentarme a lo que insistes en que está por venir. No lo haré. El sufrimiento, el dolor. Ayúdame a salvarlos. A salvarnos a todos.

Lili.

Capítulo diez



El príncipe de la noche

Desde hacía una semana, cuando la luna estaba en lo más alto, me despertaba y encontraba a Elise mirando por la ventana y estudiando las estrellas. Antes dormir a mi lado la ayudaba a hacerlo en paz la mayoría de las noches, pero ya no.

Juré ser su compañero, su amigo y su amante. Qué mala costumbre sería empezar nuestra vida juntos ocultándonos nuestras cargas.

Con cuidado de no hacer ruido, salí de la cama y crucé la distancia que nos separaba.

Se sobresaltó cuando le rodeé la cintura con los brazos, pero enseguida dejó caer la cabeza contra mi pecho desnudo.

—Estás calentito —murmuró.

—Hay una cama bien abrigada ahí detrás. —Le di un beso en el cuello.

—No puedo dormir.

—No he dicho que vengas a dormir. —Me dio un codazo suave en las costillas que me provocó un leve gruñido y una risa—. ¿Qué te preocupa?

—Herja. Aguja del Cuervo. Hay una extraña quietud que no me gusta nada, como la calma antes de la tormenta. Me da la sensación de que solo estamos esperando a que mi hermana y Calder hagan algún movimiento. Yo quiero ir varios pasos por delante, pero da la sensación de que estamos kilómetros por detrás.

La hice girar para mirarme a los ojos y le cogí la cara.

—No vamos por detrás. Calder no puede hacer ningún movimiento. Mi hermano ya no está bajo su control…

—¿Por qué? —me interrumpió—. ¿Qué le ha pasado a Sol? ¿Cómo ha recuperado el control de su mente? —Se quedó callada y me miró—. ¿Por qué estáis todos vivos? No entiendo cuál puede ser el

objetivo.

Negué con la cabeza.

—Yo tampoco.

—Creo que hay algo más. Tú no miraste a los ojos de Leif de cerca. Estaba furioso porque habían perdido su forma de manipular al príncipe solar, pero no quería matarlo. Quería a Sol con vida más que a mí. Sabían algo, hay alguna razón, alguna furia, algo que no sabemos —insistió ella.

—Pero no podemos seguir dándole vueltas a lo que puede saber o no Aguja del Cuervo. Tenemos que centrarnos en lo que sabemos nosotros. Gracias a que mi hermano ha recuperado el control mental, sabemos que Herja está viva. Debemos asumir que Aguja del Cuervo no sabe de ella o, al menos, que desconocen que nosotros tenemos esa información. —Le coloqué un rizo detrás de la oreja—. Elise, que no puedan seguir controlando a Sol es algo que va en nuestro beneficio. Y que lo mantengan en Aguja del Cuervo le da la oportunidad de luchar por nosotros desde dentro.

—A menos que lo estén torturando. —Cerré los ojos y me sentí tenso y helado, hasta que me puso las manos en el pecho—. Lo siento, Valen. Estoy hablando sin pensar lo que digo.

—Es cierto. Y no es que sea algo que yo no haya pensado ya. —Evidentemente, sabía que había muchas posibilidades de que estuvieran maltratando a Sol a diario, y eso le añadía una gruesa capa de urgencia a lo que sentía en lo más profundo de mis entrañas y que lastraba cada uno de mis pasos—. Comparto tu frustración, Elise, pero no dormir hasta agotarte no nos acercará más a Herja ni a Sol.

—No hemos logrado saber nada de tu hermana.

—Lo averiguaremos. Debemos seguir investigando, buscando. Ari y Casper van a ir mañana a uno de los burdeles del puerto.

De solo pensarlo, notaba el amargo sabor de la bilis en el fondo de la garganta. Mientras una mitad de la Hermandad revisaba los burdeles, la otra vigilaba las unidades de Cuervos. Pero, por mucho que me doliera admitirlo, según Kari y Brant, si una guerrera consumada formaba parte de la guardia de Aguja del Cuervo, sería algo que todo el mundo sabría.

A diferencia de los ettanos, los timoranos todavía no eran

conscientes de que sus mujeres podían blandir una espada tan bien como los hombres. Si tuvieran a una princesa del linaje Ferus en la lucha, al menos habría rumores.

Lo cierto era que esclavizar a Herja para satisfacer los placeres de Aguja del Cuervo era el tipo de crueldad propia de los malnacidos que habitaban aquel castillo. Y yo no podía pensarlo mucho porque, si no, la sed de sangre que tenía latente en el fondo de mi ser saldría a la superficie, y temía acabar masacrando a cualquiera que se cruzara en mi camino, aunque solo fuera por casualidad.

Me obligué a relegar esos pensamientos al fondo de mi mente. Elise tenía un profundo ceño y yo tenía intención de eliminarlo, si estaba en mi mano.

Nos aparté a ambos de la ventana.

—Ven conmigo.

Pasamos junto a la cama, salimos al salón y después nos dirigimos a la puerta de la casa.

—Valen, ¿adónde vamos? —susurró con voz ronca.

—Afuera.

Ruskig dormía. Solo la luz de la luna y unos cuantos faroles colgados de unos postes iluminaban los caminos llenos de barro y los tejados de tierra. La noche era cálida y tranquila. Unas cuantas patrullas de vigilancia nocturna recorrían la distancia entre las casas y los muros, cantando canciones populares y mirando las estrellas.

Elise se rio bajito y me apretó la mano cuando la llevé hacia los árboles. Como ladrones en medio de la noche en nuestro propio reino.

El muro trasero le tapaba a Ruskig las vistas del mar, pero había grietas y agujeros secretos para que pudiéramos enviar barcos o comerciar con los pocos aliados que teníamos en Oriente y que esperábamos conseguir en Meridión.

Guardias y arqueros marchaban con paso firme por los andamios que había sobre nuestras cabezas.

Apreté a Elise contra mi pecho, con la espalda apoyada en el muro, cuando un par de guardias pasaron junto a nosotros. Ella se estremeció y yo disfruté al darme cuenta de que se estaba riendo en

vez de seguir dejándose arrastrar por la tensión y la preocupación.

—Escondiéndonos de nuestros propios guardias…

—Así es la vida de un miembro de la realeza —le susurré al oído —. Tú deberías saberlo mejor que nadie.

—Echaba de menos escaparme sin que la guardia me viera.

Cuando los pasos de esas botas sobre nuestras cabezas se alejaron, nos hice girar a los dos hacia el muro.

—Vamos, rápido.

La brillante sonrisa de Elise destacaba en la noche aterciopelada. Ella no dudó, no me cuestionó, simplemente salió por la estrecha grieta en el muro, y enseguida el salitre y la humedad nos llenaron los pulmones. Nos adentramos en el bosquecillo con unos pocos álamos y abetos que llevaba hasta las playas de guijarros. Cuando el suelo de tierra se trasformó en una orilla inclinada y pedregosa, la sonrisa de Elise se ensanchó.

Poco después, la luz de la luna se reflejó en las negras aguas, que parecían de cristal, del estrecho fiordo. El suave ir y venir de las olas en la costa servía para calmar el miedo. El aire fresco y limpio del mar alejaba los ecos de la batalla. Allí fuera, el mundo estaba libre de carnicerías y sangre. Ahí era donde habitaba la paz.

Aunque solo pudiera sobrevivir a la luz de la luna.

Elise me soltó la mano y paseó sobre los guijarros blancos, junto a las redes de pesca y las trampas, acariciando con las manos las barcas de pesca con las que contábamos. Al llegar a la orilla, se quitó los zapatos y dio un respingo cuando el agua fría le tocó los dedos.

Las comisuras de mi boca se elevaron para formar un sonrisa. A la luz de la luna su pelo tan rubio resplandecía. Parecía parte de la luz de las estrellas. A pesar de todas las órbitas que había pasado viviendo sometido a la maldición, en aquel momento me pareció que todo, cada instante, había merecido la pena para poder estar allí con ella.

Metí un dedo bajo el cuello de mi túnica, tiré para quitármela por la cabeza y me uní a ella en la orilla.

Elise abrió mucho los ojos y se mordió el labio inferior cuando me vio quitarme el cinturón, las botas y los pantalones.

—Esto no me lo esperaba —confesó, recorriéndome el estómago con los dedos—. Aunque no me quejo.

Sonreí con picardía y entré en el agua.

—Ven conmigo.

Elise dudó. Su mirada me siguió cuando me sumergí en el agua. Al final cedió y se desató la camisola. Su cuerpo se quedó desnudo en la penumbra. Hermoso. Perfecto. Se estremeció cuando se fue adentrando en las aguas hasta que quedó sumergida en el agua negra.

Yo la acerqué a mí y le rodeé la cintura con los brazos. Ella me rodeó la mía con las piernas.

—¿Qué estamos haciendo aquí fuera? —Me acarició los labios con los dedos y me dio unos besos suaves y seductores en la punta de la oreja, la mandíbula y el hombro.

—Esas habitaciones, el refugio, te están asfixiando —expliqué—. Cuando hay un problema que no puedo resolver, alejarme me ayuda a despejar la cabeza. Se me ocurrió que a ti también podría servirte.

Con una mano le recorrí la suave curva de la espalda y con la otra subí por su muslo, poco a poco, cada vez más, hasta que Elise dio un respingo y se estremeció. Me rodeó con las piernas y apretó.

—No estoy segura de que me hayas traído aquí para que despeje la cabeza.

—Es verdad. He venido a bañarme. —La solté. Ella dio un gritito y se hundió hasta la barbilla—. No sé lo que tendrás tú en mente.

Oí su risa amortiguada al sumergirme y alejarme de ella nadando. Solo hizo falta un segundo para que Elise me siguiera. Entumecidos por el frío y solos en medio de la noche, logramos olvidarnos de la guerra y la muerte. La noche nos pertenecía. Jugamos, nos dimos besos y nos provocamos el uno al otro.

Cuando me enamoré de Elise, lo que imaginaba eran esas noches; eran las imágenes a las que me aferraba, las de una tierra en la que tuviéramos libertad para amarnos profundamente y sin avergonzarnos.

Elise estaba abrazada a mi cuello y pegada a mi espalda cuando me puse a nadar para volver a la orilla. Cuanto más nos acercábamos, más atrevida se volvía su boca. Me acariciaba la oreja con los labios,

despacio. Me daba mordiscos en el cuello y sus manos me recorrían el pecho y el vientre bajo el agua.

—Elise, me voy a ahogar si sigues haciendo eso.

No debería haber dicho eso. O sí.

Elise utilizó su boca con más pasión. Me recorrió el hombro con la lengua y con los dientes, una de sus manos bajó por mi vientre y me envolvió con sus dedos callosos.

Solté una exclamación y me volví para que quedáramos con los pechos unidos mientras la suave corriente nos llevaba hacia la orilla. Cuando noté la arena y las piedras lisas en la espalda, nos arrastré a ambos fuera del agua y sujeté a Elise para que se pusiera a horcajadas sobre mi cadera.

La besé y enterré los dedos en su pelo empapado. Noté un repentino calor en los lugares en los que me arañaba la piel húmeda y me provocó un gemido profundo. Nos movimos a la vez, dando y recibiendo. Libres para dar rienda suelta a la pasión juntos. Yo no dejé de mirarla a los ojos, con el corazón desbocado en el pecho y notando su latido en el cuello y en la cabeza.

Una vez le dije que mi corazón latía por ella, y era la pura verdad.

Oí mi nombre salir entre jadeos de sus labios. Vi que se le cerraban los ojos. Sus caricias me hacían arder el cuerpo.

Todo eso latía por ella.

Y siempre lo haría.



Un rayo de sol de color rosado asomó a lo lejos. Elise estaba tumbada sobre mi pecho, con la cabeza sobre mi corazón. Yo tenía los ojos cerrados, absolutamente en paz.

—Valen…

—¿Sí?

—Creo que sé cómo encontrar a Herja.

Levanté la cabeza del suelo de guijarros.

—¿Cómo?

Elise tensó la mandíbula. Tuve al instante la sensación de que no me iba a gustar lo que estaba a punto de decir.

—No haces más que enviar a hombres a los burdeles para que finjan ser clientes. Pero no creo que eso sirva. Las esclavas sexuales que se van a encontrar allí no hablarán con los clientes, no confiarán en ellos.

Era cierto.

—¿Y qué sugieres?

Ella tragó saliva con dificultad.

—Ir yo.

—Elise…

—Escúchame.

Elise se incorporó para sentarse. Yo me apoyé en los codos, conteniendo con todas mis fuerzas el impulso de negarme a lo que iba a decir. Ella se llevó las rodillas al pecho y habló en voz baja.

—Envíanos a mí, a Kari y a Siv a los burdeles como nuevas empleadas. Confiarán antes en nosotras y tal vez logremos enterarnos de algo.

Negué con la cabeza, pero me detuve cuando me puso la mano en el pecho.

—Valen, somos iguales, ¿no?

—Sí, pero…

—¿Entonces por qué eres tú el que corre todos los riesgos mientras yo te espero calentándote la cama, bien protegida en Ruskig?

—Ahora mismo te recuerdo perfectamente saltando hacia el fondo de una garganta tras cruzar para meterte en el corazón de una unidad de Cuervos hace no mucho.

Ella soltó una risita.

—¿Y no mereció la pena correr el riesgo? Volví con un mensaje

del príncipe solar.

—Habría preferido que evitaras la parte del salto al abismo.

—Yo también. —Su sonrisa desapareció—. Pero esto no requiere saltar de ninguna parte, y no estaré sola.

—Elise, me estás pidiendo que ponga a mi esposa en una posición en la que un cliente podría pagar por sus servicios. ¿Qué harás entonces?

Ella sonrió con una mirada violenta.

—Ten fe en mi capacidad para hacer daño, amor mío. —Elise me dio un beso suave. Por todos los infiernos, era una maestra de la manipulación. Sabía cómo destruir con su certero contacto todos los muros y reservas que yo tuviera—. Admítelo, príncipe de la noche: mi plan es brillante —susurró contra mis labios.

No me gustaba nada tener que admitir que lo de entrar en los burdeles desde el otro lado tenía sentido. Sin duda, las esclavas sexuales conocerían los engranajes del sistema mejor que nadie. Si Elise podía enterarse de la existencia de algún burdel secreto u oír algún rumor sobre alguien que podría ser Herja, tendríamos una pista.

Cuando el sol empezó a abrirse paso en la noche, tuve que admitir que hasta entonces no habíamos averiguado gran cosa. Y cuanto más tiempo permaneciéramos así, como unas piezas inmóviles en el tablero, más ventaja sobre nosotros tendría Aguja del Cuervo.

Pero seguía sin gustarme la idea.

—Tenemos que estar allí nosotros también —respondí—. Como clientes, entre los árboles, bajo las camas… No me importa. Pero si alguien os pone una mano encima a cualquiera de vosotras, morirá.

Sus ojos se iluminaron.

—Lo acepto. Pero tenéis que darnos margen para hacer nuestro papel. No podéis fulminar con la mirada a cualquier cliente que me ponga los ojos encima.

—Me niego a prometerte eso y me reservo el derecho a sacar al menos un ojo a modo de advertencia.

Ella se rio, me abrazó el cuello y me acercó a ella.

—La encontraremos, Valen. Te lo juro.

Hundí la cara en su cuello.

Sí, encontraríamos a Herja. Y rescataríamos a Sol.

Tenía que aferrarme a la esperanza de reunirme con mi hermano y mi hermana, de saber por qué nos habían mantenido con vida, pero no tenía intención de perder a Elise en el proceso.

No lo iba a permitir.

Capítulo once



La princesa rebelde

—Ellas llevan más pintados los labios —apuntó Frey. Cuando la mitad de los hombres que estaban allí lo fulminaron con la mirada, se ruborizó—. ¿Qué? Yo no voy a los burdeles, prefiero liberar a las mujeres esclavizadas allí, por eso las he visto muchas veces.

—Hay cosas que es mejor no revelar en público, hermanito. —Axel le puso la mano en el hombro a su hermano y lo miró con una lástima un poco forzada.

—Que no voy a los burdeles —insistió Frey—. No los necesito.

—Vale —murmuró Ari, y se volvió para mirar a Siv, que estaba terminando de maquillarme.

—Imbéciles. —Frey se zafó de la mano de Axel, le dio un puñetazo en el hombro a su hermano y después cruzó la multitud y tuvo que soportar unas cuantas risas a su costa.

Un grupo de los nuestros permanecería en el campamento más allá de las colinas que había junto a una ciudad del norte que se llamaba Bordell. Aquel lugar olvidado estaba en la periferia del reino, azotado por los vientos del paso que llevaba a los viajeros a los páramos del Viejo Timoran. Allí costaba que crecieran incluso las hierbas más secas y resistentes. Los árboles estaban pelados como los huesos de un cadáver, y en todas las esquinas olía a orines y a pieles secas.

La Hermandad de las Sombras estaría apostada alrededor del burdel, lo bastante cerca para que nosotras pudiéramos pedir ayuda si algo se torcía en el interior, pero también fuera de la vista para no levantar sospechas. Parte del consejo privado (los que habían servido en casas de familias distinguidas o habían vivido una vida más acomodada) entraría y se haría pasar por unos clientes.

Crispin y unos cuantos de sus hombres fueron sirvientes de nobles en el pasado. Ellos serían nuestros ojos en el exterior del burdel. Nos proporcionaba un cierto alivio saber que Frey y Axel estarían dentro con nosotras.

—Creo que deberíais dejarme entrar a mí también —insistió Ari —. Yo fui rey durante un tiempo, no lo olvidéis.

—Los que conocen a Elise han visto tu cara demasiadas veces — explicó Brant.

Él seguía frotándose la cabeza, como si le doliera, pero no dejaba de decir que no le encontraba sentido a lo que le decía la magia de su sangre aquella noche. Junius había anunciado que él era un alver, como ella, que podía predecir el futuro o ver visiones. No quise pensar mucho en la inquietud de Brant, porque aumentaba la mía. Si algo lo preocupaba, había muchas posibilidades de que surgieran peligros inesperados durante la noche.

—No podemos arriesgarnos a que alguien te reconozca, Ari — añadió Tor.

—¡Pero si soy ilusionista!

—Ya tienes bastante con ocuparte de ocultar todas las malditas orejas de los fae —apuntó Stieg, tocándole la parte puntiaguda de las orejas a Casper.

Ari murmuró algo entre dientes, pero se dio la vuelta y se fue. Había una parte de mí que compartía su decepción. Si Valen no podía estar a nuestro lado, Ari, Halvar o Tor eran a los que yo quería conmigo. Pero ninguno de ellos iba a entrar en el burdel, sino que permanecerían con el rey.

Yo confiaba por encima de todo en el consejo, pero no podía librarme de aquel desasosiego que me erizaba la piel cada vez que tenía a demasiados de ellos a mi alrededor.

Al menos teníamos a Frey y a su hermano; ellos eran leales.

Habíamos logrado convencer a Valen con dificultad para que se quedara junto a los árboles. Sus reacciones en todo lo que tenía que ver conmigo tendían a ser demasiado explosivas y cargadas de una sed de sangre más propia de su estado anterior. Si entraba en el burdel, se convertiría en un problema.

Valen, al fondo y con los brazos cruzados a la altura del pecho, frunció el ceño. Yo le dediqué una mirada de advertencia para que no se entrometiera. Y confiara en mí.

Aquel ceño le provocaba unas arrugas profundas en la cara.

El rey no había dicho gran cosa desde que Halvar y Tor volvieron de la negociación. Me habían vendido oficialmente como esclava sexual al burdel de Bordell. Y también a Kari y a Siv.

—Mi precio no les parecía justo, pero no vendería a mi amor por menos —bromeó Halvar con Kari.

Yo ya había aprendido que nuestro primer caballero ocultaba gran parte de su inquietud tras sus bromas y sus comentarios divertidos. Pero, por la forma en que no se separaba de Kari, sospeché que compartía la misma preocupación que nuestro rey.

—Nos estamos quedando sin tiempo —nos advirtió Casper—. La reunión es dentro de una hora.

Valen soltó una maldición entre dientes, se abrió paso entre el grupo y me cogió la mano.

—Esto no me gusta.

—Solo vamos a estar un rato con las chicas. —Le apoyé la palma de la mano en el pecho—. Y cuando descubramos lo que saben, nos iremos. Prepárate para venir a por nosotras.

Me dio un beso sin preocuparse de toda la gente que nos rodeaba.

—Y nada de sacar ojos —le susurré mientras le acariciaba la mejilla.

—No prometo nada. —Valen miró a Casper y asintió, y este nos llevó a conocer a la dueña del establecimiento.

Mattis le cogió a Siv la cara entre las manos, le susurró algo junto a los labios, con precaución de no estropearle el maquillaje, y después le dio un beso en los nudillos. A Halvar le costó más soltar a Kari y le importó menos que se le corriera el pintalabios rojo, porque le devoró la boca hasta que ella se echó a reír y tuvo que apartarlo de un empujón.

—Intenta no matarlos a todos —dijo cuando ella se alejó—. Necesitaremos interrogar a algunos.

—Ese hombre va a ser mi ruina —comentó Kari cuando nos alejamos.

—Pero será una ruina muy agradable —contesté yo.

Kari sonrió y se permitió darse la vuelta para mirarlo por última vez.

—Muy cierto.

En la parte de atrás del carro, le di una mano a Siv y otra a Kari. Las ruedas parecían a punto de romperse en cada bache del camino; íbamos dando botes con cada sacudida y a todas empezó a dolernos la espalda.

—Habrá una esclava sexual dominante —explicó Kari—. Esas sobreviven por su popularidad. No habléis con la líder. Ella no nos será útil, porque nos verá como competencia. Dirigíos a las más jóvenes y asustadas, ¿entendido?

Siv y yo asentimos a la vez.

Al pie de la colina había un carruaje negro que nos esperaba, rodeado por tres hombres corpulentos con chalecos.

El hombre del centro se acarició la larga barba y jugueteó con unas cuentas de hueso que tenía trenzadas en los extremos. Levantó una mano, mirando a Casper.

—La señora DeMark va a inspeccionar la mercancía aquí.

Casper gruñó. Se movía como un hombre que llevara piedras en las botas y que soportara calambres en la espalda. Era mejor parecer débil y maltrecho delante de gente como aquella. Los comerciantes con cierto estatus no se fijaban demasiado en los sirvientes ni en los cuerpos anónimos de los burdeles escondidos en la periferia del reino.

Con una especie de jadeo grave desenganchó la parte de atrás del carro y nos dio un silbido a las tres para indicarnos que bajáramos.

—Mis disculpas, mi reina —susurró cuando bajé trastabillando de la parte de atrás del carro.

Lo ignoré y levanté la barbilla para mirar aquel confín de mi anterior hogar.

Hasta que Siv me clavó un codo en las costillas.

—Agacha la cabeza —dijo entre dientes—. Aquí no eres nada.

Obedecí y contemplé el suelo fangoso que había entre los finos trozos de cuero que me servían de destrozados zapatos. Cuando uno

de los hombres del burdel me agarró del brazo con demasiada fuerza, el instinto hizo que estuviera a punto de zafarme, tal vez incluso de abrirle el vientre con la daga que tenía escondida en el muslo. Pero me quedé muy quieta. Obedecí. La verdad era que, cuando se abrió la puerta del carruaje del burdel, no me costó temblar por el miedo.

Un siseo de satén. Un olor demasiado fuerte a rosas. Una voz quebrada por el humo.

—Vamos a ver qué has comprado, Mikal.

Por mi experiencia hasta el momento, creía que el contacto de una mujer siempre era más suave que el de la mayoría de los hombres. Pero no en el caso de la señora de Bordell. Me clavó los dedos nudosos en la barbilla y me levantó la cara. Llevaba maquillaje rojo en las mejillas y demasiado kohl alrededor de sus ojos azules, astutos y gélidos. Tenía el pelo encrespado y peinado con unos rizos que daban sensación de viejo y anticuado y que llevaba recogidos en la parte superior de la cabeza.

Su vestido parecía elegante, pero, al mirarlo de cerca, se veían claramente costuras que se habían cosido varias veces y agujeros en aquel satén tan fino que intentaba ocultar con piedras falsas y cuentas de hueso.

—Esquelética —anunció—. Pero tiene buenos dientes y no se le ven marcas en la piel.

Después pasó a inspeccionar a Siv y a Kari. A Siv le miró bajo el pelo oscuro en busca de úlceras en la cabeza; de Kari dijo que era muy corpulenta y fuerte, que había que reservarla para los clientes más grandes, que serían los que podrían con ella.

Si lo intentaban, Halvar les cortaría la garganta. Y si tardaba mucho, seguro que lo haría Kari antes.

—Pero me parecen bien —concluyó la señora—. Súbelas, rápido. Tenemos otras citas pendientes.

Sin volver a mirar a Casper, nos empujaron al interior del espacioso carruaje y nos ordenaron guardar silencio.

El corazón se me aceleró y la sangre me hirvió. Me clavé las uñas en las palmas, desesperada por ocultar mi reacción.

Estábamos rodeadas de la gente que nos quería.

Valen destrozaría completamente el burdel si cualquier cosa salía mal.

Todo eso era por Herja. Por Etta.

La casa apareció ante nuestra vista. Un edificio destartalado hecho de madera y cañas. Un tejado inclinado coronaba las numerosas habitaciones y el gran salón donde se reunían los clientes. El carruaje recorrió la última curva del largo camino de tierra y traqueteó hasta un establo, que estaba un poco más allá de la casa, donde había unos faroles que despedían un leve resplandor sobre las pilas de heno y unas cuantas cabras desaliñadas.

—Salid —ordenó la señora. Me dio en el tobillo con un bastón de madera que había sacado de debajo del borde del asiento.

Me mordí el interior de la mejilla para evitar darle la satisfacción de gritar por el dolor y salí del vehículo la primera. Dos de los hombres que habíamos visto antes abrieron las amplias puertas del establo y el tercero nos empujó dentro.

Las paredes eran delgadas y frágiles. Había demasiados huecos entre los listones por los que se colaba el fuerte y frío viento del norte. El olor del aire, a polvo y moho, se me quedó pegado a la garganta. Al fondo del establo había otra habitación. Un hombre llamó a la puerta, esperó dos segundos y después la abrió para dar paso a una habitación iluminada y perfumada en exceso con aroma a flores.

El fuerte y dulce olor a rosas era incluso peor que el de los establos e hizo que me diera un vuelco el estómago.

Había chicas y chicos de todo tipo apiñados en un improvisado vestuario, por llamarlo de alguna manera: altos, rechonchos, huesudos, corpulentos… Unos esclavos que habían visto demasiado en muy poco tiempo se mimetizaban con los colores apagados del burdel de Bordell. Las faldas, pantalones y túnicas que llevaban me recordaron a una tormenta que descargara sobre el mar: grises y negros con una franja azul, que los identificaba como propiedad de la señora.

—Pasad —ordenó el hombre con un gruñido. Le dio un empujón a Siv entre los omóplatos y esperó hasta que las tres cruzamos el umbral. Unas cuantas esclavas sexuales nos miraron, pero no dijeron nada—. Poneos los abrigos. Os verán dentro de una hora. Si alguien solicita vuestra compañía, os llevarán a la casa principal. Y nada de montar un escándalo ni protestar.

Y dicho eso, se fue sin decir ni una palabra más, solo dando un portazo al salir.

—Mirad lo que acaba de llegar —dijo una mujer alta que miraba su reflejo en un espejo algo opaco—. Parece que la señora DeMark está malgastando sus *shim* otra vez. No les doy ni dos noches.

—La fuerte aguantará una semana al menos —comentó un chico que parecía solo un poco más joven que yo.

Era delgado, pero se le veían las curvas de los músculos de los brazos, lo que sugería que había fuerza oculta bajo la túnica de color apagado que llevaba.

Todos se rieron y siguieron preparándose para aquella noche.

—Recordad, las asustadizas —murmuró Kari.

Asentí con el corazón acelerado. Ignoré a los dos que habían hablado sobre nosotras y examiné a los demás.

La mayoría de los esclavos solo mostraban falta de interés. Algunos nos miraron de arriba abajo y entornaron los ojos como si acabáramos de cruzar la línea enemiga. Pero otros miraron por encima del hombro, nerviosos.

Nos separamos. Yo me dirigí a un grupo de esclavas que tenían un ceño permanente en la cara, hasta situarme junto a una chica con el pelo rubio recogido en un moño en la parte superior de la cabeza.

Ella evitó mi mirada. Todo su cuerpo escuálido se parapetó para alejarse de mí, como si prefiriera desvanecerse a mirarme. Pero no podía permitírselo. Carraspeé y señalé el maquillaje que tenía en la mano.

—¿Me dejas un poco de eso cuando termines?

Ella se estremeció y me pasó el maquillaje con una mano temblorosa.

—Ya he acabado.

—Gracias.

Fingí que me estaba pintando los ojos durante unos segundos mientras estudiaba sus movimientos, rígidos y bruscos. Era joven, pero tenía los hombros hundidos, como si todo el peso de la vida

descansara sobre ellos, y unas bolsas oscuras bajo los ojos.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí?

La muchacha levantó la vista y me miró con suspicacia antes de volver a centrarse en las medias que tenía en la mano.

—Ya he perdido la cuenta.

No quería hablar. La verdad era que ninguna de ellas quería hacerlo. Si Herja estaba atrapada en un lugar así, nos necesitaba. Tenía que pensar, hacer que funcionara. Si no dábamos la señal a tiempo, Valen aparecería con una actitud homicida.

—Yo nunca había estado en este extremo del reino —susurré mientras me aplicaba un poco de kohl alrededor de los ojos—. La verdad es que creía que me traían a una de las casas más exclusivas. Los comerciantes no dejaban de hablar de unos sitios a los que solo van los nobles.

Estaba improvisando, pero si la teoría de Kari era cierta, a Herja la mantendrían fuera de la vista de la gente ordinaria.

La chica arrugó la frente.

—¿Y qué tienes tú de especial?

—Nada. Es lo que he oído. Supongo que habrán cambiado de idea. —Cerré el tarrito del kohl y se lo devolví—. ¿Has visto alguna vez una casa así?

Resopló.

—¿Y qué tengo yo de especial para haber visto un sitio así?

—No sé si existirán de verdad.

La chica se encogió de hombros.

—El castillo Aguja del Cuervo tiene casas exclusivas. Por lo que he oído, allí las esclavas comen mejor. Incluso se pueden poner la ropa que quieran.

Todo eso era repugnante, pero tenía que adoptar una actitud indiferente, igual que las demás. Probablemente era una forma de supervivencia. Me obligué a soltar una carcajada.

—Por todos los infiernos, ¿y qué tiene que hacer alguien para que la lleven allí?

La chica sonrió un poco y sacudió la cabeza, algo más cómoda, pero no dijo nada. Necesitaba un empujoncito más.

—¿Conoces a alguien que haya salido de un sitio como este y haya llegado a uno de los exclusivos?

—¿Por qué me haces tantas preguntas? —exclamó—. ¿Es que te parece que me gusta cotillear?

—Perdona. —Me aparté como si acabara de morderme—. Es que soy nueva en esto. Me vendieron cuando la casa de mi dueño ardió por culpa de la rebelión del príncipe de la noche.

Otra improvisación arriesgada, pero no se me daba bien mentir.

Pero debí de tocar la tecla correcta, porque me miró con los ojos muy abiertos y bajó la voz hasta que solo fue un susurro grave.

—¿Es real?

¿Es que la gente no estaba segura de que Valen fuera real? Él había revelado su nombre delante de toda la nobleza de Aguja del Cuervo. Y hacía meses que estaba dejando su marca por todo el reino. Me incliné hacia ella.

—Lo es.

Sus ojos se iluminaron.

—He oído cosas, pero nos dicen que no son ciertas.

—Lo son. Yo he visto sus ejércitos. Va a vencer a Aguja del Cuervo. Y se preocupa por nosotros, por la gente corriente, por liberar lugares como este.

Ella se rio entre dientes.

—A nadie le importan los lugares como este.

Necesitaba darle un poco de esperanza. Cuadré los hombros y cambié de tema.

—No dejo de preguntar por esas casas especiales porque corre el rumor de que el príncipe de la noche tiene intención de atacar una.

Una muy concreta, con una esclava importante. Y me gustaría estar allí cuando él llegue. —Menos esperanzas, tenía que parecer abatida. Suspiré—. Pero seguramente no existirá. Una casa como esa, quiero decir.

El silencio se instaló entre ambas. Solo nos rodeaban los ruidos que hacían el resto de los esclavos mientras se preparaban para pasar la noche en el infierno. Se oían unos leves rumores. Tal vez Siv y Kari estaban teniendo mejor suerte que yo, pero no quería arriesgarme a mirar y provocar que se rompiera la débil conexión que pudiera haber establecido con aquella chica.

Por fin ella se incorporó y se colocó a mi lado. Levantó la barbilla y dijo con una voz tan leve como una brisa de verano:

—Existe.

—¿Qué? ¿El burdel real?

Negó con la cabeza.

—No. Una esclava especial. Un premio bien escondido que atrae a los hombres más ricos de todos los reinos. La llaman la Valkiria Silenciosa.

—¿Una guerrera de los dioses? —¿Cuántas veces había dicho Valen que su hermana era letal con una espada en la mano?—. ¿Por qué?

La chica miró por encima del hombro, nerviosa.

—Para conseguirla, tienes que vencerla. Enfrentarse con ella solo trae muerte. Igual que en las sagas de las valkirias, esta esclava es tan formidable que tiene el poder de elegir a quién va a matar y quién se irá con ella. La gente paga para ganar, pero, por lo que he oído, muy pocos lo han conseguido.

—¿Y dónde está? —Sin darme cuenta, la agarré por los brazos. No quería sonar tan desesperada, pero si había una mínima posibilidad de que Herja Ferus estuviera viva, tenía que tratarse de esa Valkiria Silenciosa.

La chica se apartó y se alejó de mí.

—Perdona. —Levanté ambas manos—. Pero si logramos llegar hasta ese lugar, el príncipe de la noche vendrá y podremos ser libres.

—Libres… —Se rio con una cierta amargura—. La libertad no existe. Aquí no.

—Con el príncipe de la noche, todos seremos iguales.

Sacudió la cabeza; estaba claro que no sabía si podía confiar en mí.

—Aunque fuera cierto, la Valkiria no está en un burdel. Es un premio; la tienen bien custodiada en una mansión.

—¿Una mansión?

—¿Crees que alguien malgastaría algo así concediéndole el poder a una señora de la casa? No. Los rumores dicen que es propiedad de un importante noble. Tal vez el propio rey, no lo sé. Lo único que he oído es que la atracción de derrotar a una mujer de los dioses le ha llenado a alguien muy bien los bolsillos.

Una pelea en el fondo de la habitación hizo que ambas nos volviéramos. Apreté los puños. La mujer que se había dirigido a nosotras cuando entramos había empujado a Kari hasta que chocó contra la pared, y dos chicos la sujetaban por los brazos.

—¿Quién eres tú? —preguntó la esclava—. Estás haciendo demasiadas preguntas. Si crees que puedes venir aquí y hacerte con el control en tu primera noche, estás muy equivocada. Esta casa es mía.

Supervivencia. Ella solo quería sobrevivir. Y se comería vivo a cualquiera que se cruzara en su camino.

—Espera. —Levanté las manos para evitar que le diera una bofetada a Kari—. No hemos venido a arrebatarte nada. No estamos aquí para eso.

La esclava me fulminó con una mirada gélida.

—Hablas como si estuvieras aquí por elección.

Kari y Siv negaron con la cabeza, pero yo no podía dejar que esa gente siguiera allí. Aquella mujer se comportaba como si aquel lugar fuera su casa, pero era solo por miedo y desesperación. Podría ser libre. Y los demás también.

Y yo solo tenía que decir una palabra para que lo fueran. ¿Es que era reina solo de nombre, o también de obra?

—Podéis iros de aquí esta misma noche —dije con voz grave—. Podemos liberaros a todos.

La mujer se echó a reír.

—Están locas y van a conseguir que nos azoten a todos.

Intentó acercarse a la puerta, seguro que para llamar a uno de los guardianes. La acompañó un murmullo general. Se estaban volviendo contra nosotras. Incluso la chica que me había hablado de la Valkiria se apartó.

Pero yo no iba a fracasar.

—Escuchadme. Hemos venido con el rey de Etta, el príncipe de la noche.

Aquel nombre provocó unos cuantos respingos, pero la mayoría me miró como si hubiera perdido la cabeza del todo.

—Hemos venido en busca de algo, pero él está ahí fuera —dije señalando una de las paredes—. Si venís con nosotras, podréis escapar de aquí esta noche.

—Está mintiendo. Es una prueba de la señora para comprobar nuestra lealtad —dijo la mujer alta.

—No. Por mí, la señora se puede pudrir. No llaméis a los guardianes. Dejad que avisemos a nuestra gente y os llevaremos a Ruskig con nosotras.

—Creedla —intervino Siv—. Es Elise Lysander, antes la sobrina del difunto rey de Timoran y ahora la reina de Etta.

El silencio era capaz de poner todos los nervios de punta y de ensordecer los oídos. Nadie se movió. Casi ni se atrevían a respirar.

La mujer que parecía la esclava principal negó con la cabeza.

—Está loca, loquísima.

Esas fueron sus palabras, pero había menos inquina en su tono. Tras cada palabra, muy en el fondo, había una levísima esperanza.

—Ningún rey enviaría a su reina a un burdel —añadió el chico que se había reído de nosotras al principio.

Siv y Kari sonrieron.

—No conocéis a Elise ni la devoción que Valen Ferus siente por ella, hasta hacer cualquier cosa para que esté contenta —comentó Kari.

—Valen Ferus —susurró la chica que estaba detrás de mí.

—Está aquí y tenemos que encontrar a la Valkiria. Creemos que es importante —expliqué. No quería revelar demasiado—. ¿Sabes en qué mansión la mantienen prisionera?

La chica empezó a negar con la cabeza, pero toda idea o palabra se desvaneció cuando la puerta se abrió de golpe. Uno de los guardianes de la señora apareció en la puerta, sonriendo con malicia.

—Tenemos un solicitante que ha llegado pronto.

Todos los esclavos sexuales se pusieron tensos. Unos cuantos cerraron los ojos y murmuraron oraciones. Pero cuando la mirada del hombre se centró en mí, se me helaron las entrañas.

Extendió un dedo y me señaló.

—Tú. Timoran. Tienes tu primer cliente.

Capítulo doce



La princesa rebelde

Tenía las manos atadas. El guardián del burdel me sacó de los establos, pero tuve tiempo de mirar un momento a Kari y a Siv, una señal silenciosa para que salieran de allí y fueran a buscar a nuestra gente. A Valen.

Aquel no era el plan. Habíamos estudiado cuándo empezaban las selecciones en el burdel. Se hacían en la sala principal, donde todos los clientes podían inspeccionar a las candidatas y después hacer sus ofertas. El plan era escabullirnos y correr hacia una zona de escuálidos árboles antes de llegar a pisar la casa principal. Allí nos estarían esperando Stieg y Ari y nos sacarían de allí.

No podía escapar si estaba yo sola.

Y mucho menos con esas manazas pesadas en el brazo y unas cuerdas rodeándome las muñecas.

Habría que cambiar los planes. Y seguro que habría muerte y sangre pronto. Yo no era una damisela que necesitaba que la rescataran, y Valen no me veía como alguien débil ni indefenso. Por mis venas corría sangre de guerreros, pero mi marido sabía mejor que bien lo que era dejarse llevar por la sed de sangre. Incluso ya libre de la maldición, él había admitido más de una vez que su alma le pedía sangre, violencia y matanza. Era como una enfermedad de la que no podía curarse.

Aunque tal vez era más bien que no quería curarse.

Aquel guardián, un imbécil redomado, no sabía lo que estaba haciendo y las vidas que estaba poniendo en riesgo.

Se lo dije.

Y se rio y me agarró más fuerte.

—Te han vendido como esclava sexual, guapa. ¿De verdad crees que hay alguien por ahí que quiere luchar por ti?

—Si me llevas a esa casa, te juro por todos los dioses y las Parcas que no conservarás tu vida mucho tiempo.

—Te han pedido a ti específicamente.

—¿Cómo? Pero si nadie me ha visto.

—Eres peleona… —contestó con una carcajada—. Yo no hago preguntas, muchacha. Cumplo con mi trabajo y llevo a las esclavas que me piden, ya está. Han pedido a una nueva timorana de ojos azules y tú cumples con los requisitos. Cualquiera diría que ese hombre sabe que estás aquí.

Se me hizo un fuerte nudo en las entrañas al oír eso.

Si alguien sabía que yo estaba allí, no podía ser amigo. ¡Por todos los infiernos! ¿Qué significaba eso para la gente que esperaba entre los árboles? ¿Lo sabía Valen? ¿Estaría rodeado y a punto de verse en una emboscada?

No me dio tiempo a seguir haciéndome preguntas porque de pronto el guardián me empujó para que cruzara una puerta estrecha de la parte de atrás de la casa.

Dentro, el aire apestaba a humo de cigarros de hierbas y a cerveza fuerte. Se oían las carcajadas de los clientes que estaban reunidos en el salón, dedicados a su propia disipación antes de que llevaran allí a las esclavas y esclavos.

—Ponte esto —dijo el guardián, y me tendió un trozo de encaje fino y brillante. Como solo me quedé mirándolo, hizo un gesto como el de ponerse un sombrero en la cabeza—. Póntelo sobre la cabeza, maldita sea. Para ocultar tu cara. Ya te han pedido. Nadie más debe verte. Normas de la casa.

«Piensa, Elise.» La daga que tenía en la pierna me quemaba la piel. Era una sensación que solo estaba en mi mente, pero el calor se convirtió en un recordatorio de la promesa que le había hecho a Valen: que lucharía y me defendería. Se lo prometí mucho tiempo atrás y tenía intención de mantenerlo. Pero coger el cuchillo en aquel momento sería una imprudencia. Había demasiados clientes, demasiados guardianes y enemigos a mi alrededor.

Con un largo suspiro, me puse el encaje sobre la cabeza.

En la habitación, cuando estuviera a solas con el infeliz que creía que podía comprar el uso de mi carne, podría acabar con él en un segundo. Y esos suelos de madera se volverían rojos cuando yo terminara allí.

El guardián me llevó al salón. Había mesas por todas partes llenas de hombres y mujeres de todos los estatus sociales posibles. La mayoría parecían ser canteros, hombres con hombros grandes y brazos más gruesos que mi cintura. Tan cerca de las montañas, la gente de allí estaba acostumbrada a los fuertes vientos y el trabajo duro. Pero entre ellos había unos cuantos muy bien vestidos, tal vez viajeros o comerciantes de otros reinos o ciudades que solo estaban de paso.

Gritos de expresiones vulgares resonaban en mis oídos cuando llegué a la habitación. Los hombres aullaban, algunos intentaron subirme la falda y otros hicieron comentarios sobre mi cuerpo y mi figura.

La daga me ardía en el muslo. Lo que daría por clavársela a todos ellos en el pecho.

A través de la filigrana del encaje vi unas caras familiares que ocupaban una mesa en un rincón. Noté el corazón en la garganta cuando pasé por delante de Axel y Frey, que bebían nerviosos, examinando aquel espacio, esperando una señal de que el plan no había salido bien.

Cubierta como iba, no sabrían que era yo. Miraban hacia la puerta del fondo y las ventanas.

«Piensa, Elise.»

Hice lo que pude y fingí caerme. No de una forma elegante, sino muy llamativa.

—Maldita sea, chica. —El guardián me agarró del brazo—. Pero qué mujer más torpe. Será mejor que le digas a quien ha pagado por ti que deberías pasar la noche de cualquier forma, pero no de pie.

Me tiró de un brazo, y con el otro me apoyé en el borde de la mesa de Frey para incorporarme y recuperar el equilibrio.

Le cubrí la mano con la mía y le di un apretón muy discreto.

Él miró enseguida mi cara cubierta, pero el guardián me arrastró y se disculpó con Axel y Frey. Cuando me alejé, abrí bien la mano izquierda y recé a todos los dioses que pudieran estar escuchándome para que Frey se diera cuenta de las falanges que me faltaban y supiera que era yo.

Lo último que oí fueron los chirridos de las patas de las sillas en

el suelo.

Y esperé, por todos los dioses, que fueran las de Frey y su hermano, que se habían puesto en marcha.

—Lo prometido —fue lo único que dijo el guardián del burdel antes de empujarme al interior de una habitación pequeña y húmeda y cerrar la puerta.

El viento azotaba las paredes y hacía que la madera crujiera y se quejara. Un movimiento que noté en un rincón fue la única señal de que no estaba sola.

Me arranqué el velo y me volví para mirar al cliente.

Un Cuervo.

Vestido con la túnica oscura y el sello de Aguja del Cuervo en el pecho, llevaba una espada corta a la espalda y sonreía. Como si se hubiera hecho con el mejor premio, no dejaba de enseñar los dientes amarillos mientras se acercaba.

—Odio patrullar por el norte. Hace muchísimo frío y es aburrido. Pero esta noche parece que los dioses me han sonreído.

—Solo te lo voy a decir una vez: no te acerques —advertí.

En mi cabeza se reprodujeron todas las lecciones que me había dado Halvar. Cómo esquivar, agacharse y clavar un cuchillo entre las costillas. Imaginé una docena de situaciones. Solo tenía que sobrevivir el tiempo suficiente para que Siv y Kari lograran salir o, si mi llamada de atención había funcionado, para que Axel y Frey pudieran actuar.

Como si los hubiera invocado, afuera se oyeron gritos.

El Cuervo también los oyó, pero su sonrisa no desapareció y siguió acercándose.

—Ojalá tuviéramos más tiempo, pero seguro que esos fae con los que andas no tardarán en llegar, así que tenemos que irnos ya. —Se rio al ver mi perplejidad—. ¿Es que crees que no te he reconocido, Elise Lysander, traidora de tu propia gente y de los de tu sangre?

—¿Cómo…? —Dejé la frase sin terminar. ¿Qué sentido tenía preguntarle nada a aquel guardia? Si sabía quién era, entonces estaba allí para llevarme con mi hermana. Para eso o para matarme.

Rocé con los dedos la empuñadura de la daga que tenía bajo la desgastada falda. Respondí a su malevolencia con la mía y una sonrisa burlona apareció en mi cara.

—Si me conoces, entonces eres idiota por pensar que podrás salir de aquí vivo si me pones una mano encima.

—Tengo intención de que salgamos de aquí los dos vivitos y coleando.

Se acercó aún más. Me llegó el olor de un sudor de varios días pegado a su ropa y a su piel. Intentó agarrarme por el cuello. Yo intenté zafarme, pero me sujetó la muñeca contra la pared y utilizó las caderas y el cuerpo para mantenerme atrapada.

Yo no pestañeé ni vacilé. Si así era como lo quería… Que estuviera tan cerca me daba la oportunidad de clavarle el puñal aún más profundo. Lo cierto era que yo disfrutaba de mi sed de sangre tanto como Valen, y cuando noté el aliento rancio del Cuervo en la cara, me imaginé cien formas de dejarle mi marca sangrienta.

—Confía en mí…

—Eso sería una estupidez.

Él sonrió y apretó la mano que tenía en mi garganta.

—Tus amigos fae tienen distracciones de sobra —aseguró—. Tantas que ni se fijarán en nosotros. Y tú, pequeña *Kvinna,* vas a ser mi regalo para el rey. Y así no tendré que volver a ver estas malditas montañas jamás.

—Alguien te dijo que estaría aquí —contesté para ganar el tiempo suficiente para subirme la falda y coger la daga.

—Ten cuidado con la gente en la que confías, Elise. Me costó muy poco dinero que me dieran tu nombre. —Sacó la espada corta que llevaba a la espalda—. Nos vamos.

—Yo creo que no.

El dolor que me estaba provocando su mano no era tan malo como el que me provocó el golpe en la cadera contra el duro suelo cuando caí hacia un lado porque el suelo onduló como las olas del mar. El Cuervo trastabilló, cayó hacia atrás y se golpeó la espalda con el pie de la destartalada cama.

A pesar del dolor punzante que me recorría toda la pierna, me eché a reír y saqué la daga de la funda.

El hombre miró hacia la puerta con los ojos como platos.

Yo me incorporé y me puse de rodillas.

—Demasiado tarde.

Él me miró fijamente y blandió su espada de nuevo.

—No llegarán aquí a tiempo. Si hace falta, yo mismo te cortaré la cabeza.

Desde donde yo estaba, podía lanzar un tajo que lo alcanzara en el vientre o la entrepierna. ¿Qué era lo que decía Halvar que había que hacer cuando te enfrentabas a un arma más larga que la tuya?

Me daba vueltas la cabeza. Le estudié los pies y le observé las manos.

Los lugares vulnerables en la armadura de un Cuervo eran las articulaciones y una pequeña costura que tenían sobre las costillas. Tenía que agacharme para esquivar el primer golpe y después girar y cortarle detrás de las rodillas, para que cayera a mi nivel.

El Cuervo levantó la espada con intención de lisiarme y que no pudiera correr. Cuando la hoja bajó, rodé sobre un hombro. El acero abrió la madera y la astilló. La hoja se clavó tanto en el suelo que tuve tiempo de colocarme detrás de él.

El filo de mi daga cortó los pantalones de tela basta y la punta entró justo por encima de la bota y por debajo de la unión de la protección de la pierna.

El Cuervo gritó cuando la sangre caliente le empapó la pierna, y cayó de rodillas.

Yo me puse de pie, a punto de cortar de nuevo, pero él me agarró un trozo de la falda y tiró. No pude evitar un fuerte grito cuando caí boca arriba en el suelo.

Los ruidos propios de un ataque resonaban en mi cerebro. Nosotros (Valen, Ari, Tor y Halvar) no éramos suficientes para enfrentarnos a toda una unidad de Cuervos. Si allí había un guardia de Aguja del Cuervo, ¿cuántos más habría patrullando los caminos del

norte?

Como estaba distraída, el Cuervo aprovechó el momento y me atacó con su espada. El filo me cortó el muslo y sentí un dolor cegador y ardiente que me quemaba la piel.

El Cuervo intentó agarrarme mejor, aprovechando el tajo que acababa de hacerme por encima de la rodilla. Yo ataqué con mi daga y le alcancé en la mejilla. Rugió de dolor, dejó caer su espada y se retiró.

Yo me puse en pie como pude y aparté la espada de un puntapié.

Esto no había acabado.

Como si la herida hubiera liberado en mi sangre algo que no estaba ahí antes, me olvidé de la lucha de fuera. Me sangraba la pierna, pero ignoré el dolor. Lo único que me importaba era aquel momento, aquel Cuervo, aquella vida.

Los ojos claros del hombre me miraron cuando la casa se estremeció. Tal vez vio algo en mis ojos que lo asustó, pero intentó alejarse arrastrando el trasero, mirando a todas partes en busca de algo que pudiera servirle como arma.

Pero no le iba a dar tiempo.

—Irás a ver al falso rey —aseguré con voz áspera—. Para trasmitirle un mensaje de su abnegada cuñada. Pero, por desgracia, no podrás presentarte ante él vivo.

Él entornó los ojos y una sombra ocultó su color azul. No iba a morir sin luchar. Pero es que éramos los dos timoranos, descendientes de guerreros.

Sin duda, estábamos a punto de comprobar quién era el mejor de los dos.

Capítulo trece



El príncipe de la noche

Una enorme y sofocante inquietud se había instalado en lo más profundo de mis entrañas. Llevaba allí todo el día, y también la noche anterior, y creció hasta que me pareció que estaba a punto de vomitar.

Fuera lo que fuese, había algo en aquel plan que no me acababa de gustar.

Pero mantuve la distancia, a regañadientes.

No podía arriesgarme a que me reconocieran y poner en peligro a Elise y las demás. Al menos hasta que fuera necesario. Aunque yo no era el único que parecía a punto de reventar por los nervios.

Halvar ni siquiera pestañeaba. Creo que no había apartado los ojos ni un segundo del terreno que rodeaba el burdel desde que Casper se había llevado en el carro a las mujeres. A su lado, Ari tenía las manos a ambos lados de la cabeza, concentrado. Según pasaban los minutos, se iba poniendo más pálido por el esfuerzo de ocultar los rasgos de fae de los que estaban dentro del local.

—Es un buen plan —aseguró Tor.

—¿Lo dices para autoconvencerte o para que yo lo crea?

—Que sea un buen plan no significa que las cosas vayan a salir como esperamos. —Tor se quedó callado un segundo, con la vista fija en la hierba—. En esta guerra necesitamos a Elise tanto como a ti, Valen. Estoy seguro de ello desde que Sol habló con ella. El destino tenía sus razones para traérnosla. Todos lucharemos para mantenerla a salvo.

—A ella y a las demás. Lucharemos por todas —exclamó Halvar sin apartar la vista.

—Halvar, si crees, aunque solo sea un momento, que alguien de ahí dentro va a poder con Kari, estoy seguro de que ella te demostrará lo contrario cuando vuelva.

—Ojalá. —Estuvo a punto de sonreír y de apartar los ojos un segundo.

Yo miré a Brant. Tenía unas profundas arrugas en la frente.

—¿Brant? ¿Ves algo?

Su magia era extraña. Su incomodidad estaba empeorando la mía.

Negó con la cabeza.

—No consigo dominar esta maldita furia, o mesmer, o como quiera que se llame. Veo siluetas y sombras en mi cabeza, pero nada claro. Es más bien una advertencia, como un peso dentro del pecho. Pero no sé si es preocupación por mi hermana o una señal de alarma

de verdad. Sea lo que sea, Valen, no quiero esperar mucho más.

A mí me pasaba lo mismo, no necesitaba convencerme. Si no veía la cara de mi reina pronto, tiraría las delgadas paredes del burdel antes de que les diera tiempo a servir otra jarra de cerveza.

—Maldita sea. —La exclamación de Halvar le añadió un poco de frío al aire.

Me giré a tiempo para ver a mi amigo desenfundar la espada, con Tor y Ari a cada lado. Entonces vi un resplandor ardiente sobre el fondo negro de la noche. Una nube de humo negro se elevaba y salía por el tejado de tierra de los establos, donde las esclavas se preparaban para la noche.

—Es la señal —anuncié.

Problemas. Algo había salido mal. Elise, Siv o Kari tenían que hacer una señal con fuego si el plan no iba según lo previsto.

¿Por qué había esperado tanto? Podría haber permanecido escondido, como le había prometido, pero en un armario dentro del burdel. Una oleada de furia me ardió en la punta de los dedos, casi incontrolable, e hizo que la tierra y el lecho de roca se estremecieran.

Desde la casa llegaron gritos, el ruido de cristales al romperse, y una parte del tejado se desplazó un poco hacia un lado.

—No malgastes tu energía —me reprendió Tor, aunque él también tenía las palmas cubiertas de llamas azules.

—Vamos. —Silbé en dirección a los árboles, aunque los efectos de mi furia ya deberían haber sido señal suficiente.

Salimos corriendo hacia los establos. Por el rabillo del ojo vi moverse unas sombras. Nuestra gente se estaba uniendo a nosotros.

Pero no estábamos solos.

Los guardianes del burdel y unos cuantos Cuervos aparecieron por allí. Saqué una de mis hachas y con ella esquivé la punta de una lanza de uno de los guardianes de la casa. Él gruñó e intentó lanzarme un tajo a las costillas. Torpe y perezoso. Era casi un insulto.

Le dejé dar la estocada y, cuando la fuerza del movimiento empujó su cuerpo hacia delante, le hundí el filo curvado de mi hacha

de batalla en un lado de la cara.

Había pocos guardias en el norte. Habíamos elegido aquel burdel cochambroso por esa razón. Pocos clientes y pocas interrupciones. Pero, de todas formas, sí que había guardias patrullando por allí como si los fantasmas de los páramos muertos del Viejo Timoran pudieran colarse por el paso entre las montañas. Los desgraciados de Aguja del Cuervo salieron de las sombras y presentaron batalla.

Un Cuervo corpulento se me quedó mirando e hizo girar la espada en la mano. Yo saqué mi segunda hacha. Listo y dispuesto.

Pero cuando se abrió la puerta de atrás del establo, ambos nos giramos porque el fuego, con una llamarada roja y amarilla, y el humo llenaron la noche. El terreno se llenó de esclavos sexuales que huían. A la cabeza iban dos mujeres, Siv y Kari, que se dirigían hacia los árboles.

Sin dudarlo un segundo, Halvar le gritó a Kari y le lanzó una espada, proporcionándole algo con lo que luchar. Ella no se detuvo ni un momento y se lanzó para plantarle cara al Cuervo en mi lugar.

¿Dónde estaba Elise?

Como si sintiera mi pregunta, Siv vino corriendo hacia donde estaba yo, con el grupo de esclavos detrás.

—Está en la casa, Valen —dijo casi sin aliento.

Unos cuantos de los esclavos me miraron con los ojos como platos, pero yo apenas me fijé en ellos. La cabeza me daba vueltas en medio de las sombras. Sentí un impulso tan fuerte de matar cualquier cosa que se moviera que casi lo notaba en la boca. Entonces Siv me tocó el brazo para devolverme a la realidad.

—Alguien la pidió —añadió.

Se me tensó la mandíbula. Asentí con la cabeza y dije en voz baja:

—Llévatelos de aquí.

Ella agachó la cabeza y les dijo a los demás que se refugiaran entre los árboles. A mi alrededor, mi gente luchaba a brazo partido. El fuego de Tor envolvía a los Cuervos. Stieg y Halvar utilizaban sus furias para que el aire alimentara las llamas. Mattis estaba peleando al lado de Brant. Kari gritó cuando el cuerpo con el que luchaba cayó a

sus pies, sangrando y maltrecho.

Yo miré la casa.

Eso iba a terminar enseguida.

Otra oleada de mi furia hizo estremecer el suelo cuando di el primer paso hacia la puerta. El ruido de la pelea del exterior se fue desvaneciendo y me di cuenta de que dentro se oían los golpes de los muebles al volcarlos, los gritos de las mujeres y las carreras de los hombres por los pasillos, desesperados por escapar.

No me detuve. Algunos chocaron conmigo en su huida. Los aparté de un empujón. La señora de la casa gimoteaba junto a un escritorio; Stave y otro de los hombres de Crispin tenían los filos de sus espadas junto a la garganta de la mujer. Si me vieron, no me di ni cuenta.

—¡Mi rey! —gritó Axel desde el centro del salón, con toda la cara cubierta de sangre y los ojos iluminados—. ¡Han metido a la reina en esa habitación!

Él le cortó el cuello a un cliente arrodillado que le estaba diciendo algo y señaló una puerta cerrada con la punta ensangrentada del cuchillo.

Las hachas que yo tenía en la mano estaban calientes por los efectos de la furia. Necesité una enorme concentración para evitar que mi magia abriera la tierra bajo nuestros pies, pero, si no encontraba la cara de Elise detrás de aquella puerta, aquel tugurio iba a acabar en el fondo de la tierra.

Si algún cliente la había tocado, cuando le pusiera las manos encima, ese desgraciado les pediría a los dioses que acabaran con su vida para terminar con el dolor.

Pero la verdad es que debería haber hecho lo que me dijo Elise y tener más fe en su capacidad para derramar sangre.

Cuando abrí la puerta de una patada, con el hacha en alto, lo primero que vi fue al Cuervo fuerte tirado en el suelo. Sus ojos, sin vida, miraban hacia una pared. Tenía un tajo tan profundo en la garganta que casi se le veía la columna.

La sangre lo empapaba todo. Las paredes, el suelo, los dobladillos de las colchas desgastadas. Ahí la encontré. Elise estaba sentada en medio de la cama, más pálida que una hora antes, con sangre en el

pelo, en las manos, en los labios y saliendo de una herida abierta que tenía en la pierna.

El estómago me dio un vuelco.

A su lado en la cama había unos dedos, imitando lo que había hecho su hermana con su madre. Me di cuenta de que le había cortado al Cuervo los dedos en los que llevaba los anillos, los aros de plata que señalaban su estatus como guardia.

Los ojos azules de Elise se encontraron con los míos. Levantó la barbilla, pero había un temblor en su voz, muy leve, que solo su marido notaría. Porque solo su marido sabía que muchas veces la brutalidad y la compasión se veían enfrentadas en su corazón.

—Nos han traicionado, mi rey —fue lo que dijo.

Capítulo catorce



El príncipe de la noche

El humo del burdel en llamas ocultaba la luz de la luna. Cuando nos reunimos entre los árboles, vimos que no había ninguna pérdida que lamentar entre los nuestros. Yo contemplé sin decir palabra cómo los más cercanos a mí repartían las espadas de los Cuervos muertos y los *shim* de los cofres de la señora del burdel. A un lado, los esclavos sexuales estaban acurrucados juntos, observando todos nuestros movimientos. Lo más probable era que no confiaran en nadie.

Yo comprendía por qué se sentían así.

Elise estaba de pie a mi lado, estoica y en silencio. No se había lavado la cara para quitarse la sangre todavía. No había dicho ni una palabra sobre los dedos ni sobre el Cuervo muerto que la había pedido.

Más tarde. Ya lo gestionaríamos juntos, y preferiblemente solos, después. En aquel momento teníamos que derramar más sangre.

—¡Basta! —Mi voz resonó en el espacio y todo el mundo se quedó petrificado.

Miré con los ojos entornados a mi consejo privado y a Stave, Crispin, Klok… Hombres de los que de repente me di cuenta de que no sabía gran cosa. Los que se habían unido a nosotros eran menos de diez, pero todos se apartaron de las armas y se quedaron de pie con cierta precaución.

—Poneos en fila —ordené, y señalé con el hacha.

Hice un gesto con la cabeza en dirección a Axel y Frey para que ellos hicieran lo mismo. Dudaba mucho de que los hermanos fueran los traidores, pero no iba a correr ningún riesgo. Casper y Stieg también se pusieron en la fila, aunque no se lo había ordenado.

Todos los que estaban dentro o cerca de la casa se unieron a la larga fila que tenía delante.

Hice girar el hacha en la mano y recorrí la fila de principio a fin con la mandíbula apretada.

—Alguno de nosotros ha estado haciendo tratos con el castillo Aguja del Cuervo.

—Mi rey… —empezó a decir Stieg, pero yo levanté una mano.

Confiaba en él, porque era miembro de mi Hermandad.

—Odio a los traidores —continué, y mi voz se quedó en el aire entre todos, como algo físico—. Vamos a ver, ¿quién quiere confesar que ha traicionado a su reina dándole información a la gente de Aguja del Cuervo? Si confiesa, tendrá la muerte de un guerrero y podrá unirse a los dioses.

Nadie se movió. Seguro que ni se atrevían a respirar.

Elise me apoyó una mano llena de sangre en el brazo. No hizo falta que dijera nada. Y di un paso atrás.

—Me pidieron específicamente —dijo con un tono que no tenía nada que ver con el suyo habitual, lleno de amabilidad y dulzura. Sus palabras eran afiladas como un carámbano de hielo puntiagudo procedente de las montañas que teníamos detrás—. Alguien buscó al Cuervo, hizo que le picara la curiosidad y después le dio mi nombre por un precio.

Por todos los dioses, qué ganas tenía de derramar sangre.

Ella recorrió la fila y miró a cada uno a los ojos. Los hombres se pusieron tensos bajo su escrutinio y yo disfruté de aquel momento, lleno de orgullo. Como la última reina timorana de Etta, Elise podía despertar el miedo en los corazones de los guerreros más formidables.

Yo nunca olvidaría la primera vez que mi madre lideró una unidad de nuestros guerreros, cuando mi padre estaba ausente porque había viajado con una delegación al otro lado de la cordillera.

Elise era todavía más valiente. Más feroz.

Se paró delante de Stave. Él la miró a los ojos, pero no pude identificar su expresión. Me hervía la sangre con cada latido de mi corazón. ¿Lo había hecho él? ¿Lo sabía ella? Si era así, ¿cómo? ¿Qué me había perdido?

Antes de que mis pensamientos dejaran de dar vueltas, Elise continuó:

—Habrá pruebas de esa transacción —añadió—. *Shim.* Me gustaría saber cuánto valgo para vosotros. Desnudaos y entregad vuestra ropa.

Los de la fila dudaron y hubo unas cuantas miradas de inseguridad.

—¿Es que no habéis oído a vuestra reina? —grité—. ¡Venga!

Todos se sobresaltaron y al final empezaron a quitarse la ropa. Tor, Halvar y Ari se pusieron a registrar todas las prendas. Stieg ni siquiera pestañeó al quitarse los pantalones y la túnica. Casper se golpeó el pecho desnudo con un puño, sonriendo.

—Tu nombre es demasiado valioso para venderlo, Elise.

Ella hizo todo lo que pudo para contener una sonrisa. Yo no me sentía con ganas de reír. ¿La Hermandad de las Sombras la habría traicionado? No. El instinto disipó mis dudas y me aseguró que Stieg y Casper estaban en la fila disfrutando de todo aquello, pero sin un gramo de culpa.

Aun así, sentí un leve alivio cuando no encontraron nada en su ropa, ni tampoco en la de Axel ni en la de Frey.

—Nosotros somos leales al rey y a la reina —anunció Axel, agachando la cabeza.

Tor examinó a Stave. Me miró y sacudió la cabeza. Tampoco le encontraron nada a Klok, ni a tres de los hombres de Crispin.

Y entonces…

—¿Pero qué tenemos aquí? —El tono de Halvar era burlón, pero de una forma peligrosa. Uno que solo había oído cuando mi amigo tenía planeado matar a alguien y reírse mientras lo hacía.

El repiqueteo de monedas al chocar entre ellas, que solía ser un sonido alegre, en aquel momento me resultó lúgubre. Estuve a punto de apartar la vista.

Pero solo a punto.

—Crispin… —En mi voz no se traslucía ningún sentimiento mientras me acercaba al hombre desnudo. Se oyeron murmullos entre nuestra gente. Ladeé la cabeza y esperé a que sus ojos de color pizarra

se atrevieran a mirarme—. ¿Qué significa esto? Después de todo lo que hemos hecho por ti, así apoyas a Etta. O tal vez será que siempre estuviste del lado de Timoran.

Su mirada se volvió malvada y fría.

—Yo nunca he apoyado a Timoran. No me importaría que ardiera hasta los cimientos. Le debo lealtad a la corona de Etta, suficiente como para proteger a su rey, aunque esté ciego.

Le iba a arrancar la piel a tiras.

—Yo nunca he visto las cosas con tanta claridad.

—¿Por qué? —La calidez había vuelto a la voz de Elise. Se notaba su dolor, y yo quería evitárselo—. Crispin, os ayudamos. Yo misma fui a rescataros.

—¿Que me ayudaste? Me desacreditaste. —Arrugó la nariz con repugnancia—. Nosotros no queremos tener nada que ver con los timoranos. Lo supe desde el día en que insististe en que les diéramos una segunda oportunidad a esos Cuervos, no solo de vivir, sino de que se unieran a nosotros. ¿Unos Cuervos? Has manipulado al heredero de Etta y has conseguido que te haga reina de una tierra que nunca será tuya.

Intenté pegarle, o abrirlo en canal, una de dos, pero Elise me detuvo.

No apartó la vista de aquel hombre. Solo negó con la cabeza.

—Eres tú el que está ciego, Crispin. No ves más allá de tus propios prejuicios y te has convertido en un simple cobarde. Lo que más me duele no es que me hayas traicionado, veo las miradas de desconfianza de quienes me rodean; lo peor es que has puesto en peligro a nuestra gente hoy. Nos has puesto a todos en riesgo.

Ya había oído bastante. Chasqueé los dedos y les hice un gesto a Tor y a Halvar. Esperé junto al hombre mientras lo ataban.

—¡Etta nunca crecerá fuerte si no nos libramos de todo lo que tiene que ver con Timoran! —gritó Crispin—. ¡Le han robado a nuestra gente la furia de esta tierra! ¡No se merecen pisarla! Y no soy el único que lo piensa.

Sus gritos dejaron de oírse cuando Casper se acercó y le rodeó la

garganta a Crispin con su enorme mano mientras lo arrastraba hacia los árboles.

Lo vi desaparecer entre las sombras. Frío. Distante. Vengativo. Sin mirar a los demás hombres, fui hacia el bosque tras ellos.

—Volvamos a Ruskig. Tenemos que asistir a una ejecución.



Esta vez fui yo el que miraba por la ventana en medio de la noche. El frío amanecer iluminó poco a poco Ruskig mientras yo afilaba los filos curvos de mis hachas.

Perdido en mis pensamientos, no oí a Elise salir de nuestra cama. Pero como si su contacto encerrara algo de furia, cuando sus brazos me rodearon el cuello desde detrás, hundí los hombros, relajado.

—Te quiero, Valen. Y te soy leal.

Dejé de frotar con la piedra la hoja del hacha, me volví hacia ella y la atraje hasta colocarla en mi regazo.

—Si hay alguien cuya lealtad no me cuestiono, esa eres tú. ¿Me has estado ocultando algo? ¿Alguien se ha portado mal contigo cuando yo no lo veía?

Apretó los labios, pero siguió acariciándome un lado de la cara con las yemas de los dedos.

—Desde que nos casamos no. Pero… cuando solo era consorte, algunos dejaron claro que no me aprobaban.

—¿Quiénes?

Apoyó la cabeza en mi cuello y negó.

—Hasta que no haya una razón para destriparlos, creo que es mejor que no sepas sus nombres, para mantenerlos a salvo de tu sed de sangre.

La aparté para poder mirarla a los ojos.

—Aquí eres la reina, Elise. Mi igual. No me importa si provienes de los peores lugares de Oriente, eres mi reina y una mitad de mi corazón, la mejor. No aceptes que te traten como algo inferior a eso. Y si alguien lo hace, deja que mi sed de sangre derrame un poco.

Ella me ofreció una sonrisa triste y me abrazó con fuerza. Miró hacia abajo y me di cuenta de que se fijaba en la sangre oscura y seca del vendaje que le cubría la pierna. Le puse la mano sobre la herida y ella puso la suya encima enseguida.

—Estoy bien.

—El Cuervo te podría haber matado, y todo por culpa de un traidor.

—Pero no me mató y yo le corté los dedos. Si nuestro mensajero es rápido, Runa y Calder ya habrán recibido un regalo que espero que les estropee la cena.

La besé en el cuello, inhalando su bondad y su maldad, intentando disipar parte de mi oscuridad. Si no calmaba mi corazón acelerado, iba a llevar conmigo toda aquella ira a la plaza y deshonraría la corona por culpa de mi brutalidad y mi salvajismo.

Llamaron a la puerta y nos separamos. Ari estaba en el umbral. No se veía por ninguna parte su habitual forma risueña de afrontar la vida. Tenía el ceño fruncido, y sus ojos dorados se veían oscurecidos.

—Es la hora.

Elise se bajó de mi regazo y se cubrió los hombros delgados con un manto de piel. Mientras se preparaba para el viento frío, yo me quité la túnica y dejé mi pecho al descubierto. Tenía runas pintadas en la piel, maldiciones tradicionales y oraciones para lo que estaba por venir. En el fondo, bajo la ira y la sed de sangre, no me gustaba nada lo que tenía que hacer. Saber que un hombre al que yo respetaba y con el que Elise y yo habíamos hecho amistad (o eso creía yo) había intentado vender a mi mujer a su maldita hermana… No podía permitirlo.

Tenía que dar ejemplo con él.

Ya había una multitud reunida en el exterior de la casa del rey, largas filas de personas de pie, casi igual que el día de la boda, pero en esta ocasión iban vestidas con ropa oscura y tenían las caras pintadas con sangre y kohl. Algunas llevaban pieles sobre la cabeza; otras, cuernos de carneros salvajes o astas de ciervo.

Elise y yo salimos juntos a la luz del sol. Ella estaba formidable, con el pelo trenzado con un patrón intrincado alrededor de una corona de hierro negro. El manto de piel hacía que pareciera más

grande de lo que era.

Las hileras de gente llegaban hasta la plaza de Ruskig. Desde allí, yo veía perfectamente las cuerdas que mantenían los brazos de Crispin abiertos y lejos de su cuerpo, como si fueran alas.

Agarré un hacha con cada mano y caminé decidido hacia un pozo de piedra en un extremo de la plaza. Había sangre en el fondo, un símbolo de lo que estaba por venir, una tradición desde los tiempos en que gobernaba mi abuela. Mi padre me dijo una vez que la sangre era un reconocimiento dirigido a los dioses de que se iba a quitar una vida, y que quien iba a hacerlo aceptaba las consecuencias. Fueran buenas o malas.

Elise hundió los dedos en la pila y se volvió hacia mí. Con un contacto muy leve me hizo unas rayas de sangre en la cara, desde la frente hasta la barbilla, y se apartó.

Todas las voces guardaron silencio cuando entré en la plaza.

Durante un momento examiné a mi gente y dejé que mi mirada se encontrara con las suyas. Como si así pudiera hacer salir a otros que tuvieran la misma opinión que Crispin.

Odiaba y deseaba aquello al mismo tiempo.

—Estamos en guerra. No tenemos tiempo para algo tan mezquino como la traición. Yo no tengo paciencia ni misericordia con cobardes como ese. —Me giré haciendo un círculo despacio y elevé la voz por encima de las cabezas de todos los allí presentes—. Este hombre ha traicionado a la corona al vender a la reina. ¿Y por qué razón? Por la sangre que corre por sus venas. —Las hachas me quemaban en las manos. Mi voz se volvió oscura—. ¡La misma sangre que corre por las mías!

Se oyeron unas cuantas exclamaciones. La gente bajó la vista, pero yo no había terminado, ni mucho menos.

—¿Es que se os ha olvidado? Si me hacéis un corte a mí, la sangre que saldrá será mezcla de Etta y Timoran. ¿Ya no os acordáis de que, hace mucho tiempo, una cazadora timorana salvó la vida de un príncipe ettano? Todos adoráis a la reina Lilianna igual que al rey Arvad, ¿pero es que habéis cambiado la historia en vuestras mentes, o ignoráis la verdad de la procedencia de mi madre? ¿Tan pronto habéis borrado los recuerdos de que sin esta mujer —señalé a Elise con un hacha—, sin nuestra reina, yo sería todavía una bestia salvaje cubierta

de sangre? Y los despreciáis a ella y a sus iguales porque quieren unir a todos los pueblos. Porque no albergan el odio que tenéis vosotros. —Inspiré hondo. Me ardían los pulmones—. Os voy a decir algo: si no queréis defender a todos los pueblos, si maquináis en contra de los que han nacido timoranos hasta el punto de ser capaces de traicionar a vuestra corona, yo no quiero ser vuestro rey.

Mis palabras resonaban en los muros de piedra que rodeaban Ruskig. Nadie se atrevió a mirar hacia otro lado.

—Si me hacéis un corte —repetí con la voz áspera y tono de enfado—, la sangre que saldrá será ettana y timorana. Si me hacéis sangrar, lo haré por ella.

Y señalé a mi mujer una vez más. Dejé que el tono tajante de mi voz calara en los corazones de todos. Nadie se movió. Nadie apartó la vista.

—Decidme entonces —continué—, ¿queréis que sea yo vuestro rey o que este peso recaiga sobre otra persona?

Solo hicieron falta unos segundos para que la gente empezara a arrodillarse poco a poco, como una gran ola, con las cabezas agachadas y los puños sobre el corazón.

Asentí.

—Entonces acabemos con esto. —Carraspeé y eché atrás los hombros—. Crispin Vänlig ha sido condenado a enfrentarse a los dioses en el día de hoy.

La multitud emitió un rugido de aprobación mientras todos se ponían en pie.

Me acerqué a Crispin desde detrás con pasos cautelosos.

—*Farväl en älskade*. —«Adiós al que una vez amé.»

Sus músculos se tensaron y di el primer golpe.

El tiempo se volvió confuso. No sé cuánto tiempo estuve asestándole golpes que llegaban hasta el hueso, pero para cuando terminé, el cuerpo de Crispin estaba bañado en sangre. Entonces corté las ligaduras que le sujetaban los brazos estirados a los postes y dejé que su cuerpo inerte cayera en un charco de sangre a mis pies.

Tenía el pelo pegado a la frente. De las pestañas me caían gotas de sangre caliente y pegajosa. Levanté la vista para contemplar la reverencia de mi gente. Sus ojos trasmitían horror y respeto cuando la Hermandad de las Sombras se acercó para llevarse lo que quedaba de un hombre que yo creía que me era leal.

Que me recordaba que no confiara en mucha gente.

Le di las hachas a Tor sin decir nada y volví con Elise. No tenía nada que decirle a nadie más. Entrelacé mis dedos con los suyos y nos alejamos. Ella no vaciló ni tembló. Se mantuvo a mi lado, con la vista al frente. Centrada. Preparada para lo que nos quedaba por hacer.

Íbamos a ir a buscar a mi hermana. Y después nos enfrentaríamos a Aguja del Cuervo por fin con nuestras armas y nuestra furia.

Amiga mía:

Por todos los dioses, ¿por qué te has dejado atrapar por el rey de Timoran? No lo niegues: eres demasiado inteligente como para que ellos te interceptaran navegando tan cerca de la costa. Querías que te encontraran y te apresaran.

No puedo dejar de admitir que tenerte tan cerca me consuela, pero también me produce una profunda inquietud. Mi futuro y mi destino deben de ser muy funestos si tú has sacrificado por voluntad propia tu libertad para venir en mi ayuda. Dime que las profecías no están escritas en los hilos de mi vida. No estoy segura de que pueda soportarlo si es como dices.

Explícame lo que debo hacer para liberarlos, salvarlos y sanar esta tierra, y lo haré. Incluso aunque me cueste la vida. Estoy dispuesta a hacerlo para evitarles el sufrimiento a mis hijos y para mantener a mi marido con vida. Dímelo y considéralo hecho.

Espero ansiosa tu respuesta. Deja la carta bajo la tercera jarra del estante más alto de la cocina y mi doncella me la traerá.

Tu amiga leal,

Lili.

Capítulo quince



La princesa rebelde

Dos semanas después de la ejecución seguíamos sin encontrar a la Valkiria Silenciosa.

Ni siquiera las misteriosas cartas de Lilianna me levantaban el ánimo. ¿Cómo íbamos a seguir adelante si no encontrábamos lo que necesitábamos? Valen estaba de acuerdo en que aquella era la mejor pista que teníamos para llegar hasta Herja, pero si existía una mujer como esa Valkiria, estaría muy bien escondida.

La espera y la búsqueda nos habían dejado a todos bastante inquietos.

—No hace falta que haga esto, reina Elise —me dijo una mujer mayor y con la piel muy arrugada que se llamaba Gretel.

Tiré con irritación de la aguja con el grueso hilo.

—Si tú puedes tejer redes, yo también.

Siv se rio bajito, pero apartó la vista cuando la fulminé con la mirada. Terminé los nudos animada por mi propio enfado.

—Lo digo en serio. ¿Por qué no debería arreglar redes? No podemos atacar Aguja del Cuervo, todavía no, así que no hace falta que participe en la estrategia de la batalla. Y no puedo asomarme fuera de estas paredes, porque todo el mundo me reconoce. Por eso prefiero quedarme aquí, coser redes y hacer algo útil.

—Creo que nuestra reina necesita comer algo —dijo Kari con voz suave y melodiosa—. Está un poco irritable.

Se oyeron unas cuantas risitas en la pequeña habitación. Si no hubiera estado tan crispada, yo también me habría reído. Siempre había querido formar parte de una corte como aquella, en la que los líderes respetaban a la gente corriente, se sentaban con ella en sus cabañas junto al mar, se sabían sus nombres y conocían a sus familias y sus miedos.

Pero estaba atrapada en Ruskig mientras el príncipe solar languidecía en Aguja del Cuervo, la princesa podría estar encadenada

y sufriendo maltrato en una mansión que no estaba segura de que existiera y mi mayor logro del día era haber arreglado unas cuantas redes.

Ni siquiera quería estar en la casa del rey.

Valen me había robado el corazón, pero eso no significaba que nos pasáramos el día mirándonos con adoración. Fruncí el ceño al pensarlo. No, no había habido nada de eso aquella mañana. De hecho, unas horas antes le había gritado a Valen por pasar demasiado rato mirando un mapa del reino.

Él me miró de una forma que me recordó a cuando era el Espectro Sanguinario, así que levanté la barbilla y salí airada de la casa con la esperanza de que el aire del mar me sirviera para despejarme.

Agarré otra red, la revisé en busca de agujeros e ignoré a todas las demás y sus sonrisas exasperantes. Acababa de coger la aguja cuando Klok entró en la cabaña y golpeó el suelo con los pies para quitarse el barro.

—Mi reina, ha llegado una carta para ti de Oriente.

En el pasado fui miembro de la realeza de Timoran y me enseñaron a comportarme con dignidad, pero enseguida me olvidé de todo, me levanté de un salto de la silla y le arrebaté el pergamino al patriarca Klok. Él abrió mucho los ojos, pero nadie se atrevió a cuestionarme mientras rompía el sello y leía el mensaje escrito con la delicada letra de Junius.

E:

He hecho lo que me has pedido. No hay nadie que reciba el nombre de Valkiria Silenciosa en ningún rincón de este país. Te aseguro que el Terror Nocturno y su Hermandad de Kryv tienen unas habilidades únicas para ocuparse de una tarea como esa, y no han encontrado nada.

Y ya que hablamos de ese hombre, me preguntaste por él, pero no has vuelto a mencionarlo. ¿Qué ocurre por allí? ¿Debemos ir a ayudaros? Hay algo que no me estás contando.

Me pareció notar ese sabor en tu última carta, amiga. No me ocultes cosas.

No te olvides de tus aliados en estos lejanos confines.

J.

Doblé el pergamino y me dejé caer en la silla. Sabía que había pocas posibilidades, pero como los reinos estaban separados por grandes distancias, merecía la pena comprobar si habían enviado a esa Valkiria tan apreciada a alguna tierra lejana.

—¿No son buenas noticias? —preguntó Siv.

—No. Esta vez tampoco. —Le pasé la carta. Ella frunció el ceño y se la enseñó a Kari.

—Es posible que no exista —aventuró Kari—. Yo nunca oí mencionar ese nombre durante el tiempo que estuve en la guardia.

Me froté el puente de la nariz; no quería aceptar que podíamos estar persiguiendo un mito. Si era cierto, nos encontrábamos todavía muy lejos de encontrar a Herja, y el camino estaba lleno de peligros. Según Valen, ella era necesaria; Sol no habría mencionado al primero, la intermedia y el último si su hermana no estuviera viva y fuera una pieza fundamental para su lucha.

Por todos los infiernos, aunque no lo fuera, seguían necesitando encontrarla.

Siv arrastró el taburete en el que estaba sentada para ponerlo a mi lado y bajó la voz.

—Creo que deberías contárselo a Junius. No conocemos a su marido, pero ella lo describió como alguien peligroso. Eso puede sernos útil. Podrían ayudarnos.

Negué con la cabeza.

—Todavía no.

La verdad era que quería contarle a Junius que no estábamos haciendo progresos. Ella tenía una magia extraña que yo no comprendía, pero había recuperado su libertad hacía muy poco; no quería poner en peligro a más gente importante para mí cuando todavía no sabía hacia dónde tenía que ir.

Había pedido a aquel que llamaban el Terror Nocturno que llevara a cabo una búsqueda para mí. ¿Por qué? ¿Qué tipo de hombre era para realizar una tarea así?

Aparté de mi mente la advertencia de Calista, que incluía al que trae la oscuridad y el miedo y las batallas, presentes y futuras. De todas formas, tal vez aquel extraño conocido de Junius no era la persona a la que se refería la contadora de historias.

No sabía si me decía eso para autoconvencerme o si de verdad creía que nuestra batalla se acercaba a su fin.

Un fin significaría que habría un resultado. Un vencedor. Lo cierto era que no estaba segura de estar preparada para saber si seríamos nosotros los que resultaríamos victoriosos o si encontraríamos la muerte.

Valen estaba mirando fijamente las llamas de la chimenea, con un cuerno en la mano sujeto con pocas ganas. Tenía una pierna estirada, el brazo doblado apoyado en el reposabrazos del sofá y la cabeza descansando sobre un puño. Lo estudié durante unos segundos y en mi cabeza aparecieron recuerdos de unas largas y despreocupadas conversaciones que tuve con Legion Grey.

En mi boca apareció una sonrisa. Él estaba maldito; yo, atrapada en un mundo que odiaba, pero entonces nos reíamos a menudo. No teníamos verdaderas preocupaciones. Era increíble pensar en cómo habían evolucionado las cosas desde que nuestros caminos se cruzaron.

Sentí calor en el corazón.

Aunque hubiera sabido que este sería el resultado: la guerra, la sangre, la muerte y el miedo, por él lo haría todo de nuevo.

Con pasos lentos recorrí la distancia que nos separaba y le rocé el hombro con los dedos. Valen levantó la vista y me sonrió.

—Me preguntaba si ya estás harta de mí. —Me dio un beso en el dorso de la mano.

—Oh, claro que sí —contesté, sentándome a su lado y apoyando la cabeza en su hombro—. Eres insoportable y siempre lo has sido. Pero tengo que hacerte una confesión: me encantan incluso esas cosas tuyas que me parecen tan irritantes.

Él se rio por lo bajo y me rodeó la cintura con un brazo, apretándome contra él. Me ofreció un trago de su cuerno y los dos nos

quedamos un rato mirando las llamas. No había gran cosa que decir. ¿Asegurarle que encontraríamos a su hermana? Se lo decía a menudo. ¿Sugerencias de nuevos lugares donde buscar? Ya habíamos peinado todo el país.

A veces era suficiente con el silencio.

—Elise —murmuró con los dedos enredados en mi pelo y jugueteando con los mechones—, Sol necesita que regrese a Aguja del Cuervo. Con Herja.

—¿Qué?

Se le tensó un músculo de la mandíbula.

—No he querido contártelo antes por todo lo que estaba pasando. Cuando te dijo «que vuelvan a casa a visitarme», se refería a que Herja y yo regresáramos a Aguja del Cuervo, nuestra antigua casa. Hay algo allí, no sé el qué, pero necesita que nos encontremos en el castillo los tres.

—Me dijiste que no sabías lo que había querido decir.

—Quería estar seguro —admitió—. Pero tras darle unas cuantas vueltas, estoy convencido de que Sol necesita que vayamos a ese lugar.

Sacudí la cabeza.

—No vas a volver allí, Valen. No saldrás del castillo.

—¿Tan poca fe tienes en mis habilidades, mujer? —Sonrió de una forma que hizo que flaqueara toda mi resolución. Una sonrisa traviesa que era única. Pero como yo no respondí de la misma forma, suspiró —. Sabíamos que la lucha nos llevaría a Aguja del Cuervo en algún momento, pero estoy de acuerdo en que primero deberíamos intentar sacar de allí a Sol, traerlo con nosotros y después encontrar la mejor forma de atacar.

Sí, yo en el fondo sabía que tendríamos que volver al castillo, pero pensar en la posibilidad de que atraparan a Valen antes de que nuestro ejército creciente tuviera la oportunidad de organizarse para atacar me helaba la sangre.

Incliné la frente y la apoyé contra un lado de la suya.

—Volveremos a ese lugar juntos. Cuando tengamos a Sol y a Herja.

—¿Pero cómo vamos a traer aquí a Sol si no vamos a Aguja del Cuervo? —Estaba pensando en voz alta, compartiendo ideas conmigo. Una costumbre que yo adoraba.

Reflexioné un momento sobre la pregunta.

—Lo sacan para manipularte. Tal vez podamos crear una situación en la que no puedan resistirse a utilizarlo de nuevo. Lo rescataremos entonces.

Valen siguió contemplando el fuego. Su resplandor hacía que una especie de estrellas rojas bailaran en sus ojos oscuros.

—Podría funcionar. Mentir para hacerlos salir, obligarlos a mover ficha.

Me erguí de pronto y le puse una mano en un hombro.

—¡Valen! ¿Y si así también podemos encontrar a la Valkiria?

—¿Qué quieres decir?

—Igual que con Aguja del Cuervo, podemos correr la voz de que un misterioso rico va en busca de la leyenda de la Valkiria Silenciosa, a ver si algún comerciante espabilado sale de su escondrijo. Tú te dedicabas a eso, ¿no? Los negocios clandestinos se hacen gracias al boca a boca, ¿verdad?

Valen se levantó de un salto con una sonrisa maliciosa en la cara.

—Podría salir bien. Y si se trata de Herja y, como dices, el rumor llega a Aguja del Cuervo, podrían venir a por nosotros.

—Pero tal vez no traigan al príncipe solar.

Valen se rascó la cara.

—Quizás no, pero podremos matar a unos cuantos Cuervos en el proceso. Y si liberamos a Herja, nuestro siguiente paso será ir a buscar a Sol de todas formas. Lucharemos junto a ellos, los liberaremos y recuperaremos lo que es nuestro. —Dio unos cuantos pasos, me cogió la cara con las manos y acercó mucho los labios—. ¿Te he dicho alguna vez que creo que eres brillante?

Sonreí.

—No, pero no tengo ningún problema en que me cuentes cualquier idea que tengas para convencerme de ello.

Valen me besó, esta vez con más energía. Había un fuego en su contacto, como si la esperanza ardiera en sus venas y pudiera trasmitírmela a través de aquel beso.

Estábamos cerca. Encontraríamos más respuestas y más fuerza en las que apoyarnos. Y tal vez consiguiera la respuesta a esa pregunta que no dejaba de perseguirme: ¿por qué habían mantenido con vida a los hijos de los Ferus durante tanto tiempo? ¿Qué propósito tenían cuando maldijeron a Valen, esclavizaron a Herja y envenenaron a Sol?

Timoran se habría garantizado su supervivencia si los hubieran matado a todos.

Me habían dicho que una contadora de historias del pasado convenció al rey Eli de que mantuviera a Valen con vida, amenazándolo con que la tierra quedaría maldita si él moría. ¿Habría hecho lo mismo con los demás?

De pronto me sentí muy agradecida con aquella bruja del destino de otra época. Había arriesgado mucho para lograr satisfacer a un malvado rey timorano mediante el sufrimiento de los Ferus, pero así había conseguido mantenerlos con vida… ¿para que llegara aquel momento?

Sentí que una oleada de esperanza me llenaba el corazón. Si el destino los quería vivos, entonces era más que posible que también pretendiera que recuperaran el trono.



Pasó otra semana entre los muros de Ruskig, pero al menos en ese tiempo dimos unos cuantos pasos. Una vez más, me quedé sentada junto a Valen en el salón de la casa del rey, mucho después de que la luz del sol se desvaneciera y el silencio de la noche reinara en nuestro refugio. Siv estaba dormida junto al fuego, con la cabeza en el regazo de Mattis. Él hacía todo lo que podía por mantener los ojos abiertos, pero no lo estaba consiguiendo.

Stieg y Casper estaban jugando una partida de coronas y wolvyn, pero ninguno parecía muy interesado en ella. Kari estaba sentada al lado de Halvar, delante del fuego, y le masajeaba con los dedos la

punta de la oreja hasta que logró que la tensión de su cuello desapareciera. Él cerró los ojos, disfrutando de aquel contacto. Tor y Brant permanecían junto a la ventana, alertas.

Todos estábamos inmersos en un estado permanente de nervios y yo apenas podía respirar. La única paz que encontraba la obtenía del leve contacto de Valen cada vez que pasaba a mi lado; estaba sumido en sus pensamientos, pero cada pocos minutos me agarraba la mano, me acariciaba la nuca o me daba un apretón en la cadera.

Supongo que yo también era su pilar.

Cuando tuvimos listo el plan, descubrimos enseguida que cualquier referencia a la Valkiria Silenciosa atraía más atención de la que imaginamos. Aquella mujer era la protagonista de un juego y estaba en constante movimiento. La tendrían bien custodiada. ¿Por Cuervos? No lo sabíamos. Pero estaba claro que la casa noble que la mantenía prisionera la consideraba una simple diversión.

Un extraño mensajero se acercó a Ari en la taberna de Sven tres noches atrás. Era un correo del dueño de la Valkiria.

El desafío estaba en marcha. El rival había aceptado.

No quedaba más que esperar a que contactaran para fijar la reunión definitiva y nos dieran instrucciones sobre dónde íbamos a intentar derrotar a la Valkiria o morir bajo su espada.

Era un juego retorcido, y si resultaba que aquella mujer no era Herja, no había forma de saber qué ocurriría.

Por fin se abrió la puerta de par en par y la madera se estrelló contra la pared. Ari se quitó un abrigo con capucha de lana y se sacudió el polvo y un poco de escarcha del pelo. Parecía cansado por el viaje. Sin decir nada, fue a por una jarra alta y se sirvió un cuerno de cerveza fuerte caliente.

Siv y Mattis se habían despertado de golpe. La verdad era que todo el mundo estaba pendiente de él antes de que llegara a cerrar la puerta.

Se acercó a la mesa y dio un trago tan largo que un reguero de cerveza le cayó por ambos lados de la boca y se deslizó por la barbilla. Soltó una exclamación de satisfacción, seguramente para fastidiarnos, y por fin habló:

—Está hecho.

—Vas a tener que darnos más información, idiota —respondió Tor.

—Siempre tan cascarrabias. —Ari se acomodó en una silla y miró a Valen—. Han aceptado la cantidad de dinero y van a organizar el enfrentamiento con la Valkiria. La única regla es que, si consigues herirla y que sangre, ganas el derecho a tenerla, pero si lo hace ella primero, acabas en el Otro Mundo.

Valen apretó los puños y su cara se contorsionó por una ira salvaje. Todos estábamos pensando lo mismo: ¿a cuántos hombres habría tenido que enfrentarse aquella mujer, cuántos la habrían torturado, utilizado y luchado con ella?

—¿Estás seguro de que se trata de la gente que estamos buscando? —preguntó Kari.

Ari asintió sin dudar.

—Hay una red de secretismo deliciosamente retorcida para ocultar todo esto. Nunca la habríamos localizado si no hubiéramos corrido el rumor de que teníamos interés. Es como si tuvieran ojos por todas partes, a la espera de la aparición de algún jugador bien dispuesto. Seguro que tienen oídos en todos los reinos. Por cierto, te he convertido en un dignatario de Meridión, mi rey. Lo de las orejas… No les extrañará.

Tor cruzó los brazos a la altura del pecho.

—¿Y te han creído sin más?

—He creado una ilusión muy convincente sobre una línea de la nobleza bien documentada, la verdad. Tu tono de desconfianza me resulta tedioso, Torsten. ¿Necesitas beber algo? ¿O que alguien te dé un abrazo? Dime cómo podemos aliviar tu frustración, aunque he sido yo el que ha tenido que recorrer de cabo a rabo esas tierras perdidas de la mano de los dioses para organizar lo del juego.

—Te lo agradecemos —intervine yo, sonriendo—. Ari, tienes unas habilidades magníficas y no te merecemos.

—Gracias. Estoy muy de acuerdo. —Se tiró de las mangas de la túnica y miró a Valen—. Iré contigo para asegurarme de que no te reconocen. Acamparán dentro de tres noches en el lado este del

Bosque de la Noche.

—¿Y estaremos solos? —preguntó Valen.

—Nadie entra en la tienda de la Valkiria, solo el que paga. Tengo que advertirte que el mensajero insistió mucho en que entendieras que ella no ha perdido nunca en todo el tiempo que él llevaba sirviendo a su señor.

Valen mostró una media sonrisa.

—Bien.

—¿Y quién es ese señor? —pregunté.

—Ah. —Ari dio otro trago—. La última pieza de este siniestro juego. La Valkiria es propiedad de uno de los guerreros de más confianza de Aguja del Cuervo. Pertenece a una casa de la nobleza, una brutal de la que han salido muchos generales, invasores y…

—Por todos los dioses —exclamó Stieg—, ¿quién es?

—Deja que lo explique —contestó Ari, apretando los dientes—. Si se trata de Herja, no estoy seguro de que los nobles de esa casa lo sepan, o no se arriesgarían a exponerla a estos jueguecitos. Creen simplemente que es un regalo que le ha hecho Aguja del Cuervo por sus servicios. Su brutalidad en la guerra es más que conocida, y no deberíamos subestimarlos cuando vayamos a enfrentarnos a ellos. Y escuchadme bien: es lo más cerca que podemos estar de Aguja del Cuervo sin llegar a pisar el castillo. —Entonces Ari me miró a mí—. La Valkiria le pertenece a la casa Magnus, Elise.

Cerré los ojos y noté una presión en el pecho. La casa de Jarl. Su cruel y malvada familia. Si sospechaban que todo era una estratagema, acabarían con nosotros antes de que tuviéramos tiempo de desenfundar las espadas.

Capítulo dieciséis



El príncipe de la noche

—Exijo que, cuando ya no vivamos en una casucha en un refugio, no permitas que tus sirvientes lleven estos harapos. —Ari tiró de la túnica áspera de tela de saco por enésima vez—. Yo fui rey durante un tiempo, por todos los dioses.

Sacudí la cabeza e intenté no sonreír. Los dignatarios no bromeaban con los sirvientes. Mientras que Ari iba vestido con aquella ropa, yo había recuperado los cuellos almidonados y los pantalones de hilo fino.

—Eres muy blando, Ari. Pensaba que eras un guerrero.

En sus ojos apareció un relámpago de ira.

—Ponme a prueba, mi rey, y verás si de verdad soy blando o si te encuentras ante un guerrero. Vamos. Despídete de mi reina y podremos irnos.

Fruncí el ceño y lo aparté a un lado. Lo dejé refunfuñando sobre las cosas que le obligaba a ponerse y crucé entre los árboles hasta que encontré a Elise. Todo lo que llevaba encima era negro, desde las botas hasta la rodilla a las oscuras líneas de kohl que se había pintado en la cara.

Sin decir una palabra, me agarró por la nuca y me dio un beso apasionado. El tiempo se detuvo y dejó que disfrutáramos de aquel momento. Una oportunidad de respirar como si fuéramos uno y para que yo pudiera tocarla y saborearla y ella abrazarse a mí, como si estuviera a punto de desaparecer para siempre. Enterró los dedos en mi pelo y su cuerpo se amoldó al mío.

Ojalá no hubiera terminado nunca.

Aquella noche iba a estar llena de peligros. Entrar a ver a la Valkiria estaba asegurado; salir dependería de los cuchillos, la sangre y la furia.

—Hay Cuervos —murmuró junto a mi boca cuando me aparté.

Apoyé la frente contra la suya.

—Lo sé. Mirad siempre por encima del hombro, por si acaso.

—Buscaremos a Sol.

Asentí. Hasta donde yo sabía, la unidad de Cuervos estaba allí por pura curiosidad. No había forma de saber si los había enviado el falso rey para proteger a mi hermana.

Me llevé sus dedos a los labios. Tenía los ojos llenos de lágrimas y me conmovió verlo.

—Vuelve conmigo, Valen.

—Siempre.

Desde los árboles aparecieron Halvar y Tor y se colocaron a ambos lados de Elise. Tenían las caras pintadas de forma similar a la de ella y me miraron con una gravedad que solo sirvió para aumentar la inquietud que se había alojado en mis entrañas.

Brant vino a mi lado y me dijo en voz baja:

—Este es un paso necesario.

Arrugué la frente.

—¿Has visto algo?

Su magia lo confundía a él y a todos nosotros normalmente, pero en aquel momento Brant asintió con mucha seguridad.

—Lo siento con claridad. Pero ahí dentro no va a ser todo lo que parece.

—¿Qué es lo que ves, Brant?

—Solo me llega eso. Sé que no es de mucha ayuda, pero mi magia se va reforzando. Con el tiempo espero llegar a descifrar qué son visiones y qué pensamientos. Por ahora solo sé que necesitas hacer esto, pero también que debes estar en guardia y preparado para todo.

La ansiedad era como una pesada piedra en mi interior, pero la oculté lo mejor posible. Le di una palmada en el hombro a Brant y después me volví hacia el borde del claro. A poca distancia estaba el campamento en el que esperaba el juego sangriento que había preparado la familia Magnus.

No pude mirar a Elise, porque si lo hubiera hecho, no habría podido seguir adelante. Ella era la reina. Podría liderar al pueblo si yo cometía un error y lo que fuera que implicaba la advertencia de la magia de Brant me pillaba desprevenido.

Ari estaba esperándome a cierta distancia y no se movió cuando me coloqué a su lado.

—¿Preparado? —preguntó.

—Sí. Acabemos con esto lo antes posible.

El trayecto no era largo, pero cuanto más nos adentrábamos en el Bosque de la Noche, más tensión notaba en mi cuerpo, que estaba a punto de saltar ante cualquier sombra. Tan pronto como vimos el primer resplandor de una llama, cuatro hombres corpulentos con cuchillos y hachas salieron a nuestro encuentro.

No eran Cuervos, pero no me extrañaba nada que la familia Magnus tuviera una guardia personal.

Los miré con desagrado. No me costó hacerlo; tenía que hacer mi papel de forma convincente para que los soldados más feroces de Timoran no sospecharan que era todo mentira. Y lo más importante: debía convencerlos de que no era un enemigo disfrazado.

Eso iba a ser una verdadera prueba de resistencia para las ilusiones de Ari.

—¿*Herr* Lönger? —preguntó uno de los guardias, que levantó una mano para detenernos.

Ari hizo una profunda reverencia y me tendió un pergamino. Yo asentí.

—Mi salvoconducto para el viaje. Puedes comprobarlo.

El guardia inspeccionó el documento falsificado. Axel, entre sus muchos talentos, tenía el de la falsificación; descubrirlo fue una agradable sorpresa. Tras el tiempo que había pasado con comerciantes en diferentes reinos, sabía hacer perfectamente algunos de los sellos de los ricos de Meridión.

Contuve las ganas de limpiarme el sudor de las palmas en los pantalones mientras esperaba. Para cuando el guardia volvió con el pergamino y nos permitió pasar, me dolían los hombros de la tensión.

—¿Va armado, *Herr?*

Asentí y le mostré una espada corta con la empuñadura dorada.

—Puede llevar dos armas. —Se acercó a nosotros un hombre con una rotunda barriga que le colgaba sobre el cinturón que salió de una pequeña tienda de lona blanca—. Soy Stor Magnus.

Me saludó agarrándome por el antebrazo. El Magnus más mayor. Lo iba a destripar igual que a los demás, y tenía intención de arrancarle la piel a tiras al malnacido de su hijo la próxima vez que lo viera.

—Un placer, *Herr*.

Mi voz sonó rara, con un acento extraño. Ari. Tenía la cara contorsionada por el dolor que le producía la furia. Si no me cayera tan bien, me habría entretenido allí, para complicarle la vida, pero consideraba al anterior rey mi amigo.

—¿Cuándo empezamos? —pregunté.

Stor soltó una fuerte carcajada.

—¿Tiene ganas de morir?

—No tengo intención de acabar así la noche.

—Sí, los solicitantes siempre dicen lo mismo, pero mi perla es una criatura aterradora. —Señaló una tienda más grande al fondo. Habían dibujado un círculo alrededor y, por la parte de fuera, vigilaba una fila de guardias de los Magnus. Al lado de la tienda había tres carruajes y otra tienda bien custodiada.

Tal vez allí adentro estaría la mujer de Magnus, o sus amantes.

Me dirigí a la más grande.

—¿Dónde la encontró?

—Fue un regalo del anterior rey por mis servicios. Lleva en mi vida desde que era joven. Esa mujer desciende de los dioses, se lo aseguro, *Herr*. Es como si el tiempo no pasara por ella, sigue siendo perfecta, hermosa y… letal. Si tiene la grandísima suerte de hacerla sangrar, su premio no tendrá nada que ver con ninguna mujer con la que haya estado.

Seguía joven aunque habían pasado décadas… Herja, tenía que ser ella. No ignoré sus insinuaciones, solo me guardé todas esas vulgaridades para después, cuando tuviera la oportunidad de arrancarle las entrañas.

—Llevo toda mi vida esperando este día —dije, y me detuve al borde de círculo—. Mi sirviente me esperará aquí. Quiero que compruebe que todo se hace limpiamente.

Stor levantó las dos manos.

—¿Y quién soy yo para negarle a un moribundo su último deseo? —Volvió a reírse y me dio una daga que había sacado de una funda que llevaba en la pierna—. Le agradezco que haya querido participar en nuestro juego. Recuerde, *Herr:* si le hace sangrar, es suya. Pero si la Valkiria elige matarlo, su dinero y su sirviente pasarán a ser de mi propiedad y usted irá a cenar con los dioses esta noche.

Stor Magnus le hizo una seña a uno de sus guardias para que cruzara el círculo y levantara la lona que hacía las veces de puerta de la tienda.

Miré a Ari por última vez y, con los hombros hacia atrás y la mano en la empuñadura de la espada, entré en la tienda.

La lona cayó en cuanto entré. Dentro, la oscuridad me envolvió. Solo había una tenue luz que me guiaba hacia el fondo de un estrecho pasillo. Doblé una esquina y entré en un espacio abierto que había en el centro.

El suelo estaba cubierto de tablas de madera. Junto a una de las paredes de lona había una mesa con una vela de sebo. Al otro lado había una cama cubierta de buenas pieles, y en un rincón… Se me paró el corazón.

Una mujer alta, con el pelo del color de la paja mojada que le llegaba a la cintura y demasiado delgada, me daba la espalda. Solo llevaba un camisón blanco, estaba descalza y jugueteaba con la punta de una daga plateada.

Me pareció que el corazón estaba a punto de atravesarme las costillas. Mi lengua no paraba detrás de mis dientes, a punto de hablar, de gritar su nombre, de suplicarle que se diera la vuelta para mirarme. Tenía que asegurarme. La incredulidad creció. ¿Cómo podía ser que Herja estuviese viva? Aunque también era cierto que yo mismo había visto cómo se llevaban a Sol directo a la muerte.

Pero no tuve oportunidad de decir nada.

Ella ladeó la cabeza y habló en voz baja, pero con un tono áspero y peligroso.

—Debe de ser muy valiente. O tal vez solo un gran idiota.

Noté la tensión en la mandíbula. Todo mi cuerpo me pedía que fuera corriendo hasta ella, que la abrazara.

Recordaba detalles de mi pasado. Y los atesoraba con cariño. La forma traviesa que tenía mi madre de robarle bocaditos de los pastelitos de miel a mi padre durante las comidas. Los pasos confiados de Sol que resonaban en los pasillos del castillo. Su amor por las mañanas y la risa. El olor a nogal y cedro de mi padre por las largas cabalgatas que hacía por las colinas. Y la voz áspera de Herja. Un sonido alegre. Cuando se reía era como si silbara y raspara, y eso nos hacía reír aún más a los demás.

Ella era amable y cariñosa, pero también brutal y mortífera.

Pero no podría olvidar su voz.

—Le he sorprendido —continuó, y me dejó petrificado—. Se supone que debería ser silenciosa, ¿verdad? Últimamente han ocurrido cosas extrañas, y hace poco que recuperé la voz. Admito que me produce cierto placer saber que voy a poder explicarle con detalle cómo va a morir esta noche.

¿No podía hablar?

¿Reconocería mi voz? Me humedecí los labios y di un paso hacia ella.

—No tengo intención de morir esta noche.

Ella se rio, burlona, y levantó la daga para que un rayo de luna que se colaba por un hueco de la lona se reflejara en la hoja.

—Dicen que es importante tener confianza, pero me temo que las probabilidades están en su contra. Solo un hombre ha conseguido vencerme.

Lo encontraría y le arrancaría todos los huesos del cuerpo, uno a uno.

Herja sonrió, maliciosa, y continuó en voz baja.

—¿Empezamos con nuestro juego, *Herr?*

Yo me aparté cuando ella se volvió y echó a correr hacia mí, con la daga en alto. Salté a un lado, bastante sorprendido por su velocidad y también porque aquella mujer era de verdad mi hermana. Estaba viva. Fuerte. Y era temible.

Viva.

Tenía una sonrisa peligrosa en la cara y estaba claro que no me había reconocido, pero la verdad era que no me había mirado a los ojos; estaba centrada en mi vientre, mi corazón y mi garganta. Lanzó otro ataque con la daga y yo me agaché.

Una sonrisa apareció también en mi cara.

—¿Ya has empezado con tu juego?

Sus ojos marrones ardían como si encerraran la furia del fuego.

—Le advierto que es mejor que no me provoque, porque puede que entonces me tome mi tiempo para matarlo, y ya me está haciendo perder bastante y evitando que me encuentre donde querría estar.

—Siempre tan locuaz —comenté mientras esquivaba otro intento por su parte.

—Usted no sabe nada de mí. —Herja chilló y se lanzó a por mí, deseando arrancarme el corazón.

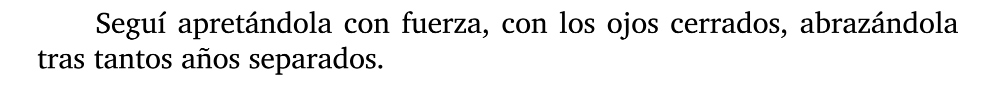
Era rápida, pero yo siempre había sido el luchador con los mejores pies. Mi hermana usaba una espada mejor que nadie que yo conociera, pero siempre le había faltado paciencia para aprender el baile que exigía el combate con espadas.

Lo utilicé contra ella. Hice un intrincado dibujo con los pies que provocó que ella tropezara y me diera el tiempo justo para envolver su cuerpo con mis brazos desde detrás y bloquearle los suyos contra el pecho. Herja aulló y rechinó los dientes.

—Para —dije mientras la agarraba con fuerza—. Para, Herja, por favor.

Ella se estremeció y después se quedó petrificada.

—Mi nombre…


Seguí apretándola con fuerza, con los ojos cerrados, abrazándola tras tantos años separados.

—Herja —murmuré—, perdóname por haber tardado tanto en encontrarte.

Se giró bruscamente para mirarme y verme de verdad por primera vez. Tenía los ojos llenos de lágrimas. Se llevó una mano temblorosa a los labios. Dejó caer la daga que tenía en la otra y la acercó para tocarme la cara.

—Va… Valen. —Sacudió la cabeza con fuerza—. No. No. Estás… muerto. ¿Es que yo… estoy muerta también?

Le aparté el pelo de los ojos y le puse las manos en las mejillas.

—No. No puedo explicártelo ahora, pero yo… es que no era yo. Sol también está vivo. Todos estamos vivos.

Ella soltó un sollozo estrangulado y dejó caer la cabeza sobre mi pecho.

—¿Sol?

—¿*Herr* Lönger? —La voz de Stor Magnus nos llegó desde el otro lado de la lona de la tienda—. ¿Ya ha ido al encuentro con los dioses? Tiene que hacernos una señal si ha acabado la pelea y sigue con vida.

Herja respiraba de forma acelerada y poco profunda. Me pareció ver miedo en sus ojos. Cogí su daga y saqué mi espada.

—Nuestra gente nos espera fuera, pero tendremos que luchar con los guardias de Magnus para escapar. Corre, debemos irnos ya.

—No —dijo, y me tiró del brazo.

—Herja, tenemos que hacerlo, es la única forma. Te juro que estaré a tu lado todo el tiempo.

—No, no lo…

—No tenemos tiempo —insistí con firmeza—. No volverán a tocarte.

Tiré de ella hacia la entrada de la tienda pero, por todos los infiernos, mi hermana se resistió y tiró en dirección contraria.

—No, no puedo irme, Valen. No me iré sin…

—¿Que no te irás? —Entorné los ojos—. Mi gente, mi esposa, están ahí fuera arriesgando sus vidas por ti. Si hace falta, te llevaré a rastras, te lo prometo. No dudes de mi palabra.

—¡Escúchame! —Me dio un empujón en el pecho—. No puedo irme sin ellos, hermano.

Se me paró el corazón.

—¿Sin quiénes?

Herja se retorcía los dedos frenética, como si fueran de goma, y miraba detrás de mí, como si viera algo que yo no podía percibir.

—Los tienen custodiados afuera. La recompensa para mí cuando gano. Tengo que ir a por ellos. —Dos lágrimas rodaron por sus mejillas—. Tengo hijos, Valen. Mis niños están aquí.

Capítulo diecisiete



El príncipe de la noche

Hijos.

Me quedé mirando la cara de mi hermana, buscando algo que indicara que la había oído mal. Herja me miró tan fijamente como yo a ella. Fuera lo que fuese lo que había sufrido, no era nada comparado con su determinación en aquel momento.

—*Herr* Lönger… —Se oyó la voz de Stor de nuevo, y esta vez sonaba impaciente—. Entra —le murmuró a alguien, seguro que a un guardia.

Negué con la cabeza. Se nos había acabado el tiempo de permanecer allí sin hacer nada. Agarré a Herja por el hombro.

—¿Dónde?

—En la tienda más pequeña.

Así que Magnus no se había traído a su esposa ni a sus amantes. No. Los guardias de la otra tienda estaban custodiando a los hijos de mi hermana. Sus niños. Sentí que bullía en mi pecho una ira oscura y ardiente. Ella había permitido que un hombre ganara en ese juego…

Aparté esos pensamientos. Después me dejaría llevar por aquella sed de sangre, pero en aquel momento teníamos que cambiar los planes.

Volví a meter la espada en la funda que llevaba en la cintura y levanté las palmas. La furia nos descubriría, pero sería una señal para Elise, Tor y Halvar de que nuestros planes no habían salido según lo previsto. La puerta de la tienda se agitó y se oyeron unos pesados pasos sobre las tablas.

Me agaché y toqué la tierra. Una vibración ardiente me quemó las yemas de los dedos. Las tablas crujieron. Apareció una fisura en la tierra. La tienda se ladeó cuando la roca y la tierra emergieron desde la estrecha grieta. Quien acabara de entrar soltó un grito de sorpresa y su robusto cuerpo apareció trastabillando en la esquina. Herja no necesitó que le ordenara nada: en un segundo le hundió la daga en el

pecho.

Yo reventé la tierra que había detrás de ella.

La furia me abrió la mente, como si acabara de adquirir un tercer ojo omnisciente. Sol, Halvar y Tor me habían descrito una sensación similar cuando utilizaban su magia. Aunque la verdad era que no veía algo que no estaba delante de mí, sí tenía un conocimiento de ello que provenía de mi poder. Sabía dónde debía abrir o moldear la tierra para luchar contra nuestros enemigos y dónde dejarla intacta para ayudar a nuestra gente.

Cuanto más centrado estaba con mis acciones, más factura me pasaba la furia. Si me limitaba a abrirla sin control, y me llevaba a mi gente por delante a la vez que a los Cuervos, podría seguir durante horas, pero dirigirme concretamente a los enemigos y sus aliados añadía un nuevo nivel de agotamiento y hacía que fuera incapaz de usar mi furia durante mucho tiempo sin descansar.

Me esforcé más. Con cada oleada dividía partes del campamento de los Magnus, estrellaba piedras contra los guardias, hacía tropezar a los que huían y tumbaba árboles sobre sus carruajes.

Todo aquel caos se magnificó cuando salí al exterior y vi el campamento.

Stor gritaba órdenes a sus guardias mientras la tierra se ladeaba, se ondulaba y se abría dejando bordes irregulares.

Su mirada me encontró. Sonreí e hice un gesto pasando la mano ante mi pecho. Una esquirla puntiaguda de roca y tierra se clavó en el suelo; el hombre era gordo y repugnante, pero seguía moviéndose como un guerrero.

Por el rabillo del ojo vi a Ari atacando a un guardia. En la pelea con espadas, el enemigo era superior, pero enseguida este se agarró la cabeza y empezó chillar porque creía que alguna especie de insecto le estaba picando por toda la cabeza.

Ari me miró, satisfecho, con una sonrisa cruel en la cara. Llegaron gritos desde los árboles cuando nuestra gente se lanzó hacia el campamento. El acero chocó con más acero. Los gruñidos y los chillidos llenaron la noche cuando la gente que protegía a Magnus se enfrentó a mi nutrido grupo.

—¡Allí! —Herja señaló la tienda alejada.

Los guardias que la rodeaban se habían dispersado, dejándonos la entrada libre. Los dos corrimos hacia ella, evitando estocadas. Yo entré a toda velocidad y me choqué con un cuerpo grande y cubierto por una armadura. Un guardia estaba de pie en el recodo estrecho que había justo antes de un espacio amplio, muy parecido al de la tienda de Herja.

Abrió los ojos de par en par un segundo y después fue a coger su espada. Pero no tuvo la oportunidad de atacarme antes de que yo le clavara justo bajo la barbilla la daga que me había dado Stor Magnus.

Él intentó tragar y escupió sangre. Yo lo aparté de un empujón y entré corriendo.

—¡Quieres salir de aquí ahora! —me gritó una voz joven pero profunda.

—No, Gunnar. —Herja me apartó para entrar en el espacio—. No, está con nosotros.

Noté un picor en la cabeza y un deseo profundo e insistente de darme la vuelta y abandonar la tienda. Me rasqué el lugar en donde lo notaba y miré alrededor.

Herja estaba de puntillas, rodeando con el brazo a un chico alto que tendría al menos dieciséis órbitas. Sus ojos marrones e inteligentes estaban fijos en mí, amenazándome sin decir nada. Tenía el mismo ceño típico de la cara de mi hermana, pero sus facciones afiladas las había heredado de otra persona.

Un hombre al que estaba deseando llegar a conocer algún día.

Detrás de las piernas del chico asomó una cara pálida e inocente. Una niñita con los mismos ojos grandes y oscuros pero con el pelo rubio como el de Elise.

—Laila. —Herja sollozó y abrazó con fuerza a la niña contra su cuerpo. En su cara solo se veía felicidad—. Nunca me voy a cansar de decir vuestros nombres en voz alta.

Yo era un intruso en aquel momento de amor privado, pero no teníamos tiempo.

—Herja —dije para recordárselo.

Al oír mi voz, el chico se colocó delante de mi hermana y la niña,

un gesto que le honraba. Era valiente. Como su madre.

—Gunnar —lo llamó Herja, y le tocó el brazo—, él es mi hermano, Valen.

El niño arrugó la frente y me estudió con una mirada más amable.

—¿Tu hermano?

—El príncipe de la noche de Etta. ¿Te acuerdas de que te he hablado de él?

Gunnar asintió despacio.

—Pero… ¿cómo…?

—No tenemos tiempo para explicaciones —interrumpí—. Chico, ¿sabes luchar?

No vaciló.

—Dame un arco y no fallaré.

No tenía un arco a mano, pero le tiré la daga.

—Tendrás que arreglártelas con esa arma por ahora. Tenemos que pelear para poder llegar hasta los árboles.

—Gunnar, no reveles tu talento —advirtió Herja.

—*Maj,* podría…

—No. Aquí no —exclamó ella.

—¿Tienes furia? —me acerqué a él.

El niño abrió la boca para responder, pero Herja se colocó delante de él.

—No es un habitante de la noche, pero tiene una magia extraña. Me han dicho que los llaman al…

—Alver —interrumpí, y estudié al hijo de mi hermana—. He conocido a varios. Me has hecho algo cuando he entrado, ¿verdad?

—Eso no es nada —dijo con una sonrisita que encerraba la misma arrogancia que tenía mi hermana.

Yo sabía poco de la magia de Oriente, pero según Junius, podía manipular cuerpos igual que los habitantes de la noche podían manipular la tierra. Me froté el punto concreto de la cabeza, que aún me molestaba.

—No hagas que la utilice de nuevo, Valen. Le resulta doloroso y lo deja sin energía muy rápido.

—*Maj,* estoy más fuerte. Puedo usarla. —La juventud de Gunnar lo traicionaba. Mientras nos rodeaban por todas partes los gritos procedentes de la batalla, él se quejaba como un niño a su madre.

—Lucha con el cuchillo —le dije a Gunnar—. No les des más razones para mantenerte prisionero. Herja, llévate a la niña, dirigíos a los árboles. Si nos separamos, busca a Elise. Es mi esposa.

Una leve sonrisa juguetona apareció en los labios de mi hermana mientras cogía a su hija en brazos.

—Parece que los dos tenemos mucho que contarnos, hermanito.

Oh, yo tenía muchas preguntas; la más importante, quién era el padre de esos niños y dónde podía encontrarlo.

Herja también le dio su daga a Gunnar. Ella cogió en brazos a su hija. Yo miré a mi sobrino, asentí con la cabeza y después todos salimos de la tienda con las armas en alto.

Un fuego azul iluminaba la noche afuera. Tor y Halvar estaban trabajando juntos para que su furia devorara el campamento de Magnus. Pero habían aparecido más guardias: los Cuervos que habíamos visto habían tenido tiempo de llegar. Y eran más de los que creíamos.

Me hirvió la sangre en las venas, y en lo primero que pensé fue en Elise. ¿Dónde estaba? Como si hubiera sentido mi desesperación, oí su voz, que se elevaba hacia las estrellas.

—¡Proteged al rey y a la princesa!

La sangre y la muerte inundaban el campamento. Había cadáveres de guardias caídos todavía calientes a mis pies, pero sonreí al verla.

Un salvajismo y una ferocidad se habían hecho con la *Kvinna* de voz suave que conocí tiempo atrás. Desde donde estaba, entre Siv y Casper, señaló en mi dirección. La espada corta que llevaba en las

manos estaba manchada de sangre oscura y sus trenzas del color del hielo estaban cubiertas de sudor y suciedad.

Era una verdadera reina.

Y la gente obedeció su orden. El grupo de Ruskig avanzó para obligar a una hilera de guardias a alejarse de nosotros mientras rodeábamos el campamento.

Al oír el gritito de una niña, volví a la realidad y recordé que mi hermana iba desarmada y que todo lo que habíamos planeado había tenido que cambiar porque los niños se iban a ver inmersos en la batalla.

Necesitaba apartarlos de la vista, llevarlos a un lugar seguro.

Ya había utilizado mucha furia, y seguir haciéndolo me impediría luchar con una espada. Pero no hacía falta que los metiera en lo más duro de la batalla.

Agarré por la nuca a Gunnar y lo acerqué a mí.

—Lleva a tu madre y a tu hermana hacia los árboles. Y sin usar la magia, ¿entendido?

Asintió, seguro que un poco asombrado por la locura que lo rodeaba. Le di la daga de sobra que llevaba.

—Vete. Rápido.

Gunnar fue hasta su madre y la cogió del brazo. Herja me miró, preocupada. Había muchas palabras, preguntas, historias y recuerdos cerniéndose entre nosotros. Pero ya tendríamos tiempo de ponernos al día pronto.

Teníamos que tenerlo.

Cuando ellos se fueron, apareció un Cuervo y después otro y otro. Me dolían los hombros cada vez más al utilizar la espada, pero todo estaba saliendo bien. Poco a poco el campamento se estaba quedando en silencio. No se veía a Stor Magnus por ninguna parte. Yo sabía lo que quería hacerle a aquel hombre.

Elise se abrió paso para acercarse. Había un impulso en mi interior de utilizar la furia y enviarla de vuelta entre los árboles, donde estaría protegida y bien acompañada. Igual que hice para separarnos cuando rompió la maldición. Pero había una fina línea entre las dos cosas que yo más temía: que estuviera en peligro o someterme a su ira.

«Es la reina», me repetía una y otra vez. No sabía cómo mi padre había podido sobrevivir sin perder la cabeza por el terror al ver a mi madre participar en la batalla.

Sin perderla de vista, intenté acercarme a Elise y ella me imitó. Las clases de Halvar estaban teniendo su efecto. Había una habilidad en sus golpes que antes no tenía. Eran imperfectos, pero efectivos.

De repente, el mundo se puso patas arriba.

—¡Príncipe de la noche!

Una voz conocida y llena de maldad resonó en el campamento. No necesitaba mirar en su dirección para saber que nuestros planes estaban a punto de estropearse aún más. Me volví despacio para mirar el límite del campamento. Jarl Magnus estaba al lado de su padre, con muchas filas de Cuervos a su espalda.

Pero lo único que me importaba era que tenía agarrada a Herja por el pelo y dos cuchillos junto a las gargantas de sus hijos.

Dejé caer la espada y levanté las manos.

—Suéltala o nos entierro a todos y así acabará esta guerra antes de empezar de verdad. Tengo la fuerza y lo haré.

—No es cierto. Ya conozco cuáles son los puntos débiles de tu armadura: tu sangre y tu familia siempre serán tu debilidad. —Jarl miró al guardia que tenía a la hija de Herja—. Matad a la niña primero.

—¡No! —gritaron Herja y Gunnar a la vez.

—No quieres hacerlo —gritó Gunnar, pero enseguida se debilitó. Se inclinó hacia delante, como si estuviera a punto de vomitar. Pero logró decir las palabras de nuevo—. Tú… no quieres hacerlo.

Se produjo una pausa, como si el guardia dudara. Un regalo del destino que no estaba dispuesto a desperdiciar. Estábamos en inferioridad numérica. La furia nos había debilitado, sin duda, y no estaba dispuesto a que Elise, mi hermana, sus hijos y nuestra gente murieran. No si podía evitarlo.

Levanté las manos y caí de rodillas.

—Si los liberas a ellos, puedes apresarme a mí. Iré sin luchar, sin oponer resistencia.

—¡Valen! —El gritó de Elise me atravesó el pecho, pero había conseguido llamar la atención de Jarl.

Levantó una mano para detener al Cuervo que tenía a la pequeña Laila.

—¿Pero qué es esto? ¿Te rindes?

—Tienes que dejar libres a los niños y a la mujer. Y Elise y mi gente se irán de aquí sin sufrir daño. Yo me iré contigo a cambio.

—No. —La voz de Elise sonaba más cerca, pero amortiguada. Bien. Algún miembro de mi Hermandad había sido lo bastante inteligente como para retenerla. Pero oía sus gritos de rabia mientras lo golpeaba, le daba patadas y luchaba por venir conmigo—. Valen Ferus, eres un maldito imbécil. ¿Qué estás haciendo? No lo hagas.

Jarl se rio entre dientes y le dijo al Cuervo que no apartara el cuchillo de la garganta de Laila. La niña gimoteaba, pero no gritó. Apretaba los puños. Muy valiente para ser tan pequeña.

—Es un trato justo —contestó Jarl—, pero sé quién es la mujer, príncipe de la noche. No puedo dejar que la segunda hija de los Ferus se vaya libremente sin más.

—Es una mujer, nada más —insistí con toda la intención para reducir el valor de mi hermana a sus ojos—. Quieres nuestra furia, así que quédate conmigo. Herja no tiene nada para vosotros.

—Pero tiene la sangre de tu linaje.

—La liberas o no hay trueque, ni trato, y se van a perder muchas vidas. Con suerte, las de tu bando. —Él iba a morir. De una forma lenta y dolorosa. Aquella serpiente que siempre conseguía escapárseme entre los dedos iba a morir por lo que le había hecho a Elise y después amenazado con hacerle a mi hermana.

—Es hábil con la espada. Un riesgo demasiado grande para liberarla.

Fruncí el ceño.

—Tienes que elegir, Jarl Magnus. Ya he establecido los términos. Elige bien.

Su arrogancia desapareció. El puro odio hizo que sus facciones se retorcieran de forma desagradable. Jarl Magnus estaba arrinconado, y era peligroso poner a un hombre como él en esa situación.

—Tiene la sangre de los Ferus —gritó, aunque más para sí mismo que para nadie, dándole vueltas a aquel dilema.

—¡Llévame a mí entonces! —gritó Gunnar.

Por todos los infiernos. Mi sonrisa desapareció.

—Gunnar, para —suplicó Herja.

Pero él la ignoró.

—Quieres a alguien con sangre de los Ferus y magia, pues quédate conmigo y deja a mi madre y a mi hermana. Tengo la magia que quieres y la sangre que buscas.

—Muchacho, cállate —gruñí. Idiota, estúpido imprudente.

Jarl ladeó la cabeza, con toda la atención puesta en Gunnar. Soltó a Herja, a la que dejó en manos de su padre, y se acercó a su hijo.

—¿Es cierto? ¿Es un cachorro de los Ferus?

—Son los bastardos de ella —confirmó Stor, asintiendo.

Jarl se echó a reír, una risa oscura que salía del fondo de su garganta.

—¿Y quién es el padre?

—Un místico de Oriente.

—Así que sí que tiene furia en las venas. Interesante. Sin duda, es más valioso que una mujer sin furia.

—Déjalo. —Herja le clavó el codo en las costillas a Stor y recibió una fuerte bofetada en respuesta.

—Si vuelves a tocarla, vas a saber de lo que es capaz la furia antes de morir —amenacé con los dientes apretados.

Yo no era el único que había levantado las manos para defender a la princesa. Vi por el rabillo del ojo que Ari soltaba una exclamación por el agotamiento, pero, aun así, alzaba las manos. Stieg y Halvar, a su lado, esperaban mi orden para liberar su magia también.

Jarl frunció el ceño, pero chasqueó los dedos y los guardias apartaron a Gunnar.

—¡No! —Herja se revolvió contra Stor. Estuvo a punto de liberarse, pero dos Cuervos la golpearon en la cabeza con las empuñaduras de las espadas.

Un bloque de piedra desgajada le rompió la columna a uno de los guardias. Un silencio se cernió sobre el campamento mientras todos me miraban, estupefactos.

—He dicho que no la toquéis.

—*Maj,* déjalo —dijo Gunnar con la voz quebrada.

Jarl se quedó mirando al Cuervo muerto.

—Soltad a la mujer.

—Sabe usar la espada demasiado bien —repuso Stor.

—Y nosotros también. —Jarl entornó los ojos—. Tenemos la sangre de los tres herederos de los Ferus. No necesitamos nada más. —Abandonó el lugar en el que estaba, dejando a Gunnar en manos de sus Cuervos, y cruzó el espacio que lo separaba de mí. Yo, que seguía de rodillas, lo miré a los ojos. Ya no sonreía.

—He esperado a que llegara este momento, príncipe de la noche —dijo en voz baja—. Ahora tu pobre hermano no será el único que aguante todo el peso de mi frustración.

Tensé la mandíbula cuando Jarl ordenó que me encadenaran para bloquear mi furia.

—No, no permitiré que me encadenes hasta que mi gente tenga permiso para irse libremente —respondí.

Jarl resopló por la impaciencia, pero asintió con la cabeza.

—Me parece bien. Dejad que se vayan los traidores. Por ahora.

—La Valkiria es mía —refunfuñó Stor.

—Y el príncipe de la noche le pertenece a tu rey. No te voy a permitir que interfieras. —Jarl tenía un rango superior al de su padre.

El viejo no tenía elección, pero apretó los dientes.

—¡Valen! —chilló Elise llena de miedo cuando vio que se me acercaban los Cuervos y yo no hacía nada—. Luchad por el rey,

malditos idiotas.

Nuestra gente se revolvió al oír su voz.

—Haz que mi mujer se calle, príncipe de la noche —advirtió Jarl —, o me la llevaré a ella también y no la dejaré salir de mi cama hasta que deje de respirar.

La rabia me hizo hervir la sangre. Cómo deseaba aplastarle todos los huesos con el peso de la tierra. Levanté la barbilla y grité:

—¡Vuestro rey os ordena que no luchéis y os vayáis!

La vacilación frenó el ataque. Elise gritó aún más cuando Tor la arrastró para alejarla. Ari y Stieg me miraron como si no estuvieran seguros de que lo dijera en serio. Asentí mirando a Halvar. Él se golpeó el pecho con el puño y les ordenó que se retiraran mientras iba a recoger a Herja.

Yo contuve la respiración, esperando, listo para controlar la tierra una última vez si Stor o sus guardias le hacían algo a mi hermana.

Lágrimas silenciosas caían por la cara de Herja cuando cogió a su hija en brazos y dejó que Halvar la acercara a su costado; los tres empezaron la lenta retirada hacia los árboles.

Los Cuervos tiraron a Gunnar al suelo. El muchacho me miró. Sus ojos estaban llenos de miedo, pero no dijo nada. Yo le sostuve la mirada para asegurarle sin decir nada que lo protegería y estaría con él.

Herja gritó su nombre y Elise, el mío.

Peleó para zafarse de Tor con una mirada asesina.

—Valen, me lo has prometido. No lo hagas.

Se notaba un gran miedo procedente de todos los hombres y mujeres que habían venido con nosotros a atacar el campamento. Yo no podía regresar con ella, pero sí podía decirle algo.

—¡Lidéralos, Elise! ¡Dirígelos! —le grité mientras la arrastraban hacia la oscuridad de la noche. Nuestra gente la siguió hacia los árboles. Sus últimas miradas, dirigidas a mí, aumentaron el calor que sentía bajo la piel.

—¡Sed fieles a vuestra reina! Por Etta. ¡Luchad por Etta!

Los gritos de Elise dejaron de oírse cuando Tor y la Hermandad de las Sombras se llevaron a la reina a rastras para que se alejara de mí.

Yo me dejé caer hacia delante. Aquel no era el final. Era un contratiempo. Uno que nos iba a separar, cierto, pero, como le había prometido, no pararía, no dejaría de luchar hasta volver con ella.

Los Cuervos nos colocaron ligaduras y cadenas en las muñecas a Gunnar y a mí. Esos grilletes no invalidarían el mesmer de su sangre alver, pero yo sí noté el escozor y el calor en las muñecas en el lugar en que los grilletes plateados se me clavaban en la piel. Me levantaron agarrándome por las axilas y me obligaron a ponerme en pie.

Jarl me miró sonriendo.

—Estoy deseando que pasemos tiempo juntos, príncipe de la noche.

—Igual que yo. —Le devolví la sonrisa. Una promesa silenciosa de que cumpliría todos los planes que yo también tenía para él.

Con Elise se fueron mi corazón, mis miedos, mis esperanzas y mi amor. Rellené el vacío que dejaron con una oscura sed de sangre e imaginé cómo iba a derrumbar, pieza por pieza, el mundo dorado del falso rey hasta que los escombros cayeran sobre su cabeza.

Así no era como había imaginado que ocurriría, pero había conseguido llegar hasta Aguja del Cuervo. Se había cumplido el deseo de Sol.

Iba de camino a casa para reunirme con él de nuevo.

TERCERA PARTE El rugido de la guerra

Amiga mía:

Me temo que la batalla está perdida. Nuestro refugio está lleno a reventar. Eli ha establecido sus términos. No sé qué más puedo hacer. Si me niego, mis hijos, mi marido y mi hija morirán.

Pero si acepto, también sufrirán y la que morirá será mi alma. Tal vez la muerte sea un destino más dulce para nosotros. Al menos cenaremos con los dioses todos juntos. Sé que me has dicho que debemos vivir, que para salvar esta tierra tenemos que hacerlo, pero creo que me pides demasiado.

No puedo verlos sufrir. Y no estoy dispuesta a ser la consorte de un rey falso y traidor.

Si me niego a lo que me pide, será el final del poder de los Ferus. Pero que no te quepa duda: yo me ocuparé de que todos estemos muertos por la mañana, antes de que tengan la oportunidad de torturar ni a uno solo de los miembros de mi familia.

Adiós, amiga mía. Cuídate. Y procura estar a salvo.

Lili.

Capítulo dieciocho



La princesa rebelde

Aturdimiento. Frío. Nada.

Miraba hacia el cielo aterciopelado que tenía sobre la cabeza, sin verlo en realidad, balanceándome un poco por el movimiento del carro que habíamos utilizado para viajar hasta el campamento.

Debería gritar de rabia, pero estaba callada.

Debería llorar, pero se me habían agotado las lágrimas.

Reconocía las caras de mis seres queridos a mi alrededor, pero la única que llenaba mi cabeza era la de Valen.

Una parte de mí lo odiaba y otra sufría por él. Y otra lo amaba con tanta fuerza que creí que me iba a partir por la mitad. Pero no dije nada, ni hice nada, solo miré a las estrellas lejanas del cielo mientras sentía soledad. Aturdimiento.

Frío.

Nada.

Cuando el carro cruzó los muros de Ruskig, alguien me puso una mano en el hombro.

—Elise.

Levanté la vista y encontré a Tor. Él lo sabía, lo entendía. Él también había perdido a su *hjärta.* Una punzada de dolor atravesó mi corazón y lo sacó de su bloqueo. Los ojos se me llenaron de lágrimas y vi su cara borrosa. Él me dio un apretón en el hombro y negó con la cabeza.

—No. Todavía no, aquí no. Mantén la cabeza fría, mi reina, y piénsalo bien.

No acerté a adivinar cómo sabía Torsten lo que yo necesitaba oír en aquel momento. Con un gesto de la mano, frené aquella oleada de emoción y salí de la parte de atrás del carro. No dejaba de darle vueltas a todo en mi mente. ¿Qué pasos debería dar a continuación?

¿Cómo podría llegar hasta Valen? ¿Dónde deberíamos atacar?

—Paso a paso, Elise. —La voz de Halvar logró colarse en medio de mi histeria silenciosa.

—Paso a paso. —Hice crujir los nudillos. Todos los ojos estaban fijos en mí. La gente, desconcertada, desesperada y asustada, me miraba en busca de guía en aquel momento.

La presión era enorme.

Asentí sin dirigirme a nadie en concreto, con los ojos fijos en la parte de atrás del carro. Herja Ferus estaba viva. Acunaba a su hija dormida en los brazos. Tenía los ojos hinchados tras haber derramado muchas lágrimas en silencio. Estaba débil, demasiado delgada, y temblaba vestida solo con un fino camisón.

Me humedecí los labios y miré a Halvar.

—Lleva a la princesa a la casa del rey y dale de comer y algo para abrigarse.

Halvar asintió.

—Como ordenes.

Yo me dirigí con paso vivo al mismo sitio. Enseguida aparecieron a mi lado Siv, Brant, Ari y toda la Hermandad de las Sombras, excepto Halvar, que se quedó con Kari y Herja.

—Que nadie que no forme parte del consejo privado del rey entre en la casa —les pedí a Stieg y a Casper.

Ambos agacharon la cabeza y se situaron en la puerta, gritándoles a los curiosos que se acercaban en busca de respuestas. Tendría que preparar a nuestra gente pronto. Lucharíamos. Llevaríamos la guerra a la mismísima puerta de Aguja del Cuervo. Cómo y cuándo no lo sabía, pero estaba segura de que la guerra estaba cerca, tanto como de que tenía que seguir respirando.

Ari me sostuvo la puerta y entré como una tromba en el salón.

—Necesito un momento —exclamé, y fui corriendo al dormitorio.

Una vez sola, me llevé la mano al corazón. Me quedé sin aliento por culpa de un sollozo que estuvo a punto de destrozarme la garganta. La ropa de Valen seguía en las estanterías de madera. Cogí

una de sus túnicas negras y me la acerqué a la cara para inhalar el olor a fresco y a humo. Sus hachas negras, que había dejado allí para que no lo reconocieran, estaban pulidas y colocadas con cuidado sobre una mesa cerca de nuestra cama. Acaricié con los dedos las hojas curvas.

En el pasado odié esas armas, pero en aquel momento solo quería verlo allí, ajustándoselas al cinto, riéndose o bromeando. Cualquier cosa por que estuviera allí.

—Una mujer me dijo que la trajera aquí.

Me giré bruscamente. Herja estaba de pie en el umbral, sujetando la piel que tapaba la puerta. Tenía la cabeza de su hijita apoyada en el hombro. Me limpié las lágrimas de las mejillas con un gesto furioso y le señalé la cama.

—Claro, túmbala ahí. Quedaos con este cuarto para las dos.

De cerca vi con claridad las similitudes entre Herja, Sol y Valen. Ella no era habitante de la noche, así que tenía las orejas curvadas como yo, pero su piel era de un marrón suave como la de ellos. Su pelo recordaba a las bayas del verano cuando les daba el sol y sus ojos, a la tierra recién removida.

Tenía los ojos hundidos y bolsas oscuras debajo, pero Herja Ferus irradiaba una belleza feroz.

—Ropa. —Busqué en las estanterías uno de mis vestidos y una túnica. Herja era por lo menos media cabeza más alta que yo y tenía los brazos y las piernas más largos. Cogí el vestido más largo que tenía y lo dejé en la mesa con manos temblorosas—. Te… buscaré algo más. Y también comida. Tienes que comer. Haré que te traigan…

—Elise. —La mano de Herja hizo que dejara de revolver y balbucear—. Lo recuperaremos.

Mi mandíbula se tensó. Noté una oleada de calor en el cuello que subía despacio hacia mi cara.

—Él quería ir a Aguja del Cuervo. Solo quería gritarle porque no sé si lo ha hecho a propósito.

—¿Y por qué quería Valen ir a Aguja del Cuervo?

Mi cuerpo se estremeció, pero me sentía como si fuera de piedra.

—Por el príncipe solar. Creemos que él ha descubierto algo, pero… habíamos hecho planes para conseguir que nos trajeran al príncipe solar aquí, no para que Valen acabara al otro lado de los muros de Aguja del Cuervo.

—A veces hay que cambiar los planes. Nos habrían masacrado si no hubiera hecho lo que hizo.

No quería oír eso, las razones por las que el rey había tomado la mejor decisión para su gente y su familia, y tal vez la única que tenía a su alcance. Lo quería allí conmigo para poder gritarle, chillarle y abrazarlo. Vivo y cercano. Seguro.

Le di la espalda a la cama y miré a las estrellas como si encerraran algún tipo de respuesta.

—Eres timorana —comentó Herja tras una larga pausa.

—¿Y eso te ofende?

—¿Amas a mi hermano por su corazón y no por su corona?

Los ojos se me llenaron de lágrimas otra vez. Parpadeé para apartarlas, pero se resistieron violentamente.

—Valen Ferus me robó el corazón y el alma antes de que conociera su verdadero nombre. Aunque fuera un mendigo, mi corazón sangraría a borbotones por él, como me sucede ahora. Lo cierto es que preferiría la indigencia a que los habitantes del castillo Aguja del Cuervo no paren de intentar separarnos porque él es el rey.

—Rey… —Herja frunció el ceño con una cierta incredulidad—. ¿Hace cuánto tiempo que está en el trono?

—Desde el principio de la primavera.

Una sombra cruzó por su cara y un profundo ceño se instaló entre sus cejas cuando una idea empezó a rondarle por la cabeza. Aquella expresión desapareció enseguida, tan rápido que me pregunté si me la había imaginado. Cuando volví a mirar, en sus labios había una sonrisa juguetona.

—Respondiendo a tu pregunta, a mí no me ofende la sangre que corre por tus venas.

—Soy bisnieta del rey Eli. —No entendía por qué le estaba dando

todos los datos poco halagüeños de mi linaje. Tal vez era la necesidad desesperada de sacar a la luz los detalles complicados, un deseo de no ocultar nada, de que me aceptara la única Ferus que tenía a mi lado.

—Ah. ¿Y se supone que debo odiarte por eso? ¿Eso es lo que pretendes decirme? —Sacudió la cabeza—. Entonces debería despreciar a mi madre. Ella era su mejor amiga, después de todo. Creo que conocía a aquel hombre infame mejor que nadie. Oh, y también era timorana. Qué cosa más horriblemente egoísta por su parte.

Tres. De repente, en mi vida había tres Ferus mordaces. Habría sonreído si mi corazón no acabara de convertirse en una pila de cenizas en mi pecho, pero su total rechazo de mis miedos me ayudó a relajar un poco la tensión que provocaba que notara los músculos como piedras.

—Esto es lo único que me importa: si amas a mi hermano como dices, confiaré en ti con todo mi corazón para que nos dirijas a la hora de recuperarlos a él y a mi hijo.

Parpadeé varias veces, sin saber qué decir. No parecía haber palabras adecuadas, así que no dije nada.

Ella me dio la espalda, arropó a su hija con las pieles y le dio un suave beso en la frente. Después se quedó un momento acariciándole la mejilla.

—Solo he podido darle un beso de buenas noches unas cuantas veces en su vida.

Sentí una presión en el pecho.

—¿No te dejaban estar con ella?

—Con ninguno de los dos. Una vez cada diez días, más o menos, me dejaban pasar unos momentos con ellos, que para mí eran muy valiosos. Poder sentarla ahora en mi regazo y abrazarla hasta que se duerma… Es que ni siquiera sé qué hacer.

Me abracé el vientre con los ojos cerrados.

—Siento lo de tu hijo.

Herja se tensó.

—Es demasiado temerario. Se parece mucho a su padre. —Miró

por encima del hombro con una sonrisa vacía en los labios—. Su padre no es lo que crees.

Un aspirante. Un violador. Si no era eso, ¿qué era? ¿Y dónde estaba? No tuve oportunidad de hacerle esas preguntas ni de seguir hablando del tema porque alguien apartó la piel que cerraba la puerta.

Tor y Halvar entraron en la habitación.

Herja se puso de pie, fue corriendo hacia ellos y los abrazó a ambos por el cuello.

—Por fin tengo un momento para respirar. Dejad que os vea. Por todos los dioses, creí que no volvería a veros con vida.

Le dio un beso a Halvar en la cara. Él le sonrió como un hermano. Después se quedó parada delante de Tor con una mano sobre su mejilla.

—Torsten, Sol…

—Lo sé. Yo me quedé tan sorprendido como tú —contestó él con voz quebrada.

Herja inspiró hondo, temblorosa, y lo abrazó otra vez.

—Me alegro de que hayas vuelto con nosotros, Víbora —comentó Halvar.

La princesa soltó una risa grave.

—Por todos los infiernos, hacía muchísimo tiempo que nadie me llamaba así.

Halvar me miró.

—Nunca sabíamos cuándo iba a aparecer Herja de entre las sombras y atacar, solo para entrenar y demostrarnos que era la mejor guerrera. Por eso empezamos a llamarla la Víbora.

Me obligué a sonreír, pero, por placentera que me resultara la reunión, tenía el corazón endurecido, rugoso y frío.

—Elise, entiendo que esto es difícil —dijo Tor—, pero eres la reina y la gente te necesita. El consejo te espera.

Por todos los cielos, cómo deseaba que Valen estuviera allí. Su

presencia me daba fuerza, algo que necesitaba desesperadamente en aquel momento. Por él. Por nuestro pueblo. Por Etta. No me molesté en lavarme la cara para quitarme la sangre y el kohl que tenía corrido por las mejillas antes de cruzar la puerta con ellos para ir al salón.

Las caras que llenaban la estancia estaban asustadas. El patriarca Klok levantó los brazos para intentar calmar los gritos y el intercambio de opiniones sobre cómo proceder. Stieg y Casper estaban junto a Brant, Mattis y Kari al lado de la puerta. Todos se irguieron cuando entré en la habitación y me miraron en busca de una dirección, pero yo estaba perdida.

La única persona que parecía tranquila era Ari, o esa era la sensación que daba. Bebía con parsimonia en su silla, que estaba al lado de la de Valen.

A primera vista, el antiguo rey parecía indiferente a los acontecimientos de aquella noche, pero, al mirar detenidamente, era imposible no fijarse en el cuerno lleno que había en el sitio del rey, como si estuviera a punto de aparecer para disfrutarlo en cualquier momento. Y la forma en que Ari estaba agachado e intentando ahogar las penas bebiendo.

—¡Tenemos que actuar ya!

Se me hizo un nudo en el estómago al oír aquella voz. Stave, furioso y con la cara roja, le gritó al patriarca Klok cuando este le pidió a todo el mundo que guardara silencio.

—No vamos a ir a ninguna parte esta noche. —Me sorprendí a mí misma cuando mi voz resonó, firme, por encima de toda aquella locura.

Los ojos oscuros de Stave me atravesaron. Una frustración salvaje y frenética se veía en sus facciones. No apartó la vista, demostrándome su desprecio durante unos segundos antes de volver a mirar a Klok.

—Debemos actuar ahora o nos arriesgamos a perder al rey, dejándolo en las garras de Aguja del Cuervo otra vez. La princesa es una guerrera, ella puede liderarnos…

—La reina —murmuró Ari, y después hipó—. Creo que quieres decir la reina.

Vi a Herja por el rabillo del ojo. Estaba apoyada en una pared,

observando el conflicto sin decir nada. ¿Intentaría ocupar mi lugar y liderar a la gente si muchos lo pedían?

Valen había pedido que fuera yo quien liderara a su gente. No conocía a su hermana ni sus intenciones al respecto de la corona. Pero aunque Stave empezó de nuevo a insistir en que debíamos hacer algo, Herja no dijo nada. Me miró con una leve sonrisa en los labios. Casi como si se estuviera preguntando qué iba a hacer yo.

Stave miró con los ojos entornados a Ari y después a mí. Atrevido. Imprudente.

—Yo sirvo al linaje Ferus. Su sangre es la que ha hecho que esta tierra cobrara vida. Ellos son los elegidos por los dioses para sanar a Etta, no una miembro de la familia real enemiga.

Durante muchos meses había permitido que Stave y sus miradas de odio me hicieran dudar y alimentaran mis diferentes capas de inseguridad, porque no me sentía a la altura de llevar la corona. Pero aquella noche me hervía la sangre de tal forma que empecé a verlo todo tras un velo rojo escarlata.

En un momento de locura, ni siquiera me di cuenta de que tenía una daga en la mano antes de lanzarla. El cuchillo recorrió la corta distancia que nos separaba y se clavó profundamente en la pared, al lado de la oreja de Stave. Crucé la habitación, todavía impulsada por el mismo torbellino de rabia, y le puse la punta de otro cuchillo que llevaba en la parte de atrás de la cintura en la suave piel de la garganta.

—Déjalo ya o vas a perder la capacidad de hablar. —Cada palabra salía con dificultad del fondo de mi garganta—. No quiero volver a oír tu opinión. Ya es hora de que ocupes tu lugar y sirvas a tu reina como es debido.

La habitación se quedó en silencio.

Por primera vez, Stave me miró con una cierta reverencia, tal vez incluso miedo, pero apretó la mandíbula.

Aparté el cuchillo, tras hacerle un arañazo que le dejó una línea de sangre fresca bajo la barbilla, y me volví para mirar al consejo, sumido en el desconcierto.

Todos excepto Ari. A él no pareció extrañarle nada y volvió a sonreír mientras le daba un largo trago a su cuerno.

—Soy la reina de Etta, y el hecho de que yo lleve la corona no es negociable. O estáis conmigo o para mí no sois más que una culebra entre la hierba cuya cabeza tengo que aplastar. —Volví a mirar a Stave con voz dura y feroz—. ¡No voy a permitir más deslealtades! Actuaremos y quemaremos Aguja del Cuervo hasta los cimientos si es necesario, pero debéis decirme ahora si estáis con vuestra reina timorana, que sangra por vuestra tierra y vuestro rey. ¿O no veis en mi cara más que la de una enemiga?

Un segundo. Dos. Más. La tensión se acumuló como si una tormenta se estuviera formando en el horizonte.

—¡Yo me pongo a los pies de la reina! —gritó Halvar, e hincó una rodilla el primero, seguido muy de cerca por Tor. Los dos agacharon la cabeza con los puños colocados sobre el corazón.

Así empezó una ola de arrodillamiento: Mattis, Siv y después Kari, Brant y la Hermandad de las Sombras.

La sonrisa de Herja se ensanchó.

—Yo soy leal al linaje Ferus, igual que ese imbécil del fondo —dijo.

No me gustaba nada la idea de matar a la hermana de Valen, pero si nos traicionaba en aquel momento, no vacilaría. Si tenía que liberarlo, no podía permitirme ningún riesgo extra.

Pero Herja miró a Stave con una sonrisa burlona.

—Por eso le soy leal a mi hermana, Elise Ferus, la *hjärta* de mi hermano. Y no le entregaré mi lealtad a nadie más. La verdad es que tienes suerte de tener una reina tan magnánima. Si me hubieras hablado a mí así, la punta de ese cuchillo te habría atravesado la garganta, no se habría clavado en la madera.

Y dicho eso, Herja hincó la rodilla. Enseguida el resto de los que ocupaban la habitación hizo lo mismo. Stave agachó la cabeza con lo que yo esperaba que fuera algo de vergüenza.

Cuando todos los que estaban allí pasaron unos momentos arrodillados, dejé que se aplacara un poco el fuego que había en mi sangre y asentí.

—Levantaos. Empecemos.

Le di órdenes al consejo de que reuniera las armas y preparara a los guerreros para la batalla. Una nueva oleada de confianza se extendió entre la gente. La aterradora fuerza que Valen solía mostrar se apoderó de mí y la utilicé. Sin un plan claro, no lograría volver a ver a mi marido. Y me negaba a aceptar esa posibilidad.

Por todos los infiernos, no me conformaría con eso nunca.

—Halvar —llamé.

—¿Mi reina? —Su voz sonaba traviesa, pero obediente.

—Tú idearás nuestra estrategia. Trabaja con Brant, Stieg y Mattis para desarrollar un plan de formación para rodear Aguja del Cuervo. Debemos determinar dónde atacar, qué armas utilizar y a qué hora del día hacerlo. Quiero todos los detalles especificados y anotados. Y quiero cubierta cada brizna de hierba de los campos que rodean el castillo.

Halvar agachó la cabeza.

Pero yo tenía una última orden.

—Ari, Casper, vosotros os subiréis a un barco esta noche para ir a buscar lo más rápido posible a nuestros amigos de Oriente. Utiliza tu furia del agua hasta que ya no puedas más o hasta que te quedes sin aliento, me da igual, pero quiero que traigas a Junius aquí cuanto antes.

Ari se levantó inmediatamente.

—¿Cuál es el mensaje que debemos darle?

Ya había empezado a escribir en un trozo de pergamino gastado lo que quería decirle, pero repetí las palabras en voz alta mientras lo hacía.

—Decidle que la necesitamos ahora y que traiga con ella a ese que llaman el Terror Nocturno. Su destino está unido al nuestro porque nuestra batalla terminará… cuando la suya comience.

Capítulo diecinueve



El príncipe de la noche

Estar boca abajo en la parte de atrás del carro con barrotes hizo que la mitad de mi cara perdiera la sensibilidad, pero, por lo que sabía de Jarl Magnus, había esperado que me llevaran a rastras detrás del vehículo todo el camino hasta Aguja del Cuervo.

A mi lado, Gunnar estaba tirado igual que yo. Por primera vez desde que vi a mi sobrino, me pareció demasiado joven. Allí solo, en la oscuridad, con el olor del vómito de los anteriores prisioneros subiendo desde las tablas, me dolió ver esas facciones de niño. Cada mueca de miedo y cada arruga de su frente cuando un Cuervo golpeaba los barrotes me provocaban un impulso salvaje de proteger al hijo de mi hermana.

—Gunnar. —Esperé hasta que abrió los ojos—. Cuando lleguemos a la puerta, no hables con ellos, pero si no te queda más remedio, diles que tienes furia, nuestra magia.

—Pero no tengo rasgos de fae.

Las orejas. Mierda.

—Entonces asegúrales que mentiste sobre tu don para salvar a tu madre. Que no se enteren de que eres un alver.

—Me matarán.

—No te tocarán.

—Mi *Maj* me habló de esos grilletes que llevas en las muñecas. Sé que matan la magia, así que no hay mucho que puedas hacer.

—Debes saber algo de nuestra familia: luchamos los unos por los otros. Yo voy a pelear por ti, y las ligaduras no conseguirán detenerme, muchacho. Te lo juro.

El carro se detuvo. Se me subió toda la sangre a la cabeza. Solo, no tendría miedo. Encontraría a Sol y entre los dos idearíamos una forma de escapar de aquel maldito lugar. Pero no había previsto tener que cargar con el peso de mantener con vida a Gunnar, cuya magia valdría un buen dinero si estuviera en Oriente.

—Tú sígueme la corriente —le dije en el último momento—. Son como los perros, huelen el miedo y lo utilizarán en tu contra, Gunnar. Ahora es cuando tienes que ser fuerte.

Él asintió enérgicamente, con los puños apretados encadenados.

—Nos llevarán a las mazmorras. Tienes que estar preparado para que te hagan daño, pero puedes con ello. Eres el hijo de Herja. Estás hecho de un material que no se rompe con facilidad.

Gunnar se tensó de forma evidente cuando se abrió la puerta y unas manos ansiosas le tiraron de las piernas y los brazos y lo obligaron a ponerse de pie. Sentí que un gran orgullo llenaba mi pecho cuando vi su inmediata capacidad de recuperación. Ante los Cuervos no se acobardó, llevaba bien alta la cabeza; era de sangre real, y el muchacho lo dejaba bien claro.

Tres Cuervos vinieron a por mí. No tuvieron ningún cuidado cuando me sacaron del carro arrastrándome por las piernas. Cuando caí, golpeé el suelo con la cabeza y un guardia me dio una patada en la cadera para indicarme que me levantara.

Antes de que me diera tiempo, aparecieron dos pesadas botas ante mi cara.

Jarl me miraba desde arriba.

—Bienvenido a casa, príncipe de la noche. —Me preparé, sabiendo que un cobarde como aquel me daría una patada para demostrar su preponderancia, pero el impacto de su bota tuvo un fuerte efecto en mi cuerpo de todas formas—. Arriba.

Jarl era más bajo que yo, pero llegó a agarrarme un mechón de pelo para obligarme a acercar mi cara a la suya.

—Veo tanto en ti de Legion Grey, aquel hombre al que intentaba impresionar con todas mis fuerzas. Debes de creer que eres muy astuto por haber engañado a todo un reino, pero no tienes ni idea de los verdaderos secretos que encierra Aguja del Cuervo. No sabes lo que nosotros ya sabemos.

Sonreí con malicia.

—Te aseguro que, cuando me conociste como negociador matrimonial, nunca fuiste mi primera elección para la *Kvinna,* ni tampoco conseguiste impresionarme lo más mínimo.

Me dio un puñetazo en la mandíbula. Qué imbécil. Demostrar que esas palabras le molestaban al perder las formas por un comentario malintencionado.

—No creo que lo que te moleste sea que yo engañara a un reino entero —continué tras escupir sangre—. Lo que te irrita es que te engañara a ti.

Mi mirada se oscureció, pero no había terminado. Si aquel idiota ambicionaba el poder, pero le afectaban las palabras, le haría hervir las entrañas con todas las burlas y pullas que pudiera hasta que su mente no lo soportara más.

Bajé la voz.

—Pero sé que lo que de verdad te indigna es lo de Elise. Una mujer, inferior en tu opinión, que no te ha elegido. Que, a pesar de todas mis mentiras, me escogió a mí. No la vas a tener jamás.

—La doblegaré y te obligaré a verlo.

A diferencia de Jarl, yo había aprendido a ocultar mis reacciones. Aunque su amenaza hacía arder las partes más profundas de mi alma, mantuve la expresión de suficiencia y altanería.

—Lo dudo. Has encontrado la horma de tu zapato en la reina de Etta, Jarl Magnus. Tú no puedes con ella, pero ella, sin duda, acabará contigo.

Las mejillas pálidas de Jarl se pusieron escarlatas, pero volcó su rabia en Gunnar.

—¿Sabes que tu madre está muerta, muchacho? Y esa hermana tuya que era como un ratoncito también.

Gunnar palideció.

—Miente —le dije.

—Ah, ¿sí? —Jarl se rio entre dientes—. Ya no la necesitábamos. Un familiar directo de la princesa es más que suficiente. ¿Por qué íbamos a correr el riesgo de tener que enfrentarnos a su espada de nuevo? Está muerta, colgada de un árbol, desnuda, para que todo el reino pueda ver los restos patéticos de la legendaria Herja Ferus, lo que ha quedado de ella.

Gunnar intentó ir a por Jarl, pero un Cuervo le hundió la empuñadura de su espada en el vientre. Yo apreté los dientes cuando se dobló por el dolor.

—¿No me crees, príncipe de la noche? —preguntó Jarl.

—Ni una palabra. —La verdad es que no estaba seguro. Podrían haber ido tras ella después de que nos encadenaran y nos alejaran de allí.

—Entonces eres un idiota. Llevadlos a la celda.

Una unidad completa de Cuervos nos rodeó para después escoltarnos para cruzar la puerta hasta llegar al patio principal. Gunnar se limpió la boca. Se veía dolor en las arrugas de su cara juvenil. Le di un leve codazo en el brazo.

—Ha encontrado tu debilidad. Ahora van a utilizar a tu madre y a tu hermana contra ti. No se lo permitas.

—¿Y si ella…? —Se le quebró la voz.

—Por todos los infiernos, ¿es que no conoces a tu madre? —contesté con los dientes apretados—. ¿Crees que no mataría a media unidad para defender a tu hermana? La única razón por la que no luchó antes fue porque tú te hiciste el héroe, el gran defensor, y acabaste encadenado.

—Mira quién habla. Tú también llevas cadenas —replicó.

—Oculta tus miedos —le ordené casi en un gruñido—. No te lo voy a volver a advertir.

—He tenido que tratar con Aguja del Cuervo toda mi vida. No necesito que nadie me advierta nada.

—¿Y crees que puedes impresionarme a mí con eso? Has sobrevivido a un guerrero gordo y jubilado. Esto es el nido de las serpientes. Mantén la boca cerrada.

Ya sentía un enorme cariño por ese niño que acababa de conocer. Pero necesitaba responder al fuego con fuego. No podía consentirlo cuando su vida dependía de su inteligencia y su capacidad de lucha.

Gunnar me hizo caso y apretó los labios mientras continuaba caminando en silencio hacia la torre.

Aguja del Cuervo no era un castillo de piedra y ladrillo propiamente dicho, sino más bien una alta construcción de madera y barro rodeada de grandes torres. Y había soportado los rigores de la batalla desde los tiempos de mis bisabuelos hasta los de los actuales falsos reyes.

Eli había reformado gran parte del lugar para hacer sitio a su número infinito de consortes y esposas.

Villas y mansiones salpicaban terrenos que en el pasado fueron unos jardines abiertos y exuberantes que a mi madre le encantaban. Había amplios campos donde podíamos cabalgar, entrenar con la espada o utilizar la furia para llenar la tierra de magia y del poder de los dioses.

Pero yo ya no reconocía aquel sitio.

La dorada luz del sol quedaba bloqueada por unos cielos grises y sombríos. La densa hierba cuajada de flores silvestres se había marchitado y había dejado al descubierto la tierra fría y húmeda. En el pasado, aquel lugar estaba lleno de flores de olor dulce; en aquel momento, un flujo constante de agua corriente y moho empapaba los paneles de madera y había barro bajo nuestros pies.

Unas ramas marchitas de arbustos de la luna luchaban por sobrevivir, hasta que yo pasé a su lado.

No se me escaparon los murmullos que intercambiaron los Cuervos cuando las flores plateadas revivieron y las ramas parecieron intentar acercarse y rodearnos mientras ellos seguían empujándonos hacia la torre más lejana.

—Arriba. Vamos. —Un Cuervo me dio un empujón en el hombro cuando me giré para dirigirme a los niveles inferiores de la torre.

¿Arriba? ¿Por qué nos iban a llevar a los niveles superiores? Por todos los infiernos, no me gustaba nada no saber qué estaban planeando. Podría mantener una apariencia de valentía por un tiempo, pero Jarl tenía razón cuando decía que Aguja del Cuervo, Calder, contaba con un juego cuyas reglas conocía solo él.

Un Cuervo le agarró el brazo a Gunnar, se lo retorció para colocárselo a la espalda y lo levantó demasiado.

—Camina.

Fue todo muy rápido. Un leve ajuste de mi postura, de los brazos que tenía encadenados, y enseguida conseguí rodear el cuello del guardia con la gruesa cadena de hierro. Una docena de las espadas de sus compañeros me apuntaron por detrás.

—No vuelvas a tocar al muchacho —susurré junto al oído del Cuervo—. Si crees que unas cadenas van a evitar que te parta el cuello, estás muy equivocado.

Alguien me clavó la punta de una espada en la espalda.

—Suéltalo, príncipe de la noche.

—¿Me habéis entendido? —Miré al atrevido guardia que tenía detrás.

—Suéltalo. Nadie le hará daño al chico.

Sonreí, le retiré las cadenas del cuello al Cuervo y me aparté.

—No era tan difícil, ¿no?

—Por ahora —añadió el Cuervo—. Nadie le hará nada al niño por ahora.

—Y ninguno de vosotros saldrá mal parado, por ahora.

Gunnar se irguió un poco, con una leve sonrisa en los labios cuando vio que los Cuervos mantenían una cierta distancia de nosotros mientras nos escoltaban a la estancia que estaba en lo más alto de la torre.

—Las ventanas están protegidas con una magia que tú no controlas, príncipe —dijo el jefe de los guardias cuando llegamos a la puerta—. Los tejados y la puerta están custodiados y no puedes utilizar tu furia de la tierra para salir de aquí. No lo intentes, porque lo sabremos.

—Ah, qué listos son, ¿no te parece? —Miré a Gunnar—. Estos truquitos suyos son impresionantes.

Me estaba ganando que me dieran otro golpe, pero estaría dispuesto a decirlo de nuevo si eso hacía que apareciera una sonrisa en la cara tan seria de mi sobrino.

El jefe de los Cuervos volcó todo su desprecio en mí cuando abrió la puerta.

Tomé nota mental de todo. Calor. Debía de haber una estufa o una pequeña chimenea dentro. Muros gruesos. No podríamos oír lo que pasaba en la torre o en los pasillos. Una luz que parpadeaba. Podrían ser faroles o el fuego. No tenían intención de torturarnos con la oscuridad y el frío. Eso significaba que lo harían con el dolor.

Yo podría recurrir a la sed de sangre de mi interior y tolerar el dolor. Pero me preocupaba Gunnar.

Un último detalle: la llave de la puerta era una piedra con una runa. Una que no reconocí ni comprendí. Maldita sea. El Cuervo decía la verdad, y no era furia lo que protegía esas paredes. Nos mantendría allí encerrados una magia lejana o manipulada a raíz de los experimentos que realizaban en la prisión de la furia.

Pero lo que los Cuervos no sabían era que teníamos a un alver de nuestra parte. Yo no conocía las capacidades de Gunnar, pero tal vez podrían sernos útiles de alguna forma.

Para mi sorpresa (más bien en respuesta a mis sospechas), el Cuervo se giró hacia mí y me quitó las cadenas de las muñecas y los tobillos. Me dejaron las ligaduras, pero retiraron el resto. ¿A qué estarían jugando?

—Entra y haznos a todos el favor de portarte bien, príncipe —dijo el Cuervo con una risita, y cerró la puerta al salir.

No entendía nada. Durante todas las órbitas que pasé en cautividad entre los timoranos, meterme en una habitación cómoda y cálida sin cadenas nunca fue parte de su estrategia.

Eso me daba menos confianza que una celda mojada bajo tierra.

Gunnar y yo nos quedamos hombro con hombro, sin movernos durante unos momentos, antes de que una risa me sacara de mi desconcierto.

Cuando miré por encima del hombro, el corazón se me hundió.

—Sol.

Con una sonrisa en la cara y un brillo travieso en los ojos, mi hermano estaba de pie al lado de una gran cama.

En cinco zancadas crucé la habitación hacia los brazos abiertos de mi hermano. Yo siempre había sido más fuerte, mientras que Sol era

más alto, pero mi abrazo pareció envolverlo por completo. Por todos los dioses… Cerré los ojos con fuerza y apoyé la frente en su hombro.

La enorme mano de Sol me agarró la túnica. Los dos nos dimos varias palmadas en la espalda; el ruido era un recordatorio constante de que todo eso era real, que él lo era. Ya no seguía siendo una cara que veía a lo lejos. En aquel momento no sentí ni una pizca de vergüenza por que los ojos se me llenaran de lágrimas. Cuando me aparté, Sol incluso se limpió la cara mientras se reía con timidez.

—Por todos los infiernos, Valen. —Me puso la mano en la nuca, obligándome a apoyar mi frente en la suya, como solía hacer nuestro padre—. Te he echado de menos, hermano.

—Ah, ¿sí? Parece que has estado viviendo muy cómodo mientras nosotros nos congelamos en Ruskig.

Sol examinó la amplia habitación.

—Una estrategia en su juego. No es más que eso. Acabáis de entrar en una jaula de oro.

Carraspeé y le di una palmadita en la cara.

Sol se recompuso, sorbió por la nariz y dejó a un lado toda emoción.

—Y muy bien, por cierto. No debes de ser tan tonto si has entendido mi mensaje. Pero tampoco te puedo felicitar del todo, porque has venido sin una pieza muy necesaria. ¿Dónde está Herja?

—A salvo. Con Elise.

—Estupendo. ¿Y por qué no está aquí?

Le señalé a Gunnar, que seguía junto a la puerta cambiando el peso de un pie a otro.

—Porque su hijo tiene el mismo complejo de héroe que tú y yo.

—¿Hijo? —Sol se me quedó mirando con la boca abierta y luego se fijó en Gunnar.

Cruzó la habitación con unas pocas zancadas y entonces la verdad fue como una bofetada. Sol era el hermano que mejor sabía querer. Era el más feliz y el más bueno, también el más retorcido, según el día. Pero cuando alguien amenazaba a su familia o a su *hjärta,* el

mayor de los Ferus era el más letal.

—¿Qué sabes del miserable de su padre? ¿Dónde está?

—Lo encontraremos.

En los ojos de Gunnar apareció una ira que yo no había visto antes.

—Mi *Daj* no es como los otros hombres. Sé que pensaréis que le hizo algo malo a *Maj,* pero no es así. Se amaron durante muchas órbitas y después ellos se lo llevaron. —La respiración de Gunnar se volvió más profunda e irregular—. Lo único que quería era mantenernos a salvo y… nos lo arrebataron.

Sol, que era quien estaba más cerca, le puso una mano en el hombro al chico.

—¿Quién se lo llevó?

El muchacho tenía los ojos enrojecidos, pero hizo todo lo que pudo por mantener la voz firme.

—Mi padre es un alver, de Oriente. Lo obligaron a participar en el juego para ganar a la Valkiria, pero él solo fingió hacerlo. Siempre me decía que se enamoró de *Maj* aquella primera noche. Ella lo escuchó, no lo mató, y durante horas se dedicaron a contarse todo el uno del otro, aunque *Maj* no podía hablar.

—¿Herja no podía hablar? —preguntó Sol, mirándome.

Pero yo no tenía respuestas para él, así que solo me encogí de hombros.

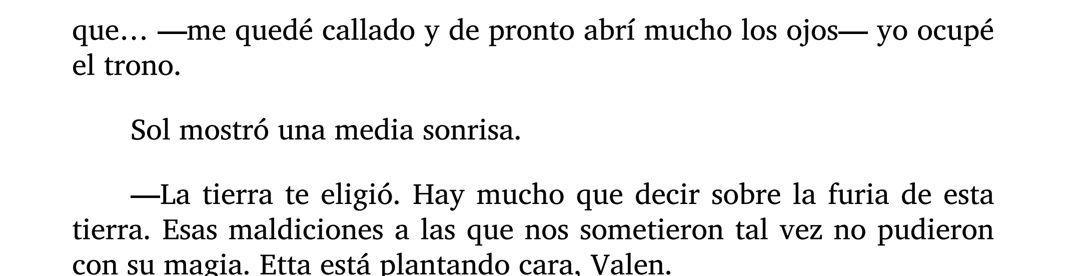
—Yo oí la voz de mi madre por primera vez hace solo unos meses. Algo cambió, todos lo notamos, y ella recuperó la voz —explicó Gunnar.

Sol me miró.

—A mí me pasó lo mismo. De repente, un día podía pensar con claridad y su manipulación empezó a fallar. ¿Qué cambió?

Yo rebusqué en mi cerebro, intentando encontrar algo.

—Nada. Después de que nos fuéramos de aquí, cuando vine a buscar a Elise, volví a Ruskig. Supongo que la única diferencia es



que… —me quedé callado y de pronto abrí mucho los ojos— yo ocupé el trono.

Sol mostró una media sonrisa.

—La tierra te eligió. Hay mucho que decir sobre la furia de esta tierra. Esas maldiciones a las que nos sometieron tal vez no pudieron con su magia. Etta está plantando cara, Valen.

Sentí que se me aceleraba la sangre en las venas. Si era cierto, entonces teníamos el poder de la furia más pura de nuestro lado. El poder del mismísimo destino.

Sol miró a nuestro sobrino.

—Oye, chico…

—Me llamo Gunnar —murmuró él—. ¿Tú eres el príncipe solar, mi otro tío? *Maj* nos hablaba de vosotros con frecuencia. Quería que conociéramos nuestra historia, a nuestra gente.

—Ese soy yo —respondió Sol—. Pero háblanos de ti. ¿Cuántos años tienes?

—Hice dieciséis el verano pasado.

—¿Y tienes magia?

—Sí. Yo… puedo manipular la mente.

—¿No es la magia de la tierra?

—Es la magia de los alver —aclaré—. Con la suya, pueden manipular el cuerpo.

—Fascinante… —murmuró Sol—. ¿Y qué puedes hacer con esa manipulación?

—Convencer a la gente de que haga cosas. Introducir ideas en su mente —respondió Gunnar—. Pero… me hace daño. No puedo utilizarla mucho tiempo.

Recordé aquel picor en la cabeza cuando nos conocimos, el deseo de salir de la tienda. Él me dijo que quería irme de allí y yo sentí que tenía que hacerlo.

—Pero también sé luchar —continuó Gunnar—. Y soy mejor que

Maj con el arco. Casi nunca fallo.

Sol se echó a reír.

—No tengo ninguna duda de que tus habilidades nos serán muy útiles.

—Posiblemente. Pero no quiero que las desveles ante el falso rey. —Crucé los brazos sobre el pecho—. Cuéntanos más sobre tu padre. ¿Has dicho que es un buen hombre? ¿Que quiere a Herja?

—Sí, llevan juntos casi dieciocho órbitas. Hicieron tan bien la farsa de que él conseguía vencer a la Valkiria Silenciosa que, como recompensa, Magnus le permitía a mi *Daj* visitarla dos veces cada órbita.

—¿Magnus te ha hecho daño alguna vez?

—La familia de mi padre pertenece a la nobleza de Oriente, y creo que Stor Magnus comercia con ellos. Nunca nos pegó ni nos torturó, por miedo a que mi padre interrumpiera sus negocios.

—Si él tiene tanto poder, ¿por qué no os liberó?

Gunnar apretó la mandíbula.

—Lo intentó. Lo ha hecho durante toda mi vida. Yo no sé mucho de Oriente, pero se peleó con su gente y con la nuestra aquí. Pero lo mejor que consiguió fue que Laila y yo permaneciéramos a salvo y que nunca pudieran vendernos. Intentó usar su magia para romper lo que fuera que mantenía cautiva a *Maj*. Cuando se enteraron, estuve toda una órbita sin verlo. Aunque sea de la nobleza, no tiene tanta libertad como se podría esperar.

Nada de eso me sorprendía. Si aquel hombre era alver… Junius nos había dicho que en Oriente los perseguían y cazaban sin piedad por su magia, igual que en esta parte del mundo.

—Pero cuando *Daj* volvió, hace unos meses, mi madre había recuperado la voz y le dijo que algo había cambiado. Le suplicó que nos llevara con él. Sabía que estaba pasando algo peligroso en esta tierra. Él prometió que volvería a por ella, pero solo logramos llegar al fiordo del norte antes de que nos atraparan.

»No me dejó utilizar mi mesmer; así es como él llama a mi magia. No quería que supieran que era alver y se aseguró de que no lo

descubrieran. Su mesmer consiste en bloquear y sofocar la magia de otros alver con solo pensarlo. Podría haberlo protegido. —Gunnar cerró los ojos y sacudió la cabeza—. Había en el muelle un hombre de Oriente, como si hubiera sabido que íbamos a huir. Yo… creo que era su padre. Se parecían. Mi *Daj* me dijo que todo saldría bien, pero yo sé que no es así. Antes nos escribía siempre, pero no hemos sabido nada desde que se fue. No tenemos ni idea de dónde está.

Todo eso era… inesperado. Una parte de mí se preguntó si aquel hombre solo le habría mostrado a Gunnar lo que quería que viera. Podría parecer un amante devoto a ojos de sus hijos, pero, tal vez, cuando estaba a solas con Herja era cruel. Aunque la verdad era que eso no encajaba. Herja nunca le habría dejado vivir ni acercarse a sus hijos si fuera malvado.

Miré a Sol.

—Magnus fingió que no conocía al hombre. Dijo que era un místico de Oriente. Pero si mantenían correspondencia, tal vez podamos encontrarlo.

Sol se rascó la barbilla.

—Añade lo de encontrar al amante de Herja a la lista de tareas que todavía tenemos que realizar. Pero un nombre nos ayudaría mucho, Gunnar.

—Hagen Strom —dijo, mirándonos con cautela.

—¿Sabes algo de su vida o de su familia?

—No mucho. A él… no le gustaba hablar de su hogar, pero una vez nos dijo que, si alguna vez íbamos a Oriente, nos presentaría a una persona, una hermana menor, pero no nos dijo su nombre. Lo único que sé es que ella también es alver y que él no quería hablar mucho de ella. Dijo que pertenecía a uno de los tipos más valiosos y que querrían atraparla y venderla si alguien se enteraba de lo que podía hacer.

—No es mucho, pero es un hilo del que tirar —reconoció Sol.

Gunnar se retorció los dedos.

—Vosotros… ¿De verdad nos ayudaréis a encontrarlo?

—¿No te lo he dicho antes? —intervine—. Esta familia lucha por

los suyos. Si tu padre es el *hjärta* de Herja, es muy importante. —Cerré los ojos para no pensar en Elise. Tenía que enfrentar las cosas una por una—. Eso lo convierte en parte de la familia. Cuando recuperemos esta tierra, y así será, haremos lo que podamos para encontrarlo.

—Hecho —confirmó Sol—. Pero, por ahora, tenemos problemas más urgentes. ¿Hiciste oficial el título de Elise?

—Ya es la reina. ¿Por qué?

—No lo sé, pero su hermana y el falso rey temían mucho que Elise asumiera el título de reina. No sé por qué, pero ahora su hermana la quiere más que nunca.

—¿Has convertido a Elise en un objetivo para ellos? —Mi voz sonó grave y peligrosa.

—¿Yo? Eres tú el que se ha casado con ella. ¿Lo has hecho solo porque te lo dije yo o amas a esa mujer?

Hice crujir los nudillos. La conversación se estaba dispersando y yo necesitaba mantener la cabeza fría. Ya quería casarme con ella antes de que encontráramos a Sol.

—Perdona, es que no puedo soportar haberla dejado para que se encargue de esta lucha sola.

—¿Pero lo hará? —preguntó Sol—. ¿Es una mujer que podrá con la carga que supone ser reina, como nuestra madre?

Sonreí.

—Elise pondrá patas arriba este reino pronto.

—Bien. Estoy deseando ver la cara de su hermana llena de miedo.

—¿Qué es lo que sabes, Sol? ¿Por qué necesitabas que viniera aquí?

Mi hermano vaciló.

—Cuando recuperé el control de mi mente, no lo revelé durante un tiempo y seguí haciendo mi papel de loco a la perfección. Y así oí muchas cosas, Valen. Palabras imprudentes que decían los guardias cuando creían que yo no los escuchaba. El falso rey estaba desesperado por atraparte, por tener tu poder aquí, donde podría tenerlo vigilado. Al principio no sabía que Herja también estaba viva,

pero cuando se enteró de la verdad, vino a por mí.

—¿Y cómo se enteró?

—Creo que, cuando desaparecieron las maldiciones, ella no pudo seguir ocultando su linaje y avisaron a Aguja del Cuervo. ¿Pasó algo raro a su alrededor cuando recuperó la voz? —le preguntó Sol a Gunnar.

El muchacho inspiró hondo y asintió.

—Ahora que lo dices, sí. La tierra que había alrededor de la mansión donde nos mantenían retenidos cambió. Las flores empezaron a mirar hacia ella, como si se movieran cuando ella pasaba.

Me reí bajito.

—La tierra reveló su secreto. Es porque la furia de esta tierra eligió al linaje Ferus para que la gobernara hace mucho tiempo. Verás que pasa lo mismo con nosotros.

—Cuando se dio cuenta, Magnus la presionó —dijo Gunnar con voz monótona—. Fue una de las pocas veces que se atrevió a hacerle daño. Me encadenaron a mí y la oí luchar contra él hasta que cogieron a Laila y la amenazaron con cortarle las orejas a mi hermana, así que *Maj* tuvo que revelar su verdadero nombre. Hasta entonces todos la llamaban Breeta. Solo nosotros sabíamos que era Herja Ferus.

Por la oscura mirada que me dedicó mi hermano, no me fue difícil adivinar que estaba pensando lo mismo que yo: la casa Magnus iba a arder por lo que le habían hecho a nuestra hermana.

—El falso rey vive en su maldita biblioteca —continuó Sol tras una pausa—. Se pasa los días buscando profecías y sagas. Tal vez se ha visto arrastrado por una locura propia.

—¿Pero qué hizo? —preguntó Gunnar—. Has dicho que fue a buscarte cuando se enteró de que mi madre estaba viva.

Sol se pasó una mano por el pelo oscuro.

—Me gritó y me dijo que sabía que había recuperado el control de mi mente, que sabía que las maldiciones habían desaparecido, e insistió en que le dijera qué sabía sobre una tumba, que le explicara cómo moriría la tierra si también lo hacíamos nosotros. Y yo no tenía ni idea de lo que me hablaba. —Sol se frotó una zona del pecho—. Por

mucho que me torturó, no obtuvo las respuestas que quería.

Cerré los ojos. ¿Cuánto tiempo habían estado maltratando a mi hermano porque su rey estaba perdiendo la cabeza por culpa de unos escritos antiguos? Aunque, por desgracia, los desvaríos de Calder tenían un cierto sentido para mí.

Odiaba al destino. Nunca me había facilitado la vida.

—Hay una tumba que yo conozco: la Tumba Negra. Es un lugar maldito, Sol.

Él abrió los ojos de par en par.

—¿Has estado allí?

—Morí allí. Y estuve a punto de hacerlo una segunda vez.

Sol enarcó una ceja.

—Ya me contarás esa historia luego; ahora tenemos que idear un plan para llegar hasta allí. El falso rey insiste en que nuestra madre ocultó una furia poderosa en esa tumba, y solo la sangre de sus herederos podrá abrirle la puerta. Si no lo consigue, la tierra irá muriendo poco a poco con el tiempo y nuestras maldiciones recaerán sobre los timoranos.

—Eso es lo que cree Calder.

Sol sonrió con malicia.

—Más que en cualquier otra cosa. Antes de que descubriera que yo había recuperado la cordura, el falso rey divagaba durante horas, maldiciendo a su difunto padre porque no le dijo nada de los secretos de la furia que pasaban de padres a hijos entre los reyes de Timoran. Está descubriéndolo todo sobre la marcha, y eso lo vuelve más débil.

—A no ser que nosotros no encontremos las respuestas antes que él —intervine—. La Tumba Negra está encantada. Te aseguro que no queremos ir allí.

Yo odiaba con todas mis fuerzas aquel lugar. Se había convertido en una maldición en sí misma. Pero nada de eso tenía sentido. Había estado allí demasiadas veces para una sola vida, y no había ninguna puerta grandiosa cerrada con furia. Aunque ciertamente aquel maldito lugar estaba lleno de la furia más oscura y letal que yo había visto.

¿Cómo podíamos saber con seguridad que allí no había otros secretos?

—Tal vez no tengamos elección —replicó Sol—. Si esta es la jugada del falso rey, tenemos que vencerlo en su propio juego.

Sacudí la cabeza. Notaba un dolor que aumentaba detrás de los ojos.

—¿Qué es eso que dijo sobre los herederos? Repítemelo.

Sol asintió.

—Habló de los herederos de nuestra madre. Que su sangre puede liberar la furia de la tumba. Nosotros somos sus herederos. Dime que no lo estoy entendiendo mal.

—Si lo que quiere es tres herederos con furia, entonces sí —contesté—. ¿Y no sabe lo que hay oculto allí?

—Por la forma en que lo vi cuando buscaba esa respuesta, que parecía a punto de rebanarme la garganta, no. No creo que el falso rey tenga ni idea de lo que hay en ese lugar, y eso explica por qué nos han mantenido a todos con vida —concluyó Sol—. Nos temen, pero nos necesitan por alguna razón. O quieren evitar que descubramos ese secreto o buscan utilizarnos para ayudarlo a que se haga con lo que sea que haya allí. Lo siento en lo más profundo, hermano: nosotros somos los únicos que podemos acceder a lo que sea que *Maj* escondió allí.

Miré a mi sobrino, que estaba de pie con cara sombría junto a la pared.

—Gunnar tiene la sangre de Herja, ¿crees que será suficiente?

—No lo sé —admitió Sol—, pero tenemos que intentarlo. Prepárate para cuando venga a buscarte, Valen. Quiere respuestas y te hará daño para conseguirlas.

Me cuadré, como si Calder fuera a aparecer en cualquier momento. Justo entonces sonó un golpe en la puerta. Me quedé petrificado, porque esperaba al rey, pero quien abrió la puerta fue un sirviente robusto. No era ettano y no pareció sorprendido por nuestras caras cuando entró arrastrando un carrito con comida.

—El rey y la reina insisten en que mantengáis vuestras fuerzas.

Miré a mi hermano con la boca abierta.

—¿Ahora Aguja del Cuervo alimenta a sus prisioneros?

No había duda de que intentarían envenenarnos.

Sol echó los hombros hacia atrás y me dio una palmadita en el brazo.

—Prepárate, hermano. El juego ya ha empezado.

Amiga mía:

¿Lo que me sugieres podría funcionar? ¿Tienes ese poder? ¿Qué pasará con mi familia?

Perdona que te haga tantas preguntas, pero no comprendo esa furia. Insistes en que el falso rey tiene que seguir siendo parte de esta tierra, porque contribuirá a reunir a las cuatro reinas del destino. No entiendo el propósito de esas reinas, pero si para eso el falso rey debe vivir, ya la sola idea me resulta desagradable. Después de todo el dolor que ha causado, nada me gustaría más que verlo inerte y desangrándose en un campo de batalla. Aun así, si mantenerlo con vida significa que mi familia volverá a ver el amanecer, entonces lo dejaré seguir en este mundo hasta que no quede de su cuerpo más que un montón de huesos quebradizos.

Iré a la cita esta noche y allí lo discutiremos.

Lili.

Capítulo veinte



La princesa rebelde

—¿Puedo sentarme contigo?

Levanté la vista de aquella carta tan críptica. Herja estaba detrás de mí.

—Sí, claro.

Le señalé un espacio vacío en el tronco a mi lado y me aparté un poco para dejarle sitio.

Se acomodó junto a mí y se quedó mirando la suave corriente del arroyo. Llevaba nueve días en Ruskig y ya tenía algo más de color en las mejillas y había engordado un poco. Era fuerte y ágil. Comprendí por qué había tantas historias sobre Herja Ferus y su habilidad con la espada cuando aceptó entrenar a nuestros guerreros mientras Halvar se ocupaba de desarrollar nuestra estrategia a partir de los mapas y dibujos aproximados del castillo Aguja del Cuervo.

—¿Qué lees?

Estudié los claros trazos de la pluma. Según iba avanzando en la lectura de sus cartas, la desesperación de Lilianna se volvía más clara en cada mensaje. Se la pasé a Herja.

—Son de tu madre. Sus palabras me consuelan. Siempre lo han hecho.

Herja leyó la página y arrugó la nariz.

—¿Esto es de cuando estaba encerrada en la torre de Eli?

Me encogí de hombros.

—No lo sé.

—Lo imagino. Él la mantenía separada de nosotros y le exigía que se convirtiera en su consorte. La amenazó con quedarse conmigo si no hacía lo que quería. Hasta que yo maté a sus guardias. —Frunció el ceño con amargura—. Después supongo que se dio cuenta de que era más inteligente mantenerme encerrada y evitar que nadie me tocara.

—¿Sabes quién es esa amiga a la que escribía?

Herja negó con la cabeza.

—No. Tenía muchos amigos en varios reinos. Esa era la mayor fortaleza de mi madre: su capacidad para unir a la gente a pesar de sus diferencias. Al único que no pudo convencer fue al rey Eli.

Doblé el pergamino y volví a guardarlo en una bolsa que llevaba en el cinto. Se me llenaron los ojos de lágrimas. En los ratos tranquilos, cuando las estrellas brillaban en el cielo, me permitía pensar en Valen, en su suave contacto, en sus palabras en voz baja que pronunciaba solo para mí. Después, cuando el fuerte sol salía, un día tras otro, esos pensamientos llenos de ternura se convertían solo en sueños y volvía a sumirme en la oscura desesperación que me provocaba que estuviéramos separados.

Sin duda, lo estarían torturando.

—Elise, estamos haciendo progresos —dijo Herja, y me puso una mano en el brazo.

—No los suficientes. No lo serán hasta que liberemos a Valen.

—Halvar está decidiendo con inteligencia cuáles serán nuestras posiciones en torno al castillo, y cuando tus hombres regresen con los aliados…, podremos llegar mucho más lejos, no sabemos hasta dónde. Si alguien sabe algo sobre los alver, soy yo.

Me miré las manos.

—Te refieres al padre de Laila y de Gunnar.

—Sí. Los alver son complicados, como los fae, pero a veces resultan incluso más temibles. Sus diferentes dones son aterradores y a la vez maravillosos. Confía en mí; si tus aliados son alver, tendremos una gran ventaja cuando se unan a los habitantes de la noche y a la enorme fuerza de los ettanos.

—¿Y dónde está él? Tu amante, quiero decir. ¿No querría saber que ya eres libre? —No tenía claro nada sobre aquel hombre. Tal vez prefería que su familia siguiera en su cautiverio; si estaban encerrados, solo podrían depender de él.

Pero me arrepentí de mis pensamientos cuando Herja palideció.

—Temo que le haya pasado algo terrible. Una furia que no comprendíamos era la que me mantenía atrapada en las manos de Stor Magnus. Durante muchas órbitas, Hagen y yo intentamos romper esa magia, pero nada funcionó. Cuando recuperé la voz, tras vivir bajo la maldición que me tuvo silenciada tanto tiempo, supe, en el fondo, que algo estaba cambiando en la tierra. Algo peligroso.

»Obligué a Hagen a que escapara con nuestros hijos. Por todos los infiernos, es un hombre que no tiene miedo a discutir y lo hizo conmigo hasta el final, pero también ama con todas sus fuerzas a los niños, y para él merecía la pena cualquier riesgo con tal de verlos libres.

—¿Pero cuál era el riesgo? ¿Por qué no se los llevó desde el principio?

Herja jugueteó unos momentos con unas briznas de hierba.

—Puede que algunos alver tengan la vida de un noble, como Hagen, pero, de todas formas, si sus dones son raros o si se pasan de la raya lo más mínimo, se enfrentan a graves peligros. Los venden y los utilizan como entretenimiento en Oriente, sobre todo a las mujeres. Pero también lo hacen con los hombres y, por lo que describía Hagen, los convierten en monstruos. Esa es la razón por la que lo trajeron para participar en el juego de la Valkiria. Si ganaba, su familia alcanzaría un nuevo nivel de prestigio y, en una posición como esa, los cazadores de alver no se atreverían a mirarlo siquiera.

—Por eso participó. —Apreté los labios hasta que formaron una fina línea—. Y es evidente que ganó.

—No, no jugó. Yo estaba preparada para matarlo en cuanto entró en la tienda, pero lo que dijo lo evitó: «¿Podemos hablar antes de que me mates?». —Herja se rio bajito—. Después de llevar órbitas en silencio, por fin aparecía alguien que quería hablar conmigo.

—Y volvió.

—Sí, él hablaba y yo le escribía las respuestas. —Sonrió y miró a los árboles con aire nostálgico—. Y me enamoré de él.

—¿Pero nunca le dejaron permanecer con su familia?

Ella negó con la cabeza.

—Cuando sobrevivió a la primera noche, asumieron que me había vencido. Como era el primer, y único, vencedor, le permitieron volver dos veces cada órbita. Después de la llegada de nuestros hijos, Hagen peleó para conseguir que nos liberaran. Por todos los demonios, le pagó muchísimo dinero a Magnus para que lo considerara siquiera. Pero no podía hacer más, o se arriesgaba a traspasar la peligrosa línea que había en su reino.

Herja dejó escapar un suspiro tembloroso y se abrazó el vientre.

—Hasta que yo le obligué a cruzarla. Había planeado huir con los niños al sur o al oeste, a cualquier sitio donde pudiera mantenerlos a salvo. Pero lo devolvieron a su reino y… Me temo lo peor, Elise: que yo lo haya condenado a una vida de dolor y cautiverio. —Se limpió las lágrimas de las mejillas con un gesto rápido de la mano—. Si necesitas a alguien que comprenda cómo es no saber dónde está la otra mitad de tu corazón, aquí estoy. Sé que amas a mi hermano como yo a Hagen. Debemos creer que volveremos a verlos, o las ganas de luchar que tenemos en nuestro interior se apagarán y morirán. Yo no voy a rendirme con respecto a Hagen y tú no deberías dejarte llevar por la desesperanza por la ausencia de Valen.

Le cogí la mano y se la apreté, también con lágrimas cayéndome por las mejillas.

—No voy a aceptar una vida en la que no los volvamos a ver.

—Entonces tenemos que seguir luchando, mi reina. —Sonrió un poco—. Ya estamos cerca.

Herja Ferus debía de tener algo de visionaria en la sangre, porque unas horas antes del amanecer resonó el sonido de un cuerno, que anunciaba que se acercaban unos barcos a los muros del refugio. Yo le había cedido mi cama a Laila y Herja y me acosté en una alfombra al lado del hogar de la casa del rey. No recordaba haberme quedaba dormida, pero, cuando sonó el cuerno, me desperté sobresaltada y bien tapada por una gruesa piel de oso.

En aquellos tiempos muy pocas veces me ponía el camisón. Como la guerra llamaba a la puerta, tener las botas y la espada preparadas y a mano parecía lo más prudente.

Acababa de ponerme el cinto con la espada y la daga cuando se abrió la puerta de golpe y la Hermandad de las Sombras llenó el salón.

—Barcos —exclamó Halvar casi sin aliento y abrochándose también el suyo.

—¿Ari?

—Parece que es él —confirmó Tor mientras me daba la corona plateada.

—Elise, ¿han regresado? —Herja, a medio vestir, asomó tras la

cortina de piel de la puerta del dormitorio.

—Eso es lo que vamos a descubrir ahora mismo.

—Voy con vosotros.

—Yo me quedo con la niña. —Kari apareció detrás de Halvar y entró en la casa del rey.

Por todos los infiernos, ¿todo el mundo estaba vestido y preparado para cualquier cosa en todo momento? Era como si los amigos en los que más confiaba tuvieran una especie de furia que les permitía aparecer a mi lado, en cuestión de segundos, en cuanto se producía el más mínimo cambio. Lo cierto era que me ayudaba saber que ellos siempre estaban allí.

De camino al muro, Stieg, Mattis y Siv también se unieron al grupo. En lo más alto de uno de los puestos de vigilancia que miraban al mar, Brant hablaba con los arqueros y nos hizo un gesto para que nos acercáramos a la costa. Más allá de los muros, la gran extensión del Océano del Destino relucía bajo la luz incipiente del amanecer.

Con la tenue luz de la mañana, cuatro barcos rápidos entraron en el fiordo. El ritmo monótono de los tambores anunció su llegada. Sentía una presión en el pecho. En el barco que lideraba la flotilla, Ari iba abrazado al timón e hizo sonar un cuerno de carnero. A su lado, Casper controlaba las mareas para que los llevaran a tierra lo antes posible.

Cuanto más se acercaban, más gente de Ruskig aparecía para darles la bienvenida.

Fue entonces cuando me fijé en que había algo diferente. En la retaguardia de la flotilla se veía una nube negra que los seguía. Más oscura que una noche sin luna, de ella salían unos tentáculos negros que se deslizaban sobre el agua como serpientes marinas.

—¿Qué es eso? —preguntó Siv en voz baja.

Estábamos a punto de descubrirlo. Me acerqué con prisa a la orilla cuando el primer barco atracó y Ari saltó a la playa de guijarros. Sin pensármelo dos veces, le rodeé el cuello con los brazos.

—Espero con todo mi corazón que traigas buenas noticias.

Él se echó a reír y me acarició la espalda, en un gesto

tranquilizador, antes de apartarse.

—Te traigo noticias enigmáticas, mi reina. Y también viejos amigos.

Miré hacia el segundo barco, que acababa de llegar hasta las piedras gastadas de la orilla. Un hombre saltó de la embarcación. Llevaba una gorra plana sobre su gruesa mata de pelo pelirrojo, una chaqueta de lona sobre los hombros, y tres cuchillos al cinto, separados por una hilera de bolsitas y viales.

Inspiró hondo por la nariz y exclamó:

—Al menos aquí no huele a orines.

Herja soltó una carcajada y todos lo vimos girarse para volver a acercarse al barco. Era guapo, joven, y tenía una perenne sonrisa de picardía en la cara. Entonces el hombre alzó la mano y se la tendió a alguien.

No pude evitar un grito infantil de emoción al ver que era Junius quien le cogía la mano y permitía que la ayudara a bajar a la orilla.

—¡Junie! —Fui corriendo a su encuentro y la abracé. Ella se rio y me devolvió el abrazo con fuerza—. Pero mírate, estás…

—¿Alimentada? —Levantó una ceja, divertida.

Era cierto que se la veía más saludable que antes. Llevaba dos pendientes de plata en las mejillas, en los hoyuelos que se le formaban al sonreír, y el pelo negro, largo y brillante, trenzado con cadenas de oro. Lucía una túnica con vuelo y pulseras de plata en las muñecas. Era una mujer muy diferente a la que dejé la última vez que la vi.

La abracé de nuevo.

—Ahora que estás aquí, siento que puedo respirar de nuevo.

—Elise, deberíamos haber venido mucho antes de que se llevaran a Valen —dijo muy seria—. Por todos los infiernos, tu gente es muy testaruda y has causado mucho revuelo en casa. Yo he tenido que librar mi propia batalla para mantener a Niklas al margen. Y no ha sido fácil, porque él ha querido unirse a esta guerra desde que regresé.

Ella volvió a mirar al hombre que la había ayudado a bajar mientras él se colocaba una extraña banda de lo que parecían anillos

de oro en cada dedo, y después los flexionaba y estiraba unas cuantas veces hasta que logró que todos encajaran en su sitio.

Ambos se apartaron a un lado conmigo mientras los barcos descargaban a los hombres y los suministros que traían. La mayoría de su gente vestía como Niklas, menos pieles y túnicas y más pantalones, cinturones de cuero y pesadas botas.

No dejé de mirar, preocupada, aquella oscuridad que se acercaba, acompañada del extraño atronar de los tambores. Sin duda, la mayoría de aquella gente era alver si vivía con Junius, pero me seguía produciendo ansiedad ver esa nube aproximarse.

—Nik —llamó Junius, e interrumpió mis pensamientos—, te presento a Elise Lysander, la nueva reina de este país.

—Ahora soy Ferus —corregí.

—Oh, claro, la boda. Esa a la que no me invitaste —comentó Junius con un mohín.

—Estoy seguro de que has oído hablar mucho de mí. —Su marido se acercó—. El formidable líder de la hermandad de los infames Falkyn de Skìtkast.

—Algo he oído —reconocí con una sonrisa.

—¿Solo algo? ¿Es que Junie no cuenta historias magníficas sobre mi inteligencia? —Niklas me guiñó un ojo y me dio un beso en el dorso de la mano—. Supongo que es mejor que lo compruebes en primera persona. Ayudasteis a mi esposa a sobrevivir, reinita, y con eso os ganasteis mi gratitud y mi lealtad.

Junius se rio y le dio un codazo.

—Deberías utilizar su título formal. Es una reina de verdad, mi amor.

—Me temo que no sé nada de formalidades —dijo Niklas, dirigiéndose a mí—. El reino de los Falkyn está compuesto por lo peor de lo peor.

Sonreí. Por primera vez desde que se llevaron a Valen, sentí una oleada de esperanza.

—A mí me dan igual las formalidades. Os agradezco

profundamente que hayáis acudido a mi llamada.

—Por todos los infiernos, luchar para una verdadera reina —exclamó Niklas, estirando los brazos por encima de la cabeza—. ¿Cómo me iba a negar a eso?

—Como ya he dicho, no ha hecho más que suplicarme que viniéramos. —Entonces la sonrisa de Junie desapareció—. Cuéntanos lo que ha pasado con Valen.

Cerré los ojos.

—Tengo mucho que contaros. Venid a la casa y os lo explicaré todo.

El viento trajo el sonido de otro cuerno. Se me heló la sangre. Había apartado la vista un momento y de repente las sombras se habían tragado la orilla. Nuestra gente se dispersó, pero los demás no.

Niklas, de hecho, se quedó plantado donde estaba, con los brazos cruzados a la altura del pecho.

—Siempre se empeña en llegar a lo grande. Empiezo a creer que le gusta ser el centro de atención.

—¿De quién hablas?

Junius se rio como si se me hubiera olvidado algo.

—Del Terror Nocturno. Como me pediste.

Cuando pronunció su nombre, las sombras se dirigieron al centro, como si un ciclón las arrastrara. En medio de ellas apareció un barco oscuro con dos chicos que tocaban los tambores y solo unos pocos tripulantes, que llevaban espadas y arcos.

Cuando el último jirón de sombra desapareció, un hombre emergió. Fue como si su cuerpo hubiera absorbido aquella oscuridad. La verdad es que estaba segura de que así había sido.

Vestido de negro, cubierto por una capucha, cruzó por medio de todos los que estaban en la orilla. Sus movimientos eran ágiles, seguros e implacables. Contuve la respiración, hipnotizada, seguramente demasiado asustada para moverme. Herja, Tor y Halvar, que estaban a mi lado, adoptaron una postura de protección cuando el

Terror Nocturno se dirigió hacia mí.

Se detuvo a dos pasos. La capucha le ocultaba la parte superior de la cara, pero tenía la boca con los labios apretados, formando una línea dura y definida.

Nos quedamos todos así durante dos, diez, doce segundos.

Hasta que por fin habló. Su voz era áspera, baja y extraña.

—¿Tú eres la reina que es lo bastante estúpida para creer que conoce mi destino?

—Deberías tener la inteligencia de mostrar respeto —dijo Tor—. Estás hablando con una reina.

El Terror Nocturno se echó a reír. Y no era una risa amable.

—No es mi reina. Yo no sirvo a ningún linaje real y nunca lo haré.

—Soy Elise —interviene tras ponerle una mano en el pecho a Tor, que había intentado coger su espada—, y no pretendo conocer tu destino. Pero tampoco voy a fingir que no me hizo saber de tu existencia alguien que revelaba destinos. Y todas las profecías que salieron de su boca se han cumplido hasta ahora.

—¿Y crees que yo tengo que desempeñar algún papel en tu guerra?

—No lo sé, pero veo que has venido. Al menos te estarás haciendo preguntas tú también.

Torció el gesto todavía más, si es que era posible, y señaló a la reducida tripulación que rodeaba su barco.

—He venido porque la mayoría de mi hermandad ha votado para que lo haga. Me quedé en minoría. Como he dicho, en nuestro mundo nadie es más que los demás.

Me odiaba. A mí o a todo el mundo. Pero no teníamos que ser aliados y amigos. Solo necesitábamos encontrar una forma de trabajar juntos para salvar al rey. Después podría envolverse de nuevo en sus sombras y desaparecer.

—¿Me puedes decir por qué te llaman el Terror Nocturno?

Se quedó callado un momento. No sabía cuánto era capaz de ver

desde detrás de aquella capucha, pero me sentía como si estuviera examinando mis pensamientos más profundos con unos ojos que yo no podía ver.

—Podría matarte. Aquí mismo. Sin moverme —aseguró.

Tor y Halvar dieron un paso adelante, pero yo levanté una mano al ver que el Terror Nocturno se reía.

—Es por ellos —aclaró, señalando con la cabeza a los dos miembros de la Hermandad de las Sombras—. Ellos temen por tu vida. Yo puedo hacer que sus mayores miedos se hagan realidad. Y hablan de ti. Muerta.

—Qué agradable eres siempre, amigo —dijo Niklas, y puso cara de contrariedad.

¿Amigo? Viendo allí al Terror Nocturno, la amistad, ser aliados, todo eso parecía del todo imposible. Aquel hombre irradiaba desconfianza y desdén hacia todo el mundo por el simple hecho de respirar.

—¿Eres un alver? Creía que su magia tenía que ver con el cuerpo.

—¿Y el miedo no se alimenta de las emociones más profundas? ¿No es una reacción a las circunstancias y las experiencias? Es en esos impulsos, en esos pensamientos, en esos subidones de adrenalina, donde reside mi poder. Puedo identificar los miedos más profundos y hacerlos realidad. ¿Sabes cómo nos llama la gente en Oriente? A los que tienen mi tipo de magia, quiero decir.

Negué sin decir nada.

Él se plantó delante de mí. Su cercanía hizo que me quedara helada cuando se quitó la capucha. Un pelo castaño y ondulado le caía sobre la frente y las orejas, pero fueron sus ojos los que me asustaron; no tenían ni una pizca de blanco, solo se veía un negro profundo como la tinta.

—Soy un maligno —murmuró—, ese es el tipo al que pertenezco. Malvado, demoníaco, hecho de oscuridad. ¿Estás segura de que quieres que mi destino se vea entrelazado con el tuyo, reina?

Me estaba poniendo a prueba. Y ya había aprendido suficiente para saber que la gente como él necesitaba tener un cierto nivel de confianza en sus aliados. Alguien débil y frágil haría que el Terror

Nocturno se diera la vuelta al instante. Pegué mi pecho al suyo. Solo estábamos él y yo en la orilla. Nada importaba más que convencer a aquel hombre con magia oscura para que se quedara.

—Me da igual si has salido de los mismísimos infiernos. Pero si cuestionas hasta dónde estoy dispuesta a llegar para salvar a mi marido, es que nunca has amado como yo lo he amado a él, como todavía lo amo.

Un leve temblor en su mejilla me dejó claro que algo de lo que había dicho le había llegado. Pero él lo ocultó bien, lo que solo añadió más preguntas a todas las que tenía y para las que era probable que nunca obtendría respuesta.

El Terror Nocturno me estudió, me examinó y después cerró los ojos, como si parpadeara muy despacio.

Entonces no pude evitar una exclamación. En sus ojos, donde antes había habido pura tinta, de repente encontré un dorado brillante que me devolvía la mirada. Esos ojos lo hacían parecer completamente normal, al margen de la gran tristeza que se percibía en él. La pesada carga que insinuaba que había tenido una existencia muy dura.

—Nosotros no hacemos nada gratis. —Entornó los ojos—. No somos guerreros, somos negociantes. Si haces que nos merezca la pena dedicarle nuestro tiempo, la Hermandad de Kryv escuchará lo que tengas que decir.

—¿Quieres que os pague? —Enarqué una ceja. Esto era la guerra, no un maldito negocio.

El Terror Nocturno sonrió.

—Yo no hago nada sin un pago de por medio. Pero hago muchas cosas si eso sirve para llenarme el monedero.

—Lo dices en serio.

—Bienvenida a Oriente, Elise —murmuró Junius, a la que no le sorprendía nada de aquella conversación. Asintió mirando al Terror Nocturno, que parecía muy satisfecho consigo mismo.

Yo fruncí el ceño y miré a Tor.

—Ocúpate de que se les pague bien al Terror Nocturno y a su Hermandad de Kryv.

—Aceptamos armas, dinero y cualquier cosa con la que merezca la pena comerciar —aclaró el Terror Nocturno con un guiño que no era divertido, sino arrogante, como si acabara de ponernos justo donde quería.

Se giró para volver con su hermandad, pero lo detuve.

—Si vamos a hacer esto, ¿no te parece que debería conocer tu verdadero nombre? La confianza empieza por las cosas más básicas, Terror Nocturno.

Su expresión no cambió, pero en sus ojos dorados apareció un brillo que intentó ocultar.

—Hemos venido para luchar en una guerra, reina, no para confiar el uno en el otro.

Y ahí terminó nuestra conversación. El Terror Nocturno nos dejó y volvió con su gente.

—Elise, ¿estás segura de esto? —preguntó Tor.

—No.

Era cierto. No sabía qué podían hacer por nosotros el Terror Nocturno ni los Falkyn, pero tenía que confiar en que él era la persona que mencionó Calista durante su trance y en que aquel era el camino que el destino había elegido para nosotros.

Niklas se echó a reír y me dio una palmadita en el brazo.

—No te preocupes por él, reinita. Le caes bien.

—¿En serio? ¿Por eso ha mencionado entonces lo de matarme?

Eso solo provocó que el marido de Junius se riera aún más.

—Ha guiñado un ojo. Eso es prácticamente un abrazo cariñoso para los que son como él.

—¿Podemos confiar en él? —preguntó Halvar.

Niklas miró a la Hermandad de Kryv mientras se colgaba un saco de lona del hombro.

—Tenéis que entender que los Falkyn y los Kryv no son gente de honor, no como vosotros, al menos. En Oriente, ser un alver significa

que los ricos te atrapan y te utilizan hasta que mueres. Y lo único que pueden hacer los que evitan que los capturen es dedicarse a ser ladrones, contrabandistas o criminales. O desgraciados ricos que pueden comprar el silencio. ¿Se puede confiar en cualquiera de nosotros? La verdad es que, si tenéis algo que brille, podríamos arrebatároslo. Pero si decimos que lucharemos por vosotros, sí, podéis confiar en nuestra palabra. Estaremos de vuestro lado. Pero no dudes de que os robaremos al mismo tiempo.

Y tras un último guiño, Niklas le cogió la mano a Junius. Ella le dio un empujón en el hombro a Halvar y se rio al ver su profundo ceño.

Herja era la única que parecía estar divirtiéndose. Cruzó los brazos sobre el pecho y se inclinó para susurrarme al oído:

—Todo eso concuerda con lo que Hagen siempre me contaba de su país, ¿pero qué te parece a ti?

—Creo que nuestros nuevos amigos ladrones se van a quedar bastante decepcionados cuando descubran que no tenemos nada que valga la pena para pagarles o para que intenten robárnoslo. —Sonreí y entrelacé mi brazo con el suyo mientras las dos recorríamos el camino que nos llevaba de vuelta al muro.

Capítulo veintiuno



El príncipe de la noche

Estaba equivocado.

Incluso aunque estuviéramos en una habitación calentita y cómoda y con comida de sobra, aquello era una forma de tortura.

Aún no se nos había ocurrido la forma de librarnos de la furia que protegía los muros de nuestra torre, y ya habían pasado diez amaneceres.

Incluso Sol estaba desanimado. Había cogido la costumbre de quedarse junto a la ventana de la torre con la mirada perdida durante largos periodos de tiempo.

Yo había aprovechado esos días, entre los intentos de planear algo, para hablarle a Sol de la maldición, de que no tenía recuerdos de quién era y de los momentos en los que sucumbía a una sed de sangre feroz, como un lobo rabioso en un bosque.

También le conté lo de la Tumba Negra, la contadora de historias y el papel que había desempeñado en el camino que me llevó hasta Elise Lysander.

No era gran cosa, pero Sol sintió cierto alivio al saber que conocí a Calder y a Runa antes de que ocultaran sus verdaderas personalidades ante mí, cuando volví a ser el príncipe de la noche. Hasta entonces no había sido consciente de todas las cosas que descubrí en el tiempo en que no era para ellos nada más que Legion Grey.

Al menos no hasta que Sol me las fue detallando.

Calder ansiaba el poder. No amaba a nadie, era todo ambición. Su debilidad consistía en el libertinaje y en que disfrutaba demasiado de los elogios. Que su gente no lo viera como el perro más feroz de todos le resultaría muy irritante.

Kvin Lysander era un imbécil sin carácter que seguiría a cualquiera que estuviera en el trono. Sería igual de leal conmigo, si yo hubiera ocupado el trono meses atrás, que lo era con Runa entonces.

Era débil y, en mi opinión, no suponía una amenaza.

Ella, en cambio, también era peligrosamente ambiciosa, tal vez incluso más que su marido. Yo siempre había creído que le tenía algo de cariño a su hermana, pero, con el paso del tiempo, había empezado a entender que Runa solo la toleraba porque no la consideraba una amenaza para ella.

Pero ahora mi mujer se había convertido en un gran peligro. Y yo era la debilidad de Elise. Runa me iba a utilizar contra ella.

En todos aquellos días todavía no habíamos visto a Jarl Magnus, ni a Calder, ni tampoco a Runa. Eso me ponía nervioso. Creí que iban a disfrutar hiriéndonos, torturándonos sin fin, pero aquel juego de ausencias era confuso. No sabía cómo responder. Y odiaba la impotencia más que nada.

Cuando el sol se escondió el undécimo día, me acerqué a Sol, que se encontraba junto a la ventana.

—Estaba seguro de que se nos ocurriría algo, Valen —confesó con voz grave—. En el fondo me decía que, si tú estuvieras aquí, descubriríamos la forma de hacernos con Aguja del Cuervo desde dentro. Pero ahora veo que lo único que he conseguido es que apresen también a mi hermano, el rey.

Lo miré con el ceño fruncido.

—Siempre tienes que ser tú el centro de todo.

Por primera vez aquel día, Sol sonrió, de una forma un poco vacilante, pero al menos lo había logrado.

—Háblame de Torsten. ¿Cómo está? Dime la verdad.

No me había preguntado hasta entonces y yo no había tocado el tema. Los corazones rotos había que tratarlos con extrema cautela.

—Con un carácter de mil demonios, como es habitual. —Apoyé un hombro en la pared y continué—. Pero tan leal como siempre también. Saber que estás vivo ha vuelto a sacar a la luz al Torsten de antes.

—Testarudo. Y letal. —Sol sonrió con una cierta nostalgia—. Decidido.

—Sí. Se ha negado a dejar este mundo hasta que pueda tocarte de nuevo, como mínimo.

—No dejo de pensar en que, cuando éramos niños, Tor y yo nos burlábamos de *Daj* por todo lo que hablaba de *Maj*. Entonces el amor y las cosas del corazón eran para los tontos, claro.

—Por supuesto.

Sol se frotó la nuca y contempló el atardecer dorado.

—*Daj* siempre nos contaba historias fascinantes sobre cómo amarla a ella lo salvó a él de muchas maneras, y nos decía que lo que más deseaba era que sus hijos encontraran a alguien que pudieran amar como él quería a su reina.

Recordé las conversaciones que tuve con mi padre. También me había dicho muchas veces lo mismo, aunque de diferentes maneras. Él era así; Arvad Ferus conectaba con cada uno de sus hijos de una forma que tenía que ver con su personalidad. Mientras que a Sol le gustaba acompañarlo a cazar, yo prefería entrenar con la espada con él y Herja que salieran a cabalgar juntos por las montañas, montados en sus caballos favoritos.

—Creo que estaría contento si supiera que todos hemos encontrado ese tipo de amor —continuó Sol—. Y que ese sentimiento es lo que nos ayuda a seguir adelante. Luchamos por los que amamos, y ellos por nosotros.

—El amor siempre ha sido lo que alimenta la fuerza de Etta. —Le di un apretón en el hombro—. Y lo seguirá siendo.

—Viene alguien. —Gunnar se apartó de la puerta—. Dejadme usar mi mesmer. Tengo que intentarlo de nuevo.

—No. La última vez, lo único que conseguimos fue que nos pusieran otro guardia y más ligaduras. —Levanté las muñecas en las que ahora llevaba dos grilletes plateados que me quemaban la piel.

Unos días antes se nos ocurrió intentar que Gunnar convenciera a uno de los sirvientes para que nos liberara. Y funcionó. Después probó a manipular al guardia, pero su magia empezó a quemarle tanto en la cabeza que estuvo a punto de vomitar.

Nadie en Aguja del Cuervo sabía exactamente qué había pasado, pero sospecharon que uno de nosotros había conseguido usar la magia

a pesar de las ligaduras y decidieron vigilar aún mejor la torre.

Gunnar estuvo pálido y enfermo durante un día entero después de su intento.

El muchacho maldijo entre dientes, deseando por enésima vez que su padre estuviera allí. Según el chico, Hagen Strom le había estado enseñando a controlar su magia. Otra razón para encontrar a aquel hombre: su hijo lo necesitaba.

Cada noche venía un sirviente diferente. Aquel día se trataba de una mujer delgada con rizos negros que casi no apartó la vista del suelo, pero cuando lo hizo, tuve que parpadear varias veces, perplejo. Sus ojos eran rasgados como los de un gato y más verdes que la hierba en primavera. No tenía las orejas puntiagudas, pero quizás tenía en su sangre algo de ninfa o de fae del bosque.

—Hoy os invitan a cenar en la mesa del rey —dijo.

Ah, el juego estaba a punto de cambiar.

Se me erizó el vello de la nuca, pero oculté mi inquietud tras una sonrisa altanera.

—¿Y si nos negamos?

—Me han dicho que os informe de que no podéis negaros —miró un segundo a Gunnar—, a menos que no os importe el bienestar de vuestro sobrino. ¿Puedo irme ya? —Su voz silbaba como una suave brisa.

Los dos Cuervos que estaban en la puerta no le dieron oportunidad, porque la apartaron a un lado para entrar.

—¿Cuál va a ser tu decisión, príncipe de la noche? Ojalá decidas negarte. Me encantaría experimentar un poco con el chico. Tenemos unos métodos nuevos que estamos deseando probar.

Apreté la mandíbula, no por miedo a aquel imbécil, sino por la oleada de violencia que estaba haciendo que solo se me pasaran por la cabeza cosas siniestras. Con cada nuevo amanecer parecían emerger más restos del ser que fui cuando estaba maldito. Como si despertaran tras un largo sueño, el deseo y la necesidad de matar aumentaban con cada palabra desagradable y cada amenaza.

La cara de aquel Cuervo, como la de los demás, estaba grabada en

mi mente, y me imaginaba una docena de formas de arrancarle un aullido. Temía a esa sed de sangre más que a nada. Cuando aquello acabara, ¿seguiría siendo el hombre que amaba Elise o me habría convertido de nuevo en la bestia que vivía solo gracias al odio y la muerte?

Aparecieron otros cinco Cuervos en lo más alto de la escalera para unirse a los que habían entrado. Nos rodearon en una formación sin fisuras. Durante el descenso desde lo más alto de la torre nos costó no pisarlos a cada paso.

Caminamos en silencio. Sin duda, los tres estábamos desconcertados por lo que estaba pasando, y nos preparábamos para cualquier cosa. A Runa y a Calder les gustaban las jugadas retorcidas, pero habíamos sobrevivido hasta entonces. Iba a costarles mucho acabar con nosotros ahora.

El gran salón estaba vacío. Habían cerrado las persianas de madera de las ventanas más altas, las que estaban junto a los aleros. La luz provenía de unas antorchas que había en las esquinas y de las velas colocadas sobre la enorme mesa que ocupaba el centro de la estancia. Ya habían servido los platos. No me gustó nada cómo reaccionó mi cuerpo ante el sabroso olor de la carne asada, del pan caliente y de la buena cerveza.

Hasta entonces nos habíamos estado alimentando de pan de semillas y raíces hervidas.

Fruncí el ceño, casi decepcionado. Si solo contaban con la comida y los lujos para manipularnos, los falsos reyes iban a tener que cambiar de jugada. Sol y yo éramos capaces de sobrevivir durante semanas a base de nieve fundida y corteza de árbol.

Se abrieron las puertas del fondo.

Noté que me subía la bilis desde el estómago. Había estado esperando aquel momento. Por todos los infiernos, lo deseaba con todas mis fuerzas, aunque solo fuera para examinar a nuestros enemigos un poco más de cerca. Aun así, al ver a Calder y a Runa, el pensamiento racional se desvaneció y me llené de odio.

No ayudaba nada que Runa Lysander se pareciera bastante a su hermana.

Calder llevaba una corona muy ostentosa y un manto de piel negra que iba arrastrando tras él. Runa estaba cubierta

de oro, desde la tela del vestido hasta la corona que llevaba en el pelo, rodeada de trenzas. Desde la última vez que nos vimos, Calder se había dejado crecer la barba y la llevaba larga, y los ojos de Runa estaban todavía más desprovistos de emoción.

Por desgracia, los falsos reyes no estaban solos.

Jarl Magnus entró con paso firme en el salón, seguido de Leif Lysander y media docena de mujeres con vestidos de lana fina; cortesanas o amantes del rey, seguro.

Al verme, unas cuantas murmuraron entre ellas y soltaron risitas mientras seguían al rey.

—Casi esperaba que os negarais a venir —dijo Calder—. Habéis rechazado nuestra hospitalidad hasta ahora.

—Estamos un poco amontonados en nuestra habitación —contestó Sol, y dio un paso adelante.

Yo era el rey, pero él siempre sería el hermano mayor; una necesidad innata de defender a su familia corría por sus venas. Pensé que, si intentaba detenerlo, sería capaz de darme una colleja, como hacía cuando éramos pequeños.

Calder se rio entre dientes, sin una pizca de humor.

—¿Preferirías tu antigua celda, príncipe solar?

Sol no se acobardó.

—Mi querido falso rey, estoy seguro de que no quieres saber lo que yo prefiero.

Se produjo un breve silencio, suficiente para que se instalara la incomodidad en la estancia.

Calder apretó los labios y señaló la mesa.

—Sentaos, por favor. Esta noche sois mis invitados.

No teníamos más remedio que ocupar nuestros asientos (había Cuervos vigilando todos nuestros movimientos), que estaban lo más lejos posible del sitio del rey de Timoran. Jarl se sentó a la derecha del soberano, y entre ellos y nosotros se acomodaron las cortesanas.

—Veo que usted no es *Herr* Legion —me susurró una de ellas.

Examiné su cara. Me miraba con una sinceridad total. Supuse que las ligaduras que llevaba en las muñecas, las puntas de las orejas y los guardias que tenían sus espadas dirigidas a mi espalda no eran suficiente evidencia para ella.

—Esta noche no, *De Hän*.

La mujer soltó una risita, como si aquello pudiera resultarme agradable de alguna manera.

—Me cuesta creerlo. Se parece mucho a él.

—Porque antes era Legion Grey, maldita idiota —contestó Runa con los dientes apretados, provocando que la mujer agachara la cabeza avergonzada.

—Dejemos de hablar del pasado. Comed. Disfrutad —ordenó Calder a todo el mundo. Su sonrisa era malvada y cruel cuando alzó su copa—. Después de todo, tenemos el honor de que estén hoy aquí otros miembros de la realeza.

Sus cortesanas obedecieron enseguida sus órdenes, pero nosotros permanecimos inmóviles. *Kvin* Lysander estudió su plato, pero cada pocos segundos nos miraba a Sol, a Gunnar y a mí.

Calder se fijó y se rio con la nariz metida en su cerveza.

—Creo que haces sentir incómodo a mi suegro, príncipe de la noche.

—La mejor noticia que he oído hoy. —Fulminé con la mirada al padre de Elise.

—Aunque supongo que también es tu suegro, ¿no es así? —Calder sonrió cuando Leif palideció.

—No.

—¿No? —Calder frunció los labios—. Estaba seguro de que habías contraído un matrimonio ilegal con mi pobre y trastornada cuñada. Entonces pensé que era una estupidez por tu parte, pero ahora veo que tal vez eres más inteligente de lo que creía.

—No quiero que me entiendas mal, falso rey —contesté—. Elise es mi esposa, mi mujer… —repetí solo para ver cómo Jarl apretaba el puño que tenía sobre la mesa—. Pero ella ha dejado bien claro que ese

de ahí no es su padre. Así que espero que me perdones si no le concedo un título de tanta importancia a ese hombre.

—Ya veo. —Calder no perdió la sonrisa torcida—. Bueno, es por ella, la que dices que es tu mujer, por lo que queríamos verte esta noche.

Sol se revolvió a mi lado. Me preparé para ignorar cualquier mentira que me dijeran sobre Elise. Que estaba muerta… no lo creería. Que la habían capturado… tendrían que mostrarme pruebas.

Calder entornó los ojos.

—Príncipe de la noche, no quiero complicar las cosas con demasiadas palabras. Liberaré a tu hermano y al hijo de tu hermana a cambio de Elise.

No me dio tiempo ni a respirar antes de que Sol se echara a reír.

—Qué oferta más patética. Me siento insultado por que no te hayas tomado tu tiempo para estudiar el linaje Ferus. Si lo hubieras hecho, sabrías que ese intercambio no puede producirse, falso rey.

—Yo no dejaré que me intercambien por nadie —añadió Gunnar.

—Ahí tienes tu respuesta. —Señalé a mi hermano y a mi sobrino. A nosotros nos habían grabado en la cabeza desde muy pequeños los conceptos de lealtad, amor y honor, y estaba claro que Herja les había enseñado lo mismo a sus hijos—. Nosotros no sacrificamos a nuestra familia. Puedes hacer lo que quieras. Elise nunca formará parte del trato.

Calder suspiró y se arrellanó en su silla.

—Esperaba que no te mostraras tan difícil. Con lo bien que os hemos tratado…

—¿Bien? —dijo Sol con la voz lúgubre—. Diez días de cama y comida no borran los siglos de maldiciones y derramamiento de sangre que han pasado desde que vuestro pueblo nos robó nuestro reino. Por todos los infiernos, la única razón por la que nuestra tierra todavía florece es porque nuestro linaje aún existe. Deberías estar besándonos los pies, desgraciado.

Los Cuervos se acercaron, se oyeron exclamaciones en la mesa,

pero Calder levantó una mano para que todos se calmaran.

—¿Qué pensaría vuestra gente, esa que se muere de hambre y se congela en invierno mientras vosotros asistís a este banquete —dije en voz baja y tensa—, si supiera que la tierra sobrevive porque sus reyes han mantenido a su verdadera casa real prisionera todo este tiempo?

Calder golpeó la mesa con el puño.

—Eso no son más que mentiras. Hablas con mucho atrevimiento, ¿pero cómo reaccionaría esa gente si supiera que el que les roba sus mercancías y suministros es el príncipe de la noche de Etta, acompañado por su banda de ladrones?

Miré a las cortesanas, que escuchaban curiosas. Los rumores y los cotilleos corrían como la pólvora en la corte timorana. Y yo me iba a ocupar de que la información se propagara como una llama descontrolada después de aquella noche.

—Piensa bien en todos los extraños acontecimientos que has presenciado. Zonas yermas de este reino que ahora están llenas de vida. El príncipe solar se ha liberado tras siglos de control de Aguja del Cuervo y la princesa ha recuperado su voz después de permanecer en silencio y cautiva todo este tiempo. —Me levanté despacio y apoyé las yemas de los dedos en la mesa—. ¿Queréis saber por qué ha ocurrido todo eso?

La mujer que estaba a mi lado, que parecía incapaz de controlarse, dijo casi sin aliento:

—Sí.

Yo no aparté la vista de los fríos ojos de Calder.

—Porque la furia de esta tierra, que llevaba mucho tiempo dormida, se despertó de nuevo cuando un Ferus subió al trono.

Calder apretó la mandíbula.

—Tergiversas la verdad. ¿O es que se te ha olvidado que hubo también otro rey que ocupó un trono diferente? Soy yo quien ha hecho resurgir Timoran tras los errores de mi padre, quien ha recuperado un comercio boyante y ha acabado con todas las leyes y políticas inútiles e insensatas que había en este reino. Yo he salvado Timoran.

—Pero nos mantienes con vida. A tus enemigos, las mayores amenazas para tu trono. —Sonreí enseñando los dientes—. ¿Por qué te arriesgas? Admítelo, falso rey, todavía respiramos porque sabes que, si derramas nuestra sangre, tu gente acabará en medio del páramo helado que era Timoran durante la infancia de mi madre, cuando la furia abandonó la tierra para siempre.

La violencia provocó un brillo asesino en los ojos de Calder. Durante un momento pensé que lo había presionado demasiado y que iba a responder a mi farol cortándonos la garganta allí mismo, pero, para mi sorpresa y confusión, Runa le puso una mano en el brazo a Calder y sonrió con algo que a primera vista parecía amabilidad, pero que ocultaba bajo su atractiva cara una crueldad y una maldad peores que las de su malvado marido.

—Cuéntaselo, esposo. El príncipe de la noche debería saberlo.

Calder vaciló, pero enseguida su expresión se suavizó y le dio un beso en el dorso de la mano a Runa, aunque no había amor en la forma en que se miraban.

—Mi reina tiene razón. Como a la casa Ferus le gustan tanto las profecías y los giros inesperados del destino, tal vez queráis saber que no sois los únicos que os habéis visto sometidos a una maldición pronunciada por la contadora de historias del pasado.

Calder chasqueó los dedos y un sirviente se acercó corriendo con una bandeja de madera en la mano, de la que Calder cogió una bolsa hecha de piel de cerdo. La manipuló con cuidado y de su interior sacó unas hojas de pergamino muy antiguas, bien protegidas y unidas con una fina cinta de cuero.

—Los ettanos y los habitantes de la noche tienen sus sagas, pero nosotros también. Hablan de la vida del rey Eli. Parece que él contaba con sus propias predicciones sobre el destino que le esperaba.

—¿Y por qué me va a importar a mí ese falso rey muerto? —Yo odiaba al rey Eli. Lo despreciaba con todas mis fuerzas. Aún lo recordaba: su forma de sonreír, de desear a mi madre, su brutalidad.

—Porque ese rey muerto tiene mucho que ver con la situación en que nos encontramos en este momento y con lo que pasará si no logramos llegar a algún acuerdo.

—¿De eso se trata todo esto? —preguntó Sol con amargura—. ¿De buscar un acuerdo de paz? Hermano, creo que los hemos asustado y

ya ni se atreven a empuñar una espada.

Calder miró al príncipe solar con el ceño fruncido.

—Este es el último intento que vamos a hacer para evitar el derramamiento de sangre… de los vuestros. —Me miró y continuó en una voz tan baja que resultaba antinatural—. Crees que pedimos que nos entregues a Elise porque queremos hacerle daño, pero lo que queremos es salvarla, príncipe de la noche. Ella no va a sobrevivir a esta guerra.

Acarició el pergamino con los dedos. Por todos los infiernos, había despertado mi curiosidad, y eso no me gustaba nada.

—Valen, mienten —me advirtió Sol.

—Puedes verlo con tus propios ojos. —Runa se levantó con el pergamino en la mano—. Tenemos aquí lo que escribió la bruja del destino de antaño. Tal vez reconozcáis algunas cosas.

Se acercó a nuestro lado de la mesa. Jarl se levantó, con la mano en la espada. Yo no hice ni el más mínimo movimiento, ni siquiera miré a Runa cuando me puso las hojas de pergamino delante.

—¿Qué son? —preguntó Gunnar tras un largo rato.

Con la mandíbula tensa, parpadeé para mirar el texto antiguo. Estaba escrito con letra apresurada y puntiaguda. La tinta se había difuminado con el tiempo, pero todavía se leía. Al verlo se me paró el corazón, como si mi cuerpo no pudiera funcionar mientras leía esas palabras, las mismas que oía en mi cabeza por las noches, las que habitaban mis pesadillas.

—Es la maldición que escribió para mí. Pero también para Sol y Herja. Todos estábamos malditos. —Sed de sangre. Silencio. Locura. ¿Por qué?

Tal vez Calder también tenía algo de magia y podía leer la mente, porque se rio señalando el pergamino.

—Eli tenía una mentalidad brutal. Eligió vuestro sufrimiento, ¿lo sabíais? El guerrero de los dos príncipes… —Me señaló—. Dice que te revolcarás en la sangre que podrías haber derramado contra él. Creo que su esperanza en un principio era convertirte en un arma de furia que luchara para nosotros, pero nunca quisiste cooperar, ¿verdad, príncipe de la noche?

—No, sobre todo teniendo en cuenta que enfurecer al falso rey muerto era muy divertido —respondí.

La mirada de Calder se centró en Sol.

—El príncipe astuto perderá la cabeza. Y la princesa…, bueno, por lo que veo, tras pasar tanto tiempo en compañía de tu madre y tu hermana, a Eli no le gustaba mucho la cháchara de las mujeres, así que la condenó al silencio para que aprendiera que su lugar estaba en la cama.

Gunnar se levantó de su asiento y golpeó la mesa con el puño. Sol lo agarró por el hombro y lo obligó a volver a sentarse. Mi hermano negó con la cabeza para aconsejarle al chico, sin decir nada, que no prestara atención a sus crueldades.

Yo les pasé el pergamino a mi hermano y a mi sobrino. No quería seguir leyéndolo ni un minuto más.

—Hasta que la corona vuelva a su lugar —murmuró Sol—. Así fue como se rompió mi maldición. Y también la de Herja. —Sol apartó el pergamino—. Esto es la prueba de que ha sido la ascensión al trono de mi hermano lo que ha acabado con esa furia extraña.

—¿Pero a qué corona se refiere? —insistió Calder—. Yo también tengo una corona. Y, además, no habéis leído la maldición del rey Eli.

Runa se tomó la libertad de coger la última hoja. La colocó delante de mí y se inclinó sobre mi hombro.

—Léela. En voz alta.

Los odiaba, pero había reconocido mi maldición. Era auténtica. Eso lo había escrito la contadora de historias del pasado. Por eso, la curiosidad y la desesperación resultaron demasiado fuertes para resistirme.

—Por culpa del deseo y la avaricia, esta tierra vivirá en un estado dividido de debilidad. No tendrás el reino que buscas antes de recibir la llamada del Otro Mundo.

—Y así fue —interrumpió Sol—. Los reyes de Timoran han asfixiado esta tierra durante siglos y aún sigue muriendo.

—Continúa —pidió Calder, ignorando a mi hermano—. Sigue leyendo.

Lo atravesé con la mirada, pero volví a centrarme en el pergamino.

—La sangre de los herederos del vínculo que has destrozado reabrirá la tumba de la furia. Y, ese día, una reina se alzará para acabar con la otra y, tras la caída de la segunda, por fin el reino renacerá.

Calder se levantó de su asiento.

—Por eso estáis ilesos, príncipe. Y así podrás mantener a salvo a tu hermano y al chico. Dadme lo que hay en esa tumba, decidme cómo encontrarlo y te juro que no los mataré a ellos y dejaré vivir a Elise.

No me lo esperaba y no supe si reír o enfadarme. Calder, o alguien de Aguja del Cuervo, había estado en la tumba para colocar los estandartes de los Lysander con la intención de dejarle claro a Elise Lysander que sabían que colaboraba con los traidores.

El imbécil no sabía que había estado muy cerca de lo que ansiaba desde el principio.

Me arrellané en la silla con un suspiro exagerado.

—Perdóname, falso rey, pero yo no sé nada sobre esa tumba de la que hablas.

La cara de Calder se volvió de piedra.

—Veo que, como tu hermano, necesitas que te persuadamos para que hables.

Me reí con malicia.

—Haz lo que quieras. Mi respuesta no va a cambiar.

La piel de Calder se puso de un encendido color rojo. Murmuró algo dirigido a Jarl, que pareció encantado cuando se levantó para salir del salón. El falso rey también abandonó su asiento e, ignorando a su mujer, agarró del brazo a una de sus amantes y salió como una tromba de la estancia.

Sol tenía razón: Calder se estaba dejando llevar por la desesperación.

Y podríamos utilizarlo.

Me sobresalté cuando Runa recogió bruscamente el pergamino.

—Mi marido prefiere utilizar unos métodos de motivación que no son adecuados para un hombre como tú. Pero la parte de este texto que importa es obvia, ¿no te parece?

Nada resultaba evidente. Me parecía que se podían argumentar muchas cosas y que la contadora de historias había hecho que ese texto fuera muy vago a propósito. Apoyé la mano en la rodilla y apreté el puño.

—Veo que no —continuó Runa—. Las dos reinas. La segunda caerá y el reino de Eli prevalecerá. La segunda *Kvinna,* la segunda en ser coronada. —Runa se inclinó y acercó los labios a mi oreja. Por mi mente pasaron una docena de pensamientos violentos. Ella prosiguió sin dejar de sonreír—. La sangre de Elise asegurará la continuidad de este reino, pero no saldrá del campo de batalla con vida.

Capítulo veintidós



La princesa rebelde

—Está tardando mucho. —Yo caminaba arriba y abajo, sin saber por qué había sido tan idiota como para hacer caso a unos extraños, unos ladrones, en asuntos de estrategia.

—Lo que tiene que tardar. —El Terror Nocturno, que estaba a mi lado, cogió un puñado de frutos secos y bayas. Ya no llevaba la capucha oscura cubriéndole la cabeza, y sus ojos seguían siendo de un tono dorado. Observaba las sombras vacías del bosque, esperando que volviera la miembro de su hermandad.

Detrás de nosotros, el resto de su grupo permanecía cerca, pero parecía indiferente a todo.

Yo odiaba aquello. Unos nervios constantes corrían por mis venas. Estaba desesperaba por atacar, por recuperar al rey de Etta, por gritarle por empeñarse en hacerse el héroe, y después besarlo sin parar hasta que pasaran mil mañanas seguidas.

Mis ojos examinaron las caras nuevas que había en nuestro refugio. Docenas de Falkyn habían venido con Junius y Niklas, pero la Hermandad de Kryv la componían menos de diez personas. Y dos no eran más que niños.

Me había cuestionado la cordura del Terror Nocturno por confiar en chicos tan jóvenes. Herja le había cogido cariño a una niña, Hanna. Ella no hablaba, sino que utilizaba las manos para comunicarse. Durante todas las órbitas que había pasado siendo la Valkiria Silenciosa, Herja había utilizado unos gestos parecidos. El niño era más alto y delgado y se había pasado todo el tiempo desde que llegó enseñando a Laila y al pequeño Ellis a lanzar cuchillos de forma certera, con mucha más habilidad de la que debería tener un chiquillo de su edad.

—¿Por qué tienes tanto miedo por tu rey? —preguntó el Terror Nocturno, limpiándose las manos—. Cuando estoy a tu lado, no puedo concentrarme en nada que no sea tu miedo. Es insoportable. Dime, ¿tu marido no puede arreglárselas solo? ¿Es un pelele? ¿Se desmoronará si lo someten a tortura? ¿Cuál es el problema, reina?

Iba a matar a aquel hombre.

—Valen Ferus no tiene nada de débil. Tengo miedo por él porque lo amo, Terror Nocturno. Una emoción que, por lo que veo, tú no entiendes. Y estoy segura de que no se desmoronará, pase lo que pase. Si estuviera aquí, abriría la tierra bajo tus pies para que se te tragara.

—Impresionante. He oído hablar mucho sobre los habitantes de la noche. Por lo que dicen, él es el único que es capaz de controlar la tierra. No ha habido otro que pueda hacer lo mismo en las últimas mil órbitas, ¿no?

—Sí, pero no es su furia lo que lo hace grande. Ha sobrevivido a maldiciones, brutalidad, y sigue siendo el hombre más bueno que he conocido.

Él se rio, burlón, y yo apreté los puños.

¿Cómo podía estar tan… calmado cuando una miembro de su hermandad estaba asumiendo un riesgo tan grande?

—Entonces deja de temer por él —dijo con voz provocadora—. Enfádate con el rey, ódialo, exige sangre y muerte por él, pero, por todos los infiernos, mujer, deja de tener miedo. Si es todo lo que dices, le avergonzaría saber que no crees que sea capaz de sobrevivir a esto.

—No me caes bien. —Era una respuesta un poco infantil por mi parte, pero no pude evitarlo.

—Me han dicho cosas mucho peores. —Su sonrisa se ensanchó.

Lo miré con fastidio y volví a centrarme en los árboles. El Terror Nocturno era más joven de lo que creía. Aunque la verdad era que podría tener muchos años porque, por lo que sabía, los alver vivían tanto tiempo como los habitantes de la noche. Pero parecía joven. Solo unas cuantas órbitas más que yo, tal vez.

Y tenía la extraña habilidad de irritarme.

—No entiendo por qué esto es lo mejor —confesé por fin.

—Elise… —Halvar apareció a mi lado y suspiré por el alivio.

Lo que no sabía el Terror Nocturno era que la débil era yo, no Valen. Sin Herja, la Hermandad de las Sombras, Siv, Kari o Ari, sin todos mis amigos, no podría estar allí en aquel momento.

—Enviar a la mujer de la Hermandad de Kryv ha sido una idea sensata. Tenemos que conocer cualquier cambio que hagan en el interior y saber dónde lo retienen antes de poder idear un plan adecuado para sacarlo.

—Escucha, reina —dijo el Terror Nocturno con tono brusco—, sé que no te caigo bien, tal vez ni siquiera confías en mí, pero eres tú quien me ha pedido que venga aquí, y por eso tendrás que dejarme hacer las cosas a mi manera, para que mi hermandad viva para ver otro amanecer.

—Tu hermandad no es lo único que está en peligro aquí —respondí—. Todo un reino podría caer. Tal vez no te importe y esto sea solo un juego para ti, pero peleamos por nuestro futuro y nuestra libertad.

El Terror Nocturno se quedó callado un momento, y parte de aquella oscuridad volvió a asomar en sus ojos.

—Tienes razón, esto para mí es un juego, pero debes saber que eso se me da mejor que a nadie. —Se acercó mucho a mí, pero no me aparté. Me mantuve en mi sitio y lo miré a los ojos. El Terror Nocturno bajó la voz hasta que no fue más que un murmullo grave y oscuro—. Esto es lo que yo hago: maquinar, planificar, robar. Para mí, robar un reino es lo mismo que hacerme con una bolsa llena de oro, ¿lo comprendes? Vosotros planeáis las batallas; yo me centro en el resultado.

Abrí la boca para contestar que Valen no era un botín como el monedero de un hombre rico, pero tuve que quedarme callada cuando uno de los Kryv apareció entre los dos.

—Ya viene. —Era alto, tenía la piel oscura como la de Valen y no se lo pensó dos veces a la hora de apartarme de un empujón.

—La veo —dijo otro de su hermandad que tenía los brazos llenos de cicatrices, las manos junto a los costados y no paraba de mover los dedos. Por lo que había visto, nunca estaba quieto.

—Yo la he oído primero.

—Te equivocas, Vali.

No tenía ni idea de qué estaban hablando. Entre los árboles no había nada. Yo no oía ni veía nada más que el sol que se escondía tras ellos.

Una risita me distrajo. Junius apareció a mi lado y miró a los hombres que discutían.

—Ellos son Vali y Raum —explicó—. Ambos son alver del tipo profético. Su mesmer les proporciona unos sentidos superiores a los humanos. Vali es capaz de oír hasta el ruido más leve y Raum ve a través de la niebla más espesa. Pero los dos sienten una necesidad imperiosa de competir entre ellos.

—Es una cuestión de principios, Junie. Vali tiene que saber que mi talento es superior al suyo y siempre lo será. Así no se creerá más de lo que es —dijo el que asumí que tenía que ser Raum. Después se pasó una mano sobre las cicatrices de los brazos y le guiñó un ojo a su compañero, que frunció el ceño y miró hacia delante.

El crujido de una rama rompió el silencio del bosque. Después se oyó otro, y otro más, hasta que salió una mujer de entre las zarzas. Sus rizos oscuros estaban recogidos a la altura del cuello, y esos extraños ojos felinos brillaban con la luz del sol. Señaló a sus dos compañeros.

—¿Cuál de los dos me descubrió primero?

—Yo —aseguró Vali.

—Ni hablar. Yo te vi mucho antes, Tova —insistió Raum.

—Tova, la reina estaba empezando a dudar de ti —interrumpió el Terror Nocturno casi con hastío.

La mujer se rio entre dientes y le tendió la mano hasta que el Terror Nocturno le dio parte de los frutos secos y las bayas que comía.

—Me ofendería, pero eso no es peor que la falta de educación de los guardias de ese castillo. Son innecesariamente bruscos.

Una media sonrisa apareció en la boca del Terror Nocturno. Ah, parecía que era capaz de divertirse. Qué raro.

Di unos pasos rápidos y me planté delante de la mujer, con Halvar a mi lado.

—¿Lo has visto?

—Oh, sí. —Los extraños ojos de Tova centellearon—. Es bastante guapo, reina. Y tiene la lengua muy afilada.

—¿Y? —presionó Halvar. En lo que se refería a Valen, que era como de su familia, no era conveniente retenerle información.

Tova se metió unos cuantos frutos secos en la boca.

—Está vivo e ileso. Por ahora lo están todos. La casa real de ese castillo los tiene en una habitación de una torre, calentitos, y no les ha tocado ni un pelo de la cabeza.

¿Que estaban ilesos? El corazón me dio un vuelco por el alivio, pero también por la incredulidad. ¿Qué estaban planeando hacer con ellos Calder y Runa? La distancia me estaba volviendo loca.

—¿Le diste alguna pista sobre quién eras? —pregunté.

—No, solo iba para descubrir su ubicación. No tenía sentido hacer sospechar a esos malditos guardias que algo raro estaba pasando. Para ellos, no he sido más que una sirviente dócil.

Me froté ambos lados de la cabeza.

—No entiendo lo que pretende Runa. Estaba segura de que los iban a torturar.

—Puede que cambien las cosas. Creo que a tu hermana se le está acabando la paciencia.

—Entonces necesitamos rescatarlo ya. No esperaremos más. —Le di un apretón al brazo de Halvar.

—Estoy de acuerdo. —Tova asintió y fue apartando algunas cosas del puñado de comida que tenía en la mano—. Les enseñaron una especie de profecía que pareció alterar a todo el mundo e imprimir cierta urgencia. Yo nunca he hecho mucho caso de las profecías, pero tampoco tenía tiempo para quedarme y ver en qué acababa todo. Lo único que sé es que tenía algo que ver contigo, reina.

—¿Conmigo?

—Eso es lo que he dicho.

—¿Y qué se comenta entre los sirvientes? —preguntó el Terror Nocturno.

—Hablan mucho. —Tova se soltó los rizos salvajes y dejó que cayeran sobre sus hombros—. Los sirvientes no dejan de parlotear en ese lugar. Las buenas noticias son que la mayoría son leales a tu

marido. Las malas son que tienen miedo y les falta la determinación necesaria para liberarlo.

Me abracé el vientre y aparté los pensamientos que me surgían al oír aquello.

—¿De qué te has enterado?

—Oí varios fragmentos de conversaciones sobre no sé qué tumba. Me he enterado de que el rey malvado está muy obsesionado con ella. ¿Eso te dice algo?

Halvar y yo soltamos un gruñido.

—La Tumba Negra —dije por fin—. Es un lugar terrible, maldito.

Tova se encogió de hombros.

—No importa. Según una vieja sirvienta de la cocina, la única forma de que alguien vea lo que hay en su interior es que esté conectado con el destino o que esté sumido en… una especie de sueño mágico. No sé a qué se refería, y la verdad es que tampoco era una fuente muy fiable.

Halvar enarcó una ceja.

—¿El sueño de la furia?

—Sí —Tova chasqueó los dedos—, así fue como lo llamó. La oí decir que los príncipes tienen que dormirse y encontrar por fin paz y tranquilidad en la tumba.

—Pero allí no hay nada enterrado —dije mirando a Halvar—. No hay tumbas de verdad en aquel lugar, ¿no?

—No que nosotros viéramos —dijo él—. Elise, si hay fae dormidos allí, esa podría ser la razón por la que está tan bien protegida. El sueño de la furia es una estrategia que se utilizaba hace mucho tiempo. Una maldición que se puede lanzar sobre otros o sobre uno mismo como protección contra los enemigos. Los reyes, reinas y guerreros de los habitantes de la noche se sumen en el sueño de la furia para ocultarles sus mayores, más profundos y peligrosos secretos a sus enemigos. Es un riesgo, y ya no se utiliza.

—¿Por qué? —preguntó el Terror Nocturno.

—Porque existe la posibilidad de que el que se introduzca en ese

sueño nunca despierte y quede para siempre en un verdadero sueño eterno.

—Lo importante es que tu marido, su hermano y el chico están vivos —continuó Tova—, aunque en este momento seguramente los estarán torturando. Eso es lo que puedo contaros. Ahora tenéis que perdonarme, pero estoy muerta de hambre y necesito algo más que un poco de alpiste.

Nos dio la espalda y se fue como si no acabara de dejarme sin aliento. Todas las interacciones que tenía con los Falkyn y la Hermandad de Kryv me dejaban cada vez más claro que no tenían ni el más mínimo respeto por la realeza, ni la más remota idea de cómo interactuar con sus miembros.

Halvar me tocó la muñeca.

—Esa información nos sirve. Tengo que ir a ver a Mattis y a Brant para adaptar nuestros frentes de batalla.

—Ve.

De nuevo a solas con el Terror Nocturno, se produjo un silencio sombrío. Permanecí junto a él con la respiración acelerada. El hombre no dijo nada, solo contempló los muros lejanos.

—¿Te ha ayudado lo que te ha dicho? —pregunté tras una larga pausa.

—Es demasiado pronto para saberlo. Tengo más preguntas, pero tendremos que hacer planes.

Se volvió para irse, pero lo agarré por el brazo. Sus ojos se posaron en el lugar en donde lo estaba tocando. Me daba igual, lo que quería era que lo que iba a decir quedara claro.

—Estoy poniendo en tus manos mi corazón y las vidas de mi gente. ¿Por qué has venido? ¿Por qué lo haces? Ayúdame a entenderlo para que pueda confiar del todo en ti.

Él entornó los ojos.

—Acostúmbrate a la decepción, reina. Yo no te debo ninguna explicación. Confía en mí o no lo hagas, a mí no me importa. Me han dado una tarea que hacer y voy a cumplirla. ¿Vienes a la mesa? Niklas y ese guerrero tuyo tan hosco seguro que querrán que les pongas al



día. —Se zafó de mi mano—. Estamos avanzando. ¿Estás con nosotros o no?

Capítulo veintitrés



La princesa rebelde

Sí que estaba con ellos. Por supuesto. Junius era una amiga fiel. Y ella confiaba en aquel oscuro y malhumorado Terror Nocturno, así que yo también.

Incluso aunque al día siguiente los planes finales me parecieron más una especulación, una suposición y una pura locura que unos planes de verdad. Recorrí con grandes zancadas el salón de la casa del rey, mordiéndome la uña del pulgar y escuchando solo a medias a Tor y Niklas, que estaban hablando sobre los detalles. Halvar ya estaba centrado en planificar la batalla, pero los planes de los alver…, no, más bien su estratagema, su ardid, que era cualquier cosa menos un plan, se tenía que realizar primero.

El Terror Nocturno estaba repantingado en la silla de Valen, en la cabecera de la mesa, mirándome con expresión divertida.

—¿Qué es lo que más te preocupa, reina? ¿Que no se te haya ocurrido a ti primero o que no puedas controlar el resultado?

Lo ignoré y miré a su hermandad, que permanecía cerca. Eran tan pocos que me pregunté cómo era que recibían aquel nombre. ¿Cómo se habían unido? Parecían tan diferentes que era raro que acabaran siendo una familia de ladrones.

Junto a la chimenea, al lado de Tova, un corpulento miembro de los Kryv, que me recordaba mucho a Tor por su constante ceño en la cara, comía pan y hablaba en voz baja con la mujer.

Otro par se había quedado cerca del Terror Nocturno: un hombre pelirrojo y otro con una cicatriz que le cruzaba la frente. Por la forma en que hablaban en susurros y en cómo se tocaban, me pregunté si serían amantes. Pero no pregunté, me daba igual.

En un rincón, el niño al que los Kryv llamaban Ash estaba dándole vueltas a un cuchillo y describiéndoselo con todo detalle a Ellis. Hanna intercambiaba risitas con Laila mientras miraban unas flores de arbusto de la luna. Risitas… Algo propio de los niños, pero ella estaba en una hermandad, era una ladrona en ciernes.

Me incliné sobre la mesa y dije en voz muy baja, para que solo pudiera oírme el Terror Nocturno:

—¿Niños? ¿Vas a enviar a los niños primero? ¿Cómo demonios puede sernos eso de ayuda?

Él miró con aire de suficiencia a los más pequeños.

—Nunca subestimes a un niño que está desesperado por sobrevivir.

—Pero son niños.

—Y muy capaces. ¿Te has preguntado alguna vez qué tipo de mesmer tienen Ash y Hanna? ¿Por qué serán útiles a la hora de proteger al niño cuando entren los tres?

Apreté los labios hasta que formaron una fina línea.

—Ash es capaz de destrozar a un hombre de dentro afuera —explicó con una cierta inquina—. Machacarle los huesos y llenarle los pulmones de sangre. Hacerle pedazos el cráneo. Y Hanna es única. Puede bloquear la magia, detenerla en seco. La hemos hecho probar con la furia que tenéis en este lugar, y si tu rey estuviera aquí, no podría controlar la tierra con Hanna cerca. Yo solo he conocido a un alver con ese mismo talento en toda mi vida.

El Terror Nocturno se arrellanó en su asiento de nuevo y entrelazó los dedos sobre su estómago.

—Sabiendo que tenemos un niño que puede destrozar cuerpos y una niña que bloquea maldiciones, hechizos y cualquier mesmer o furia oscura, ¿no te parece que esos niños que pueden pasar totalmente desapercibidos podrían resultarle muy útiles a Ellis allí dentro?

Conocer las habilidades de los alver era aterrador y fascinante al mismo tiempo.

—¿Pero por qué Ellis?

—El niño ha asegurado que el rey lo reconocerá. Él tiene que saber que estamos en camino y situarse en posición para realizar el resto del plan.

—Pero no son más que niños —insistí.

El Terror Nocturno se puso de pie de un salto.

—Y han tenido una vida que les ha exigido que aprendan a sobrevivir. Seguro que los niños en tu tierra viven unas vidas muy cómodas y llenas de atenciones, pero en Oriente, los niños alver luchan por su libertad desde su primer aliento. No los subestimes, y tampoco creas que yo pondría en peligro a nadie de mi hermandad, sobre todo a Ash y a Hanna, si no tuviera total confianza en que conseguirán lo que se proponen.

—Eres muy desagradable.

—Contigo sí. No estoy acostumbrado a tratar con alguien que alberga tantas dudas sobre mí.

—No te conozco. Es normal que dude, porque vamos a la guerra, Terror Nocturno.

—Y tendrás una ventaja si logramos que esto salga bien.

Si… Yo no quería posibilidades ni riesgos. Pero no había seguridades y nunca las tendríamos.

—¿Estás seguro de que tu gente ha visto a Valen? —Volví a notar la bilis en el estómago. Nos habían dado un informe muy perturbador que decía que se habían acabado las comodidades para Valen en Aguja del Cuervo.

El Terror Nocturno miró a Vali y Raum, que hablaban con Mattis y Brant, y asintió despacio.

—Han visto la plaza y el potro donde los tienen atados. Sé que no es lo que querías oír, pero es mejor que lo mantengan en un lugar abierto. Así será más fácil para los niños llegar hasta él.

Raum y Vali habían estado ausentes todo el día y acababa de enterarme de que los habían enviado a las colinas que había junto a Aguja del Cuervo para espiar cualquier actividad que tuviera que ver con Valen, Sol o Gunnar. Ese lugar estaba al menos a veinte largos de distancia. No entendía muy bien su mesmer, pero no habían pisado la ciudad de Lyx y, aun así, habían traído la información de que se encontraban en el patio.

Estaban derramando sangre.

Había llegado nuestro momento de actuar, confiara en ellos o no.

Le dije al Terror Nocturno que por Valen estaba dispuesta a arriesgarlo todo.

Pasé las páginas de pergamino en donde estaban escritos nuestros planes, nuestras formaciones y las dimensiones del castillo Aguja del Cuervo y la Tumba Negra, que estaba justo delante.

—¿Necesitas revisar esto de nuevo?

La verdad era que yo no lo había visto ni siquiera echarle un vistazo a los planes.

Se dio unos golpecitos en la cabeza.

—Conozco bien mis marcas.

Sí, así era como Junius y Niklas describían cada movimiento, como si aquel plan fuera más un baile que una batalla a punto de comenzar. Todos teníamos marcas que debíamos respetar.

Primero había que avisar al príncipe de la noche de que su gente estaba en camino. Ellis trasmitiría el mensaje. No me gustaba nada, pero no teníamos una opción mejor.

Segundo, Niklas, Junius y Tova tenían la responsabilidad de encontrar una forma de librar a Valen de los guardias y sacarlo de Aguja del Cuervo. La magia de Niklas era como la de Bevan; era un elixista, un fabricante de venenos, hechizos y pociones que podían servir de ayuda o de obstáculo. Tova era una especia de sanadora, lo que significaba que creían que Valen iba a necesitarla, algo que me hacía sentir aún peor.

Tercero, todos nos encontraríamos en el campo de batalla y recuperaríamos nuestro reino.

Muy sencillo. Al menos en teoría.

¿Por qué entonces se me hacía un nudo en el estómago cada vez que se repetía el plan?

Nos habíamos olvidado de algo o ignorado algún problema. Calder podría tener planes que nosotros no éramos capaces de prever.

Me pasé los dedos por el pelo mientras revisaba el pergamino. Cuando creí que estaban a punto de fallarme las rodillas por el peso, noté que una mano se posaba en mi hombro.

Herja me cogió la mano.

—Elise, tienes miedo, igual que yo, pero siento en el fondo de mi corazón que la unión de los alver y los habitantes de la noche hará que logremos cosas extraordinarias. Sé que tú no tienes experiencia con su magia, pero yo sí, y es impresionante.

Le di un apretón en la mano.

—Ojalá estuviera con nosotros la contadora de historias, para aprovechar el poder del destino. Si así fuera, no estaría tan agobiada por la preocupación.

—Aférrate a la seguridad de que Aguja del Cuervo nos ha mantenido con vida todo este tiempo. Necesitan a Valen y a Sol. Y, aunque no me guste nada pensarlo, Gunnar es alver y del linaje Ferus. Creerán que lo necesitan a él también.

Vi el brillo de una lágrima en sus ojos. Herja se había quedado callada al oír el trato que les estaban dando a los prisioneros en Aguja del Cuervo. Quería consolarla, decirle que su hijo estaba bien, pero no lo sabía.

Al oír sus palabras, el Terror Nocturno se levantó. Se acercó como una sombra y no oí nada hasta que me rozó con el hombro al pasar. No apartaba los ojos de Herja.

—¿Qué has dicho de tu hijo? ¿Que es un alver?

Ella asintió.

—Creía que lo sabías.

—Nadie me lo había dicho. ¿Qué talento tiene?

—Su padre decía que era un hipnótico. Puede alterar los pensamientos, pero le provoca un dolor terrible.

—Porque no ha aprendido a aceptar su magia. ¿Su padre es un alver?

Herja hizo una mueca de dolor, pero asintió.

—¿Dónde está? ¿Muerto?

—No lo sé, se lo llevaron de vuelta a Oriente. —Señaló a Hanna, sonriendo—. La niña hace lo mismo que él. Bloqueaba todos los tipos

de magia.

Yo esperaba que mostrara su desinterés habitual, pero, en vez de eso, el Terror Nocturno palideció, la miró con los ojos muy abiertos y se acercó más a Herja.

—¿Cómo se llama?

Ella se apartó.

—Hagen Strom.

¿No me había dicho él que solo conocía a otro alver que podía hacer con su magia lo mismo que la pequeña Hanna? Me clavé los dedos en las palmas. Por todos los dioses, ¿conocería a Hagen? ¿Y si todo esto era parte del plan del destino? ¿Unir Oriente con el norte gracias a la poderosa magia?

El Terror Nocturno se quedó mirando fijamente a Herja durante al menos cinco segundos, mudo e inmóvil.

—¿Lo conoces? —Herja lo agarró del brazo—. Debemos encontrarlo, por favor.

—Strom —repitió él entre dientes, se apartó con un grito de frustración y una expresión siniestra en la cara y se alejó como una tromba.

A Herja le tembló la mano. El Terror Nocturno conocía a su amante, estaba segura. Intenté ir a buscarlo para exigirle que la ayudara; incluso si le decía que estaba muerto sería mejor que seguir preguntándose qué había pasado con él, pero el Terror Nocturno se había sumido en sus sombras.

Un momento después todo dejó de importar. La casa del rey se quedó en silencio cuando Halvar dio unas palmadas, reclamando que se le prestara atención.

—Hemos esperado a que llegara este momento. Una rebelión que originó Ari Sekundär…

Ari alzó su cuerno y la gente aplaudió. Él y muchos otros ya llevaban la armadura y las protecciones de cuero para la batalla. Tenía la cintura cubierta de armas y un escudo apoyado en la pierna. Llevaba el pelo rubio recogido con trenzas. Me miró, asintió y se llevó el puño al corazón.

Juntos nos enfrentaríamos a la que, esperaba, sería la última batalla.

—… y que terminaremos con nuestra reina —concluyó Halvar, y me hizo un gesto con la cabeza para que ocupara mi lugar.

Me latía la cabeza, pero no iba a vacilar. Allí y llegado aquel momento no.

Levanté la barbilla y miré a la gente que llenaba la casa del rey.

—Vamos a luchar por la Etta del pasado, esa tierra de abundancia en la que gobernaban el rey Arvad y la reina Lilianna. Recuperaremos lo que es nuestro, lo que pertenece a todos. ¡Volveremos a conquistar nuestro reino! ¡Nuestros hogares! ¡Nuestra furia! Y no dudaremos ni caeremos. Juntos nos alzaremos por la gente que vive esclavizada entre nosotros y al otro lado de los mares. Por la magia que es una bendición de los dioses. ¡Y por la libertad!

Levanté la daga que me habían regalado en mi boda. Los gritos hicieron estremecer las paredes y las armas salieron de sus fundas.

Sonreí. «Ya estamos cerca», recé mirando al cielo con la esperanza de que Valen recibiera el mensaje.

Por fin había llegado el momento.

La guerra llamaba a nuestras puertas.

Capítulo veinticuatro



El príncipe de la noche

Me habían quitado la túnica y unos Cuervos se afanaban en atarme las muñecas a los postes para que mis brazos quedaran abiertos y extendidos. Con las ligaduras que bloqueaban mi furia, desarmado y rodeado por media docena de guardias, había poco que pudiera hacer, así que no me quedó más remedio que permitirlo.

Calder estaba a dos pasos de mí, sonriendo.

—No tenemos que seguir con esto, príncipe de la noche. Dime lo que sabes de la tumba y esto terminará. ¿Es que lo de ayer no fue suficiente?

Las heridas abiertas que tenía en la espalda todavía me mataban de dolor. Sol estaba pálido a mi lado; lo obligaban a tumbarse boca arriba en una tabla, con los brazos extendidos, y le hacían quemaduras en el pecho.

—No sé nada de esa tumba —mentí—. Y aunque lo supiera, ¿crees que te lo diría?

—Intentadlo otra vez, malditos desgraciados —exclamó Sol para hacer aún más daño—. Solo acabamos de empezar.

—Si eso es lo que deseas… —Calder movió un dedo y cinco Cuervos se pusieron en acción.

Sol levantó la cabeza. Dejé de sentir mi cuerpo. Durante toda la sesión de tortura del día anterior, el falso rey se había esforzado mucho en obligar a Gunnar a mirar mientras nos maltrataban a Sol y a mí. Se burlaban del chico, se reían cuando hacía alguna mueca y le daban empujones, pero no le hicieron daño.

Una táctica para hacer que Gunnar se derrumbara, sin duda. Creían que era débil, pero él les demostró que se equivocaban.

De repente lo levantaron del banco estrecho donde había estado encadenado y lo arrastraron hasta la tarima que había en el centro del patio.

—¿Qué hacéis? —preguntó Sol, que no era capaz de mantenerse

callado.

Calder rodeó la mesa en la que estaba Sol y apoyó un codo en el borde. Relajado, disfrutando de cada horrible momento.

—Oh, me parece que no es justo dejar al chico al margen de toda la diversión.

Los Cuervos empujaron a Gunnar para que se pusiera de rodillas. Él apretó la mandíbula, pero, al fijarme, vi que la barbilla le temblaba un poco. Dos guardias le obligaron a estirar los brazos, tirando con más fuerza de la necesaria, y le ataron las muñecas en los dos extremos de una tabla, como si estuviera agarrando el tablero de una mesa. El chasquido del cuero despertó mis sentidos y vi a un Cuervo que se acercaba a mi sobrino con unas tiras trenzadas de piel de cerdo curtida en una mano.

—Gunnar, mírame. —Esperé hasta que sus ojos dorados hicieron lo que le pedía—. Estamos contigo. Tienes la valentía de tus padres. De los dos.

No conocía a su padre, pero el chico lo apreciaba y él había arriesgado su libertad para salvar a su familia. Tenía que ser valiente, y las palabras importaban. La barbilla de Gunnar dejó de temblar. Asintió y miró a Calder con los ojos entornados.

—No te vamos a decir nada.

—Qué cachorro Ferus más estoico —contestó el falso rey entre risas. Después vino a mi lado y me dio una palmadita en la cara.

La mejilla me tembló por la tensión.

—No te voy a entregar a mi mujer. Esa tumba que quieres seguirá cerrada. No vamos a dejar de luchar. Y no me vas a matar, porque ni siquiera tú te crees tus propias amenazas y temes las consecuencias que podría traer nuestra muerte. Así que deja de perder el tiempo y acaba de una vez.

Las facciones angulosas de Calder se llenaron de odio.

—Muy bien. —El falso rey asintió desde detrás de mí—. Intentemos otra vez sacar de lo más profundo esa sed de sangre, príncipe de la noche. Me gusta mucho la idea de tener una bestia salvaje a mi disposición.

No dije nada más ni dejé escapar el más mínimo ruido.

El día anterior había lanzado las mismas amenazas. Lo que esperaban en Aguja del Cuervo era despertar la violencia que había quedado latente en mi sangre para que yo perdiera completamente el control y la cabeza de nuevo. La verdad era que ver a Sol y también a Gunnar sufriendo añadía una especie de desesperación a mi cerebro, y nacía en él un deseo de arrancarle las extremidades a cada uno de ellos muy poco a poco. A Calder le reservaba unos pensamientos demasiado oscuros y violentos como para poder expresarlos en voz alta. También a Runa. Y a Jarl Magnus.

Como si lo hubiera invocado mentalmente, apareció entonces el capitán de los Cuervos. Había memorizado el sonido de sus pasos: pesados, arrastrando un poco los dedos. La mesa que había a mi izquierda estaba repleta de todo tipo de instrumentos: cuchillos de carnicero, puñales, pinchos de acero, cadenas.

—Valen, eres el rey —dijo Sol—. La tierra te eligió. La furia te ayudará a superar esto.

Mi hermano cerró los ojos mientras Jarl escogía algo de la mesa.

Me agarró un mechón de pelo y me obligó a echar la cabeza hacia atrás para que lo mirara a los ojos.

—Quería ser yo el que te infligiera el castigo por tus crímenes contra Timoran. Es un honor hacer esto contigo, príncipe de la noche. —Acercó la boca a mi oreja—. Cuando termine esta guerra y tu gente haya sido aniquilada, la ley reconocerá a Elise como mi esposa legítima. Si sobrevive, te juro que yo me ocuparé bien de ella, príncipe.

Unas hachas en el corazón.

Una daga en la garganta.

Tal vez cortarle los dedos, uno por uno.

Cerré los ojos, imaginándome cada una de esas deliciosas imágenes sangrientas.

Entonces llegó el dolor.

Jarl era metódico en la tortura. La disfrutaba. La forma en que los cuerpos se retorcían y se tensaban por la agonía aumentaba su

brutalidad.

Apreté los párpados y los puños. Cada vez que clavaba el cuchillo se abría una de las cicatrices antiguas de mi vida cuando era el Espectro Sanguinario. El olor fuerte y caliente de la sangre me quemaba en la nariz y me inundaba los pulmones. La bilis me subió hasta la garganta.

Un número infinito de pinchazos, cortes y tajos de diferentes hojas me destrozaron la espalda, los brazos y las piernas. Me cortó un trozo de la oreja y me quemó las palmas de las manos.

Cuando volvió a clavar el cuchillo, mis músculos se sacudieron. Di un respingo y escupí sangre sobre las tablas de madera. La gente se reunía para contemplar el espectáculo, pero reinaba en el patio un silencio enfermizo, cuando lo que todos deseaban eran sollozos y gritos por parte de los torturados.

Pero yo no les iba a dar esa satisfacción.

Jarl se puso delante de mí. Tenía las manos empapadas por la sangre. Con unos movimientos muy estudiados, arrastró la punta de un puñal ensangrentado por cada uno de mis dedos.

—Estás acostumbrado al dolor, pero tu armadura se rompe cuando sufren aquellos que amas, ¿no es cierto? Eso hace que la locura inunde tu mente con una imparable sed de sangre.

Tenía el pelo pegado a la frente por el sudor, pero lo atravesé con la mirada por los huecos que quedaban entre los mechones. Cuchillos. Dientes rotos. Fuego.

Había muchísimas formas de acabar con su vida.

Mis sueños salvajes se hicieron añicos cuando oí gruñir a Sol. Mi hermano se estremeció y apretó los dientes cuando Jarl le aplicó sobre la piel del pecho, lleno de heridas, unos hierros candentes que le dejaron marcados los símbolos de Aguja del Cuervo.

—Sol —dije con voz ahogada.

No sabía si era una reacción al dolor o una respuesta para mí, pero mi hermano negó con la cabeza y yo guardé silencio.

Se oyó un grito. El primero, pero quedó ahogado enseguida. Cuando el segundo latigazo resonó, vi como Gunnar abría la boca y se

encogía. Un Cuervo le azotó de nuevo los antebrazos, una y otra vez. Empezaron a salirle cardenales. El chico cerró los ojos con fuerza y trató de permanecer en silencio.

Sol y yo sabíamos lo que se podía esperar del castillo Aguja del Cuervo. Tal vez Gunnar también, hasta cierto punto, pero Stor Magnus nunca lo había torturado. Lo había aislado, encerrándolo bajo llave lejos de su madre y su padre, pero esta era su primera experiencia con el dolor físico.

Más que por mi hermano y por mí, sufría por el chico. Y eso alimentaba aún más mi ira. Mi cuerpo tiró de las cuerdas que me ataban en un reflejo por intentar interponerme entre él y aquel látigo implacable.

Él podía parar aquello con su magia, hacer que el deseo del Cuervo cambiara, pero nos había prometido que no la revelaría. Seguro que su vida sería peor si revelaba que no era un fae, sino algo completamente diferente.

Entonces la piel de Gunnar se abrió y un fuerte olor impregnó el aire.

No.

El maldito olor de la sangre de los alver; aunque no usara su magia, lo iban a descubrir. Le resbalaba la sangre por las muñecas, goteaba en la mesa y caía sobre las tablas de la tarima. Un olor fétido, pegajoso y tan dulce que resultaba casi enfermizo envolvió a mi sobrino.

El Cuervo se tapó la nariz con el brazo, inspiró con fuerza y volvió a levantar el látigo.

Pero no fue el único en notarlo. A nuestro alrededor, todo el mundo arrugó la nariz, incluso el falso rey.

—¿Ese olor proviene de su sangre?

—Valen —me dijo Sol con esfuerzo. Nadie nos estaba prestando atención, sino que dirigían sus miradas curiosas al muchacho—. Enmascáralo. Hazlo. Por favor.

Sentí una enorme presión en el pecho. Tenía la visión borrosa por la pérdida de sangre, pero miré hacia donde se dirigían los ojos de Sol. Había unos débiles arbustos de la luna rodeando todo el patio.

—La tierra te eligió —murmuró Sol. Tenía la piel muy magullada y llena de heridas, pero no estaba dispuesto a rendirse. El príncipe solar iba a aguantar hasta que se desvaneciera el último hilo de vida que le quedara.

La tierra había elegido a su rey. Una furia lo bastante fuerte como para romper la maldición de mi familia nos había llevado hasta allí.

Pero tenía ligaduras que me impedían usarla.

No había nada que pudiera hacer.

Aunque saber la verdad no me impidió suplicar. En mi mente y mi corazón rogué que, fuera cual fuese la furia con la que los dioses habían impregnado aquella tierra tanto tiempo atrás, esta respondiera a mi llamada. Sol podía matar la tierra, pero yo era capaz de hacerla florecer.

Mi cuerpo se tensó. La furia que tenía en las venas ardió. Dejé escapar un grito de frustración mientras luchaba contra esas ligaduras y suplicaba poder trasmitir aunque fuera solo un destello de mi poder. Podía sobrevivir a la tortura, pero eso, el dolor de rebuscar entre la magia más feroz para encontrar un hilo al que aferrarme a pesar de los grilletes de mis muñecas, me dejó sin energía más rápido que cualquier otra cosa, y también sin voluntad para seguir despierto.

No sé cuánto tiempo pasó hasta que mi cuerpo ya no pudo más.

Hundí la barbilla. De repente se oyeron exclamaciones y el corazón me martilleó contra las costillas demasiado rápido y fuerte. En medio del aturdimiento, me llegó la voz aguda de una mujer, que se elevaba sobre los ruidos de la multitud.

—¡Por todos los dioses, mirad!

—Por todos los infiernos.

Más voces se unieron, pero yo las oí como si entre ellas y yo hubiera un muro de agua.

Pasara lo que pasase, para mí entonces era más importante el sueño. O la muerte. Me venía bien cualquiera de los dos. Las piernas ya no pudieron seguir sosteniéndome. Me dejé caer y las cuerdas que me sujetaban las muñecas tiraron de mis articulaciones con violencia cuando todo el peso de mi cuerpo cayó hacia delante.

—¡Tenéis delante al verdadero rey! —rugió la voz de Sol—. ¡Arrodillaos ante el rey elegido por los dioses!

—Que se calle —ordenó Jarl con los dientes apretados.

Logré abrir un ojo, solo una rendija.

La tarima ya no estaba igual. Las mesas con los instrumentos, las cuerdas que nos ataban y toda la extensión de las tablas empapadas en sangre estaban cubiertas por las ramas de los arbustos de la luna plateados que se movían, crecían y florecían.

Como unos dedos retorcidos, esas ramas siguieron extendiéndose y se tragaron el potro. Envolvieron todas las superficies de madera, las mesas, los postes. Otras, cubiertas de espinas, engulleron el lugar donde estaban los instrumentos y cubrieron por completo los cuchillos y todo lo demás, volviéndolos inalcanzables.

Todas las flores se abrieron para revelar todo su esplendor y llenaron el aire con su olor dulce y lechoso, que enmascaró el de la sangre de Gunnar. Y todas esas flores apuntaron hacia el lugar en el que yo seguía luchando por mantenerme consciente.

Un Cuervo se acercó a Sol y le metió en la boca un trozo de tela sucio para amordazarlo.

Calder y Runa estaban junto a la tarima, contemplando aquel espectáculo de la furia que, sin duda, toda su gente estaba presenciando también en medio de una absoluta incredulidad.

Yo sonreí, o al menos lo intenté.

—¡Matad las plantas! —La orden implacable de Calder resonó en la tarima—. Y dejadlos ahí esta noche. No les curéis las heridas.

Los momentos posteriores fueron confusos. Los Cuervos echaron una sustancia negra como la tinta sobre las ramas; el veneno manipulado que habían obtenido de Sol mediante tortura.

Enseguida los arbustos retrocedieron, se encogieron, y las flores murieron. Otros guardias sacaron a la gente de la plaza, ordenándoles que continuaran con sus cosas. Jarl consiguió sacar los instrumentos de debajo de las ramas espinosas muertas. Antes de irse, murmuró:

—Hasta mañana, príncipe de la noche.

Entonces me dio una bofetada que provocó que se me clavaran los dientes en la mejilla, y más sangre se añadió a la que ya goteaba de mi barbilla.

Pero cuando todo acabó y nos dejaron allí, sangrando y doloridos, logré encontrar un poco de paz y pude al fin descansar.

Mi cuerpo se estremeció y, cuando parpadeé y abrí los ojos, vi que estaba oscuro. Los vientos gélidos que venían desde la cordillera del norte nos azotaban con fuerza. Un escalofrío me recorrió la columna.

—Sol —llamé con voz quebrada.

Él gruñó. Estaba vivo. Gunnar se sacudió y me miró con ojos de dolor. Vivos. Todos respirábamos aún.

Intenté levantarme y dejar de estar de rodillas, pero la piel destrozada de los hombros y la espalda se quejó. Con una mueca de dolor probé a dejar más peso en las rodillas para quitárselo a los brazos atados. Tenía sangre seca pegada a los labios y un sabor horrible en la boca. Por todos los infiernos, lo que daría por un poco de agua.

—Apártate, niño. —Un Cuervo se alejó un poco de la tarima con una mano extendida—. Vete a tu casa.

—Solo quiero verlo. Es que lo odio mucho. Muchísimo.

¿Se habían reído los Cuervos? ¿O era más bien que se burlaban de quienquiera que se hubiera acercado?

—A nosotros nos pasa lo mismo, hijo, pero eso no cambia nada. —El brillo del acero al sacarlo de su funda me ayudó a enfocar mejor —. He dicho que te apartes.

Había tres niños junto al guardia. La verdad era que pensé que estaba viendo visiones, pero no, realmente estaban allí y eran valientes. Por lo que vi, pretendían tirarnos fruta podrida.

—Déjeme que le tire una, *Herr,* por favor. Solo una —pidió el niño de nuevo.

Los Cuervos que rodeaban la tarima se echaron a reír otra vez e

intentaron espantar a los chiquillos, pero ellos no cedieron.

—¿Es que no oís? —Con cierta frustración, el guardia que estaba más cerca de los niños se fue a por ellos, pero de pronto soltó un aullido de dolor.

Cayó al suelo, agarrándose la pierna. Los otros tres Cuervos corrieron en su ayuda.

—*Herr,* debería tener más cuidado. Un mal paso y se puede romper un hueso —dijo el niño con una sonrisa pícara. Era más pálido que la luz de la luna y tenía el pelo como el ala de un cuervo.

Los guardias rodearon a su compañero, distracción que les dio una oportunidad a los tres mocosos para acercarse a la tarima. Me preparé para la basura podrida que al parecer querían tirarnos, pero lo que hizo el niño descarado fue arrodillarse delante de mí.

—Pronto, mi rey…

Conocía esa voz.

—¿Ellis?

El niño me miró a los ojos. Cuando me puso en la mano un trozo de pergamino y lo que parecía una nuez tostada, apareció en su cara una sonrisa llena de picardía.

—No hay tiempo para explicaciones. Cómete esto.

Antes de que tuviera tiempo de decir nada, el niño me puso la nuez en los labios y me obligó a abrir la boca.

—Mastica.

Tosí e intenté tragar. Noté un sabor amargo y desagradable que se extendía por la garganta y la lengua.

—Bien —dijo Ellis—. Cuando empiece, asegúrate de que vuelven a encerraros en la habitación de la torre.

—¿Cuando empiece? Ellis, ¿qué…?

Un silbido del niño pálido hizo que Ellis se pusiera de pie de nuevo.

—No vas a pasar una buena noche, rey Valen, pero la reina está

en camino. Un pensamiento agradable para ti, supongo.

—Vamos. —El otro niño tiró del brazo de Ellis. No lo conocía, pero se paró un segundo para mirarme a los ojos—. Espero que vivas. Quiero ver cómo tu mesmer abre la tierra.

¿Mesmer? Un alver. ¿Elise se había aliado con unos alver?

Pero se fueron antes de que pudiera preguntarles. Unos cuantos Cuervos les gritaron cuando les vieron correr, pero, ante los gemidos del guardia herido, optaron por dejar que los niños se fueran y no perseguirlos.

Sentí un hormigueo en la piel y un calor febril. Sacudí la cabeza para apartar la sensación y agarré el pergamino con los dedos hasta que logré leer las pocas palabras que contenía. Entonces mis labios formaron una sonrisa.

Nos encontraremos en el campo de batalla, mi amor.

E.

—Valen, ¿qué dice? —La voz débil de Sol interrumpió el silencio de la noche.

—La sangre ha emitido su llamada —contesté con voz grave— y nuestra gente ha respondido.

Capítulo veinticinco



La princesa rebelde

El rugido de la guerra resonaba en todas las casas de Ruskig.

Para algunos significaba dolor, muerte y miedo. Pero yo lo recibía con los brazos abiertos. Caminaba con más confianza y tenía más ganas de seguir adelante de las que me hubiera atrevido a imaginar. Entre los árboles, justo al otro lado de los muros que nos protegían, la piedra acariciaba el acero en medio de la oscuridad mientras los hombres y las mujeres afilaban sus armas. La pesada madera emitió un ruido seco cuando Casper, Stieg y Ari trasladaron las pilas de escudos para repartirlos entre los guerreros que iban a pie.

Incluso los olores que llenaban el aire eran diferentes.

En vez del fresco aroma del bosque, lo que flotaba en el ambiente era el olor del humo por las pequeñas ofrendas que la gente les hacía a los dioses. También se percibía el del espeso kohl con que nos pintábamos, el del sudor e incluso un toque de miedo; todo eso enmascaraba el perfume de la lluvia que acababa de caer sobre las hojas y la tierra.

Desde nuestra posición estratégica, se veían sobre la colina las luces lejanas del castillo Aguja del Cuervo.

Apreté la mano alrededor de la empuñadura de las hachas de Valen. Pronto se las devolvería. Aquel era el único plan que despertaba la adrenalina que necesitaba para llevar a cabo todo aquello. Estaba muy bien armada y lista para enfrentarme al camino que me deparara el destino. Llevaba las dos dagas, Hielo y Cenizas, que nos regalaron en nuestra boda, en sus fundas en la parte de atrás de la cintura, las hachas de Valen delante y una espada corta en la cadera izquierda.

A mi espalda, Halvar, Brant y Kari dirigían a los guerreros para que ocuparan sus posiciones: arqueros, guerreros de infantería y los que se iban a aproximar por el río para bloquear la parte de atrás de Aguja del Cuervo. Niklas hablaba con uno de sus Falkyn, un hombre alto con el pelo rubio con un reflejo pelirrojo. El Falkyn le estrechó el antebrazo al marido de Junius, asintió y se volvió hacia el resto de la hermandad.

Los alver iban a luchar con nosotros. Utilizarían su extraña magia. Yo no sabía si su deseo de participar provenía de su amor por la batalla o de la lealtad hacia los líderes de sus hermandades.

—Nuestra lucha es la misma. —La voz grave y oscura me sobresaltó.

El Terror Nocturno había aparecido a mi lado. Tenía los ojos delineados con kohl y unas rayas rojas y negras pintadas en la cara, de arriba abajo. Llevaba puesta la capucha y unas sombras tenues lo envolvían como una capa oscura y etérea.

—¿Cómo dices?

Señaló a las hermandades de alver, que preparaban sus armas.

—Parecías intrigada. Y he asumido que estabas preguntándote otra vez por qué estamos aquí, arriesgando nuestros pescuezos por una gente que no conocemos, en una lucha que no se produce en nuestra tierra.

—Eres muy perspicaz, Terror Nocturno. ¿Qué quieres decir con que nuestra lucha es la misma?

Apoyó un pie en un tronco caído y descansó los codos sobre la rodilla elevada mientras contemplaba la noche.

—Esto se reduce a que una gente estúpida teme la magia de esta tierra y por eso intenta ahogarla. O, en el caso de tu reino, robárosla para mantenerse en el trono. Pasa lo mismo en el lugar de donde yo vengo.

—Con vuestro poder para destruir los cuerpos, no sé cómo los alver no habéis podido gobernar Oriente.

Él frunció el ceño.

—Con vuestros poderes para destrozar montañas, empujar mareas y controlar la tierra que pisamos, no sé cómo los habitantes de la noche no habéis recuperado el trono mucho antes.

Tenía razón.

—¿Tenéis unos líderes que persiguen a los que tienen magia?

El Terror Nocturno se miró las uñas, aunque dudaba que le interesaran lo más mínimo. Al menos había aprendido una cosa sobre

aquel hombre: no le gustaba hablar de su tierra natal si no creía que fuera necesario.

—En mi hogar, el mesmer, la magia, se ha convertido en un negocio boyante y lucrativo. Y no te equivoques, también hay alver en puestos de poder. Pero comercian, manipulan y torturan a su propia gente a plena vista. El mesmer se estudia, como vuestra furia, pero también se venera como una retorcida forma de entretenimiento que sirve para hacer ricos a aquellos que lo poseen y darles el poder para encontrar una forma de aprovechar los dones que otorgan las Parcas del destino.

Arrugué la frente.

—¿Eso es lo que crees? ¿Que las Nornas del destino son las que conceden los poderes en nuestro mundo?

—Yo no les presto atención a unos seres místicos que ignoran los gritos de auxilio de su gente. —Me miró—. Pero si lo hiciera, la verdad es que tiene sentido. Durante siglos se ha estudiado, torturado y explotado a los seres mágicos para robarles la posibilidad de controlar el destino, y eso no va a dejar de hacerse.

—Nosotros podemos hacer que termine. Aquí. Hoy.

Se rio y volvió a mirar hacia la noche.

—Tal vez en tu mundo. Espero que aquí triunfen los fae, que reine la magia en tu tierra. Pero no tengo mucha esperanza de que eso llegue a ocurrir en Oriente.

—¿Y qué batalla libráis allí? ¿Contra qué lucháis?

«Tu batalla termina cuando la suya comience.»

No me quedaban dudas de que el Terror Nocturno no creía en la profecía de Calista. Pero había momentos en que su mirada se volvía distante y parecía que pensaba en algo que no estaba dispuesto a decir en voz alta. Como si supiera más de lo que quería revelar sobre por qué se había visto envuelto en esa lucha. Cuando fijó sus ojos en mí, su mirada era intensa.

—El Masque av Aska.

—¿El qué?

—¿Has oído alguna vez la historia de las cuatro reinas?

El estómago me dio un vuelco. ¿No le había escrito Lilianna algo sobre las cuatro reinas a su amiga misteriosa?

—No —admití—. No sé de qué se trata.

—Es una historia tradicional. Las cuatro reinas que algún día restaurarán el equilibrio de los dones del destino: libertad de elección, devoción, honor y astucia.

—¿Esos son los dones del destino?

—La tradición hace que las retorcidas Nornas parezcan buenas, ¿verdad? —Sonrió, burlón—. Según la historia, esas reinas son las gobernantes legítimas elegidas por los dioses, por así decirlo. En Oriente, cada órbita, los alver se convierten en actores de un gran festival que se celebra para conmemorar la leyenda. Se dice que a cada don le corresponde una reliquia o una señal que demostrará que ha llegado al poder la verdadera reina. Tal vez sea algo tan sencillo como el florecimiento de una tierra yerma.

Abrí mucho los ojos cuando señaló unas cuantas flores de arbusto de la luna. No me había dado cuenta, pero sus pétalos plateados apuntaban… hacia mí.

El Terror Nocturno chasqueó la lengua y continuó:

—Nuestros ricos lo han convertido en un concurso al que las mujeres pueden presentarse para realizar una tarea y, si tienen éxito, entonces es que el mundo estará ante la reina de la leyenda.

—Supongo que nadie lo ha conseguido.

—Supones bien. —Cambió el peso de un pie a otro e hizo crujir los nudillos.

Eso lo ponía nervioso y quería entender por qué. El Terror Nocturno tenía muchos secretos, pero aquella conversación parecía la más incómoda para él de todas las que habíamos tenido desde que llegó.

—Si nadie gana, ¿por qué continúa celebrándose el festival? —pregunté.

—Porque se ha convertido en una gran celebración. Una hermosa

pesadilla. Con el paso de las órbitas empezó a difundirse la creencia de que las mujeres que tengan un mesmer más fuerte y único podrían ser las que algún día consiguieran la corona. Así que secuestran y controlan a los alver, convirtiéndolos en marionetas en una celebración de ricos. A primera vista parece que los adoran, que ellos disfrutan, pero los alver que acaban ahí es porque se han convertido en perros fieles que matarían por sus amos.

»En nuestro reino no reina nadie en realidad. Está compuesto por cuatro regiones, cada una dirigida por personas con diferentes niveles de avaricia. Igual que aquí, todos luchan por el trono, pero no de la misma forma. Allí se esfuerzan por que siga vacío. Esas historias tradicionales antiguas y las profecías infunden mucho miedo en cuanto a lo que pasará si uno de nuestros alver únicos se hace con el trono. ¿Y cuál es la mejor forma de evitar que eso ocurra?

—¿Matarlos?

Encogió un hombro.

—Esa es una forma, sí. Pero en Oriente han descubierto que es más lucrativo utilizar a esos extraños alver para engordar sus monederos.

—Podríais rebelaros, como hemos hecho nosotros. Acabar con ese comercio.

—Nuestra tierra no es como esta, donde la división entre los habitantes de la noche y los que ostentan el poder es muy evidente. Esta es una batalla entre los seres mágicos y los mortales, ¿no? En el lugar de donde vengo, los que tienen magia luchan contra otros con magia. Los perros fieles que matarían por sus amos, como ya te he dicho. Si un alver quiere tener una vida, aunque no sea plena, sino solo a medias, lo mejor que puede hacer es permanecer en la clandestinidad rodeado de ladrones como nosotros.

—¿Por eso has venido a luchar aquí?

Una sonrisa apareció en sus labios.

—No vamos a ganar en nuestra tierra, pero tal vez podamos ayudar a liberar parte de la magia del destino para nuestra gente. Quizás algunos puedan vivir en paz, algo que nosotros nunca hemos conocido. Y —se quedó callado un momento y después continuó—, como no deja de decir Junius, siempre es útil tener a un rey y una reina como aliados.

Como estábamos en un momento de relativa calma, casi sonreí y estuve a punto de atreverme a preguntarle qué sabía del amante de Herja, pero nos interrumpió un carraspeo.

—Reina Elise —Stave estaba delante de nosotros, vestido de guerrero de la cabeza a los pies—, vamos a empezar. Los alver se están preparando para marcharse.

Asentí, y Stave se fue enseguida.

—Te teme —murmuró el Terror Nocturno.

—Eso está bien —contesté mientras me ajustaba el cinto.

—Más que los demás. —Las sombras de sus ojos se hicieron más profundas—. Teme que la muerte venga de tu mano.

—En el pasado era leal solo a mi marido, a mí no.

El Terror Nocturno entornó los ojos.

—¿Quieres que convierta su miedo en realidad? Todo terminará muy rápido.

Me reí entre dientes.

—No. Yo ya le dejé las cosas claras a Stave, y dudo que sea tan imbécil como para volver a mostrarse desleal con su reina. —Lo miré mientras nos acercábamos al centro, donde estaba todo el mundo—. ¿De verdad puedes matar a alguien basándote en sus miedos?

—Puedo hacer muchas más cosas que matar. —Las sombras que lo acompañaban se volvieron más densas. La oscuridad era tan potente que casi notaba su sabor en la boca. Entonces retrocedieron—. Ilusiones: el único don que parece vincular a todos los que tienen magia en los diferentes reinos.

—Siempre había creído que era un don exclusivo de los fae.

—Supongo que tanto en Meridión como en Occidente, en todas partes, hay magia que produce ilusiones. Y yo también puedo utilizarlas, dado que mi poder se basa en el miedo. Por ejemplo, aquí la gente le teme a la oscuridad, así que las sombras aparecen por una ilusión. He derrumbado edificios y creado visiones monstruosas. La muerte es un miedo que siempre está presente, y es el más sencillo de utilizar.

—Pues me alegro de que estés de nuestro lado, Terror Nocturno.

Él agachó la cabeza. Para cuando llegamos junto a los demás al claro, el dorado de sus ojos había desaparecido porque se lo había tragado la oscuridad más profunda.

Junius y Niklas estaban terminando de atar unas bolsitas a sus cinturones. Seguro que estaban llenas de algún tipo de poción preparada por Niklas. Ella me había asegurado muchas veces que su magia era impresionante y que él era más que un creador de venenos. Y yo rezaba por que pudiera demostrarlo pronto.

Ellis, Ash y Hanna habían regresado horas antes. Los dos niños no dejaban de repetirle a Niklas lo que le habían dicho a Valen, casi como si los Falkyn necesitaran esa imagen una y otra vez para poder dirigirse mejor hasta donde estaba mi marido.

Yo sentía una presión en el corazón. Los niños a veces no entendían la necesidad de la sutileza, y la gráfica descripción de Ellis sobre el estado del príncipe de la noche había provocado que vomitara cuando no me veía nadie.

Pero después contaron lo que había hecho con los arbustos de la luna.

La tierra había elegido a Valen Ferus y le había respondido incluso aunque estaba lleno de ligaduras y sangrando por todas partes. Tenía que creer que nos apoyaría en esto también.

—¿Preparados? —Miré a Junius. Iba vestida con una especie de toga oscura, pero debajo se había puesto un vestido de lana sencillo.

Junius me cogió la mano y me la apretó.

—Estamos listos. Esperad nuestras señales, Elise.

Asentí y miré a las caras de los guerreros que me rodeaban.

—Nuestros amigos van a liberar a nuestro rey. Estaremos cerca para darle la bienvenida con las espadas en alto para luchar por él y por nuestra gente.

Las armas golpearon los escudos. Parpadeé porque tenía los ojos llenos de lágrimas y busqué con la mirada a los que más quería, por si aquella era la última vez que los veía. Mattis le ajustó el cinto a Siv y después le dio un beso en la palma. Kari tenía las manos a ambos

lados de la cara de Halvar y él le susurró algo que le arrancó una sonrisa. Stieg, Casper y Brant quemaban unas runas dirigidas a los dioses.

Ari estaba de pie junto a Tor, ambos asegurando bien sus armas. Me guiñó un ojo, pero no sonrió.

Yo me acerqué a Herja. La princesa de Etta estaba formidable. Había cubierto su esbelta figura de negro, se había trenzado el pelo para apartárselo de la cara y llevaba más cuchillos que nadie.

El corazón se me encogió cuando se agachó delante de Laila. Los ojos de la niña estaban llenos de unas lágrimas gruesas y su madre le limpió las mejillas infantiles con las manos y la besó para disipar sus miedos.

El Terror Nocturno miró a la niña y después a los dos niños que estaban a su lado.

—Ash, Hanna, cuidad de los pequeños de esta tierra, ¿vale?

—Podemos luchar —aseguró Ash con un mohín de enfado. Hanna asintió en silencio.

El Terror Nocturno pareció a punto de sonreír, pero se contuvo como pudo.

—¿Y quién dice que no vais a luchar? ¿Qué es lo que os digo siempre?

Ash les dio una patada a unas piedrecitas, retorciéndose los dedos una y otra vez.

—Que hay que estar preparado para cualquier cosa.

—Y es cierto. Estadlo. Tenéis sobre los hombros el peso de proteger a los hijos de esta gente. ¿Los vais a decepcionar?

A mí me parecía mucha responsabilidad para cargársela a esos niños, pero Ash hinchó el pecho delgado e hizo girar un cuchillo negro entre sus dedos hábiles.

—No.

Ellis, Laila y los otros niños de Ruskig se iban a quedar al cuidado del patriarca Klok, de Ash, de Hanna y de las personas que no podían empuñar un arma. Permanecerían tras los muros, y si les llegaba la

señal, abandonarían el reino del norte en los barcos que esperaban en la orilla.

Y, por todos los dioses, yo esperaba que esa señal no llegara nunca. Coger los barcos significaría solo una cosa: que habíamos fracasado.

Herja le dio un último beso en la frente a Laila antes de que ella volviera entre los árboles con los demás niños y desapareciera en medio de la noche. Le puse una mano en el brazo. Ella me miró y asintió.

—Esta noche recuperaremos a nuestro rey.

—Y nuestro reino.

El Terror Nocturno apareció a mi lado otra vez.

—Tus unidades ya han salido hacia el río, los arqueros van de camino a las cumbres y Junius, Tova y Niklas salen ahora mismo.

—Es la hora —murmuré, y mis entrañas se volvieron de piedra.

—¿Lista, reina?

Miré al Terror Nocturno. Aquella pregunta tan simple tenía una docena de respuestas. Sonreí con malicia.

—Estoy lista desde hace mucho tiempo.

Agarré mi espada, preparada para ocupar mi posición con el resto de la infantería.

Íbamos a entrar al asalto en Aguja del Cuervo. Causaríamos la mayor cantidad de muerte posible y derramaríamos toda la sangre que pudiéramos. Me reuniría con Valen allí. Un batalla entre nuestra distinta gente que volvería a unir mi corazón con el suyo.

El destino me había llevado hasta allí, y había llegado la hora de enfrentarme a los planes retorcidos que tenía guardados para mí.

Capítulo veintiséis



El príncipe de la noche

La fiebre devoró mi cuerpo durante toda la noche. Tenía dolores, espasmos y delirios. Gemía y deseaba que los crueles dioses acabaran con mi vida allí mismo. Pero me aferré con todas mis fuerzas a las palabras de Ellis: la reina estaba en camino.

Elise. Necesitaba verla al menos una vez más antes de irme al Otro Mundo. Todavía había muchas cosas que necesitaba decirle.

El impacto de una bota contra mis costillas hizo que un relámpago de dolor me recorriera la columna.

Jarl Magnus estaba de pie a mi lado; en la mano llevaba el cuchillo que había utilizado para cortar las cuerdas que me ataban las muñecas.

Durante la noche, la escarcha había cubierto el suelo y las tablas pegajosas de la tarima. Aun consumido por la fiebre y, sin duda, agonizando, solo con verlo sentí que una ira cegadora me corría por las venas.

—Parece que tiene un pie en los infiernos.

—¿Te preocupa? —dije con voz quebrada, intentando levantar la cabeza, pero era un esfuerzo demasiado grande. Cerré los ojos y dejé que las tablas frías y ensangrentadas de la tarima me refrescaran la piel.

—Traed a los *medik*. —Jarl soltó una carcajada cruel—. Y subidlos a la torre. No podemos dejar que mueran. Todavía.

Jarl les hizo un gesto a los Cuervos para que se ocuparan de nosotros. Fue necesaria una docena de guardias para arrastrar nuestros cuerpos maltrechos y congelados hasta el calor de la parte superior de la torre. Íbamos todo el tiempo tropezando. Yo no podía fijarme en un solo punto; todo giraba a mi alrededor en un torbellino de niebla y oscuridad. Cuando por fin nos dejaron tirados en la habitación de la parte más alta a la espera de reunirnos con el rey, Sol se acercó a mí como pudo.

—Valen. —Me rodeó los hombros con el brazo—. Por todos los dioses, estás ardiendo. Maldita sea, ¿desde cuándo pesas tanto?

Estuve a punto de echarme a reír.

—¿Tienes celos de mi fuerza, hermano?

—Ni los más mínimos.

Sol me tumbó sobre las pieles que cubrían la cama y me enjugó la frente con la suavidad que se podía esperar de un hombre que había vivido durante siglos sumido en la locura.

—¿Sobrevivirá? —La voz de Gunnar sonaba débil, preocupada.

—Sí —contestó Sol con seguridad—. Una fiebre no puede acabar con el príncipe de la noche.

Fruncí el ceño y noté que la habitación no paraba de girar.

—Creo que puedo decir que Ellis me ha envenenado.

Sol apretó la mandíbula mientras me cubría con las pieles para intentar que mi cuerpo ardiente dejara de temblar.

Para cuando el sol dejó paso a la noche, la fiebre había empeorado. Los Cuervos nos dejaron allí solos, no nos trajeron a los *medik* timoranos. Otra forma de tortura.

—No te mueras, Valen —murmuró Sol contra mi mejilla.

En algún momento, empapado de sudor y a pesar de los escalofríos constantes, debí de quedarme dormido. Al oír a mi hermano, sonreí con los labios secos y una risa débil salió con dificultad de mi garganta.

—Si me muero, dile a todo el mundo que fue en una batalla magnífica y que lo hice para salvar tu vida.

Sol y Gunnar se inclinaron sobre mí. Mi sobrino estaba pálido y tenía sangre seca en los brazos por los latigazos, cuyas marcas estaban hinchadas y muy rojas. Pero los ojos de Sol brillaban como el cielo en una mañana de verano.

—Mejor, le diré a todo el mundo que lo hiciste gimiendo en tu cama.

—No te atreverás.

—Sabes que sí.

Volví a reír muy débilmente, pero era una risa un poco delirante.

—¿Por qué os parece gracioso? —Gunnar caminaba arriba y abajo sin parar al lado de la cama—. No puedes morirte. No. —Se le quebró la voz.

—Anda, Valen, creo que tu sobrino te ha cogido cariño.

Me estremecí otra vez y sentí un enorme aturdimiento, pero me obligué a sonreír.

—Muchacho, cuando nosotros dejemos de provocarnos el uno al otro, entonces tendrás que preocuparte en serio, porque será verdad que uno de los dos se estará muriendo.

Era cierto. Durante las invasiones, los únicos momentos en que temí de verdad por Sol fueron cuando dejaba de meterse conmigo y, en cambio, me elogiaba. Eso significaba que creía que le quedaba poco tiempo.

Se oyó el ruido del cierre de la puerta, lo que provocó que toda conversación muriera enseguida. Sol se plantó, protector, delante de la cama cuando entraron dos Cuervos seguidos de otras dos personas: una mujer con una sucia falda de lana y un delantal y un hombre con una pipa, una bolsa de tela muy llena y una lengua afilada con la que estaba recriminando a los dos guardias.

—Lo único que digo es que deberíais haber ido a buscarnos mucho antes. No hago milagros, y si él ya está casi en el Otro Mundo, solo podré desearle lo mejor. La próxima vez, será mucho mejor que nos llaméis antes de que empiecen los escalofríos.

El Cuervo apretó los labios.

—Haz lo que tengas que hacer, *medik*. Pero rápido.

El hombre con la pipa se levantó un poco la gorra plana que llevaba y puso la bolsa en el borde de la cama. Tenía los ojos marrón oscuro, como la tierra recién removida. Extraños. No era timorano. Y tenía un leve acento que no lograba identificar.

—Está fatal. —El *medik* dejó escapar un largo suspiro y después

unió las manos—. Pues no hay tiempo que perder.

Yo no confiaba en los *medik* timoranos, pero no tenía ni ganas ni energía para pelearme con ellos. Y tampoco es que Sol me lo hubiera permitido.

Pero el *medik* no se acercó a mí. En medio de la neblina que me producía la fiebre, vi con horror, y tal vez también con asombro, cómo el médico ladeaba el cuello para hacerlo crujir y después se lanzaba a por los dos Cuervos.

Con un hábil movimiento, le giró bruscamente la cabeza a uno de los guardias hasta que sus vértebras crujieron con un sonido definitivo, y el cuerpo del guardia cayó inerte al suelo. En el mismo instante, apareció una daga plateada en la mano de la mujer, que enseguida quedó hundida en la garganta del segundo Cuervo.

Ella lo observó mientras se ahogaba con su propia sangre.

El *medik* inspiró hondo, sonriendo con violencia.

—Muy bien, Tova.

Sol se colocó delante de la cama y Gunnar se puso tenso.

—Apartaos.

Aquel *medik,* que yo, incluso con la mente arrasada por la fiebre, ya me había dado cuenta de que no tenía nada de curandero, se echó a reír.

—Si quieres que contrarreste el efecto del elixir y así él se sienta un poco mejor, creo que será mejor que haga lo contrario de lo que me pides y me acerque.

Sol no cedió.

Con un suspiro de irritación, el hombre ladeó la cabeza de nuevo.

—¿Es que le tenías un cariño especial a esos guardias? Mis disculpas si así era, pero creí que con eso demostraría que no hemos venido para haceros daño, sino más bien para ayudaros.

Sol los miró con suspicacia, pero se quitó de en medio. Aunque solo un poco. Permaneció cerca mientras el hombre sacaba un vial de su cinturón. La mujer fue hasta la ventana, utilizó un trozo de cristal para reflejar la luz de la luna y después lo movió de izquierda a

derecha.

Levanté la cabeza como pude. De repente se arrancó el delantal y se quitó el vestido. Debajo llevaba una túnica moteada y pantalones negros. Tenía otras dos dagas sujetas a la pierna y un arco colgado a la espalda. Cuando nos miró, me fijé al instante en sus ojos felinos muy verdes.

—La sirvienta —murmuré, aunque no sabía si lo había hecho en voz alta o en mi mente.

—Sigue lúcido —dijo ella—. Apártate, tenemos que curarlo lo más rápido posible. Por todos los infiernos, Niklas, ¿cuánto le has administrado?

—Oh, perdona —contestó con indignación el hombre que se llamaba Niklas—. No sabía su estatura, tuve que hacerlo a ojo. Y me imaginé casi un gigante, me temo.

—No os voy a permitir tocar a mi hermano hasta que sepa qué y quiénes sois —advirtió Sol con los dientes apretados.

—Si nos haces un corte, notarás un olor muy parecido al suyo —respondió la mujer, y señaló a Gunnar. Pasó junto a Sol y se subió a la cama por el otro lado.

—¿Alver?

—Sí —confirmó Niklas—. ¿Cómo vas con tu mesmer, muchacho? ¿Te produce mucho dolor?

Gunnar dudó, pero por fin asintió.

Niklas buscó en la bolsa y le tiró un frasquito.

—Tómate esto. Te ayudará a mantenerte concentrado y calmará el dolor. Te daré más cuando esto acabe. Me temo que los de tu tipo, que juegan con la mente, tienen que aguantar unos dolores de cabeza terribles.

—¿Qué es? —quiso saber el chico.

—Unas hierbas especiales, unas cuantas raíces machacadas y un montón de *brän.* —Le dio una palmadita en el hombro a Gunnar—. Bébetelo y así te emborracharás un poco.

Me reí bajito al recordar cuando era Legion Grey y le di a probar

a Elise aquella bebida tan fuerte. Todavía no conocía mi verdadero nombre, pero era uno de los primeros recuerdos que tenía de cuando me sorprendió darme cuenta de cuánto me gustaba estar en compañía de la *Kvinna*.

La mujer se situó a mi espalda, colocó una rodilla bajo mi cadera y me empujó para que me tumbara de lado. Soltó una maldición.

—Se han ensañado contigo.

—Céntrate en eso, Tova —pidió Niklas—. Voy a sacarle el veneno de *ettrig*. Te encontrarás mejor enseguida, rey. —Me dio una palmadita en el hombro y me acercó a la nariz un vial con una sustancia turbia del que salía humo—. El viejo Bevan te manda recuerdos.

—Espera —lo interrumpió Sol—. Decidme cómo os habéis podido hacer pasar por *medik*.

—No es complicado —explicó Niklas sin levantar la vista—. Te sorprendería saber lo que se puede conseguir sobornando a unas cuantas personas avariciosas. ¿Crees que los *medik* disfrutan curándoles las heridas a los que torturan en Aguja del Cuervo? Le di a uno de ellos unas monedas y no tuvo el más mínimo problema en darme su bata.

Tenía recursos. Y resultaba fascinante. Sin derramar sangre, solo pura astucia.

El olor característico de hojas de arce y acero pulido despertó mi cerebro y puso en alerta todos mis sentidos. Tosí, y el calor que sentí en los pulmones acabó con la fiebre, aunque de una forma horrible. Algo salió de mi piel con un siseo. Se formaron unas nubes venenosas de humo blanco que salían de mis poros y se llevaban con ellas los dolores, el aturdimiento y la enfermedad.

¿Qué había dicho aquel hombre? ¿Había mencionado a Bevan?

—¿Eres un elixista? —pregunté con la voz áspera. El anciano había utilizado su talento muchas veces para ayudarme con la maldición. Él me dijo que a los de su tipo los llamaban así.

—Eso es, rey de los fae. Y uno muy bueno además, la verdad.

La mujer se rio, burlona, mientras me tocaba con suavidad la espalda.

—Tú eres el único que dice eso.

—No es verdad. —Se rascó la barbilla—. Junie cree que soy magnífico, y me lo dice mucho.

—Junius. —Me incorporé bruscamente y me apoyé en un codo.

—Quieto —ordenó la mujer.

La ignoré.

—¿Conoces a Junius?

—Un poco sí. —Se tocó la gorra—. Niklas Tjuv. Te debo un profundo agradecimiento por contribuir a que mi mujer siga con vida. —Niklas se irguió y miró a la mujer de los ojos felinos—. ¿Qué te parece, Tova?

—No me vendría mal un poco de ayuda con las heridas.

Grité cuando me tocó en algunos lugares y noté que la piel me tiraba hacia el centro de la espalda. Era como si un centenar de agujas minúsculas con su hilo me estuvieran cosiendo la piel.

—¿Qué haces?

—Curarte —gruñó—. Pero tengo que reconocer que mis habilidades con mi mesmer son limitadas.

Hice una mueca de dolor y me estremecí por la extraña sensación de tirantez de la piel que se estaba reparando con rapidez. Mientras Tova continuaba, miré a Niklas.

—¿Dónde está Elise?

—Ah, si tu reina está en su posición, enseguida estará declarándole la guerra a este maldito castillo.

Sol se puso tenso.

—¿Ya vienen? ¿Esta noche?

—Oh, sí.

Niklas hablaba como si nada lo perturbara y todo fuera divertido. Tal vez lo hacía para animarnos a nosotros; era tan bueno matando como cualquier otro, y si le gustaba sonreír al hacerlo, perfecto.

—Valen, debemos ir a la tumba.

Ya no sentía dolor en la piel y me aparté antes de que Tova me diera permiso.

—Cúrale los brazos a Gunnar.

—No. —El muchacho se apartó—. Esto no es algo que desee olvidar. Quiero recordar a la gente que le hizo daño a mi *Maj.* Pero si me das ese arco, no fallaré. —Señaló el que llevaba Tova a la espalda.

—Tiene mucha confianza en su habilidad —explicó Sol.

Mi hermano no se negó a que lo curara y aceptó una pasta de olor fuerte que le dio Niklas para las quemaduras y los hematomas del pecho y las costillas.

—Tú también la tendrás cuando me veas —aseguró Gunnar sonriendo, y vi algo de la picardía de Herja en él.

Solo había dado un paso cuando un ruido atronador hizo estremecer las paredes de la torre y todo el patio.

—Esa debe de ser Junie. —Niklas juntó las manos—. Tenemos que irnos, rey. La guerra está a punto de empezar.

—¿Qué ha sido eso? —Fui detrás de Niklas, que recogió su bolsa.

—Elixir en polvo. Combustible, pero necesitábamos algo que diera una señal, así que ¿por qué no aprovechar y destrozar esas condenadas puertas ya que estábamos? —Se rio y buscó en la bolsa—. Tu preciosa reina ha pensado que te gustaría contar con estas.

Noté una presión en el pecho cuando sacó mis hachas. Las cogí con reverencia y noté calor en las palmas. Niklas le dio a Sol una espada y una daga. Tova le pasó a Gunnar su arco y las flechas y el chico probó la cuerda, sonriendo.

Una conmoción que se produjo fuera de la torre nos devolvió al momento presente. Niklas frunció el ceño por primera vez.

—Los guardias sospecharán de nosotros. Tenemos que irnos. He oído que puedes controlar la tierra. Nos vendría muy bien que usaras tu poder para sacarnos de aquí.

—Llevamos ligaduras —dije mientras hacía girar mi hacha en la mano.

Sol me lanzó mi túnica cubierta de sangre.

—Ah, qué tonto soy, se me había olvidado ese detalle tan importante. —Niklas sacó de un saquito una piedra con una runa—. Acercad las muñecas. Os las quitaré con esto.

—¿Cómo es que tienes la llave? —Sol se lo quedó mirando, con las muñecas extendidas, perplejo.

—No es una llave. Es otro truquito de los míos. Lo inventé después de que Junie me hablara de cómo os bloquean vuestro mesmer, o furia. Como íbamos a participar en una guerra con los fae, pensé que podría ser útil. Tengo muchos más. En Oriente tenemos algo similar que bloquea el mesmer, así que estamos preparados.

¿Su magia podía inutilizar las ligaduras? No era el momento de pararse a pensar en eso. Niklas pasó la piedra lisa sobre los grilletes plateados. El calor desapareció y la furia volvió a correr con fuerza por mis venas. A Sol y a mí nos fallaron las rodillas, pero ambos conseguimos no vomitar.

—Viene bien tener aliados, ¿no te parece? —Niklas me guiñó un ojo—. Ahora debemos ir al muro del fondo para reunirnos con los demás.

—No —Sol me agarró del brazo—, tenemos que ir a la tumba, Valen. Sea lo que sea lo que haya allí, podría ayudarnos a acabar con esto. Por Elise. Por Tor. —Miró a Gunnar—. Por Herja.

Cerré los ojos y apreté la empuñadura de las hachas. Lo único que quería era ir junto a Elise, luchar a su lado. Pero no dejaba de pensar en la Tumba Negra. Si eso nos daba algún tipo de ventaja, necesitábamos aprovecharla.

Dejé escapar un grito de frustración.

—Vamos. Está a muy poca distancia de aquí.

—Esperad —intervino Niklas—. ¿Pero qué hacéis? Debemos ir a nuestro puesto.

—Hay una furia poderosa escondida allí —dije sin detenerme—. La necesitamos para ganar esta guerra.

Tova negó con la cabeza.

—A él no le va a gustar nada.

—¿Quién es él? —Abrí la puerta una rendija para comprobar si había Cuervos en el pasillo. Oí pasos un poco más abajo que indicaban que solo teníamos unos segundos antes de que acabaran de subir la escalera.

—El Terror Nocturno. Va a luchar con tu mujer —aclaró Niklas—. El que trae la oscuridad y el miedo, como lo describen muchos. Todo esto lo ha ideado él y se pone de muy mal humor cuando los planes no salen como esperaba.

Lo miré con los ojos desorbitados. Existía. Una parte de mí creía que era un mito o que la contadora de historias se había equivocado con el nombre o con la pronunciación. Pero no importaba. Salí al pasillo.

—Pues en este caso se va a enfadar mucho.

—Ya lo sospechaba. —Niklas salió conmigo. Se movía como una sombra—. Junius estará en la puerta. Puedes ofender al Terror Nocturno todo lo que quieras, pero nos vamos a tomar la molestia antes de buscar a mi esposa.

Asentí sin apartar los ojos de lo que tenía delante. Los Cuervos subían las escaleras atronando. Agarré las dos hachas con la mano izquierda y levanté la mano libre. La furia se acumuló, poderosa. Con cada latido de mi corazón, más magia inundaba mi sangre.

Las paredes se estremecieron. Los cimientos de piedra y madera de Aguja del Cuervo se agrietaron y se hicieron pedazos.

Tova se puso a rezar y apoyó la mano en la pared. Niklas se echó a reír, encantado.

En cuestión de segundos, la escalera empezó a desmoronarse. Los Cuervos gritaron y dieron órdenes de bajar, aunque solo estaban a mitad de la ascensión. Un guardia había llegado casi a lo más alto y entonces me vio. Sonreí. Palideció cuando cerré la mano y el rugido de la piedra y los escombros que caían ahogó los gritos de los hombres que quedaron aplastados debajo.

Una capa de polvo cubrió el caos de huesos y sangre, pero Sol y Gunnar no perdieron el tiempo y se lanzaron a recuperar todas las espadas que aún se veían.

Inspiré hondo y dejé que la furia se apoderara de mí. Un deseo oscuro de batalla me atrapó, igual que si fuera un ser tangible.

Aquella noche, la sed de sangre de mi interior era más que bienvenida.

Capítulo veintisiete



El príncipe de la noche

Fuera cual fuese el polvo que Niklas había utilizado para provocar las explosiones, hizo que el castillo Aguja del Cuervo entrara en estado de histeria. Debajo de nosotros, los Cuervos y los sirvientes chocaban mientras los unos intentaban juntarse para defender los muros y los otros, huir para encontrar refugio.

Escalamos por los escombros de la escalera y utilicé mi furia para abrir más muro y destruir más partes del castillo, hasta que tuvimos un camino seguro donde pisar.

—Habrá arqueros en las colinas del este —apuntó Niklas, y nos contó la estrategia de batalla de Halvar mientras avanzábamos—. Teníamos que ir a su encuentro junto a la puerta sur, pero es obvio que eso ha cambiado.

—¿Y Elise?

—¿Y Tor? —preguntó también mi hermano.

—La reina lidera a la infantería junto a Ka… el Terror Nocturno, quiero decir, y vendrán desde los bosques del norte. Los arqueros dispararán primero. Hay planes específicos para tu consorte, príncipe mayor. Me han dicho que maneja muy bien el fuego.

Sol sonrió, burlón.

—¿Solo bien? Es aterrador.

Niklas gruñó y ayudó a Tova a pasar el último montículo de piedra y cascotes.

—Bien. Después, vuestros fae del agua empujarán a los barcos para remontar el río. Así tendremos el castillo rodeado por todos los frentes. Excepto por el lugar en el que no vamos a estar nosotros, claro.

—¿Cuánto tiempo tenemos?

—Poco —intervino Tova—. Se habrán puesto en marcha al oír la señal de Junius. No querían darles mucho tiempo a los del castillo

para reagruparse.

Por todos los dioses, estábamos en ello. La guerra había empezado. Durante demasiado tiempo aquella idea había sido más una fantasía que una posibilidad. Pero yo no podía evitar el estremecimiento de miedo que me producía la última profecía del rey Eli. Maldita Runa. Condenado Calder. Era indudable que me habían contado aquella historia para generarme dudas.

Elise no iba a caer allí.

Runa. Yo tenía intención de matarla mientras todavía estuviera sentada en su trono, antes de que tuviera oportunidad de poner un pie en el campo de batalla. Ya había abierto la boca para sugerir que fuéramos en busca de la falsa reina cuando media unidad de Cuervos pasó corriendo junto a las escaleras destrozadas. Al principio pareció que no se iban a detener, ni a mirar en nuestra dirección, pero de repente el penúltimo guardia gritó:

—¡Por todos los dioses!

Un segundo después ya le había clavado un hacha en el cuello. Sol se ocupó del último. Mi hermano nunca había mostrado un gran interés por el uso de la espada, pero eso no reducía su capacidad letal. Cuando la daga de Sol le atravesó la garganta, el Cuervo soltó una exclamación y dejó al descubierto unos dientes llenos de sangre.

Pero lo que no era posible ignorar eran las flechas.

Rápidas. Certeras. Mortales. Una se le clavó a un guardia entre los ojos y, antes de que me diera tiempo a respirar de nuevo, dos más se clavaron en el corazón de otros tantos. Cuando me di la vuelta, Gunnar ya tenía una cuarta flecha cargada y apuntando.

Acabó con el único guardia que quedaba en pie y me miró.

—Ya te dije que nunca fallo.

—Por todos los infiernos, ¿te enseñó tu padre a hacer eso? —preguntó Sol.

Niklas le dio una palmada en el hombro al chico.

—Creo que es la mezcla de las dos habilidades: la de los fae y la de los alver. Controlas todos esos maravillosos elementos de la tierra que hay en las flechas con tu mente, muchacho. O eso supongo yo. Me

encantaría estudiarlo para saberlo con seguridad. Pero eso será después. La guerra, la batalla y los asuntos sangrientos están a punto de comenzar.

Yo nunca había pensado que Gunnar podría tener dos facetas de la magia del destino. Herja no era habitante de la noche, pero la mitad de su familia sí. Tenía sangre de fae, igual que su amante contaba con la de los alver.

Gunnar echó a correr a mi lado y noté una nueva confianza en sus movimientos mientras avanzábamos a toda velocidad por los pasillos de Aguja del Cuervo. Oíamos los gritos de las unidades que se estaban reuniendo afuera, lo que indicaba que nos habían dejado libres las murallas interiores para que pudiéramos utilizarlas para huir.

Pero una voz hizo que me parara en seco.

Desde una ventana abierta, Jarl Magnus gritaba órdenes a sus unidades. Listo para la batalla, sujetaba con fuerza una espada corta y, además, llevaba un hacha en el cinto. El imbécil tenía intención de enfrentarse a Elise. De repente lo vi todo rojo. Apreté con fuerza las empuñaduras de las hachas. Solo había sitio para un pensamiento en mi mente: ver cómo sus ojos se apagaban después de que mis hachas le segaran la vida.

—Valen. —Sol me dio un empujón en el hombro—. Ahora no. Déjalo para tomarte tu tiempo luego.

¿Dejarlo? ¿Cómo? Una violenta necesidad de matar me mantenía clavado en el sitio.

Sol murmuró algo a mi lado, me dio otro empujón en el hombro y un instante después unos hilos de un negro opaco salieron por la ventana, serpentearon entre la hierba como culebras y se dirigieron a las unidades de Jarl. Todo lo que tocaba aquella negrura, incluso la tierra, se marchitaba, se secaba o moría.

—¡Moveos! —aulló Jarl al ver aquella pestilencia oscura.

—¡No! —le grité a mi hermano—. Es mío.

Los ojos de Sol se iban oscureciendo según iba utilizando cada vez más furia, y me ignoró. Tuve que ver cómo Jarl huía con sus unidades y lo perdía de vista. La última fila de guardias no tuvo tanta suerte. Mi sed de sangre desapareció cuando dejé de ver a Jarl, pero el veneno de Sol se coló bajo los pies de esos guardias.

Todos gritaron y se agarraron la garganta cuando unas venas negras aparecieron bajo su piel. Sus ojos perdieron el color y quedaron inundados por una oscuridad sedosa, hasta que ninguno de ellos pudo seguir respirando.

Todos muertos. Como la tierra que tenían debajo.

—Fascinante —exclamó Niklas con una sonrisa y sin dejar de sacudir la cabeza.

Sol me dio una colleja cuando todos echamos a correr de nuevo hacia la puerta de atrás.

—Tienes que mantener la cabeza fría. Acabemos con esto y vayamos en busca de la reina, hermano. No dejes de ser el maldito rey.

Aunque habíamos estado muchas órbitas separados, él todavía sabía cómo regañarme mejor que nadie.

Las antorchas iluminaban la noche. El humo de las fogatas envolvía las torres de Aguja del Cuervo y las puertas exteriores.

Corrimos entre carpas de satén que cubrían mesas a rebosar de fruta dulce y vino de bayas, que habían sido abandonadas. La puerta de atrás estaba detrás de los jardines, más allá de la vieja escuela donde me enamoré de una timorana.

—¡Niklas!

El alver soltó un suspiro de alivio y nos adelantó a todos. Junius apareció entre las sombras vestida con una túnica azul con vuelo y el pelo oscuro trenzado. Sus bonitos ojos marrones brillaron cuando se lanzó a los brazos de su marido.

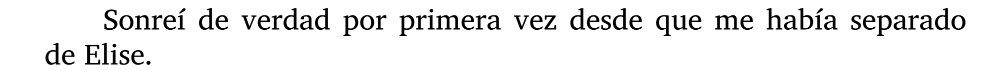
Yo me acerqué y la abracé también en cuanto él la soltó. Ella se echó a reír.

—Nunca me pareciste de los cariñosos.

—Me alegro de verte —confesé.

Junius se apartó y me puso una mano en la cara.

—Y yo de que al final entraras en razón y asumieras la corona, como te había dicho yo siempre. Niklas te confirmará que lo mejor es hacerme caso desde el principio.



Sonreí de verdad por primera vez desde que me había separado de Elise.

—Lo recordaré.

—Vamos —suplicó Tova.

—¿Dónde está ese lugar al que insistís que vayamos? —preguntó Niklas.

—Al otro lado de los árboles, a solo unos largos. —Señalé con la punta de una de las hachas.

Niklas le explicó rápido a Junius que íbamos a cambiar los planes que había hecho aquel al que conocían como Terror Nocturno, y todos nos sumergimos en la oscuridad del bosque.

—Valen, ¿cómo tienes pensado enfrentarte a esas criaturas que solo ves tú? —quiso saber Junius.

—¿Criaturas? —exclamó Sol, y aceleró el paso.

—Guardianes de la furia —aclaré—. Seres sometidos a una maldición para que defiendan la Tumba. Ellos fueron los que me mataron. También acabaron con mi maldición, es cierto, pero cuando estuvimos aquí por segunda vez, solo Elise y yo los veíamos.

—Perfecto —refunfuñó Sol.

Gunnar lo agarró por el hombro.

—Después de todo lo que ha pasado, ¿es que pensabas que esto sería más fácil, tío?

Cuando Aguja del Cuervo quedó atrás, los gritos de todos sus habitantes se fueron desvaneciendo en medio de la noche. El humo de sus fogatas oscurecía la luna y, cuando llegamos a los muros espinosos de arbustos de la luna y los pilares con las runas, el silencio nos envolvió. Los ruidos propios de la guerra desaparecieron, como si nosotros y la oscuridad solemne de la Tumba Negra fuéramos los únicos que quedáramos en aquella tierra.

Los montículos estaban iluminados con antorchas. Había estandartes con el escudo de los Lysander estropeados, tirados en el suelo por la acción del viento y desperdigados sobre la densa hierba.

Levanté un puño para que se detuvieran los demás, que venían

detrás de mí. Examiné el terreno de la tumba, que tenía una pequeña pendiente. El círculo de piedras donde derramamos la sangre parecía casi un lugar tranquilo, como si no llamara a la muerte.

—Elise entró en muchas de las tumbas —les conté, y señalé una que estaba cerca del centro—. Aguja del Cuervo retenía a la contadora de historias en esa.

—¿La niña? —Sol se colocó a mi lado—. Pasé mucho tiempo con ella, aunque estaba sumido en mi locura. Por todos los demonios, no paraba de hablar.

—¿Y dijo algo sobre la tumba?

Él se quedó parado un momento y después asintió.

—Hablaba de su otra celda. La llamaba la tumba bien custodiada. —Sol se frotó las sienes—. Me resulta difícil recordar, no siempre era consciente de su presencia, pero hablaba mucho de que le daba mucho miedo. Una vez me dijo que, cuando la dejaron allí en la oscuridad, notó algo.

—¿Algo? —preguntó Tova en un susurro mientras seguía avanzando. Al final se agachó, con el cuchillo en la mano.

—No sé a qué se refería. Supongo que quería decir que no estaba sola allí y que eso la asustaba porque no veía nada. La niña no era más que una de las muchas contadoras de historias y solo nos conoció en nuestro estado actual. No sabía gran cosa de la guerra con el rey Eli.

—Pero ha sido ella quien nos ha traído hasta este momento —reconocí.

Sol sonrió.

—No le tenía ninguna simpatía a Aguja del Cuervo. No sé si lo hizo porque tenía buen corazón o por fastidiarlos.

No me importaban los motivos de Calista, pero nos ayudó a acabar con las maldiciones de la furia y a hacer realidad aquella batalla.

—Es un buen lugar por donde empezar —sugirió Niklas. El retumbar continuo de unos tambores interrumpió el silencio. Apretó la mandíbula—. Y será mejor que nos demos prisa, porque nuestros amigos vienen hacia aquí y tengo intención de luchar con el resto de

mi hermandad.

Y yo de hacerlo junto a mi esposa.

Con las hachas en la mano, eché los hombros hacia atrás.

—Preparaos para los guardianes de la furia. Si no los veis, haré lo que pueda para guiaros y señalaros dónde están.

—Luchar a ciegas —murmuró Tova entre dientes—, mi variante favorita.

Gunnar colocó una flecha y le dio un trago al frasquito de elixir que le había dado Niklas. Los alver prepararon sus armas, Niklas unos cuantos viales y Sol se colocó a mi lado con la espada en la mano.

Entramos en la tumba, y no habíamos dado ni dos pasos, cuando oímos los aullidos de los guardianes.

—¿Los veis? —pregunté.

—Yo sí —respondió Sol con los dientes apretados.

—Corre hacia la tumba. Hace falta sangre —expliqué justo cuando los guardianes fantasma se levantaron. Sus aterradoras siluetas aparecieron con las espadas llameantes preparadas. Sus gritos eran lastimeros, desesperados, malignos.

—¡Adelante! —Niklas tiró una de sus bolsitas hacia un grupo difuso de guardianes.

Una explosión fuerte y brillante de color blanco iluminó la tumba y provocó una neblina chisporroteante. Los guardianes chillaron y desaparecieron. No había tiempo de averiguar ni de preguntar. Lo único que podía hacer era darle las gracias al destino por habernos unido a esos aliados llenos de recursos cuya magia era tan poderosa como la nuestra.

Las sombras se disipaban en cuanto las tocaban nuestras armas o las puntas de las flechas de Gunnar, pero no paraban de surgir más.

Odiaba con todas mis fuerzas aquel lugar.

Después de matar a muchos con su espada, Sol dejó escapar una maldición dirigida a los dioses y tiró las armas. La pestilencia le cubrió las palmas de las manos. El veneno inundó el espacio que había entre los guardianes, devorando arbustos de la luna, hierba y árboles, pero

también acabó con la furia que hacía que siguieran surgiendo guardianes.

Sus chillidos no paraban de resonar en mi mente, pero me eché a reír. La pestilencia de Sol los devoró igual que hacía con la tierra.

Como solo teníamos un momento para actuar, le cogí la mano a Gunnar y le hice un corte poco profundo con el hacha.

—¿Pero qué…?

—Sangre. —Me hice lo mismo en mi palma—. Niklas, vamos a correr hacia la puerta. Contenlos cuando Sol pare.

El alver cogió varios viales y bolsitas y se las dio a Tova y a Junius.

—Rápido, y no os encerréis dentro y nos dejéis fuera.

Yo exhalé despacio para concentrarme. Solo teníamos segundos. Unos cuantos latidos.

—¡Sol! ¡Ahora!

Mi hermano bajó las manos, la pestilencia se desvaneció y él se volvió para mirarnos. Gunnar corría a mi lado y Sol nos alcanzó. Llegué a la puerta de la tumba en la que Elise entró en su momento. Mi sangre cayó en el recipiente que había junto a la puerta. Mi sobrino acercó la palma ensangrentada a la mía. Una explosión de color y fuego se produjo junto a los guardianes cuando los alver atacaron con sus elixires para darnos tiempo. Sol utilizó una gruesa espina de una rama marchita de arbusto de la luna para hacerse una herida en la mano.

Los guardianes chillaron y aullaron de furia cuando la pesada puerta se deslizó para abrirse y nosotros nos apresuramos a entrar.

Niklas, Junius y Tova salieron a toda velocidad hacia la entrada, con los guardianes pisándoles los talones. Cuando llegaron, cruzaron el umbral sin pensarlo y nos ayudaron a cerrar la puerta.

Gunnar se apoyó en la pared y se deslizó hasta el suelo. Después soltó una carcajada nerviosa.

—Este sitio es como una pesadilla.

Le di una palmadita en la cabeza.

—Bienvenido al mundo de la familia de tu madre.

Él se rio entre dientes y volvió a coger el arco. Niklas y Sol examinaron el lugar. Había una celda pequeña con barrotes de hierro. Seguro que Calista había pasado allí mucho tiempo.

—¿Cómo podían entrar aquí ellos sin tener la sangre adecuada? —preguntó Sol, examinando la celda.

—No lo sé, pero Elise también abrió la puerta una vez. Pensamos que era por la sangre real. —Tal vez había cosas sobre la contadora de historias que no sabíamos, o los falsos reyes habían hecho lo mismo en el pasado—. De todas formas, no creo que esa sea la puerta de la que hablaba la profecía.

Palpamos las paredes, buscando algo que nos llevara hasta una puerta que pudiera ocultar la furia perdida que mi madre no quiso que Eli encontrara. Pero lo único que hallamos fue tierra, barro y arcilla compactada.

Apreté y aflojé los puños.

—Armas, libros, pero ninguna puerta. —Sol cerró un libro escrito en pergamino y encuadernado en cuero—. Tal vez nos hayamos equivocado de tumba.

El ruido de los tambores que se oía a lo lejos se intensificó. Nos estábamos quedando sin tiempo.

—A no ser que no estemos buscando lo bastante abajo. —Tova levantó la mirada de sus extraños ojos desde donde estaba arrodillada en el suelo. Apartó unas alfombras polvorientas y apareció una fila de símbolos rúnicos ennegrecidos grabados a fuego en las tablas del suelo.

Todos nos acercamos. Niklas y Sol retiraron el resto de las alfombras. Un círculo rodeaba las runas, pero aquello no parecía una puerta, ni mucho menos. No tenía tirador, ni juntas en la madera. De una bolsita que llevaba en la cadera, Niklas sacó un vial vacío.

—Habéis dicho que la sangre es la clave en este lugar. Daos prisa.

Señaló la boca del vial. No tuvo que darnos más explicaciones: Sol, Gunnar y yo acercamos las heridas abiertas a la abertura hasta que el fondo se llenó de la mezcla de las sangres.

Niklas agitó el vial y vertió el contenido sobre las runas. Contuve la respiración.

Nada.

Al principio.

Pasaron unos segundos agobiantes antes de que una chispa roja y ardiente iluminara la línea de runas. Igual que ocurrió el día en que se rompió mi maldición, la sangre rodeó la superficie de madera. Las runas ardieron con más fuerza. El montículo emitió un quejido profundo y un estremecimiento. Solté una maldición cuando las tablas se disolvieron y desaparecieron, como arena arrastrada de la orilla, y descubrieron un túnel bajo el suelo.

—Por todos los dioses. —Junius miró el agujero con la boca abierta.

Me latía la cabeza. Agarré una de las hachas y miré a mi hermano. Sol asintió y entró el primero en la oscuridad. Yo fui detrás y Gunnar cerró la marcha. Los alver vigilaban, cautos, mientras iban bajando unos pasos por detrás de nosotros.

Una oleada del aroma de la tierra, con un toque de podredumbre, hizo que me ardieran los pulmones. El túnel desembocaba en una caverna. No había luz, ni ningún tipo de hueco abierto, solo piedra y tierra. Niklas golpeó algo que parecían piedras de cristal y enseguida surgió una chispa de fuego pálido que mantuvo sobre el borde de uno de los viales como si fuera la llama de una vela.

Sol frunció el ceño.

—Está bien tener a un alver cerca, está claro.

—Somos impresionantes —dijo Niklas, casi sin aliento, mientras desplazaba la llama para estudiar las marcas de las paredes.

—Valen, ¿qué es eso? —susurró Sol tras adentrarse un poco más en la caverna.

Miré adonde lo hacía él. El fuego que había producido el truco de Niklas reveló que había algo en el centro de aquel espacio. Unas siluetas oscuras, ¿una mesa tal vez? Chasqueé los dedos y le tendí la mano a Niklas para que me pasara la llama.

Sol y yo nos acercamos. Encontré con el pie una especie de barrera, un anillo de piedra que rodeaba las siluetas alargadas. Pasamos por encima con cuidado; una parte de mí esperaba que apareciera una nueva oleada de guardianes para atravesarnos con sus espadas llameantes, pero no ocurrió nada.

Hasta que Gunnar vino con nosotros. Entonces, de repente, un viento fortísimo llegó desde unos largos túneles y encendió un círculo de antorchas, que les arrancaron unas sombras fantasmagóricas a los oscuros túneles.

Miré alrededor con las armas preparadas y la furia ardiéndome dentro, pero no apareció ningún guardián.

—¿Quiénes son?

La voz de mi sobrino hizo que Sol y yo volviéramos a mirar hacia el centro del anillo. Mi mente necesitó solo un segundo para aceptar lo que estábamos viendo. Después sentí una punzada en el pecho que me vació de aire los pulmones. Pero no solo me ocurrió a mí: Sol se tambaleó a mi lado y se apoyó en mi hombro para no caerse. Yo también me apoyé en él.

—Por… todos… los… dioses… —Mis palabras salieron despacio y casi sin fuerza.

Había dos mesas de piedra en el centro del anillo. Una capa brillante de furia cubría la superficie, casi como si hubiera un dosel dorado que cubriera los dos cuerpos.

—¿Qué es? —nos urgió Niklas.

Yo me acerqué a uno y Sol al otro. Se me hizo un nudo en la garganta y me costaba respirar. Ella tenía la cara pálida, preocupada, pero trasmitía paz. Su pecho subía y bajaba suavemente, pero eso no tenía sentido. ¿Cómo… cómo era posible aquello?

—¿Valen? —insistió Gunnar.

Sacudí la cabeza y acerqué una mano temblorosa a la capa luminosa que le protegía las facciones. Noté un calor extraño en la piel, una furia que se comunicaba con la mía.

Miré a Sol. Él estaba de rodillas, aferrándose al borde de la otra mesa, con la respiración acelerada.

—Son los reyes verdaderos —murmuré—. Se trata de… nuestros padres.

Amiga mía:

He hecho lo que me pediste. Se han creído las ilusiones. Y ahora vamos a utilizar esa furia peligrosa. Mis guerreros, mis amigos, sellarán la entrada, como ordenaste. Están dispuestos a sacrificarse por su reino mientras esperan el momento en que los elegidos por los dioses se alcen de nuevo.

Mi familia está desperdigada y ahora pongo toda mi confianza y mis esperanzas en tus manos. Tu seguridad de que un día volveré a verles las caras sigue siendo la única luz que me ilumina. Espero que llegue un tiempo en que vuelva a caminar por los jardines con H, en que lea hasta el atardecer con S, que ría hasta que me duela el corazón con V, y en el que vuelva a sentir los besos de mi amante. Aunque puede que la próxima vez que despierte esté al lado de los dioses, quién sabe.

Ya me voy y me dejaré llevar por el sueño. Que el destino te favorezca.

Tu amiga para toda la eternidad,

Lili.

Capítulo veintiocho



El príncipe de la noche

—¿Tus padres? —Junius apareció a mi lado y miró la cara de mi madre.

Mi madre.

Respiraba.

Estaba viva.

Pero no se movía. No dio señal de que supiera que habían entrado en su santuario. Mi cerebro iba a toda velocidad. Durante semanas había revisado aquellas extrañas cartas con Elise. En la última, ella hablaba del sueño, pero yo había asumido que se refería a la muerte.

El pánico estuvo a punto de pararme el corazón.

—No. —Giré la cabeza y miré a Sol—. No. Yo… Es furia maligna. Yo vi el cuerpo cubierto de sangre de nuestro padre a mis pies.

Era un recuerdo que había enterrado en lo más profundo de mi mente.

—Valen, yo también —dijo Sol con la voz llena de emoción—, pero está aquí. Respira.

«Han creído las ilusiones.»

No. Nuestra madre…, ella no nos habría engañado. ¿O es que a quien pretendía engañar era al falso rey?

Me pasé los dedos por el pelo y comencé a caminar arriba y abajo junto a la mesa. ¿Y qué se suponía que debíamos hacer? ¿Era eso posible de verdad? Las ilusiones estaban hechas de fragmentos de furia. No estaba convencido de que lo que tenía delante fuera real.

—Está bien —intervino Niklas, y me obligó a detener mis paseos frenéticos—, vamos a centrarnos. La guerra continúa ahí fuera, debemos actuar. ¿Qué hacemos?

Sacudí la cabeza y volví a mirar la cara de mi madre.

—Yo nunca he visto algo como esto.

—Parece que están durmiendo —comentó Gunnar mientras estudiaba la cara de Lilianna—. *Maj* se parece a ella.

Pero yo casi ni lo oí. Tenía demasiados pensamientos dándome vueltas en la cabeza. Hasta que Sol carraspeó. Justo por eso él merecía la corona. Él solo se dejó llevar por la sorpresa unos segundos, pero después se recompuso y examinó la caverna con una calma que yo no tenía.

—El sueño de la furia —afirmó—. Dagar hablaba a menudo de él. Una estrategia demasiado peligrosa, decía. La furia puede sumir a alguien en un sueño del que no podrá despertar hasta que se tenga el elemento elegido para sacarlo del letargo. Sin él, se puede alargar eternamente. —Sol revisó el espacio—. Mira este sitio y lo que llevan puesto. La ropa formal de la corte y el manto. Los han colocado aquí como si fuera su tumba.

—¿Y los pondría Eli? —pregunté.

—No lo sé, tal vez pensó que estaban muertos. Eran enemigos, pero no me cabe duda de que le tenía bastante respeto a *Daj* y un retorcido amor por *Maj,* suficiente para enterrarlos como reyes.

La idea de que el rey Eli hubiera mantenido a mi padre con vida no tenía sentido en mi cabeza; debió de pensar que había conseguido matar al rey de Etta, para dejarlo allí. Si alguna vez hubo unos enemigos más grandes que Eli y Arvad, yo no los había conocido. Calista me habló de la contadora de historias que me maldijo; si ella tuvo un papel también en la supervivencia de mi hermano y mi hermana, tal vez el destino había intervenido en el hecho de que mis padres aún vivieran.

—Podemos especular o despertarlos y que nos den unas cuantas respuestas. —El tono brusco de Tova nos sacó de nuestro estupor.

—No sé cómo —reconocí—. Ya has oído a Sol, necesitamos algo, un elemento diseñado para interrumpir su sueño.

El redoble de los tambores hizo que un escalofrío me recorriera la espalda. Más allá de la tumba, un estruendo hizo temblar la tierra. Niklas miró a Junius. Comprendí la sombra que cruzó por sus ojos. Nos habíamos quedado sin tiempo. Nuestra gente había empezado la batalla.

—Esto es esa furia —continuó Sol—. Una furia encerrada. Ella dijo que la tierra se levantaría cuando la liberáramos. Valen, cuando los herederos abran la puerta. Podemos despertarlos.

—¿Cómo? Dime qué tengo que hacer y no dudaré.

Niklas suspiró y extendió la mano.

—Las manos. Dádmelas. Sí, los tres. —Jugueteó con un cuchillo pequeño—. Es posible que siga sirviendo lo que ha funcionado hasta ahora: la sangre.

«La sangre de los herederos.» Cuando miré a Sol, vi que había aparecido una sonrisa juguetona en su cara porque había pensado lo mismo que yo.

Niklas recogió unas gotas de sangre de todos y me entregó el vial.

—No sé qué hacer a partir de aquí. Sé que cuesta creerlo, pero nunca he visto este tipo de magia —confesó.

Cogí el frasquito, tan confuso como el alver sobre qué hacer a continuación. Me tembló la mano cuando acerqué el vial a la capa de furia brillante que cubría la cara de mi madre. Dejé que varias gotas gordas cayeran y la atravesaran para aterrizar justo en su cara.

Esperé un momento y le pasé el vial a Sol. Él hizo lo mismo con mi padre.

Esperamos.

Apenas lograba respirar.

Sol soltó una maldición. Gunnar miraba sin pestañear. Nada ocurrió; una punzada de desesperación me atravesó el pecho. Cerré los ojos, intentando por todos los medios encontrar otra forma. La sangre tenía que ser la respuesta, estaba seguro. ¿Pero cuánta? ¿Había algún cáliz, otro recipiente, que teníamos que llenar?

Podría…

Todos los pensamientos se desvanecieron cuando noté un contacto delicado en la muñeca.

Abrí los ojos. La capa dorada de furia había desaparecido y encontré ante mí unos ojos muy azules que conocía bien.

Una exclamación estrangulada escapó de mi garganta. Parpadeé como si estuviera en un sueño.

Mi madre me estudió casi como si no me reconociera, y entonces, poco a poco, una sonrisa llena de cautela apareció en su rostro. Apartó la mano de mi muñeca y me tocó la cara.

—Qué alegría verte, hijo mío. —Su voz sonaba grave y áspera.

Le cubrí la mano fría que tenía en mi mejilla con la mía y sonreí.

—¿Pero cómo es posible?

No respondió. Ambos miramos hacia la otra mesa. Sol se echó a reír. Por todos los dioses. Mi padre se había incorporado para sentarse, apoyado en un codo, y le rodeaba el cuello a Sol con un brazo, abrazándolo fuerte.

—Arvad —susurró mi madre.

Sol se apartó y las miradas de mis padres se encontraron. Se movían muy despacio, tal vez estaban débiles, pero en pocos segundos el rey Arvad y la reina Lilianna se fundieron en un abrazo.

Mi padre no dejaba de mirarle la cara a ella y de acariciarle el pelo, como si fuera a desaparecer.

—Valen…

Parpadeé y volví a mirarlos. Mi padre fijó sus ojos en los míos, que tanto se parecían a los suyos, como la mayoría de mis facciones. El hombre que me había enseñado a usar una espada, a valorar a mi madre y a mi familia. Él me lo explicó todo sobre mi furia. Y ahí estaba, delante de mí. Vivo. Llamándome.

Igual que había hecho con mi hermano, enseguida me rodeó el cuello con el brazo y me atrajo hacia él. Estábamos más o menos a la misma altura, pero en aquel momento me sentí como un niño pequeño. Le agarré con fuerza el jubón y apoyé la cara contra su hombro.

—Estás vivo.

—¿Es que pensabas que ese villano había sido capaz de matarnos? —murmuró.

Fruncí el ceño y me aparté.

—Herja. —La voz de mi madre sonaba más fuerte—. ¿Dónde está Herja?

—Viva —se apresuró a aclarar Sol, y fue a cogerle la mano—, pero no ha venido con nosotros.

—¿Entonces cómo…?

—Gunnar. —Mi hermano señaló a nuestro sobrino, que se había apartado hasta quedarse en el borde del anillo, con cara de miedo—. Ven.

Mi madre examinó al chico mientras se acercaba. Se fijó en el pelo rubio, los feos cardenales de los antebrazos y la mano manchada de sangre.

—El hijo de Herja —expliqué—. Gunnar Strom.

Entonces fueron mis padres los que se quedaron perplejos. Mi padre apoyó una mano en el hombro de mi madre cuando ella levantó la suya para acariciarle la mejilla al muchacho, como había hecho conmigo.

—El hijo de Herja —repitió.

—*Maj* hablaba de ti —dijo Gunnar con un hilo de voz—. Mucho.

—Si alguna vez llegaba a despertar, esperaba encontrarme una batalla y derramamiento de sangre, no otro niño al que amar —reconoció mi madre mientras lo miraba sonriendo.

Niklas carraspeó y me miró. Con un gesto de la cabeza me recordó la durísima realidad a la que nos enfrentábamos. No podíamos quedarnos allí más tiempo.

—Sí que hay una batalla —intervine—. Por eso tenemos que irnos. Nuestra gente se está rebelando contra los timoranos ahora mismo. Debemos ir con ellos.

Mi padre me miró.

—¿Habéis conseguido reunir un ejército?

—Ha sido Valen —reconoció Sol con orgullo—. Es el rey.

De repente nada encajaba. Allí estaba yo, al lado de mi padre, el verdadero rey, y mi hermano, el heredero.

—He mantenido la corona donde debía estar para ti —fue lo único que dije—, pero ahora nos necesitan.

Mi padre le cogió la mano a mi madre y asintió.

—Esta es la batalla final, la que siempre supimos que llegaría.

Ella se llevó su palma a la cara. Tenía los ojos llenos de lágrimas.

—¿Pero cómo es posible que estéis vivos? —volví a preguntar antes de que tuviera que olvidarme temporalmente de las preguntas.

Mi padre nos apartó de las mesas de piedra.

—Es una historia muy larga, llena de sacrificios. ¿En resumen? El rey Eli se fue fortaleciendo y nosotros tuvimos que soportar muchas traiciones. Necesitábamos tomar medidas drásticas para proteger a nuestra gente y nuestra tierra.

—Una profecía que hicieron en el momento de tu nacimiento, Valen, se cumplió —añadió mi madre mientras nos apresurábamos a salir—. Decía que la tierra de mi infancia destruiría a la de mi corazón, pero que los herederos de ambas encontrarían una forma de sanarla. Una amiga querida, que tenía el talento de cambiar el destino, escribió sobre el camino que detuvo la guerra y después hizo lo mismo para crear otro nuevo, gracias al que podríamos regresar a la batalla fortalecidos. Pero hacía falta convencer a Eli de que no debía matar a nuestros hijos y de que él era el único rey que quedaba, porque tu padre y yo estábamos muertos. Cuando la guerra terminó, esta tierra quedó en un estado de letargo, esperando a que la furia resurgiera.

Mi madre y mi padre habían empezado todo aquello, el intrincado juego que mezclaba la sangre y el destino. Y todo para llegar a aquel momento en que los herederos de ambas tierras se encontrarían en el campo de batalla, los dos seguros de que aquel lugar les pertenecía.

Dejé a un lado toda la perplejidad que sentía. Había una batalla que teníamos que ganar; después formularíamos todas las preguntas necesarias.

—Sol, ¿te quedan fuerzas para volver a usar tu furia contra los guardianes?

—Me ofendes con esa pregunta, hermanito.

—No. —Mi padre nos interrumpió con aquella voz grave y firme que antes solo formaba parte de mis recuerdos. Era algo que creí que nunca volvería a oír—. Debemos ir a la piedra del santuario. Esos guardianes… No podemos irnos sin ellos.

—¿Qué?

Nos miró con una sonrisa pícara.

—¿Quieres un ejército, rey Valen? Pues lo tendrás. Rápido, tenemos que estar los cinco para que este lugar se libre definitivamente de la maldición.

Niklas y los demás alver no habían dicho nada, pero, en cuanto volvimos arriba, fueron los primeros en llegar a la puerta de la tumba. Él cogió las últimas bolsitas que llevaba sujetas al cinturón.

—Los distraeremos. Id corriendo a donde debáis estar. Os cubriremos.

—No se te ocurra morir —le dije a Junius—. Todavía queda mucha batalla por delante.

—Ni lo sueñes —contestó ella.

Con un gesto de la cabeza, Niklas, Tova y Junius salieron por la puerta antes que nosotros.

La criatura que aún vivía en mí despertó por el olor de la sangre que se notaba en el aire, y deseé con todas mis fuerzas unirme a la batalla que ya había comenzado. Quería cuidar de Elise, luchar con ella, mantenerla con vida. Nunca había sentido una necesidad tan grande de tener cerca a otra persona como me pasaba con Elise. Al igual que los que me rodeaban en aquel momento, ella era mi familia. Mi corazón. No podría descansar hasta que no pudiera tocarla con las manos que ya tenía llenas de sangre. Por lo menos una vez más.

El aire estaba cargado de humo. El resplandor salvaje del fuego se elevaba con fuerza sobre el fondo oscuro de la noche aterciopelada. En cuanto Niklas salió al espacio abierto que rodeaba la Tumba Negra, se oyeron los aullidos de los guardianes. Sus cuerpos hechos de cenizas surgieron de entre las sombras tras salir de la tierra.

—¡Corred! —Niklas tiró una de las bolsitas con elixires, que produjo una explosión y un ruido ensordecedor, y los alver se lanzaron de cabeza a la lucha.

—Rápido. —Mi padre le dio la mano a mi madre y salieron a toda velocidad hacia el círculo de piedras que había en la cumbre de la colina.

Detrás de nosotros se oían los gritos de los guardianes. Los alver intentaron por todos los medios pelear con ellos, retenerlos, pero no paraban de salir cada vez más, que se lanzaron a perseguirnos. Yo había tenido que correr para llegar a aquel mismo lugar demasiadas veces, suficientes para tener la mano más que preparada cuando llegó el momento de tocar el símbolo. Gunnar y Sol sangraban tanto como yo. Solo nos detuvimos un segundo mientras mi padre le hacía un corte en la mano a mi madre y después hacía lo mismo en la suya.

—Todos juntos.

A la vez, los cinco pusimos las palmas sobre la piedra. Y más rápido que la noche en que morí, cuando quise llamar la atención de los guardianes para que dejaran a Elise, un relámpago de luz cegadora surgió de la piedra. La cúpula brillante nos rodeó y después estalló en cientos de añicos afilados y luminosos. Cada uno atravesó a un guardián en el lugar en que deberían tener el corazón si aún respiraran.

Las sombras gritaron, aullaron y después se desvanecieron tras un segundo y definitivo estallido de luz.

Esos fantasmas habían desaparecido y todos los montículos que formaban la Tumba Negra se hundieron. Pero ya no estábamos allí solo nosotros.

Alrededor de Niklas, Junius y Tova había unos cuerpos, vestidos de oscuro, tirados sobre la hierba. Como si hubieran librado una batalla un momento antes y hubiera cientos de muertos.

Hasta que se movieron.

El campo se llenó de gemidos y exclamaciones cuando cada una de las figuras se estremeció y se puso en pie despacio. Hombres, cubiertos con pieles y con espadas cortas, hachas, dagas en el cinto. Llevaban las cabezas afeitadas con trenzas en el cráneo o runas tatuadas en el cuero cabelludo. Algunos tenían las orejas acabadas en punta y otros, barbas largas hasta el pecho, también trenzadas.

Guerreros.

Dos hombres se acercaron. Llevaban el escudo de los Ferus en el

pecho y espadas largas en la cadera. Tenían los ojos negros como la pez, y conocíamos bien sus sonrisas de dientes muy blancos.

—Kjell —exclamó Sol—. Dagar.

El padre de Tor se plantó delante de mi hermano, pero enseguida lo abrazó contra su pecho, como había hecho nuestro padre. Como consortes que eran, la familia de Torsten era también la de Sol, igual que Tor formaba parte de la nuestra.

Me quedé mirando con la boca abierta, como un imbécil, cuando Dagar Atra me miró con una sonrisa, hincó una rodilla en tierra y se golpeó el pecho con el puño.

—Príncipe de la noche, me alegro de verte de nuevo. —Después miró a mi padre—. Arvad. ¡Lili! —Fue corriendo hasta ellos y los abrazó—. Por todos los infiernos, ¡funcionó!

—Sí que lo hizo —confirmó mi padre, agarrando a Dagar por la nuca.

—Nuestros guerreros… ¿Ellos eran los guardianes? —Empezaba a dolerme la cabeza de pensar en toda la furia sobre la que no sabía nada.

Mi madre me tocó el brazo.

—Sabíamos que, si este día llegaba y nos reencontrábamos, necesitaríamos un ejército. Y ellos quisieron hacerlo.

—Esto ha sido cosa tuya, ¿no? Todo.

Ella hizo una mueca.

—No encontré otra forma de sobrevivir que maldiciendo la tierra. Intenté salvar a muchos, pero… no pude conseguirlo con todos.

—La reina protegió a toda la corte —explicó Dagar—. Sacrificó mucho para que su linaje sobreviviera. Era la única forma de mantener vivo lo que quedaba de Etta.

—Ocultándolo con furia —concluí. Mi mente se resistía a aceptarlo. Había cruzado dos veces aquel lugar maldito, en dos ocasiones había pasado sobre la tumba de mis padres. Nuestra gente había estado oculta a plena vista todo aquel tiempo, tantas órbitas—. ¿Por qué nos atacabais entonces?

Dagar soltó una carcajada.

—No conservábamos nuestro raciocinio, príncipe de la noche, solo contábamos con el instinto para defender a nuestros reyes y evitar que los descubrieran.

—Las maldiciones estaban muy medidas, Valen. Se perdieron muchas vidas para que tuviéramos la oportunidad de recuperar nuestra tierra —intervino mi madre—. Sabía que mis hijos estarían separados, pero puse toda mi fe en que volveríais a uniros y a luchar. Etta necesitaba que sobrevivierais para esta batalla. Aquí era donde el destino quería que estuviéramos, para luchar contigo. —Miró a Dagar y a Kjell—. Nuestro príncipe de la noche ha reunido un ejército que está luchando por nosotros ahora mismo. Escuchad los tambores.

—¿Un ejército? ¿Y quiénes lo componen? —preguntó Dagar.

—Habitantes de la noche, ettanos, gente de Oriente y unos cuantos timoranos que desprecian a Aguja del Cuervo —respondí.

—Y, si tú estás aquí, ¿quién los lidera?

—Halvar y Tor. —Me quedé callado un momento. Ambos reaccionaron de forma diferente al oír los nombres de sus hijos. Kjell sonrió y miró a Sol, que asintió. Dagar apretó la mandíbula, parpadeó varias veces y después carraspeó y se quedó mirando fijamente la hierba con una sonrisa tímida. Me acerqué y hablé con voz suave—. Ambos están junto a la reina de Etta.

—¿La reina? —Mi padre enarcó una ceja.

—Mi esposa. —Tragué con dificultad por los efectos del humo en mi garganta—. Es timorana de nacimiento, pero ettana de corazón.

Nadie dijo nada. ¿En qué estarían pensando? Después de todo lo que habían pasado, ¿odiarían tanto la tierra natal de mi madre como para no poder aceptar a Elise? Acababa de recuperarlos, pero no había ningún vínculo, aunque fuera de sangre, que pudiera separarme de mi esposa.

—Entonces seguiremos también a la reina. —Mi madre dio un paso adelante con una mirada intensa en los ojos y una sonrisa que trasmitía un centenar de cosas—. Hijo mío, como ahora eres el rey, ¿cuáles son tus órdenes para nuestros ejércitos?

Sentí un gran alivio que me encendió un nuevo fuego en las

venas. Noté el hormigueo de la furia en las palmas y, sin pretenderlo, la tierra se estremeció cuando miré esos campos cubiertos de guerreros que creía muertos, pero que estaban listos para luchar por Etta una vez más.

Levanté la barbilla y alcé la voz.

—Etta se ha rebelado contra la gente de Timoran. Están luchando en Aguja del Cuervo en este mismo momento. ¡Coged vuestras armas y vamos a la guerra!

Capítulo veintinueve



La princesa rebelde

Brant le cogió la mano a su hermana.

—Kari, si esta es mi última noche, enciende mi pira funeraria en el mar. Quiero que sepas que creo que eres más fuerte que yo y que me alegro de que tengas a Halvar. Si alguna vez te has preguntado si tu hermano te daría su bendición para formalizar tu relación con ese fae, no lo dudes.

—Brant, cállate —pidió Kari con un leve temblor en la voz.

—Lo mismo digo —corroboró Halvar—. Nada de hablar de muerte hasta que no tengamos las entrañas desparramadas en el campo de batalla. Entonces resulta más poético y tiene más sentido.

Brant lo miró fijamente.

—Me da igual. Eres un hombre de honor, Halvar Atra, así que asegúrame que cuidarás de mi hermana si yo no puedo.

El estómago me dio un vuelco. Odiaba aquellas conversaciones, incluso pensar que podíamos perder a alguno de los nuestros, pero no era capaz de dejar de mirarlos.

La sonrisa divertida de Halvar desapareció. Agarró el antebrazo de Brant con fuerza y asintió.

—Cuando los habitantes de la noche aman es para siempre. Y yo la amo a ella.

Kari frunció el ceño, y no por las palabras de Halvar, sino por las de su hermano.

—Ya basta. Centrémonos. Luchemos. Y regresaremos. ¿Me habéis oído los dos?

No les dejó contestar, porque se dio la vuelta y volvió entre los árboles.

Yo cerré los ojos y sentí la mirada ardiente del Terror Nocturno fija en mi espalda. Estaba furioso. Habían ido al lugar donde se

suponía que tenían que estar Niklas, Junius y Tova con Valen y los demás.

Pero lo único que encontraron allí fue una extraña moneda de cobre.

—Es una señal de Niklas. Han cambiado de planes —dijo el Terror Nocturno, contrariado antes de quedarse en silencio, con los ojos negros después de que volvieran sus sombras. Había estado regodeándose en su ira desde entonces, sin decir ni una palabra más.

—Han bloqueado los ríos. —Una voz grave me sacó de mi breve momento de paz. Raum, el Kryv que veía a largas distancias, apareció a mi lado con la cara tensa—. Por todos los infiernos, Terror Nocturno, han visto los barcos. Debemos cambiar los planes.

—¿Estás seguro? —Me erguí un poco.

Raum asintió.

—Del todo, reina.

El Terror Nocturno soltó una maldición.

—Por eso Niklas tenía que estar en su puesto. Ellos debían distraer a los Cuervos para que no se fijaran en el río.

—No cometas el error de creer que el rey no tenía una buena razón para alterar lo que se había decidido —intervino Ari con tono de advertencia.

—Basta —dije lo bastante alto para que dejaran de pelearse—. Si no estaba en su puesto es porque, por alguna razón, se vieron obligados a cambiar de planes. Pero nosotros debemos seguir. Debemos ayudar a los nuestros que vienen por el río, así que empezaremos la batalla.

Ya había esperado demasiado para volver a ver a mi rey.

Herja dirigía a los arqueros, que ya estaban en sus puestos en las cumbres. Ellos crearían una lluvia de fuego que caería sobre el castillo Aguja del Cuervo y nosotros tiraríamos la puerta. Levanté la espada, disfrutando del calor y la energía que me proporcionaba el ejército que me seguía.

Podría haber dado un discurso feroz para animarlos a todos a la

batalla, pero ya no podía añadir nada que no les hubiera dicho antes. Había llegado la hora.

Asentí mirando a Tor. Él lanzó una chispa de fuego azul hacia la noche. Llegó hasta el centro del campo abierto, junto a una fuente con la figura del rey Eli. Después agitó la mano y, en un segundo, toda la estatua de piedra quedó envuelta en su fuego mágico.

Los arqueros gritaron en sus puestos en las alturas. Unas flechas encendidas cruzaron el cielo. Desde los árboles, en ambos flancos, los guerreros gritaron cuando el fuego apareció más abajo y las llamas se alzaron hacia la luna plateada como un faro que nos guiaba hacia delante.

El Terror Nocturno sacó una espada de acero negro y ocultó sus ojos oscuros debajo de la capucha.

Yo levanté la espada y la bajé. Antes de que pudiera acabar el movimiento, me vi envuelta por una marea de guerreros.

El paso de nuestro ejército hizo estremecer la tierra húmeda. En el castillo hicieron sonar los cuernos desde lo más alto de las torres para advertir de nuestra llegada. Empezaron a formar sus unidades, pero nosotros llegamos hasta ellos enseguida.

Tras otra andanada de flechas ardientes que cayó sobre los guardias de la torre, los Cuervos cubrieron los muros de Aguja del Cuervo. Se oían gritos mientras veíamos caer cuerpos desde lo más alto de las murallas. Y se produjo la colisión de acero y sangre entre ambos bandos.

Yo me preparé, con la espada en la mano, y me sumergí en la vorágine. Mi arma se encontró con la de un Cuervo. Nos bloqueamos, giramos y esquivamos hasta que le hice un corte en la parte de atrás de la pierna. Llegó otro desde detrás de mí y después otro y otro más.

Estaba centrada en avanzar. Las lecciones de Halvar no dejaban de reproducirse en mi mente. Yo era más baja y me movía más rápido que la mayoría de los guardias, que además llevaban armadura y unas protecciones voluminosas.

Así que podía utilizar aquella ventaja.

No paré de dar tajos en costillas y muslos y cortar tendones de la parte posterior de las rodillas.

Solo habían pasado unos minutos y ya tenía la cara cubierta de sangre caliente y pegajosa y me latían los músculos, exigiéndome que siguiera.

Ari estaba luchando cerca. Los Cuervos caían a sus pies chillando de terror. Su furia llenaba sus cerebros de ilusiones y los dejaba indefensos ante la llegada de Frey y Axel, que les cortaban el cuello desde detrás. Halvar y Tor preferían ir con la espada por delante. Su estrategia siempre era conservar su furia hasta que llegara el momento adecuado.

Sin duda, como último recurso, arrasarían todo el lugar con su viento y su fuego.

El Terror Nocturno seguía furioso por lo de Tova y los alver, que no habían aparecido. Tenía la ira escrita en las arrugas de la cara, pero a nosotros nos resultó útil, porque la volcó toda contra Aguja del Cuervo y en nuestro beneficio.

Con la espada negra en la mano, aquel hombre luchaba con un refinamiento que yo envidiaba. Como si la batalla fuera algo natural para él, se llevaba por delante un Cuervo tras otro con el filo de su arma. Cerca, repartidos, los miembros de la Hermandad de Kryv demostraron por qué no necesitaban más gente entre sus filas. El Kryv más musculoso estaba a diez pasos; por el rabillo del ojo lo vi levantar los puños, y siete guardias se tambalearon y cayeron hacia atrás como si estuvieran dormidos.

Los dejó a todos inertes de un golpe.

Raum y Vali se reían sin parar. No dejaban de soltar carcajadas mientras daban estocadas. Como si aquella batalla y el derramamiento de sangre fueran lo más divertido que les había pasado aquel día. Los Falkyn que estaban con nosotros luchaban de forma similar.

La magia alver era impresionante, extraña y mortífera.

Un grito al lado de la puerta me heló la sangre y al mismo tiempo me impulsó para seguir adelante.

Jarl iba sobre un caballo ruano y gritaba mi nombre. Por todos los infiernos. Halvar me había advertido que llegaría aquel momento, cuando se detecta al líder en el campo de batalla.

—¡Atrapadla para llevársela al rey! —aullaba Jarl.

Noté que el pánico me inundaba el pecho cuando los Cuervos más cercanos fueron a por mí sin dudar. Enseguida uno, después dos y luego más y más guardias se dirigieron hacia mí. Tor se abrió paso para acercarse. Halvar gritó la orden de defender a la reina. Ari extendió las manos e hizo que más Cuervos se retorcieran por culpa de unas ilusiones que los hacían deambular por el campo a ciegas. Pero llegaron más.

Siempre había más.

El espacio que tenía para luchar se redujo cuando los guardias que venían a por mí me rodearon por todos los lados. Uno me atacó, y lo bloqueé. Otro intentó hacerme perder pie, pero bajé la espada y le hice un corte en el hombro.

Necesitábamos acercarnos más a la puerta. Todavía había que luchar mucho más y, por todos los dioses, a mí no me iban a sacar del campo de batalla en aquel momento. Pero los Cuervos eran como una plaga que aumentaba sin control.

Aunque mi gente estaba luchando por mí, yo no iba a poder seguir esquivándolos mucho tiempo.

Me clavaron una espada en las costillas. Chillé y tropecé. Un Cuervo me agarró del pelo y otro de la muñeca.

Un segundo después, unas sombras negras me envolvieron las piernas y siguieron subiendo por mi cuerpo, como una capa oscura. Llenaron el espacio que había entre los Cuervos y yo. Se me paró el corazón. Vi con un asombro horrorizado como el Terror Nocturno se acercaba. Se había quitado la capucha, tenía las palmas extendidas y los ojos más oscuros que nunca.

Las sombras me abandonaron y entonces envolvieron a docenas de guardias como si fueran cuerdas negras. Unos cuantos gritaron y se golpearon para intentar quitárselas.

Durante un momento, el Terror Nocturno no hizo nada. Recorrió con la mirada el campo, su oscuridad, estudiándolo todo. Después inspiró hondo, elevó los hombros y ladeó la cabeza, nada más.

Un fuerte crujido de huesos resonó en la noche.

Los Cuervos tosieron y se tambalearon con los labios cubiertos de sangre y los cuellos retorcidos en ángulos extraños. Un montón de cuerpos cayó a plomo al suelo.

Por todos los infiernos. Aquel hombre… acababa de matar al menos a dos unidades de Cuervos, ¿con qué? ¿Un movimiento de la cabeza? Solo había cadáveres a mi alrededor hasta una distancia de veinte pasos, cubriendo de sangre la hierba.

Eso cambió el curso de la batalla. Los Cuervos miraron con terror a sus compañeros caídos y algunos echaron a correr de vuelta a Aguja del Cuervo. Pero Jarl ordenó a más unidades que avanzaran.

Los del castillo se reagruparían, pero su desconcierto nos daba una oportunidad de adquirir ventaja.

La avanzadilla llegó a la puerta del castillo. Le rebané la columna a un guardia, ignorando la corta edad que tenía, y corrí para llegar al primer muro.

—¡Elise! —gritó Ari, señalando con la espada llena de sangre la puerta de atrás.

Sonreí con ferocidad. Los arqueros que teníamos en lo alto les abrieron camino a los demás para llegar hasta mí con una andanada de flechas dirigidas a la retaguardia de los Cuervos. Ari se acercó con Frey y Axel. Empezaron a gritar órdenes de que reventaran la puerta y de crear una barrera de escudos, como hicimos hacía poco en la prisión de la furia.

Nuestros guerreros se organizaron en unidades bien formadas y acorazadas con escudos a los lados y sobre las cabezas, mientras otros de los nuestros fijaban a los muros escaleras y cuerdas para el asalto.

Los Cuervos que estaban en lo más alto del muro tiraban bolas de paja embadurnadas en alquitrán hirviendo y en llamas, desesperados por evitar que los que escalaban llegaran arriba.

Vi al Terror Nocturno, que se abría paso con la espada en una mano y un cuchillo curvado en la otra.

—¡Has matado a un buen número! —le grité con una carcajada salvaje—. ¡Y a mí que me preocupaba que no resultaras útil, Terror Nocturno!

—Soy mucho más que útil, reina. El miedo es algo muy potente —contestó el Terror Nocturno también a gritos. Se le veía más pálido y sus ojos habían vuelto a ser dorados. Hizo girar la espada negra en la mano.

—Seguro que es capaz de hacerse con Aguja del Cuervo él solo mientras los demás miramos —comentó Ari, sonriendo.

—Está debilitado —contesté.

Era obvio, porque el Terror Nocturno estaba utilizando su espada y ya no se veían sombras por ninguna parte. Estaba claro que la magia de los alver requería tanta energía como la furia.

Llegamos a los muros, pero perdimos nuestra ventaja. Tras una orden de Jarl, los Cuervos volvieron a las torres y, cuando el rastrillo de la puerta se elevó, salieron por ella cientos de guerreros. Y a la cabeza de la nueva oleada estaban… Runa y Calder.

Los falsos reyes llegaron a caballo, con jubones de cuero y espadas. Sus primeros caballeros galopaban a su lado, dejando caer un maligno polvo negro sobre nuestras primeras líneas. Unas venas de color gris oscuro asomaron en las caras y los cuellos de nuestros guerreros. Se les pusieron los ojos negros, gritaron y se arrancaron la piel con las uñas.

Después se sacudieron en medio de una especie de locura, como ocurrió con los agitadores que atacaron la mansión Lysander hacía una órbita.

Sus gritos me atravesaron la piel. Durante siglos, Aguja del Cuervo había manipulado la furia, y al final habían decidido utilizar los resultados de sus manipulaciones hasta que la mitad de nuestra gente quedó afectada por aquella retorcida pestilencia.

—¡Disparad a los jinetes! —rugió Halvar con la espada en alto, dirigiéndose a los arqueros.

Las flechas volaron dirigidas a los caballeros, pero los guerreros de Aguja del Cuervo iban a caballo a su lado, con los escudos en alto para protegerlos.

Runa y Calder animaron a su ejército para avanzar. Calder era un idiota, pero no se le daba mal utilizar la espada. El falso rey iba rebanando cabezas y gargantas y atravesando corazones de ettanos con brutalidad mientras azuzaba a su caballo para que cruzara nuestras líneas.

A nuestro alrededor había hombres y mujeres por todas partes gimiendo por la agonía. Sus heridas sangraban, y se cubrían el vientre o el cuello con las manos mientras intentaban permanecer en pie.

Aguja del Cuervo volvió para seguir hostigándolos. De repente quedó clara la aplastante verdad: nos superaban en número.

—¡Masacradlos a todos! —no dejaba de gritar Calder.

Una nueva energía empujó a los Cuervos, que luchaban con fiereza y sin compasión. Grité por la frustración y la rabia y seguí hacia delante. El destino no nos había llevado tan lejos para caer a aquellas alturas. Eso no iba a pasar. No podía ser.

De pronto, la tierra tembló.

El corazón me dio un vuelco en el pecho, pero no ocurrió nada más. Estaba en medio del choque de dos ejércitos; seguro que mi corazón lleno de esperanza me había engañado.

Valen no estaba allí.

Mi mirada se encontró con los ojos gélidos de mi hermana, que luchaba al otro lado del campo. Había aprendido a hacerlo, no igual de bien que Calder, pero estaba claro que, desde que era reina, Runa había aprendido a blandir una espada. Aun así, cabalgaba con actitud tímida detrás de mi padre, que era quien lideraba la carga.

Leif Lysander fue en el pasado un hombre como Jarl, un noble que dirigía una unidad de Cuervos. Sabía pelear y ganar. Nunca creí que yo llegaría a albergar una cierta sed de sangre, pero, al verlos en aquel momento, supe que nunca había tenido tantas ganas de matar a nadie.

Tor lanzó una llamarada. Era una señal para Herja de que, a aquellas alturas, necesitábamos a los arqueros más en el campo que en las cumbres. Cuando las llamas se dispersaron en el cielo, salí disparada hacia mi hermana.

—¡Reina! —gritó el Terror Nocturno detrás de mí. Él había insistido, igual que Halvar y Tor, en que todos permaneciéramos juntos, pero yo acababa de decidir cambiar los planes también—. ¡Maldita sea! ¡Elise!

Pero yo solo veía la pelea que tenía por delante.

Chillé y no dejé de dar estocadas a todos los Cuervos que se cruzaban en mi camino hacia Runa y mi padre. Si yo caía, me aseguraría de que ella lo hiciera también.

Pero encontré un desnivel y caí hacia delante. Entonces una fisura profunda se abrió en la tierra.

Un siseo extraño recorrió el campo de batalla.

La tierra se sacudió con violencia. Me hormigueó la piel por la anticipación y a mis labios asomó una sonrisa. Un grito gutural se elevó desde las gargantas de mi gente hacia las estrellas silenciosas. En la loma que había en el extremo sur del campo había una figura solitaria.

El corazón me dio un vuelco. Valen.

Estuvo allí solo unos segundos y entonces una hilera de guerreros apareció tras él. Por todos los dioses. ¿De dónde había sacado a tantos guerreros? ¿De la prisión de la furia? ¿Eran los nuestros que venían por el río? No importaba, en realidad. Solo verlos les insufló aire a los pulmones de nuestra gente. Los gritos que se oían en medio de la batalla estaban dedicados al príncipe de la noche.

El ejército que venía con Valen rugió en respuesta.

Por primera vez, Calder, Runa y todo Aguja del Cuervo parecieron muertos de miedo.

—Asumo que ese es el rey al que hemos venido a salvar. —El Terror Nocturno se había materializado detrás de mí. Le faltaba un poco el aire.

Yo levanté la espada, sin saber si Valen me veía desde tan larga distancia, y grité:

—¡Por vuestro rey!

Ante la segunda oleada de aullidos, Valen hizo estremecer la tierra y salió corriendo para entrar en la batalla.

—Por todos los dioses —exclamó Tor—. Lo acompaña Sol y… —Entornó los ojos—. No. Es… No es posible.

—¿Qué? —pregunté con urgencia. No teníamos tiempo para vaguedades—. Dime lo que ves.

Tor me miró, parpadeando rápido.

—Juraría que a su lado he visto… a Arvad.

¿Qué? Volví a mirar al ejército de Valen. Se habían fundido con los demás en la batalla y estaban demasiado mezclados con los Cuervos y los ettanos como para poder distinguir las caras por separado.

—¿Quién es Arvad? —preguntó el Terror Nocturno con cara de pocos amigos.

—El difunto padre de Valen.

El Terror Nocturno me miró como si me hubiera vuelto loca y sacudió la cabeza.

—No entiendo nada de lo que ocurre en este lugar.

A mí me pasaba lo mismo.

Dio una orden y unos cuantos Kryv, que habían permanecido conmigo y con el Terror Nocturno, siguieron a Ari para atacar a un grupo de jinetes que estaban desparramando más pestilencia venenosa. Yo quería contemplar todos sus movimientos, ver cómo destruían el veneno, pero me obligué a concentrarme de nuevo en la batalla.

La lucha no esperaba.

Un Cuervo con la nariz torcida y una espada corta en cada mano se lanzó a por mí. Bloqueé su estocada y me retorcí para evitar que me hiriera en la espalda con la segunda hoja.

Dirigió una espada hacia mi pecho; yo me incliné hacia atrás y esquivé por poco la punta. Le clavé la daga en las costillas y le di una patada en un lado de la rodilla. Él siguió yendo a por mí como si no sintiera nada.

—¡Hija!

Oí una risa malvada que llegaba desde detrás del guardia. Apreté los dientes y seguí luchando contra él, ignorando a mi padre que se acercaba.

Su cara me provocó un nudo en las entrañas. Durante muchas órbitas había hecho lo que quería mi tío y me había sometido a su deseo de que contrajera un matrimonio ventajoso y fuera solo una cara silenciosa más en mi casa, solo para que Leif Lysander siguiera recibiendo los cuidados de sus *medik*.

Y ahí estaba, sano, malvado e indiferente a si yo vivía o moría.

No. Me estaba mirando con toda tranquilidad mientras yo luchaba con un hombre enorme, un guerrero que me superaba en habilidad. Creo que mi padre estaba disfrutando del espectáculo. Seguro que estaba deseando que llegara el momento en que la espada del guardia me atravesara el corazón.

El hombre me golpeó con su puño gigante en la boca y el impacto me lanzó hacia atrás. Tosí, escupí sangre y agarré con fuerza la espada con la intención de hundírsela en el pecho o, al menos, hacerle un tajo en alguno de los puntos débiles que unían sus protecciones, para poder huir.

Oí la risa cruel de mi padre y sentí una ráfaga de aire que me acariciaba la cara, y enseguida noté otra. El Cuervo gruñó. Me giré justo cuando dos flechas se hundían en su garganta, y se desplomó.

Sonreí. Vi a Herja entre los árboles, con el arco levantado y otra flecha preparada. Me guiñó un ojo y disparó hacia otro grupito de guardias, una flecha tras otra en rápida sucesión.

Apreté la empuñadura y me giré para enfrentarme a la espada de mi padre. El choque de los aceros me arrancó un trozo del corazón. Aquel era un momento que jamás en mi vida habría deseado que llegara: el de tener que luchar contra los de mi misma sangre.

Durante un instante, una mirada de sorpresa apareció en el único ojo que le quedaba a mi padre cuando los dos filos se encontraron. ¿Es que creía que seguiría siendo como antes? ¿Una niña obediente que ocupaba sus días con libros y sueños distantes?

—Has aprendido a usar bien la espada —dijo con un gruñido.

—Mejor que tú. —Acerqué el filo a su cuerpo y tuvo que retroceder, pero se encontró con la punta de mi daga. Le hice un corte con ella en el brazo.

Mi padre soltó una exclamación de dolor y se miró el tajo. Se movió rápido, como si la sangre lo hubiera despertado. Antes de que me diera tiempo a apartarme, me agarró la trenza.

Maldita sea. Tonta de mí. Intenté usar la daga, pero me resbalaron los dedos.

—¡Elise! —gritó Herja, pero su voz parecía llegar desde

demasiado lejos. Dudé de que le diera tiempo a apuntar.

Mi padre me tiró del pelo para acercar mi cara a la suya.

—Tú no eres mi hija. No eres nada.

Esas palabras no me dolieron. Estaba resignada a reconocer que ya no me quedaba familia en Timoran.

—Soy la mujer de Valen Ferus y la reina, malnacido.

Dirigí la daga hacia su muslo. La punta le rasgó la piel, pero había que decir a favor de Leif Lysander que no cedía con facilidad. No me soltó, aunque vi el dolor escrito en su cara, pero era demasiado testarudo y malvado para ceder. En vez de eso, tiró con más fuerza.

—Después de lo de hoy, te borrarán de las sagas familiares.

—Eso espero —contesté con los dientes apretados.

Me preparé para zafarme de su mano, aunque eso significara perder un buen mechón de pelo. Morir a manos de aquel hombre no era algo que estuviera escrito en mi destino. Me negaba a aceptar ese resultado.

Pero antes de que pudiera moverme, alguien tiró de Leif hacia atrás.

Yo caí con él, pero enseguida rodé y me centré en recuperar el control de mis armas de nuevo.

—Qué ganas tenía de que nos viéramos de nuevo. —La voz sonó más afilada que un carámbano de hielo.

Tenía la cara cubierta de sangre, pero veía perfectamente. Sol Ferus estaba haciendo retroceder a mi padre. El príncipe solar parecía más fuerte que nunca. Alto, robusto, feroz. Perseguía a mi padre como lo haría un lobo con un ciervo herido.

Una furia negra salía de las manos de Sol.

—Por todas esas noches que venías a verme a las mazmorras —dijo Sol con voz peligrosa—. Considéralo mi forma de pagarte por lo que me hiciste.

Me estremecí. ¿Había sido mi padre la persona que torturó a Sol?

—¡Hazlo arder conmigo! ¡Sol! ¡Abrasémoslo! —Tor apareció tras una nube de humo y se acercó corriendo a su consorte.

Una amplia sonrisa blanquísima iluminó la cara de Sol. Alivio, brutalidad, amor, todo se unió en una expresión salvaje y terrible. El fuego de Tor se encendió. La pestilencia surgió, oscura. Yo lo observé todo con una extraña reverencia. Leif Lysander tiró las armas, se puso de rodillas y levantó los brazos.

Resignado a su destino.

Las dos furias se fusionaron, como hicieron en Ruskig. Un relámpago de magia y fuego iluminó el cielo. Unos cuantos guerreros se alejaron corriendo del príncipe solar cuando Tor y él interrumpieron su magia y todo el mundo vio que no quedó de Leif más que un montón de cenizas.

Yo me quedé perpleja. Sentía un torbellino de emociones. ¿Alivio? ¿Asco? No sabía a qué se debía aquella presión en mi pecho.

Unos segundos después, Sol bajó las manos y dio tres zancadas para cruzar el espacio que lo separaba de Tor y abrazarlo. Ambos se perdieron en el abrazo del otro. Tor le puso la mano en la nuca al príncipe solar y lo besó en un lado del cuello y en los labios. Pero ninguno de sus gestos fue tierno, sino que se mostraron ansiosos, llenos de deseo.

Sol le cogió la cara a Tor y se apartó para estudiarla durante unos segundos. Dejó escapar una risa tensa, lo besó y ambos unieron las frentes.

Se me partió el corazón al verlos. Después de muchísimas órbitas separados, por fin podían disfrutar de un breve momento para ellos.

Necesitaba encontrar a Valen.

—¡Elise! —La voz de Sol me trajo de nuevo a la realidad. Me señaló los muros. Runa estaba dando estocadas furiosas a los guerreros que lograban colarse entre los guardias que la protegían—. Hay dos reinas en este campo de batalla, pero de aquí solo puede salir una. Asegúrate de que seas tú.

—¿Dónde está Valen?

—Todos tenemos un papel que desempeñar. Acaba con esto, Elise —pidió Sol—. Puedes hacerlo.

Nos estábamos quedando sin tiempo. Sol y Tor se vieron obligados a volver a la batalla cuando un grito ronco de un capitán de la guardia de Aguja del Cuervo inició un ataque contra el príncipe solar. Tras ver cómo esos dos fae utilizaban su furia, dudaba de que ninguno de esos Cuervos durara mucho.

Miré al otro lado del campo. Solo se veía una vorágine de humo y guerreros. A lo lejos logré distinguir a Jarl. Había desmontado y no apartaba los ojos de un lugar concreto. No logré distinguir adónde se dirigía, pero se me aceleró el corazón. ¿Habría encontrado a Valen?

Nos reuniríamos en el campo de batalla y lucharía a su lado, pero el príncipe solar tenía razón.

Entorné los ojos y fijé mi mirada en la falsa reina.

Había dos reinas allí y solo iba a quedar una que pudiera seguir respirando.

Capítulo treinta



El príncipe de la noche

Esta vez sí acudí a la llamada de la sangre.

Durante las invasiones, nuestra gente nunca llegó a combatir como en aquel momento. La traición acabó con la antigua Etta antes de que tuviéramos tiempo de unirnos y liberar nuestra furia como habíamos planeado. Eli invadió nuestra corte de la forma más sucia: utilizando a nuestra propia gente contra nosotros. Una inocente excursión al bosque a caballo acabó con la captura de mi hermano, mi padre, Tor, Halvar y yo y después nos metieron a todos en la prisión de la furia. A Herja y a mi madre las encerraron en las torres y las atormentaron, amenazándolas con acabar como esclavas sexuales para el uso exclusivo del falso rey durante el resto de sus vidas.

Estar allí con Dagar, Kjell y todos los guerreros que nos eran fieles en aquellos días oscuros, luchando por una tierra que nunca habíamos olvidado, hizo que mi sed de sangre se convirtiera en algo que era más que rabia. No se trataba ya de los restos de una maldición, sino que era como una especie de intoxicación, un propósito.

En todos los rincones y los muros la sangre entonaba la canción que despertaba un deseo en mi interior. Había visto a Elise cerca de los muros, pero luego la perdí en medio de la carnicería.

Tenía dos objetivos en aquella batalla: matar a la mayor cantidad posible de Cuervos y encontrar a mi mujer.

Niklas demostró ser tan formidable como su esposa. El elixista lanzaba polvos extraños que quemaban la piel de los guardias o los cegaban con explosiones de luz el tiempo suficiente para que Tova y Junius los degollaran desde detrás.

A mis pies, un Cuervo levantó las manos y suplicó en voz baja por su vida. Le clavé las hachas en el pecho.

Inspiré hondo por la nariz y me erguí. La sangre goteaba por el filo curvado de mis armas. Una explosión junto a los muros detuvo la batalla unos instantes. Algo azul y negro se elevó desde aquella zona.

En mis labios apareció una sonrisa salvaje.

Sol y Tor se habían encontrado. No tardarían en hacer que todo lo que había en aquel campo acabara reducido a cenizas.

Solo me dio tiempo a dar un paso, cuando noté una punzada de dolor profunda y caliente en las costillas. Me tambaleé y, al mirar, vi que tenía una flecha clavada en el costado. La sangre me empapaba la túnica. Me llevé la mano a la herida y a la vez miré alrededor.

Maldita sea.

En el momento en que mis ojos se encontraron con los suyos, azules e insensibles, me arranqué la flecha del costado, ignorando el dolor agudo.

Hice girar las hachas en la mano. Había estado esperando a que llegara ese momento.

Jarl era un cobarde. Estaba a veinte pasos de mí con una docena de Cuervos a su lado. La furia me hizo arder las manos, pero quería alargar su muerte. Aplastarlo bajo una roca haría que todo acabara demasiado rápido.

Jarl se detuvo. Tenía la cara y las manos cubiertas de sangre, pero sus dientes destacaban en medio de la carnicería.

—Ya le advertí al imbécil del rey que había algo más en ese condenado lugar. Y a ti te dije que Aguja del Cuervo guardaba secretos, príncipe de la noche.

—Secretos que ni siquiera tú conoces y que no te han beneficiado en nada. Has estado todo este tiempo alardeando de que ganaríais esta batalla gracias a vuestro poder. Pero parece que ahora las cosas están a nuestro favor.

Jarl frunció el ceño. Estaba claro que no sabía qué responder.

—No olvides que la única forma de sacar de aquí de una sola pieza a la persona que más quieres es rendirte. Estoy seguro de que nuestro rey será misericordioso. Te concederá una villa, siempre y cuando accedas a alimentar esta tierra con la furia. Podríais tener los dos una vida larga y tranquila.

—Como esclavos de una tierra moribunda. Pero me alegro de que reconozcas que esta tierra nos necesita. Tanta negación empezaba a resultar agotadora.

Jarl hizo girar la espada entre las manos.

—¿Quieres que luchemos entonces? ¿Eliges esta tierra por encima de tu reina? Va de camino a la muerte mientras hablamos. Ve a buscarla y déjame ir o peleemos. Resolvamos esto entre nosotros mientras ella muere.

—Jarl Magnus, hablas demasiado. —Me puse en cuclillas, preparado para cortarle la lengua si era necesario.

—Puedes verlo con tus propios ojos. —Señaló y, como si no fuera más que un niño, miré; no podía resistirme cuando se trataba de Elise.

El corazón se me heló al instante. Al otro lado del campo, Elise se estaba abriendo camino hacia los muros, dejando solo sangre en su estela. Tenía la vista puesta en su hermana, pero lo que no veía era que Calder iba tras ella acompañado de una unidad de sus mejores caballeros.

El falso rey se había quitado la corona para parecerse más a sus guerreros y pasar desapercibido, pero estaba claro que no era uno más por la forma en que sus hombres lo protegían.

—Deja que me vaya, príncipe de la noche, y tendrás la oportunidad de intentar detenerla y salvarla de su destino.

Jarl Magnus era el hombre más rastrero que me había encontrado en mi vida. Si se lo permitía, huiría, pero si no lo hacía, Elise se arriesgaba a enfrentarse a su hermana y a su primo en inferioridad de condiciones.

Un trueno sacudió la tierra cuando mi furia hirvió. Pero tenía elección. No estaba allí solo.

—¡Gunnar! —grité, y logré llamar la atención de mi sobrino, que estaba luchando cerca, pero también hizo que mi madre levantara la cabeza. Algo que se me había olvidado era lo aterradora que resultaba Lilianna Ferus en la batalla.

—El falso rey —fue lo único que dije, y señalé hacia el campo de batalla—. Utilizad vuestras flechas.

Gunnar murmuró algo dirigido al Cuervo con el que estaba peleando. El hombre se quedó quieto, como si estuviera en trance, y cuando el chico se alejó, el guardia cogió su espada y se cortó el cuello él solito. Por todos los demonios, su magia era inquietante.

Levanté la palma e hice estremecer la tierra, desesperado por desviar a Calder de su rumbo. Jarl no huyó como creí que haría ese cobarde; se quedó allí. Por el rabillo del ojo vi que ordenaba a sus hombres que atacaran, y él fue a por mí.

Hice una mueca de dolor mientras trasmitía a la tierra una furia que me estaba dejando sin fuerzas. Pero no alcanzó a Calder. Dudé de que Elise llegara siquiera a notarla. La energía abandonó mi sangre cuando Jarl y sus Cuervos estaban a solo unos pasos.

Una mano me desplazó bruscamente.

Mi padre me apartó de la tierra. Sus ojos brillaban por el efecto de su propia magia.

—Para. ¡Coge las hachas y pelea, Valen!

—Elise… —Solo diez pasos y Jarl me alcanzaría, más bien a los dos, y Calder llegaría hasta mi mujer. No era capaz ni de pronunciar las palabras—. El falso rey.

—Céntrate en esta pelea y después reúnete con nosotros —ordenó mi padre con la mandíbula apretada. Luego salió corriendo detrás de Gunnar, con mi madre pisándole los talones.

No me dio tiempo a preguntarme si iban tras Calder, ni de levantarme para seguirlos antes de que tuviera que levantar una de las hachas para bloquear una estocada veloz de la espada de Jarl. Intentó clavarme la daga en el vientre. Yo le di una patada en la pierna para apartarlo y eso me permitió al menos ponerme de pie.

Los Cuervos lanzaban ataques sin parar, pero las órbitas que yo había pasado siendo el Espectro Sanguinario habían tenido su efecto.

Crucé un pie por delante del otro, un apoyo exacto, cuidadoso, estratégico. Enfrentarse a ese número de oponentes sin un buen apoyo exigiría unos ataques muy certeros. Una espada apareció por delante y otra por detrás; me agaché y, con una de las hachas, le rebané el tobillo a un guardia y tiré al suelo de una patada al otro. Un tercer guardia me hizo un tajo encima de la herida de la flecha.

Di un respingo con los dientes apretados. El Cuervo intentó alcanzarme el pecho. Giré el hacha hacia arriba y le corté en la parte interior de la pierna. Cayó con sangre saliéndole a borbotones desde el muslo con cada latido de su corazón.

Decidí dejarlo allí sufriendo.

Por mucha habilidad que yo tuviera, había demasiados Cuervos. Podía gastar todo lo que me quedaba de energía en abrir la tierra y resultarle inútil a Elise después, o luchar hasta que no me quedara más sangre.

Ninguna de las opciones era buena, pero solo había un camino claro: luchar para volver a su lado o morir intentándolo.

Agarré las hachas con más fuerza, resignado a acabar allí y pidiendo que el destino me concediera al menos la oportunidad de volver a ver su cara un momento. Pero no llegué a dar ni un golpe.

Los Cuervos soltaron las espadas y se rascaron la cara. Les salía sangre de entre los labios, les goteaba por la barba y les manchaba los jubones. De sus orejas y sus ojos empezaron a salir ríos de algo mortal, oscuro y ardiente, que los envolvió hasta que cayeron todos, unos encima de otros.

Me giré, preparado para enfrentarme al enemigo que había hecho eso.

Una figura (un hombre, o eso creía) se acercó. Tal vez era un espíritu salido de los infiernos, no lo sabía; iba vestido totalmente de negro, y unas sombras muy oscuras formaban espirales a su alrededor como si fueran jirones de nubes de tormenta. Cuando el último Cuervo se ahogó en su propia sangre, la sombra oscura bajó la mano y fue como si su piel absorbiera las espirales.

Jarl murmuró una maldición entre dientes.

Ya no tenía guardias. Estaba solo.

—Quería acelerar un poco las cosas, rey. —El que había hablado era el hombre de las sombras—. ¿Lo quieres? —Señaló a Jarl—. Te teme muchísimo. Podría deshacerme de él en un segundo, pero me da la impresión de que prefieres hacerlo tú. Pero date prisa. Algunos ya tenemos ganas de abandonar este maldito reino.

—¡Kase! Oh, mierda. Terror Nocturno, quiero decir. Un placer que hayas decidido unirte a nosotros, amigo. —Niklas lo saludó desde una distancia de unos veinte pasos.

El Terror Nocturno. El que traía la oscuridad y el miedo.

No era un mito, y en aquel momento parecía muy enfadado con el elixista. No me hizo falta más que ver su expresión y sus puños apretados para darme cuenta de que no le hacía ni la más mínima gracia que se hubiera revelado su nombre.

Me fulminó con una mirada negrísima, más oscura que la de ningún habitante de la noche, y señaló con la barbilla.

—Tu objetivo huye, rey.

Jarl había abandonado la lucha y corría hacia los árboles. Me puse en pie y salí disparado tras él.

Cuando lo tuve a unos diez pasos, le lancé una de las hachas. Una corriente de violento placer me recorrió las venas cuando vi que se le clavaba en el hombro. Jarl cayó hacia delante. Gruñó e intentó seguir arrastrándose, aún con el hacha clavada.

Le pisé la columna. Sin el más mínimo cuidado, le arranqué el hacha y la tiré al suelo. Dejó escapar un gemido gutural. No iba a tener la muerte lenta fruto de la tortura que yo quería, pero llegar hasta Elise era más importante para mí que cualquier sueño sangriento.

Le di una patada para obligarlo a ponerse boca arriba.

La sangre empapaba la hierba debajo de él cuando le puse la bota en la garganta.

—Has fracasado —dije con voz áspera—. Hoy vas a morir solo, despreciado y odiado. Una vergüenza para las sagas y las historias. No hay duda de que los dioses no te recibirán en su mesa. —Cogí el hacha ensangrentada que aguardaba en el suelo, junto a su cabeza—. Te esperan en los infiernos, malnacido.

Agarré la empuñadura del arma con ambas manos y le hundí el hacha en el centro del cráneo.

Cada vez que respiraba era como si me arrancaran el aire de los pulmones. Jarl estaba en un charco de su propia sangre y había quedado casi irreconocible. El hacha estaba clavada muy profundo y tenía intención de dejarla allí, para señalarlo como una de mis víctimas en el campo de batalla.

—¡Todos a los muros! —grité a la vez que levantaba la otra hacha —. Tenemos que luchar por la reina.

Los ettanos aullaron en respuesta a mi llamada y corrieron detrás de mí hacia la parte más baja de la pendiente. No veía a Elise, ni a Calder. El humo y el fuego lo ocultaban todo. «Vive. Tiene que seguir con vida.» No dejaba de repetirme ese pensamiento mientras guiaba a mis guerreros.

Jarl estaba muerto.

Solo quedaban Calder y Runa.

Y yo iba a acudir a la llamada de la sangre.

Capítulo treinta y uno



La princesa rebelde

El humo me escocía en los ojos y me hacía llorar. Me pasé el dorso de la mano por la cara y me la manché de sangre y sudor. Runa seguía apartada junto al muro, con la espada en la mano, pero aún sobre su caballo e ilesa. Una enemiga olvidada por los demás, pero la única en la que me fijaba yo.

Se acercaba el final, el último paso del camino del destino. Solo quedaría una corona para una reina aquel día, y no iba a ser la de Runa.

Los gritos propios de la batalla se estaban apagando. Poco a poco, el choque de aceros se fue debilitando. Los rugidos de los ataques se convirtieron en lamentos de dolor y agotamiento. No podía cuantificar nuestras pérdidas. Ni tampoco sabía dónde estaba Valen.

Pronto llegaría el sonido de los cuernos para indicar la retirada y la tregua, pero yo no iba a volver para luchar otro día. Mi camino acababa en el lugar donde estaba mi hermana.

Lo sabía en lo más profundo.

Cuando di el siguiente paso, una luz cegadora apareció ante mis ojos. Me retumbó la cabeza y caí de costado.

Me habían alcanzado. Algo me había dado en la cabeza, que me daba vueltas, confusa, mientras las lecciones de Halvar se mezclaban unas con otras, pero se oía más la voz de Valen insistiendo en que me defendiera. No me iba a dejar morir con la excusa de que había recibido un golpe en la cabeza.

Envolví con los dedos la empuñadura de la espada y seguí corriendo con unas piernas inestables.

La noche, el humo y las cenizas que había en el aire dificultaban la tarea de distinguir las caras. Pero el resplandor de las antorchas y las llamas bailaba sobre la cara pálida de facciones angulosas de mi primo. Calder se quitó una capucha negra. Su cara parecía de piedra.

En sus ojos no se veía nada más que desprecio por mí.

—¡Matadla! —El grito de Runa cercenó el último vínculo de hermanas que nos quedaba. Chillaba desde su posición y contemplaba cómo su marido daba vueltas a mi alrededor con un brillo retorcido en los ojos.

—He intentado evitar esto, Elise, pero has insistido en continuar con esta maldita idiotez. Todo ha sido culpa tuya —sentenció Calder.

Se movía como un guerrero ágil, consumado y letal.

Agarré la espada con más fuerza para ocultar que me temblaban las manos. Un impulso me hizo estudiar sus movimientos y observar sus pies, su apoyo. Calder daría estocadas fuertes, por los lados y desde arriba. Resoplé despacio, lista para bloquear sus golpes.

Ninguna de las lecciones que había recibido me preparó para la cobardía.

Unas manos me agarraron desde atrás. Los principales caballeros de Calder me cogieron por los brazos y uno me dio una patada en las rodillas para obligarme a arrodillarme. Un guardia me tiró de la trenza y me obligó a echar la cabeza hacia atrás; alejaron mi espada de una patada.

Con los brazos atrás, y el corazón expuesto, era el blanco perfecto para la espada de Calder.

No. No. Maldije al destino, a los dioses. Qué maniobra más cruel hacerme llegar hasta allí, darme tantas esperanzas, para acabar teniendo aquella muerte propia de una persona débil.

—¿Tan poca fe tienes en tu habilidad con la espada que me atacas solo cuando estoy indefensa, primo?

Calder ladeó la cabeza.

—Solo una reina va a salir de este campo de batalla hoy. Y me temo que hay demasiado en juego como para arriesgarse a que seas tú. —Se detuvo a solo unos pasos de mí—. Siempre tendré agradables recuerdos de infancia de ti, Elise. Me quedaré con esos momentos, en los que no eras una preocupación constante para mí, como una espina clavada en el costado.

Recorrió el espacio que nos separaba con la espada levantada. Tuve ganas de cerrar los ojos, pero me obligué a mirarlo. Tendría que ver mis ojos antes de atravesarme.

Calder se preparó para la estocada.

El choque de dos aceros resonó en mi cerebro. Justo en el momento en que creía que iba a perder la cabeza, aparecieron delante de mí dos espadas cruzadas que inmovilizaron la de Calder. Después oí gruñidos y exclamaciones. Los caballeros que me sujetaban cayeron hacia atrás, cada uno con una flecha clavada en la espalda.

Calder contempló con incredulidad cómo un fae alto y fuerte detenía el filo de su arma con las dos que llevaba. El hombre me miró. Unos ojos oscuros, pero sabios, la piel oscura y saludable, el pelo trenzado y dos piedras de ónix pulidas atravesándole los lóbulos de las orejas puntiagudas.

Se parecía a Valen en muchos aspectos, así que me sentí confundida.

Él… ¿Podría ser su padre?

Lo que pareció una eternidad mirándonos se interrumpió. Solo hizo falta medio segundo para que quien yo creía que era Arvad Ferus empujara a Calder para acabar con el bloqueo de su espada.

—Vas a tener la mala fortuna de pagar por los pecados de muchos falsos reyes —anunció con voz grave.

La cara de mi primo era pura rabia. Aguantó el ataque de las dos espadas un poco, pero esa lucha no estaba equilibrada ni en cuanto a habilidad ni en número de armas.

Una flecha atravesó el aire. La punta se clavó en uno de los hombros de Calder. Él gritó y se cubrió un costado. Enseguida una segunda flecha hizo blanco en el que tenía desprotegido. Herja apareció en medio del humo, con su hijo junto a ella. Los dos tenían los arcos levantados y unas flechas preparadas.

Calder rugió por la ira e hizo un débil intento de ir a por Arvad. Y el padre de Valen, aunque podría haberlo hecho, no le asestó un golpe mortal. En vez de eso, se quedó quieto mientras una mujer se acercaba a Calder por detrás.

Abrí los ojos como platos. El pelo claro, manchado de sangre oscura. No era ettana. De estatura pequeña, no resultaba una amenaza obvia en el campo de batalla, pero tras verla encaramarse a la espalda ancha de mi primo y rodearle el cuello con un brazo desde detrás para después ponerle un cuchillo en la garganta, me pareció la guerrera

más feroz de toda aquella batalla.

—Dile a Eli que nosotros ganamos al final —le murmuró al oído antes de rebanarle a Calder la garganta con el cuchillo.

Él intentó respirar durante unos segundos y entonces las rodillas le fallaron y cayó boca abajo sobre la hierba.

Muerto.

Varios Cuervos se dieron cuenta y parecieron quedarse petrificados en donde estaban. Algunos dejaron caer sus armas y otros siguieron atacando a nuestro ejército.

—¡Elise!

El corazón me dio un salto en el pecho. Valen. No lo veía, pero el viento me había traído el sonido de su voz. Estaba vivo. Se acercaba. Vivo.

Tal vez a los Cuervos les parecía que, si no había rey, no tenía sentido seguir, pero el aullido asesino que oí a mi espalda me reveló la verdad. Le di la espalda a la voz lejana de mi marido, con la mandíbula tensa, y me puse de pie despacio.

Nada de todo aquello iba a terminar hasta que todos los que reclamaban el trono de Timoran acabaran en los infiernos. Runa tenía en la mano su espada, y sus ojos estaban llenos de odio. Gritó mi nombre y después bajó corriendo por la pendiente hacia donde estaba yo.

Fui a su encuentro. Sin dudar ni pensármelo dos veces.

El resto de la batalla dejó de existir. Si los demás seguían luchado detrás de mí, no me di cuenta.

Con un chillido estrangulado, lancé un ataque para bloquear el inicio del suyo. Un golpe rápido que nos separó a ambas a la misma velocidad. Caminamos en círculos, la una frente a la otra. La vibración del acero hacía que me hormigueara la mano. Los ojos de Runa relampagueaban, como una tormenta sobre el mar. Ya no era la hermana que conocía, pero tampoco yo era la segunda *Kvinna* complaciente de nuestro pasado.

Ninguna de las dos dijo nada, porque no había nada de que hablar.

Las hijas de los Lysander estaban allí para matarse entre sí.

Fui a por ella otra vez. Ella respondió a mi ataque con una

ferocidad que no me esperaba. Me hizo un corte en el brazo que provocó que me apartara. La adrenalina enmascaró el dolor y bloqueé su estocada desde abajo con más fuerza.

Le di una patada en las costillas y la apuñalé en la pierna. Seguimos midiendo nuestras fuerzas. Luchábamos con golpes torpes, desesperados, pero con una irrevocabilidad, una seguridad de que aquel momento iba a cambiar la historia de aquella tierra para siempre.

Runa estrelló su espada contra la mía y me soltó un puñetazo en la mandíbula. Caí hacia delante. El sabor de la sangre hizo que me ardiera la lengua.

«Levántate, Elise. Debes estar preparada. No te caigas.»

—¡Elise! —Valen apareció ante mis ojos.

Iba dando empujones, esquivando ataques, abriéndose paso para llegar hasta mí.

Pero estaba demasiado lejos.

Había miedo en sus hermosos ojos. Se había dado cuenta de que no iba a poder alcanzarme.

De todas formas, era yo quien tenía que terminar con aquello.

Levanté la espada y miré a mi hermana. Tenía la respiración acelerada y la cara contorsionada por el dolor. Mi cuerpo se quejaba también. Cojeaba y tenía la piel cubierta de cortes y tajos. Y estaba segura de que me había roto por los menos tres dedos. Arrastré la punta de la espada por la hierba, porque pesaba demasiado para sujetarla cuando no tenía que defenderme de un golpe.

—No tienes reino aquí, Runa. Se acabó —anuncié.

—¡A mí me ha elegido el destino! Eres tú la que se equivoca. —No dijo más antes de recuperar el aliento e intentar atacar de nuevo.

Las espadas se encontraron. Runa chilló al intentar clavármela en el cuello. Yo me zafé y la aparté de un empujón.

Dirigió otro ataque a la parte baja de mi columna. Lo esquivé. Ella bloqueó mi estocada desde arriba. Cada choque de aceros, cada golpe, tenía menos fuerza que el anterior, pero estaba más cargado de

odio. Un golpe del acero impactó contra una de mis protecciones y atravesó el cuero.

Runa estrelló su bota en mi rodilla. Solté una maldición y trastabillé hacia atrás. En la confusión de mi mente, los gritos furiosos de Valen me animaban. Runa hizo un intento torpe de alcanzarme el corazón, pero sus pies débiles, que pisaban terreno irregular, tropezaron.

«Ahora.»

Su cuerpo se inclinó hacia delante, porque había perdido el equilibrio. Me apresuré a agarrar mejor la espada, con la punta hacia abajo. Un aire tan caliente que quemaba me hizo arder los pulmones. Giré apoyándome en un talón, dejé escapar un grito escalofriante y dirigí la punta de mi espada hacia ella. Aterrizó en la base de su garganta y la atravesó.

El acero perforó su piel, provocando un enorme chorro de sangre oscura.

Runa parpadeó y en sus ojos pálidos se vio asombro, remordimiento y odio. Hasta que toda luz los abandonó. La sangre salía a borbotones de su cuello, pero durante un momento Runa se quedó muy quieta. Arrugó la frente para hacer una mueca, como si estuviera a punto de dejar escapar una lágrima, pero no salió nada de esos ojos antes de que cayera hacia atrás, con ellos vacíos y fijos en el cielo nocturno.

Solté la espada. Me temblaba todo el cuerpo y me costaba llenar los pulmones. Unos pasos suaves vinieron a por mí y me apartaron del cuerpo inerte de mi hermana.

Se había acabado. Todo me daba vueltas en la cabeza. El fin.

Nuestro ejército observó aquella carnicería y después me miraron a mí con horror y asombro al mismo tiempo. No me importaba, porque yo solo veía una cara. Me dolía mucho la pierna, sentía la cabeza a punto de reventar, pero aceleré el paso, a pesar de la cojera.

—Valen —lo llamé con la voz quebrada. Intenté echar a correr, pero solo logré cojear más.

El príncipe de la noche se abrió paso a través de la última fila de guerreros y vino a mi encuentro corriendo y, un instante después, me cogió al vuelo cuando me lancé a sus brazos y le rodeé la cintura con

las piernas. Me abrazó con tanta fuerza que no me dejaba respirar.

Enterré la punta de la nariz en su cuello. Por todos los dioses… Inspiré su olor. Era real. Estaba vivo. Y allí. Valen me tocó el pelo, el cuello. Noté sus labios contra mi piel y las manos recorriéndome todo el cuerpo como si él tampoco acabara de creerse que los dos estábamos aún en pie y respirando.

Se separó un poco y me apartó el pelo lleno de sangre y sudor de la cara. Él tenía la cara manchada de hollín y llena de cardenales, pero su sonrisa lo iluminaba todo.

El príncipe de la noche me besó.

Y en aquel beso no había ternura y suavidad. Era pasional, desesperado. Perfecto.

Estaba sin aliento cuando se separó, y apoyé la frente en la suya.

—Se acabó lo de hacerse el héroe, Valen Ferus. De hoy en adelante, no te lo voy a permitir. No vuelvas a sacrificarte por otra persona nunca más. No tengo intención de verte morir, ni de ver cómo te capturan de nuevo. Vas a ser un rey que se oculte tras los muros de su castillo cuando le declaren la guerra, ¿me has oído?

Sonrió a pocos centímetros de mi boca.

—Creía que te encantaban mis momentos de heroísmo.

—Los odio. No los soporto. Te quiero vivo, respirando y entre mis brazos. Te lo exijo.

Me besó despacio y habló con voz suave:

—De acuerdo. Nunca me opondré a un acuerdo como ese.

Capítulo treinta y dos



El príncipe de la noche

El tiempo se volvió irrelevante, porque lo único que importaba era tener a Elise en mis brazos, sabiendo que estaba viva.

Malditas profecías.

Runa y Calder habían puesto más fe en una hoja de pergamino que en la fuerza de Elise Ferus. La segunda reina había vencido, vivía, y con ella su reino se alzaría con más fuerza.

Gracias a que la segunda *Kvinna* confió en una bestia salvaje, Etta se había salvado.

No me habría importado mantenerla entre mis brazos para siempre, pero mis fuerzas tenían otros planes. De repente me pareció que mis brazos estaban a punto de caer, así que, a regañadientes, dejé que Elise se deslizara al suelo. Le cogí la cara entre las manos y la besé una vez más.

—¡Viva el príncipe de la noche! —gritó una voz ronca que consiguió que ambos recordáramos que un gran ejército estaba fielmente esperando detrás de nosotros—. Viva *lady* Elise.

—¿No dicen viva el rey? —murmuró Elise.

Una vez terminada la batalla, la verdad asomó en mi corazón una vez más. Le cogí la mano.

—Yo no soy rey.

Los guerreros hincaron la rodilla y se golpearon el pecho cuando pasamos ante ellos. Pero algunos se quedaron de pie.

Niklas y Junius. El Terror Nocturno, Tova y unos cuantos de los suyos. No me importaba si los alver se inclinaban ante nosotros o no, ni tampoco si lo hacía el resto, porque tenía toda mi atención centrada en las caras de mi familia.

Herja tiró el arco, corrió hacia nosotros y nos rodeó el cuello con los brazos.

Sol también se acercó. Tenía la cara cubierta de sangre, pero su sonrisa era radiante. Me agarró por el hombro. Yo lo miré a los ojos; casi no me podía creer que lo hubiéramos conseguido.

—Hiciste bien en escucharme, Elise —dijo Sol—. Trasmitiste mi mensaje, te aseguraste de que este idiota te escuchara y también de ser la única reina que permanece en pie en el campo de batalla. Creo que te podrías convertir en mi hermana favorita.

Herja le dio un empujón en el hombro entre risas. Elise también se rio un poco cuando mi hermano la abrazó y le dio las gracias en voz muy baja, y todo ello fue suficiente para acabar con el último rastro de tensión que quedaba en mi pecho. A su lado esperaban mi madre y mi padre.

Carraspeé y entrelacé los dedos con los de Elise.

—Quiero que conozcas… a los reyes de Etta —le dije.

Elise los miró con los ojos como platos. Se puso la mano en el pecho, como si tuviera miedo de que el corazón se le fuera a salir en cualquier momento.

—Valen… —Se apartó y me miró—. ¿Cómo…? Yo no… ¿Pero cómo es posible?

Le besé los nudillos.

—Ahora tenemos tiempo para responder a todas las preguntas.

Mis padres estaban de pie juntos, hombro con hombro. Mi padre miraba a mi madre desde arriba con aire divertido. Muchas veces bromeábamos con mi madre por su altura, pero los centímetros que le faltaban los compensaba con creces con su fuerza.

—Madre, padre —dije despacio, y atraje a Elise a mi lado—, esta es…

Se me quedaron atravesadas las palabras, porque antes de que acabara la frase mi madre abrazó a Elise con fuerza.

—Nacida timorana, pero ettana de corazón.

La verdad era que yo siempre había visto a mi madre como una ettana más, pero allí, junto a Elise, su pelo del mismo color que el de ella y la piel nacarada de su cara, oculta bajo la sangre, decían a gritos

que era timorana de la cabeza a los pies.

Lilianna Ferus le cubrió las mejillas a Elise con las manos.

—Los herederos de ambas tierras sanarán este reino. A partir de la sangre de la casa de Eli y de la casa Ferus, Etta renacerá.

Sentí una presión en el pecho. ¿No me había hablado mi madre de una profecía que hicieron cuando yo nací? Los herederos de las dos tierras. Lo que yo había interpretado como una batalla entre los herederos significaba en realidad su unión. Hacían falta ambos bandos para sanar aquella tierra rota.

Elise intentó contener un sollozo.

—He pasado muchas órbitas leyendo tus palabras y ahora… Estás aquí. Bueno, estáis los dos.

—Y deseando conocerte. —Mi madre la abrazó de nuevo—. Gracias por quererlo a él y por salvarlos a todos.



La batalla había terminado, pero el dolor que había producido no había hecho más que empezar. Nos pusimos manos a la obra para identificar a los muertos, buscando a nuestros seres queridos, gente que no volveríamos a ver hasta que fuéramos al encuentro de los dioses.

Elise no me soltó la mano. Unas lágrimas silenciosas le caían por las mejillas mientras buscábamos a los que habíamos perdido para después prepararlos para las piras. Detrás de nosotros iban Ari, Siv y Mattis. Nos dirigimos al centro del campo; Tor y Sol se ocuparon de un lado y Herja y Gunnar de otro.

Un grito agónico provocó que Elise soltara una exclamación.

A diez pasos de nosotros, Halvar se arrodilló junto a Kari y le acarició el pelo. Cerré los ojos. Brant estaba tirado e inerte. Ya le habían colocado la espada sobre el pecho y le habían cruzado los brazos a la altura de la empuñadura.

—Lo sabía —exclamó Kari entre sollozos pegada al pecho de Halvar—. Nos dijo todas esas cosas porque lo sabía.

¿Una premonición? Me revolvía las entrañas pensar que él pudo

saber que iba a sucumbir en la batalla y, aun así, participó en ella sin la más mínima vacilación.

Elise se limpió las lágrimas y fue con ellos. Abrazó a Kari y le susurró algo al oído.

—Valen. —Stieg subió la colina con la espada en la mano, agotado y cubierto de sangre. La expresión de su cara era de abatimiento.

—Stieg —saludé con un suspiro. No lo había visto en el campo de batalla, pero, por lo que me había dicho Ari, él estaba subiendo por el río con Casper—. ¿Dónde está Casper?

Stieg apretó la mandíbula y me dio la espada. Era la que había visto en manos de Casper más de una vez.

—Luchó con valentía. Nos salvó a todos en el río. Ahogó a la mitad de los Cuervos antes de que lo perdiéramos. Siempre dijo que su maldita furia se volvía muy fuerte demasiado rápido. —Stieg se rio entre dientes, pero lo hizo sin humor—. Maldito estúpido.

Agaché la cabeza y apreté la espada contra el pecho unos segundos antes de clavar la punta en la tierra húmeda.

—*Vi träffas vän.* —«Hasta que volvamos a encontrarnos.»

Cuando Elise volvió a mi lado, permanecimos allí hasta que ella pudo escribir en la tierra runas que prometían la gloria en el Otro Mundo en nombre de Casper.

Después continuamos ayudando a colocar las armas en los pechos de los caídos por Etta.

Mi mujer se detuvo ante el cuerpo destrozado de Jarl. Cerró los ojos con una mueca de asco cuando le arranqué el hacha del cráneo. Su expresión era inescrutable. Le acaricié la mandíbula con cariño.

—No volverá a tocarte.

—Me alegro de que fueras tú —murmuró—. Tú eras el que más se merecía tener la oportunidad de hacerlo.

Frey y Axel habían sobrevivido y recogieron leña para las piras. A unos pasos de distancia, Niklas y Junius estaban de pie muy juntos, con expresión sombría, y las cabezas gachas ante una hilera de

cuerpos. El Terror Nocturno y su hermandad estaban a su lado, sin decir nada. ¿Pero cómo podía ser yo tan desagradecido? Habían venido a luchar por nosotros y los había dejado que encajaran sus pérdidas, sufridas por un reino que no era el suyo, sin decirles nada.

—Niklas, Junius. —Le toqué el hombro a ella.

Tenía los ojos llenos de lágrimas.

—¿Has perdido a muchos, Valen?

Asentí.

—Casper… Brant.

Arrugó la cara y una lágrima silenciosa recorrió su cara. Señaló a un hombre que estaba sobre la hierba. Tenía una cara juvenil y había muerto con una sonrisa. Niklas no apartó la vista ni un segundo.

—Se llamaba Söt. Era como un hermano menor para Niklas.

Sabía muy bien que no había palabras para consolar aquel tipo de dolor.

—Lo recordaremos siempre. Dadnos los nombres de todos los que han caído y los escribiremos con todos los honores.

Niklas levantó la vista al oír eso y me tendió el brazo. Nos cogimos por los antebrazos y asentimos, comprendiendo el mensaje. Habían luchado por nosotros; si alguna vez nos necesitaban, haríamos lo mismo por ellos.

Miré al Terror Nocturno. Solo nos habíamos visto un momento en el campo de batalla y allí era todo oscuridad y estaba envuelto en sombras, pero entonces parecía un hombre corriente. Tenía unos ojos brillantes como el sol del atardecer, el pelo claro y no había ni una sombra. Nada de magia.

—¿Has perdido a alguno de los tuyos?

—No. Solo hemos sufrido las pérdidas de los Falkyn, pero los velamos a su lado.

—Estoy seguro de que sabes lo que nos han dicho acerca de ti.

—Sí, pero no le he dado demasiadas vueltas. Las profecías tienden a poner dianas peligrosas en la espalda de inocentes.

Me parecía que sus palabras tenían un significado oculto, pero no era el momento de preguntarle. Aunque tal vez nunca hubiera un momento para eso. Un hombre tenía derecho a tener sus razones y sus secretos.

—Espero que te quedes aquí un tiempo. Que lo hagáis todos. Nos gustaría agradecéroslo. Yo no habría sobrevivido sin ti, y me han dicho que Elise tampoco. Te lo suplico.

El Terror Nocturno miró a su hermandad agotada.

—Lo someteremos a votación y te informaremos.

—Yo voto por quedarnos —gritó Tova—. Estoy exhausta y he visto más de una habitación asquerosamente elegante en ese castillo. Tengo intención de dormir en una de esas camas antes de volver a encerrarme en un barco diminuto con un montón de hombres sudorosos.

Por primera vez desde que lo conocí, o tal vez en toda su vida, el Terror Nocturno sonrió.

—Bueno, pues ahí lo tienes. Tova ha hablado en nombre de todos.



Las piras funerarias llenaron los patios y los bosques que rodeaban Aguja del Cuervo con un humo espeso que siguió elevándose hacia el cielo hasta mucho después del amanecer. Algunas personas se quedaron allí por sus difuntos, para honrarlos hasta que entraran en el Otro Mundo. Unas cuantas permanecieron para recibir al amanecer en silencio.

Era una imagen que merecía la pena ver.

Kjell tenía la mano en el hombro de Tor. Sabía cómo se sentía. Tocar a la persona que creías muerta lo volvía todo real y tangible.

Por la misma razón seguramente, la mano de Tor no se había separado de la de Sol.

Halvar y Kari estaban acompañados por tres de los hermanos de él, que eran caballeros en la corte antes de las invasiones. Dagar miraba a lo que quedaba de su familia con orgullo y reverencia. Faltaban la madre de Halvar y su hermano menor.

No habían podido sobrevivir todos, no logramos salvar a todo el mundo. Dolía, muchísimo, pero estábamos honrando también a los del pasado, a los que cayeron en las primeras batallas por el reino.

—Me dejó perplejo enterarme de que tú estabas vivo… —comentó Ari en voz baja a mi lado mientras se ajustaba la espada que llevaba en la cadera.

Pronto se iría a la ciudad de Lyx, acompañado de unos cuantos que aún tenían fuerza para sostener una espada. No había tiempo que perder para reunir a la gente de Timoran y acogerla en nuestra corte, o matar a quienes no quisieran ponerse de nuestro lado en el nuevo reino.

Ari les hizo un gesto con la cabeza a mis padres, que estaban al otro lado del patio más pequeño de Aguja del Cuervo. Hablaban con Gunnar, Herja y Elise. En sus caras había interés y no paraban de sonreír mientras iban conociendo mejor a los dos nuevos miembros de la familia.

Crucé los brazos a la altura del pecho.

—¿Tú estás sorprendido? Pues imagínate yo, que creía que iba a encontrar un hechizo o una maldición, no a ellos.

Ari me dio una palmadita en la espalda y se echó a reír, insensible como era, cuando se quejaron mis músculos y yo hice una mueca de dolor.

—Para que conste, creo que has sido un magnífico rey durante este tiempo —aseguró.

—No soy nada comparado con mi padre como rey. —Nuestras miradas se encontraron y bajé la voz—. Tengo intención de recomendarte, Ari. Has servido a Etta más que nadie y nunca perdiste la fe en lo que podía llegar a ser. Además, fuiste tú quien inició esta lucha. Espero que, si te lo pide, consideres servirle en su corte.

Ari apretó los labios y puso los brazos en jarras. Carraspeó. Por todos los demonios, si no se calmaban un poco tantas emociones, Sol no dejaría de meterse conmigo por ser blando hasta que exhalara mi último aliento.

Cuando consiguió controlar la voz, Ari asintió.

—Sería un gran honor.

Y se fue antes de que ninguno de los dos pudiera hacer nada que nos avergonzara aún más.

Los alver ocupaban un lugar en la larga mesa de madera. Junto con Stieg, Frey y Axel, Niklas y Junius cantaron en honor de sus amigos perdidos que habían cruzado al Otro Mundo. Incluso el Terror Nocturno, un hombre que parecía soportar un enorme peso de sombras y secretos, bebió y brindó en honor de los que habían perdido la vida.

Contemplar todo eso fue para mí como un golpe en la cabeza. Por fin habíamos logrado la paz. Una paz duradera.

Capítulo treinta y tres



La princesa rebelde

A mediodía entré cojeando en los salones de Aguja del Cuervo. Me pesaban los párpados por la fatiga y habría dado cualquier cosa por algo de comer, pero no tenía energía ni para imaginarme masticando.

Las piras funerarias ya habían ardido y los caballeros de la corte del rey Arvad habían partido, acompañados de unos cuantos hombres, hacia Lyx y otras ciudades del reino.

Varios de mis primos estaban escondidos en sus lujosas villas y mansiones. Las consortes del rey Zyben vivían con ellos. Hacía muchas órbitas que no los veía, ni siquiera aparecieron cuando Calder accedió al trono para empezar su breve reinado.

La madre de Calder no le tenía ningún cariño a mi difunto tío. Cuando era pequeña, yo no tenía nada que objetar sobre la tercera consorte de Zyben, ¿pero qué había pasado con ella, que era la madre del falso rey? ¿Lo que quedaba del linaje de Zyben sabía lo que había ocurrido allí?

Tenía claro que los hogares de los Lysander serían los primeros que se visitarían para informarles de que ya no pertenecían al linaje real de aquella tierra.

Algunos de ellos eran buenas personas; no disfrutaban de la violencia como Zyben o Calder. Esperaba que se unieran a nosotros y que encontraran allí una tierra más sana y más vibrante para sus familias.

Pero sería decisión suya.

Se correría la voz de la caída de Nuevo Timoran y se sabría que Etta había resurgido, que los habitantes de la noche eran libres en esa nueva tierra y que los ettanos eran iguales a los timoranos. Nuestra gente estaría unida, como Lilianna y Arvad habían deseado tantas órbitas atrás.

Los que se negaran… Quedaría en manos de los reyes decidir su futuro.

Me tapé la boca con la mano para bostezar. En medio de la conmoción y la incredulidad, había perdido a Valen. Por mucho que lo intentara, no creía que pudiera mantenerme en pie durante mucho más tiempo, así que abandoné las celebraciones para ir a lavarme y dormir un poco.

—Elise —Herja aceleró el paso para alcanzarme. Se había aseado y llevaba un largo manto de piel. Sus ojos brillaban y el pelo le caía suelto por la espalda—, ¿adónde vas?

—Al río a lavarme. —Señalé la ropa llena de sangre. Seguro que daba miedo con toda esa mugre ensuciándome la cara—. ¿Y tú?

—Vuelvo a Ruskig a buscar a Laila y a los otros niños. Me acompañan Tor, Sol y unos cuantos alver. Esperaba que el Terror Nocturno viniera también, pero parece decidido a evitarme. Creo que conoce a Hagen, Elise.

Yo sospechaba lo mismo que ella, pero ya había aprendido unas cuantas cosas sobre nuestro discreto amigo, el Terror Nocturno; no iba a darnos respuestas fácilmente. Le di la mano.

—Ahora que ha terminado la lucha, lo buscaremos, Herja. Aquí estará a salvo. Y podréis ser una familia, todos juntos.

Sonrió, pero le tembló un poco la barbilla.

—Me aferro a esa esperanza. Pero no vayas a bañarte al río. Valen y tú ocuparéis su antigua habitación. ¿No has asimilado aún que el castillo Aguja del Cuervo vuelve a ser nuestro?

Me señaló cuáles eran los pasillos por los que debía ir y descubrí que, en el pasado, Valen Ferus ocupó las mismas habitaciones que unos cuantos de mis primos pequeños hasta que crecieron.

—Gracias. —La abracé antes de que se fuera—. Si ves a tu hermano pequeño, dile que su mujer lo está buscando. No, dile que lo persigue.

Herja asintió con una risita.

—Me sorprende que te haya perdido de vista. No sé cómo lo has hecho.

Sonreí y me despedí con la mano cuando se unió a Gunnar, su hermano Sol, Tor y Junius junto a la puerta principal del castillo.

Cuando crucé la puerta, disfruté de la calma que reinaba allí. Había una biblioteca, un estudio, un baño y un dormitorio redondo, un espacio cómodo, cálido porque tenía una chimenea encendida en el estudio.

Solo cuando se cerró la puerta a mi espalda dejé que mis hombros se hundieran. Lo único que le faltaba a toda esa comodidad era un príncipe de la noche encantador y atractivo.

Había una cosa que deseaba más que dormir: perderme entre sus brazos. La necesidad de Valen Ferus, sin la constante presencia de la guerra pendiendo sobre nuestras cabezas, era enorme. Mis pasos se fueron haciendo más pesados mientras me obligaba a dirigirme al baño.

Cuando abrí la puerta, mi cuerpo se despertó sobresaltado.

Valen miró por encima del hombro. Tenía el pecho desnudo y se estaba quitando la sangre pegada a la piel.

—Ah, me preguntaba si conseguirías llegar hasta aquí en algún momento.

—Al final sí. —Entorné los ojos—. Te estaba buscando.

—Y yo a ti.

Solté una risita.

—¿Y este es nuestro lugar de encuentro? ¿Un baño?

—Nuestro baño, sí.

Se acercó a mí. Intenté no fijarme en los cardenales y las heridas abiertas que tenía por todo el cuerpo. No quería pensar en lo cerca que habíamos estado los dos de irnos al Otro Mundo. Aquella noche no. Nunca tal vez. Me rodeó la cintura con los brazos.

—Porque en el baño, mi amor, normalmente estaremos con una cantidad de ropa mínima, y eso ahora mismo suena perfecto.

Apoyé todo mi peso contra él y le abracé el cuello. Lo besé mientras me quitaba la túnica mugrienta por la cabeza y me lavaba con suavidad las heridas, besándolas después. Yo le quité sangre pegada en las puntas de las orejas, en el pelo y debajo de las uñas. Valen me bajó los pantalones.

—Esta ropa hay que quemarla —aseguró, riéndose mientras yo le desabrochaba el grueso cinturón de cuero.

Los dos nos sumergimos en la enorme tina que tenía piedras calientes en el fondo. El agua tibia alivió el dolor de la batalla de mis extremidades. Y el contacto suave de mi marido eliminó el miedo de mi corazón a perderlo.

Aguantamos así solo hasta que nos libramos de toda la suciedad de nuestros cuerpos.

Entonces, con una mirada ardiente en los ojos, Valen me cogió en brazos y me llevó al dormitorio. Tiró de mí para envolverme con sus brazos y no apartó su mirada de la mía cuando nuestros cuerpos se enredaron.

Se movía despacio. Me recorrió con la boca el cuello y sus labios pronunciaron mi nombre mientras me acariciaba la piel con ellos. Procuré no tocarle las heridas, pero lo abracé fuerte, como si no pudiera tenerlo lo bastante cerca.

Estábamos agotados y a la vez llenos de energía, rotos y al mismo tiempo completos.

No recordaba un momento en que su contacto, sus besos y su cuerpo me hubieran demostrado un amor más profundo que entonces.

Valen dormía profundamente a mi lado. Le froté con el pulgar el ceño de preocupación que se había instalado entre sus cejas y después, despacio, me zafé del brazo que tenía alrededor de mi cintura.

Los armarios estaban llenos de vestidos, túnicas y mantos, seguro que de las consortes de Calder. Me puse rápido un vestido de lana que me quedaba grande y me ajusté la cintura con un pañuelo muy sofisticado, bordado con hilo de plata. Limpia, satisfecha y calentita, ya no podía ignorar mi hambre voraz durante más tiempo. Seguro que cuando Valen se levantara estaría famélico también.

Conocía las estancias de aquel castillo, pero seguía sintiéndome extraña allí.

Necesitaría acostumbrarme.

De camino a la cocina, pasé junto a unos cuantos ettanos que iban

vestidos con la ropa típica de los sirvientes. Se reían y estaban charlando apoyados en las paredes. Algunos bebían cerveza de unos cuernos curvados.

Al verme, la mayoría se pusieron tensos, como si yo fuera a exigirles que volvieran a sus antiguas tareas, pero cuando ladeé la cabeza para saludarlos, nada más, retomaron lo que estaban haciendo.

Una mujer apareció a mi lado.

—Siempre estaremos en deuda con usted, *lady* Elise —dijo.

—No. —Se me hizo un nudo en la garganta—. Esta guerra la hemos ganado gracias a muchas personas.

Sus ojos se oscurecieron.

—Puede resultarle extraño, pero me he dado cuenta de que ha perdido a toda su familia de sangre en esta guerra. Debe de estar soportando un gran dolor.

Sonreí.

—No he perdido a mi familia. He ganado una nueva.

Los pasillos que llevaban a la cocina estaban en penumbra, porque solo había unas pocas velas de sebo en los soportes. Crucé la puerta de puntillas para no despertar a nadie que durmiera allí cerca y entré en la cocina caldeada.

—¿Tú tampoco podías dormir?

Me sobresalté, y mi espalda se estrelló contra la puerta.

—Ay, me has asustado.

Lilianna estaba sentada en uno de los tocones donde se cortaba la leña, bebiendo algo que tenía en una taza de arcilla.

—Perdona. Es que necesitaba levantarme y moverme un poco. Me temo que pasar tantos siglos dormida me ha vuelto un poco inquieta. —Señaló una silla de madera a su lado—. ¿Quieres sentarte conmigo? ¿Te gusta la infusión con clavo?

—Es a lo que me acostumbraron desde niña.

Una bebida muy típica de Timoran. Los sabores penetrantes y las

especias fuertes eran lo más tradicional a la hora de prepararla.

Lilianna me sirvió una taza y le dio unas palmaditas al asiento junto a ella. ¿Cómo podía ser que, aunque había leído muchísimas de las palabras que había escrito aquella mujer, no podía sentarme y hablar con ella cara a cara? En parte sentía que la conocía desde siempre y, por otro lado, era una extraña para mí.

—Elise… —Lilianna dijo mi nombre como si estuviera saboreándolo—. Me han dicho que te pusieron ese nombre por Eli.

Me ruboricé.

—Sí. Era mi bisabuelo.

Pensé que me iba a mirar con un cierto desprecio, pero Lilianna sonrió por encima del borde de su taza.

—Es un gran alivio pensar que algo hermoso ha salido de él. —Dejó la taza y fijó la vista en la infusión que tenía dentro—. Veo en tus ojos que te avergüenzas del hombre por el que te llamas así, pero no deberías. Eli se volvió celoso, avaricioso y estaba perdido, pero al principio era bueno, valiente e incluso divertido. Una vez fue un buen amigo. Tú has heredado las partes buenas de un hombre que perdió el rumbo. Has salvado a mi familia.

Negué con la cabeza.

—No. Valen, Sol y Herja son los que han demostrado una enorme resistencia.

Lilianna sonrió. Tenía una cara de apariencia juvenil, con solo unas arruguitas alrededor de los ojos que indicaban que sonreía y se reía a menudo. Su pelo era más largo que el mío, y en el suyo había más fuego que hielo, pero teníamos unos ojos azules parecidos.

—Cuando nació Valen, conocí a mi querida amiga Greta. Ella vino en barco desde los reinos de Occidente para traernos un regalo. Al principio no lo vi como una maldición. Me hablaba de sufrimiento y nos advirtió que Etta no seguiría siendo libre. Cuando Eli se infiltró en nuestra corte y nuestra propia gente se volvió contra nosotros, no pude evitar recordar sus advertencias.

»No dudes de que luchamos para mantener a los invasores fuera de nuestra tierra. Perdimos a muchos, pero cuando capturaron a Arvad y a mis hijos, ya no pude seguir negando sus predicciones. Mi

familia sufriría hasta que la sangre de los herederos sanara la división de las tierras. Los herederos de ambas. —Lilianna se rio con la nariz metida en la taza—. Aunque eso no era lo que yo quería oír en aquel momento, claro. Cualquier cosa que tuviera que ver con los herederos de Eli me ponía bastante violenta.

Fruncí el ceño y me miré las manos. Ella puso una de las suyas sobre las mías y el aire se me quedó atravesado en los pulmones.

—Pero has sido tú —continuó—. Greta te vio. Es cierto que mis hijos han resistido mucho y han sufrido más que nadie, pero no subestimes el papel crucial que tú has desempeñado en la guerra. Sé lo que has hecho, Elise. Entiendo la elección, la valentía y el amor que te han hecho falta para romper las maldiciones de Greta. Sin ti, Valen no sería el hombre en el que se ha convertido. Y Sol y Herja estarían perdidos para siempre.

Moví la silla para quedar frente a ella.

—¿Sabías cómo los iban a maldecir?

—No. —Su sonrisa desapareció—. Tuve que confiar en Greta y rezar para que tuviera muchísimo cuidado con sus palabras, porque el rey Eli elegiría qué maldiciones recaerían sobre mis hijos. Pero ella insistió en que era necesario, parte de un plan mayor que afectaba a todo el mundo.

«Las cuatro reinas del destino.» Tragué para deshacer el nudo que se me había formado en la garganta.

—¿Tiene algo que ver con varias reinas?

Lilianna se me quedó mirando fijamente con una ceja levantada.

—Sí. Greta hablaba muchas veces con enigmas y acertijos, pero recuerdo que mencionó que las Nornas estaban enfadadas por cómo se trataba a su magia en los reinos de los mortales, e insistió en que unas soberanas con esos dones se alzarían para recuperar el poder. —Lilianna se quedó callada un momento—. Creía que lo decía para animarme, como reina que era, pero, cuando la situación empeoró, Greta insistió en que era necesario escribir un nuevo camino del destino para que encajara con la retorcida mente de Eli y las formas de dolor que él tenía previstas para mi familia, pero también de manera que la voluntad de las Nornas se cumpliera. Fue uno de los momentos más difíciles de mi vida, porque sabía que estaba condenando a mis hijos al dolor y el sufrimiento. Pero me ha

extrañado oír salir ese nombre de tus labios. Casi había olvidado sus viejas historias míticas.

Le di un sorbo a la infusión.

—No creo que Greta fuera la única que creía esas historias.

Pensé en el Reino de Oriente, en el oscuro festival que el Terror Nocturno me había descrito. Su gente había convertido la tortura y la esclavización de la magia en un juego, y yo no podía evitar pensar que eso podía tener algo que ver con la batalla de ese hombre de la que habló Calista.

Pero yo no tenía respuestas, ni sabía si esas cuatro reinas eran metafóricas o reales. Me obligué a sonreír y a eliminar la preocupación de mi voz.

—¿Cómo logró sobrevivir Arvad? —quise saber—. Valen estaba muy seguro de que había sido testigo del fallecimiento de su padre y de que estabais todos muertos también.

Lilianna asintió.

—Kjell. El peso de convencer a todos los Cuervos y al rey Eli de que nuestra familia había caído recayó en sus hombros. Es el ilusionista más hábil que he conocido. A Arvad lo torturaron, pero, en algún momento del proceso, Kjell les produjo una ilusión a los guardias y creyeron que Arvad estaba muerto. Se llevaron lo que creían que era su cadáver y se lo enseñaron a mis hijos. Pero era otro guerrero muerto con la cara de Arvad. Kjell aprovechó la distracción para sacar a mi marido de la prisión de la furia. Gracias a unos cuantos trucos más, Eli también pensó que lo que tenía delante era el cuerpo de Arvad, pero él estaba durmiendo el sueño de la furia. Todo eso sirvió para convencer al falso rey.

—¿Y tú?

—También entré en el sueño de la furia. Eli creyó que me había quitado la vida. Por todo el reino corrió el rumor de que Herja y yo nos habíamos suicidado porque nos negábamos a ser sus consortes, pero la princesa ya estaba muy lejos de las torres de Aguja del Cuervo para entonces.

»Dagar, Kjell y nuestros guerreros aceptaron sufrir la maldición y defender nuestro lugar de descanso. Era sobre todo para que los guardias de Eli no se atrevieran a acercarse. Si demasiados timoranos

vigilaban la Tumba Negra, eso complicaría más a los herederos la tarea de abrirla.

—¿Aceptaron esa maldición? —repetí sus palabras en un murmullo ahogado.

—No he conocido nunca a unos hombres y mujeres más valientes que nuestros guerreros. Sabían que Etta moriría como el Viejo Timoran si no hacíamos algo para acabar con esa guerra.

—¿Y cómo lo haría? Sé que tiene algo que ver con la furia.

—Está más relacionado con quién escoge la tierra para gobernar en ella. Etta eligió a Arvad, a mí y a nuestros hijos. Hasta que elija a otros, serviremos a la furia de esta tierra y lideraremos a su gente.

»Matarnos acabaría con la furia de Etta si esta no pasara antes a otro linaje que ella misma elija. Eli no quería creerlo, pero yo me alegro de que Greta se mostrara muy persuasiva. Convenció al rey de que los herederos del linaje Ferus tenían que seguir con vida porque la furia no había elegido oficialmente qué heredero ocuparía el trono de su padre. Hacían falta los tres para mantener la furia latente, pero viva. Pero es obvio que Eli no podía permitir que ellos supusieran una amenaza para su corona, así que los separó y los maldijo. Fue entonces cuando Greta reveló su última profecía.

Jugueteé con la manga del vestido. Greta fue la primera contadora de historias, la hechicera que maldijo a Valen, una mujer que él consideraba tan astuta como malvada, y resultó que era una fiel aliada de su madre. Cada palabra, cada acción, fue parte de una estrategia mayor. La cabeza me daba vueltas solo de pensarlo.

—La última profecía era para Eli —prosiguió Lilianna—. Le aseguró que su reino prosperaría gracias a una reina. A Eli las reinas no le parecían importantes. Me temo que, después de que una reina lo rechazara, no quería permitir que las mujeres tuvieran voz en su reino. Greta perdió la vida cuando todo acabó. Sabía que eso pasaría, pero luchó por nosotros de todas formas.

Hice una mueca de dolor.

—Pero Eli persiguió a los suyos. Han estado utilizando a las brujas del destino durante muchas órbitas.

—Ah, debió de darse cuenta de que le gustaba tener a una portavoz del destino después de haber matado a la primera.

—La última era solo una niña, pero ella fue la que le añadió detalles a la primera maldición. Me conocía y me incluyó en la historia, por así decirlo.

Lilianna sonrió.

—Todo era parte de una red muy compleja, Elise. Una que ha tenido que ir construyéndose para traernos hasta este momento, a la reina que caerá para que Etta ascienda.

—Pero yo no he caído.

—Oh, sí. Caíste de la familia real de Timoran y ascendiste a la de Etta. Y no podría sentirme más orgullosa de haberte conocido.

Me dio una palmadita en la mano y las dos nos quedamos hasta bien entrada la madrugada hablando de cosas más alegres. Un futuro con el que las dos, por fin, podíamos soñar.

Capítulo treinta y cuatro



La princesa rebelde

Durante más de una semana, nuestra gente trabajó para librar al reino de cualquier amenaza que quedara. La mayoría de los timoranos ofrecieron poca resistencia. A otros no les gustó mucho la idea de perder a sus sirvientes o el dinero que ganaban comerciando con los habitantes de la noche. A esos los encerraron en las celdas de las mazmorras de Aguja del Cuervo, donde esperarían a la segunda ascensión oficial al trono de Arvad y Lilianna, para que ellos decidieran su castigo.

Si alguno optaba por coger las armas, no tardaríamos en dejarle patente la fuerza de nuestros guerreros.

Valen pasaba mucho tiempo con Dagar, Halvar y los otros guerreros, como hacía en el pasado. Kari, que en otro tiempo fue guardia de Aguja del Cuervo, fue la primera timorana en entrar a formar parte del grupo de caballeros ettanos. Halvar no dejó de hacerle un montón de promesas inapropiadas sobre cómo le iba a demostrar lo orgulloso que estaba de ella cuando llegara la noche.

Arvad y Lilianna no habían repartido todavía los cargos de su corte. Suponía que querían esperar hasta que volvieran a coronarlos oficialmente.

Yo ayudaba a Tova y a Niklas, que asistían a nuestros curanderos en el tratamiento de los heridos. Los alver eran muy curiosos. Ladrones, tal vez un poco pícaros, pero con buen corazón. No quería que se fueran, ni siquiera el Terror Nocturno, que, sin pretenderlo, de vez en cuando nos enseñaba un lado diferente de su carácter.

Cuando volvieron los niños, a quien fueron a saludar corriendo Ash y Hanna fue al Terror Nocturno. Hanna no hablaba, pero hizo unos gestos suaves con los dedos y vi que él sonreía cuando le respondió sin palabras, solo moviendo las manos.

Se desvivía por su hermandad.

Pero yo veía lo mismo que Herja: que él la evitaba.

No creía que fuera porque no quería hablar de Hagen; era casi

como si lo temiera o todavía estuviera buscando las palabras para explicarlo.

—Yo no sé nada —me contestó Tova cuando le pregunté, pasada una semana.

El Terror Nocturno esquivaba las preguntas de Gunnar y de Herja, pero cuando Laila quiso saber si conocía a su *Daj,* el hombre casi salió huyendo del lugar. Tova le puso unos nuevos vendajes a la herida que un guerrero tenía en el hombro.

—Sí que actúa de forma extraña cada vez que se pronuncia ese nombre, tengo que reconocerlo, pero la verdad es que no sé mucho sobre su pasado.

—Creía que la hermandad era como una familia.

—Bueno, yo no quiero que mi familia meta la nariz en algunas partes de mi vida. —Tova se rio, burlona, y me miró fijamente con esos ojos fascinantes—. Yo conozco al Terror Nocturno desde que era pequeña, pero, antes de eso, prefiere guardarse todo lo que tiene que ver con sus primeras órbitas. Y yo no le agobio. No necesito saberlo todo para estar segura de que le confiaría mi vida.

Su hermandad nunca revelaría sus secretos, pero yo estaba de acuerdo con Tova en algo: a pesar de que se trataba de un hombre un poco peculiar, que hacía intercambios y robaba, yo también confiaba en el Terror Nocturno y en los alver de Oriente.

Las noches las pasábamos en el gran salón de Aguja del Cuervo cenando, riendo y recordando. Arvad y Lilianna querían saber todos los detalles de las vidas de sus hijos y de la mía. Estaban fascinados con la complejidad de la maldición de Valen, aunque también sufrían por lo que había pasado. Por su parte, Sol y Herja no dejaban de burlarse de su hermano desde que se enteraron de que en el pasado iba vestido con la ropa elegante de un comerciante timorano.

—La verdad es que no se le daba mal lo del comercio —reconoció Tor.

En mi opinión, Torsten Bror era el que estaba más cambiado. Por todos los dioses, yo nunca le había visto ese brillo en los ojos ni tantas sonrisas en la cara.

—Gracias. —Valen dirigió su cuerno hacia su amigo; la otra mano la tenía colocada sobre mi pierna bajo la mesa, en un gesto un poco

posesivo—. Me gané mi nombramiento como negociador de la impresionante *Kvinna* exclusivamente gracias a mis méritos.

—Es cierto. La maldición y la bruja del destino no tuvieron nada que ver en ellos —comentó Halvar.

—Méritos. Astucia. Pura habilidad, amigo mío.

Arvad sonrió.

—A mí lo que me importa es que al final lograsteis uniros todos para traernos de vuelta.

Halvar se rio de nuevo.

—Creo que Elise tiene una opinión diferente sobre tu capacidad para trabajar con ella. Y con cualquier otra persona, en realidad.

Valen le dio una patada por debajo de la mesa.

Yo le acaricié el borde de la oreja a Valen.

—Fuiste insufrible durante un tiempo —reconocí.

—¿Mi hermano? No, eso no puede ser cierto —bromeó Herja.

Todos soltamos una carcajada que despertó a Laila, que estaba dormida sobre el pecho de su madre. Sus hijos no la habían dejado sola ni un momento, como si quisieran compensar todas las órbitas que habían estado separados. Los brazos de Gunnar se estaban curando. Las heridas habían dejado tras de sí unas cicatrices rosadas, pero él no permitió que ningún alver ni curandero las hiciera desaparecer por completo. El muchacho había desarrollado mucha afinidad con algunos de nuestros amigos de Oriente, y ellos le estaba enseñando a usar su tipo de magia.

—¿Insufrible? ¿O un héroe formidable? —Valen me dio un beso en un lado de la cabeza—. Solo intentaba protegerte manteniéndote a distancia. Es algo propio de un héroe.

—Perdóname, pero no estoy en absoluto de acuerdo, mi príncipe —intervino Halvar—. Solo eras testarudo y, además, estabas de un humor de perros.

—Es verdad —corroboró Tor, alzando su cuerno—. Cuanto más intentaba mantener las distancias, más se parecía a un niño con rabietas violentas.

—Torsten, será mejor que no hablemos de mal humor —dije, ladeando la cabeza—. Estoy casi segura de que la primera vez que te vi sonreír fue ayer.

Ese comentario provocó más carcajadas. Tor puso los ojos en blanco, se ruborizó y Sol le rodeó los hombros con un brazo y lo acercó a él.

Arvad se levantó y le tendió la mano a Lilianna. Les sonrió a todos los que estaban en la mesa.

—No hay nada que me haga más feliz que veros a todos sentados a esta mesa una vez más, pero mañana es un día importante, así que sugiero que nos vayamos a descansar ya.

—¡Por nuestro rey! —Dagar alzó su cuerno para brindar por Arvad.

El resto lo imitamos. Arvad asintió y se fue a su dormitorio con Lilianna. El grupo se disolvió. Cuando estuvimos a solas en nuestra cama, me acurruqué junto al cuerpo de Valen y lo abracé fuerte.

Cada día que pasaba, el miedo a que nos arrebataran todo eso se iba desvaneciendo.



—Ya eres perfecta. —Valen me abrazó por la cintura y me dio varios besos suaves en la curva del cuello—. Por mucho que te arregles, no conseguirás serlo más.

Fruncí el ceño, pero aparté los dedos de la trenza y estudié mi imagen en el espejo una vez más.

—No sé qué hay que ponerse para la renovación de la coronación de unos reyes que han estado muertos mucho tiempo, y menos si soy yo la que se supone que le tiene que devolver la corona a esa reina.

—Esto —dijo él, acariciándome con aire seductor toda la columna. Después miró atentamente el azul pálido del vestido—. Esto es justo lo que hay que ponerse. Aunque también podrías no llevar nada, que es lo que yo prefiero, y seguirías estando perfecta. Vamos. Nos esperan en la sala del trono. Después seremos libres, no tendremos que cargar con tanta responsabilidad y podremos ser unos amantes apasionados hasta el día de nuestra muerte.

Entrelacé mis dedos con los suyos y sonreí.

—Qué convincentes son tus argumentos, príncipe de la noche. ¿Cómo me voy a negar a un plan así?

—No puedes, porque es brillante. —Me tiró de la mano y me sacó de nuestra habitación al pasillo.

El patio exterior ya estaba lleno a reventar de nuestra gente, los alver y los timoranos que habían aceptado la caída de su rey con buen talante. Había más de uno de mis primos entre la multitud. También estaban el hermano mayor de Calder, sus hijos y sus madres, unas cuantas de las hermanas del falso rey y todas las consortes de Zyben que quedaban. La verdad es que la mayoría de ellos parecían muy cómodos allí, e incluso habían ayudado con algunos de los nobles reticentes al cambio.

Los jardines marchitos estaban llenos de vida y floreciendo. Los arbustos de la luna resplandecían bajo la luz del sol, pero la hierba también estaba más verde y los árboles más exuberantes. Esa era la Etta sobre la que había leído en los libros: una tierra rebosante de vida y rica, llena de furia y poder.

Me coloqué delante del estrado con los tres herederos de los Ferus. Herja estaba bellísima con un vestido vaporoso, la verdadera encarnación de una princesa de Etta. Sol estaba más sano que nunca. Sus ojos eran como dos piedras preciosas, azules y brillantes. Pero a mí, Valen me seguía pareciendo un rey. Vestidos con sus mejores galas, esperaban hombro con hombro, preparados para ver a sus padres subir al trono una vez más.

Le apreté la mano a Valen y eso provocó que me dedicara una sonrisa. Las emociones de ese día hacían que sintiera una presión en el pecho. El último paso para restaurar ese reino: coronar a los reyes legítimos.

Habían invitado al patriarca Klok a celebrar la ceremonia también en aquella ocasión. Era uno de los pocos que no se maravillaba al ver las caras de Arvad y Lilianna otra vez, pero se trataba de un hombrecillo extraño al que parecía no afectarle ni la furia más rara.

La mayoría de la gente todavía los miraba con la boca abierta, como si fueran a desaparecer si se atrevían a parpadear.

Klok levantó ambas manos.

—Unos reyes abdican de la corona de Etta y otros la reciben. —El patriarca se nos acercó a Valen y a mí. Nosotros agachamos la cabeza y permitimos que nos quitara las finas coronas que nos habían pedido que nos pusiéramos. Igual que los timoranos, los ettanos eran muy aficionados a los símbolos en las ceremonias.

Klok llevó las coronas a donde Arvad y Lilianna estaban arrodillados encima del estrado y se las puso en la cabeza. Klok los invitó a levantarse, ya como reyes. La gente dio vítores y ellos miraron a la multitud sonriendo.

Hasta que el rey se quitó la corona.

—Ha sido un honor serviros como vuestro rey.

¿Qué estaba pasando?

Lilianna hizo lo mismo.

—Y para mí ser vuestra reina.

—Pero abdicamos de la corona… —una marea de exclamaciones de sorpresa recorrió la multitud cuando Arvad se bajó del estrado— para entregársela a nuestro hijo y heredero, Sol Ferus, el príncipe solar de Etta.

Vi con los ojos como platos cómo Sol le sonreía a su padre y se arrodillaba para que este le pusiera la corona en la cabeza.

Valen enarcó una ceja, me miró y encogió un hombro. Parecía contento. Yo también lo estaba. Sol era un buen guerrero, nos había salvado en Ruskig y era capaz de mantener la cabeza fría en todas las situaciones. Tal vez Arvad y Lilianna creían que había llegado la hora.

¿Importaba quién reinara? Ella me había dicho que la tierra los eligió a todos, así que suponía que daba igual.

Sol se levantó y hubo otra oleada de vítores. Tor se colocó a su lado, el consorte oficial del príncipe. La gente estaba un poco confusa, pero lo aceptaron con gritos de júbilo. Entonces Sol levantó las manos para pedir silencio.

—Ha sido un honor serviros como vuestro rey —dijo.

—Sol… —La mano de Valen me apretó la mía.

El príncipe solar se quitó la corona de la cabeza.

—Pero lo mejor para Etta es que suba al trono la siguiente en la línea de sucesión. Yo abdico en mi hermana y heredera, Herja Ferus.

Un ceño profundo apareció entre mis cejas cuando Herja hincó una rodilla para que su hermano le pudiera poner la corona en la cabeza. Valen apretó los labios. Miraba hacia delante, pero yo no entendía su nerviosismo.

Tras una oleada de vítores más comedida y cargada de la misma confusión que yo sentía, la gente aceptó a Herja cuando se levantó y se dirigió a ellos.

Sonrió y levantó los brazos.

—Ha sido un honor serviros como vuestra reina.

—Maldita sea, Herja —exclamó Valen antes de que ella pudiera terminar—, para.

De repente lo entendí.

Se me aceleró el corazón en el pecho cuando Herja miró a su hermano pequeño y se quitó la corona.

—Pero los verdaderos reyes de Etta están aquí, delante de nosotros —concluyó.

—No —protestó Valen—, yo no nací para esto.

Miré perpleja a Lilianna, que me devolvió la mirada con una sonrisa. Todo esto se había planeado sin consultárselo al príncipe de la noche y a su esposa.

Herja le puso una mano en el brazo a Valen.

—Sí que viniste a este mundo para esto, hermano. Lo has demostrado en el campo de batalla. Y esta tierra os escogió a Elise y a ti. —Miró a su gente de nuevo—. Abdico en mi hermano y mi hermana, mis herederos, el príncipe de la noche de Etta y *lady* Elise.

Klok le dio a Herja la segunda corona.

Valen me miró. Si yo me negaba, él la rechazaría. Le cedería el trono a Gunnar, sin duda.

Le di un beso en los nudillos y sonreí a pesar de los nervios.

—¿Qué dices tú, mi rey?

Sus hombros se relajaron un poco.

—Haremos lo que tú digas.

Asentí despacio. ¿Deseaba el trono? No especialmente, pero no podía negar el fuego que sentía en las venas; era como si algo invisible le susurrara a mi alma que ese era el camino por el que nos llevaba el destino. Hasta sus últimas consecuencias.

Nos arrodillamos y dejamos que Klok y Herja nos colocaran las coronas de nuevo. Se oyeron unas cuantas exclamaciones en el patio cuando la tierra se estremeció. Valen negó con la cabeza para aclararme que no había sido él con su furia.

Cuando nos levantamos, los encontramos a todos arrodillados. Valen y yo alzamos las manos unidas en medio de los gritos de júbilo.

Los jardines se llenaron de más vida aún. Como si acabara de entrar en un mundo imposible, el reino de Etta les daba así la bienvenida a sus nuevos reyes.

Capítulo treinta y cinco



El príncipe de la noche

Gobernar en tiempos de paz es mucho mejor que hacerlo en un refugio miserable en medio de una guerra sangrienta.

Y tener a mi familia a mi lado era aún mejor. Durante los primeros días como reyes, nos centramos en nombrar a los miembros de nuestra corte y nuestros consejeros. Tor y Halvar eran las elecciones más evidentes para los mismos cargos que ostentaban en Ruskig: el consejero principal de los reyes y su primer caballero.

Pero había otros puestos que les correspondían a los que habían estado a nuestro lado desde el principio.

—Mattis Virke —dijo Elise desde el borde de la tarima que habían montado en el gran salón—, por tus servicios a la corona de Etta, te invitamos a servirnos como consejero de los reyes y miembro del consejo privado.

Mattis inclinó la cabeza con la mano sobre el corazón.

Elise se volvió hacia Siv.

—Siverie Tjänare, por tus servicios a la corona de Etta, te invitamos a servirnos como consejera de los reyes y miembro del consejo privado.

Siv sonrió e hizo el mismo gesto que Mattis, ponerse la mano en el corazón, cuando puso una rodilla en el suelo.

Stieg aceptó un cargo de estratega con los caballeros, al mando de Halvar. Frey y Axel serían nuestros regentes en las ciudades; debían supervisar la integración de los habitantes de la noche. Tal vez la tarea más difícil que tendrían que acometer sería lidiar con los timoranos consentidos a los que les costaba adaptarse a la nueva situación.

Sol me sonrió cuando Herja y él se colocaron ante el trono.

Yo le devolví la sonrisa.

—Debe de resultar muy molesto verme por encima de ti, hermano.

—Ni mucho menos, porque yo siempre seré más alto.

Solté una carcajada y continué con las formalidades.

—Os necesitamos a ambos a nuestro lado. Tú no permitirás que se me suban las cosas a la cabeza y tú siempre le serás leal a Elise.

Sol aceptó su cargo como responsable de la política de la corte y el funcionamiento interno del reino, y Herja sería la que tomara las decisiones, con la ayuda de Halvar, en el terreno de la organización de batallas y la defensa de las fronteras. Nuestros padres lo observaban todo con paciencia y tranquilidad. Les podríamos haber concedido cargos, pero solo querían servirnos siendo las voces de la razón o la confianza. Mi padre me había dicho más de una vez que tenía total confianza en que no iba a destruir el reino.

Cuando llegó el turno de Ari, me recordó mucho a cuando él llevaba la corona: fuerte, implacable y con un toque de astucia.

—Ari Sekundär, por tus servicios a la corona de Etta y por tu liderazgo en el pasado, espero que aceptes un puesto como nuestro embajador. —Me acerqué a él, mirándolo sin pestañear—. Ari, necesitamos que contactes con los reinos vecinos. La guerra contra los que cuentan con la magia del destino continúa. Lo hemos visto en el caso de nuestros amigos los alver y con la contadora de historias. Pero ahora la magia ostenta el poder y podemos ayudarlos a cambiar sus destinos, como hemos cambiado nosotros el nuestro.

Ari apretó la mandíbula.

—¿Y dónde quieres que vaya primero, mi rey?

Mis labios formaron una sonrisa.

—A la tierra de origen de los fae, a Meridión, como hablamos hace tiempo. Entérate de cómo gobiernan allí, de los problemas que tienen, y consigue que se alíen con nosotros. Estoy seguro de que, con tu cháchara infinita, lograrás convencerlos de que te acepten.

Él se golpeó el pecho con el puño sin perder la sonrisa que sugería que tenía muchas ganas de darme un empujón, como hacía a veces en Ruskig.

Pero en aquel momento todo el mundo nos miraba.

—Así se hará, mi rey.

Asentí y después me volví hacia la mesa en la que había cerveza y comida.

—Quiero que todo el mundo sepa que los alver de Oriente cuentan con nuestra amistad y lealtad. Los sacrificios que habéis hecho aquí no se olvidarán.

Niklas levantó la cabeza con la boca llena, olvidado el plato de mollejas que se estaba comiendo. Alzó su cuerno con un sonido ahogado en respuesta. El Terror Nocturno se había situado en un rincón. No se había puesto la capucha oscura desde que terminó la batalla, y tampoco habían vuelto sus sombras. No era muy sociable, pero, de todas formas, yo me sentía muy agradecido con él. El Terror Nocturno le había cogido un cariño especial a Gunnar y estaba trabajando con él y su magia, ayudándolo a controlar el malestar que le producía utilizarla demasiado.

Y por eso también tenía que darle las gracias.

Después tuvimos que ocuparnos de los Cuervos que teníamos en las celdas. Dos semanas después de asumir el trono, nos trajeron a un capitán. Se presentó con la ropa raída, sucio, demacrado y encadenado.

Elise levantó la barbilla y, por la cara que puso el hombre, deduje que la conocía.

Yo me quedé sentado en el trono de respaldo alto y le hice un gesto a ella para que dirigiera la situación. Antes habían sido su gente, así que ella debía tener la última palabra.

—Diles a tus hombres que no serán condenados a muerte por servir al falso rey —comenzó. Un murmullo se extendió por el salón, pero todo el mundo se calló cuando levanté una mano. Elise carraspeó y continuó—: Al menos por ahora. Como reina de Etta con sangre timorana, es mi deber hacer todo lo posible para unir nuestro reino. Pero el dolor y la tortura que se le han infligido a mi familia no pueden pasar sin sentencia ni castigo.

—¿Y cuál va a ser ese castigo?

—Dirígete a mi esposa con propiedad —dije malhumorado—. Majestad, mi reina, diosa… Lo que prefieras, pero háblale como se merece, Cuervo.

Creí que iba a decir algo, un comentario malicioso incluso. Por

todos los demonios, casi esperaba que lo hiciera. El deseo de matarlos a todos seguía instalado en lo más profundo de mi interior. Pero Elise tenía razón: teníamos que remediar esa división. Y para eso debíamos empezar por nuestros enemigos.

Pero lo que hizo el capitán fue bajar la vista y responder dócilmente:

—¿Cuál será mi castigo, Su Majestad?

—Durante una órbita, tus hombres y tú tendréis que soportar lo mismo que tuvieron que pasar el príncipe de la noche, el príncipe solar y el resto de la corte de los Ferus cuando estaban en manos de Timoran. Estaréis encerrados en una celda en la prisión de la furia. Pasaréis hambre, frío y dolor. Así sabréis lo que ellos han sufrido. Pero, a diferencia de los timoranos, nosotros queremos mostraros clemencia. Cuando acabe esa órbita, volveréis a presentaros ante nosotros. A los que sean leales, los recibiremos en Etta con los brazos abiertos; los que no, serán ejecutados.

Él enarcó una ceja.

—Será difícil saber quién miente, Su Majestad.

—No cuando tienes una amiga que percibe el sabor de la mentira.

Miré a Junius. Ella estaba al lado de Elise, sonriendo con malicia. Niklas miraba a su mujer con deseo y lujuria. Habían prometido que volverían para los juicios de los Cuervos en cuanto Elise se lo pidiera.

Se llevaron al capitán y Elise volvió a sentarse a mi lado. Le cogí la mano y sonreí. La corte estaba lista. Nuestro nuevo reinado podía empezar.



Semanas después de la batalla, esperábamos en la orilla que había junto a Ruskig. Habíamos tirado los muros y el fiordo se abría al océano que nos separaba de los reinos lejanos.

En un extremo, los Falkyn cargaban sus barcos con regalos de los flamantes reyes: armas nuevas y suministros con los que comerciar. Se autodenominaban contrabandistas, y la expresión de la cara de Niklas cuando vio el botín me dieron ganas de encontrarle algo más solo para ver esa sonrisa traviesa que hacía pensar que tenía la cabeza llena de ideas y de planes.

Paseé con Elise junto a la orilla en la que seguía atracado el más oscuro de todos los barcos, cabeceando por la marea.

El Terror Nocturno apareció ante nosotros, observando a su Hermandad de Kryv mientras se preparaban para el viaje de vuelta a casa.

Le tendí la mano. Él dudó un segundo antes de estrechármela.

—Siempre serás bienvenido aquí, Terror Nocturno —afirmé—. Tienes un aliado con corona en caso de que lo necesites.

—Bien —respondió—. Y tú puedes contar con una hermandad de ladrones si te hace falta.

—¡Terror Nocturno! —Gunnar se abrió paso entre la gente que había ido a despedir a los alver. Mi sobrino tenía una bolsa colgada de un hombro, y en el otro llevaba un arco y unas flechas—. Me voy con vosotros.

El Terror Nocturno levantó una ceja.

—Deberías quedarte aquí. Tu familia está unida de nuevo.

—No —contestó Gunnar—, no lo estará hasta que encontremos a *Daj*. Tú lo conoces. Finges que no me escuchas cuando hablo de él, pero sé que lo conoces. Ayúdame a encontrarlo, por favor.

Herja lo alcanzó; llevaba a Laila agarrada de la mano. Mi hermana tenía la respiración acelerada y los ojos llenos de lágrimas.

—Insiste, Valen. Dirás que soy una madre horrible, pero… tengo la sensación de que es necesario. ¿Cómo puede una madre enviar a su hijo a enfrentarse a algo tan peligroso?

—*Maj* —fue Gunnar el que respondió—, es necesario. Lo voy a encontrar. Tengo sangre de Oriente. La gente con mi magia es de allí. —Miró al Terror Nocturno de nuevo—. Allí te temen, Niklas me lo ha dicho. Tu nombre solo se pronuncia en susurros, como algo terrorífico. Puedes ayudarme a encontrarlo.

—No sabes lo que me estás pidiendo, muchacho. —En la voz del Terror Nocturno se percibía claramente una advertencia.

—Sí que lo sé. No pienso en otra cosa. Llévame con tu hermandad. Te seré leal.

—Mi hermandad es como mi familia por razones que tú no conoces.

—Lynx me ha contado que una vez estuviste prisionero por tu magia. —Gunnar señaló al Kryv fuerte y robusto que estaba a diez pasos de ellos. Por curioso que resultara, el gigantesco hombre se encogió cuando el Terror Nocturno lo atravesó con la mirada—. Yo nací cautivo. Soy un alver, me has enseñado y me has ayudado hasta ahora. Haré todo lo que me pidas, pero ayúdame una vez más, hasta que encuentre a mi padre.

—Eres prácticamente un príncipe —insistió el Terror Nocturno—. ¿Vas a cambiar esa vida por una en la clandestinidad rodeado de ratas y alver que cazan a su propia gente?

Gunnar tragó saliva con dificultad.

—Sí. Mi madre, y ahora mis tíos, me han enseñado que nunca hay que dejar de luchar por tu familia.

Sentí que se me llenaba el pecho de orgullo por ese chico. Herja se limpió las lágrimas. Su reticencia era grande, pero, igual que ella, yo me preguntaba si eso no era lo que hacía falta para encontrar a Hagen Strom.

—Te pagaremos —ofreció Elise, que hasta el momento había estado en silencio—. Tú trabajas por un precio. Nosotros, que somos su familia, te pagaremos para que encuentres a Hagen.

Los ojos del Terror Nocturno iban alternando entre nosotros. Negó con la cabeza.

—No acepto el dinero. Por Hagen no. —Se acercó a Gunnar hasta que los pechos de ambos casi se tocaban—. Tienes razón. Conozco a tu padre desde que yo no sabía ni andar. ¿Quieres saber si realmente es un hombre de honor o si lo que hizo cuando estuvo aquí fue representar un estupendo papel?

Un músculo se tensó en la mandíbula de Herja, pero su hijo frunció el ceño.

—No necesito responder a esa pregunta porque sé que lo es.

El Terror Nocturno entornó los ojos y se lo quedó mirando unos segundos. Después soltó un profundo suspiro y sacudió la cabeza.

—Hagen Strom me protegió cuando era niño.

Herja se tapó la boca. Era lo único que necesitaba saber del amante de mi hermana para apoyar a Elise. No íbamos a parar hasta que lo encontráramos, costara lo que costase.

—Era como un hermano mayor y más sabio, uno que se preocupaba de unos niños estúpidos que no conocían los riesgos a los que se enfrentan los alver únicos como yo y… —No terminó la frase, solo sacudió la cabeza y cambió de tema—. Mi mesmer tiene mucho valor; cazan a los que son como yo. Hagen se aseguró de que nadie supiera que yo tenía ni una gota de esa magia hasta que… el destino demostró que tenía otros planes.

Cuántos secretos guardaba ese hombre. Contaba solo una parte, y yo estaba seguro de que lo hacía para protegerse a sí mismo… o a los demás.

—¿Alguna vez te habló de nosotros? —preguntó Herja.

El Terror Nocturno se frotó un lado de la cara.

—Perdí el contacto con la familia Strom antes de que enviaran aquí a Hagen. Pero estoy seguro de que lo obligaron a participar en ese juego por su protección prohibida de otros alver como yo. Lo que quiero decir es que no hace falta que encuentre la casa Strom; sé perfectamente dónde está. Pero si Hagen no está allí, es que al final cruzó demasiados límites impuestos por aquellos que concentran el poder. ¿Quieres arriesgarte a encontrar algo que no es lo que quieres, muchacho?

Gunnar apretó los puños junto a los costados.

—Estoy dispuesto a arriesgarlo todo por mi padre. Él lo hizo por nosotros.

—Entonces serás un Kryv. No se te ocurra hacer nada en nuestra contra o te juro que te mataré utilizando tu miedo más profundo.

—Si os traiciono, aceptaré de buena gana esa muerte, Terror Nocturno.

El silencio reinó en la playa durante unos momentos que parecieron infinitos. Por fin el Terror Nocturno se volvió para mirarme.

—Es tu sobrino, rey. ¿Quieres que venga con nosotros?

Me reí.

—Soy rey, pero no cuento con la valentía suficiente como para ordenarle o prohibirle nada al hijo de mi hermana. ¿Has visto cómo maneja el cuchillo su madre?

El Terror Nocturno sonrió. Era una sonrisa real, auténtica. Resultaba casi inquietante. Miró a Herja.

—Bien, ¿quieres que venga con nosotros?

Ella le apretó la mano a Gunnar.

—Por favor, *Maj* —murmuró su hijo—. Puedo hacerlo.

Mi hermana le cubrió un lado de la cara con la mano antes de volver a mirar al Terror Nocturno.

—¿Quién va a cuidar de él y mantenerlo a salvo?

—Yo le enseñaré a ser un alver, te doy mi palabra. Pero también va a aprender a ser un ladrón, un delincuente y probablemente también un asesino. Aunque solo si quieres que sobreviva, claro.

Herja hizo una mueca, pero le cogió la mano a Gunnar de nuevo.

—Si allí es donde crees que te lleva el destino, no me interpondré en tu camino. Pero pondré el mundo patas arriba si te encuentras en peligro.

Él se rio bajito y la abrazó con fuerza.

—Yo haré lo mismo si el tío Valen y Elise acaban con este lugar en los próximos meses y te secuestran de nuevo.

Le di un empujón al chico entre risas y después lo abracé. Elise fue la siguiente y le suplicó que procurara que el Terror Nocturno sonriera más de una vez al mes.

Tenía esperanzas de que encontraran a Hagen. Habían logrado lo imposible allí, podrían hacer lo mismo con otra tarea igual de difícil. Aun así, no pude evitar preguntarme si mi sobrino se acababa de meter en el ojo de una tormenta que ni siquiera el Terror Nocturno sabía que se estaba formando.

Quería insistir, saber por qué Calista creía que ese hombre comenzaría una batalla cuando terminara la nuestra. ¿Qué sabía él que nosotros no conocíamos?

Cuando Herja y Laila se fueron para acompañar a Gunnar al barco de los Kryv, el Terror Nocturno nos miró a Elise y a mí.

—Como voy a ser la niñera de vuestro sobrino y, de todas formas, tú ya lo conoces, supongo que ambos podéis llamarme por mi nombre: Kase.

Elise se quedó con la boca abierta y después me miró con los ojos entornados.

—¿Te dijo su nombre? ¿Cuándo?

—Fue culpa de Niklas, reina. —Kase miró a los Falkyn—. Es un bocazas incorregible.

Ella resopló.

—¿Tan difícil era para ti decírnoslo?

Su sonrisa desapareció.

—Nadie debe conocer mi nombre. Sobre todo en Oriente.

—¿Por qué?

Kase se quedó mirando el sol, que se ponía sobre los acantilados a lo lejos.

—Cuando llegué aquí, me dijiste que nunca había amado como tú amabas a tu rey. Pues sí que lo hice. Sé lo que significa que te importe tanto alguien. Pero la amé lo suficiente para dejarla libre.

Elise arrugó la frente.

—¿No puedes estar con tu amante?

—No. Y la verdad es que nunca fuimos amantes. —Kase sonrió—. Ni siquiera sabe que sigo con vida.

—Pues deberías decírselo. —Elise me dio la mano—. La vida puede acabarse muy rápido, Kase. Es mejor vivirla junto a los que amamos.

Él miró al horizonte.

—Si voy a buscar a Hagen Strom, seguro que nuestros caminos volverán a cruzarse. Por desgracia para ella. —Dio unos cuantos pasos hacia el agua, una señal de que había acabado la conversación—. Ha sido muy instructivo, y lucrativo, luchar con vosotros.

Dio un paso más hacia la costa, pero se paró con una sonrisa maliciosa.

—Reina, ¿no te resulta interesante la importancia que han tenido las elecciones en tu ascensión al trono? Tú lo elegiste a él. —Me señaló—. La tierra te eligió a ti. Libertad de elegir… es algo que todo el mundo debería tener, ¿no crees?

Elise abrió la boca, pero no tuvo tiempo de hablar antes de que los ojos del Terror Nocturno recuperaran esa extraña negrura y él se pusiera la capucha.

—Disfrutad de la corona. Hasta que volvamos a vernos.

—¿Qué quería decir con eso? —pregunté cuando hubo subido a su barco.

Elise negó con la cabeza.

—Creo que tengo que contarte la historia de las cuatro reinas. Por todos los infiernos, ese hombre no es lo que esperaba.

Me eché a reír y le rodeé los hombros con el brazo.

—Un hombre con secretos. Tengo la sensación de que su lucha está cerca y que tendrá que revelar algunos de esos secretos, por mucho que le cueste.

—Sí. Mira lo que las mentiras y los engaños te han traído a ti.

Le di un beso en la frente.

—¿Una mujer perfecta y un trono?

Ella me pellizcó en la cintura.

—Me refería a la guerra, pero sí, visto así, las mentiras de Legion Grey han cambiado mi vida.

—Pues no las retiraría por nada del mundo.

Nos despedimos con la mano hasta que los barcos de los alver no fueron más que puntos lejanos en el mar. La noche estaba cayendo muy rápido, pero Elise y yo nos quedamos junto a la costa. La abracé con fuerza y la besé en los labios. Recordar los momentos en que planeaba seducir y engañar a la *Kvinna* de Timoran para luego descubrir que me había robado el corazón prácticamente con la primera palabra que me dijo hizo que no pudiera dejar de sonreír.

Moriría por ella, sin duda.

Pero lo que quería era vivir por ella. Cada día, cada aliento. No quería olvidar por quién latía mi corazón.

Ella me apoyó la cabeza en el hombro. Nos quedamos en la playa hasta que la luna se elevó en el cielo, disfrutando del aire limpio, sin humo, sin sangre.

Y el amanecer no trajo nada para nosotros más que su hermosa luz.

Epílogo



El Terror Nocturno

La bruma del mar me refrescó la cara cuando dejamos atrás las corrientes para volver a navegar a merced de las fuertes mareas del mar oriental. A lo lejos, las costas rocosas de Klockglas, mi hogar (si es que podía llamarse así), se veían oscuras bajo la niebla.

Horas antes, Niklas y su hermandad nos habían dejado para seguir su viaje hasta su región, Skítkast, y tuve la tentación de dar la vuelta e ir tras ellos.

Porque en Klockglas solo teníamos por delante problemas y seguramente una buena dosis de dolor.

A mi espalda, mi hermandad cambió los puestos de los que iban a los remos. Dos días de viaje y Gunnar ya estaba encontrando su sitio. Lynx siempre estaba a su lado, presentándoselo a los demás. ¿La verdad? El chico era impresionante. Había luchado en una batalla y había matado a muchos, pero era demasiado blando. Para ser un Kryv y sobrevivir en las regiones de Oriente, necesitaría endurecerse un poco.

Sobre todo teniendo en cuenta que su viaje lo llevaba a él, y a nosotros, a la casa Strom.

¿Pero qué demonios estaba haciendo yo? ¿Y por qué? Mucho tiempo atrás renuncié a ser como Hagen. Para que ella siguiera siendo libre.

Y tantas órbitas después no podía librarme del apellido Strom.

Puse un pie en la base de un mástil y me apoyé en la rodilla flexionada. Saqué de debajo de mi túnica el fino cordón que llevaba al cuello y froté entre los dedos el colgante de madera con forma de rosa. Cerré los ojos y unos pensamientos dolorosos y no deseados me llenaron la mente.

De una época en la que los niños reían, de primeros amores.

Los odiaba. Esos recuerdos eran una debilidad, una amenaza para mi hermandad, y de repente los estaba llevando directamente al

centro de las llamas.

—Kase. —Raum apareció a mi lado. Sus ojos plateados siempre encerraban una sonrisa—. Hay una unidad de skydguardias en las costas del oeste. Deberíamos utilizar los canales del sur.

Asentí. Raum era un buen alver que tener de tu lado gracias a esos ojos prodigiosos. Después de luchar con los Cuervos del norte, no tenía ganas de encontrarme con los skydguardias, unos salvajes a los que les gustaba derramar sangre solo por diversión.

—¿Nos vas a decir qué es lo que te preocupa? —Tova rodeó a Raum, estiró los brazos y partió por la mitad un bollito de semillas. Miró la rosa de madera pero no hizo ninguna pregunta, como siempre.

—No estoy preocupado —mentí.

Raum aceptó la mitad del bollito de Tova.

—Es por el padre del principito, ¿verdad?

—No lo llames así. Ahora es un Kryv y nadie debe verlo como ninguna otra cosa. Sobre todo, no en nuestras costas. Lo arrancarían como a una brizna de hierba si *lord* Magnate se entera de su existencia.

—Es cierto. —Raum agitó las manos sin necesidad; nunca dejaba de moverse—. ¿Por qué te pone nervioso Hagen Strom?

—No estoy nervioso.

—Por todos los infiernos. —Tova puso los ojos en blanco y señaló la rosa—. La estás tocando, y te conozco hace tiempo suficiente como para saber que algo te ronda por la cabeza cuando te pones a frotar la maldita rosa hasta que te salen ampollas en los dedos.

Los odiaba y los adoraba a partes iguales.

—Si Gunnar tiene razón y Hagen ha llamado la atención de alguien…, no va a ser solo su vida la que esté en riesgo. —Fruncí el ceño. Había detalles de mi pasado que había jurado que ocultaría y nunca revelaría—. Podría haber alguien más, una alver, que corra un gran peligro por culpa de *lord* Magnate y el festival.

Tova se estremeció solo con oír esa mención del Masque av Aska. Nunca hablábamos de eso, ni siquiera pensábamos en ello. Hasta ese

momento. Pero ya no quedaba duda de que no teníamos elección.

Raum miró fijamente las aguas negras.

—¿Entonces qué? ¿No buscamos a su padre?

—No. —Me guardé la rosa bajo la túnica—. Hagen es un buen hombre, pero tiene una conexión, y explotarla, por todos los demonios, incluso desvelarla, podría iniciar una lucha más peligrosa e importante que un alver perdido.

Raum y Tova se miraron.

Tova se metió el último trozo del bollo en la boca y se encogió de hombros.

—No seríamos los Kryv si no disfrutáramos de los planes complicados. Acabamos de luchar en una guerra en otro reino y hemos conseguido la corona. ¿Por qué parar ahí?

Raum se rio entre dientes, pero asintió.

—Pensamos un plan, derramamos un poco de sangre y vivimos para ver amanecer otro día. No será distinto en este caso.

No tenían ni idea de lo diferente que podría ser, ni de cómo lucharían hasta el sangriento final los que ostentaban el poder si se enteraban de lo que la Hermandad de Kryv estaba a punto de sacar a la luz.

—Dinos por dónde empezar, Kase —insistió Raum.

Vacilé y miré hacia las suaves olas.

La profecía del norte sobre mi destino me perturbaba. La historia que había oído sobre cómo Elise había elegido a su rey a pesar de las mentiras y la sangre también tenía ese efecto. En el norte todo giraba alrededor de la libertad de elección. Encajaba demasiado bien y se parecía mucho a unas historias antiguas y peligrosas como para que yo pudiera estar tranquilo.

Un secreto que había luchado por ocultar durante mucho tiempo se estaba descubriendo poco a poco.

La verdad es que siempre había tenido el poder de iniciar batallas, pero había jurado que nunca lo revelaría. Por el bien de ella.

Por todos los infiernos, odiaba a las constructoras del destino. Nunca habían sido buenas conmigo, y me sentía más bien como si fuera directo a una trampa, tanto si quería como si no.

—Kase —preguntó Raum una vez más—, ¿cuál va a ser el primer paso?

—Necesito información.

—¿Quién es el objetivo?

Mi pasado se iba a convertir pronto en mi presente.

—Una alver. Una mujer que roba recuerdos.

Tova enarcó una ceja, sorprendida por ese talento; no era fácil conseguirlo, dada la cantidad de alver únicos que todos habíamos conocido.

—¿Y sabes su nombre?

Noté un calor ardiente en los huesos y supe que, si abría esa herida, ella se vería atrapaba en el torbellino sangriento que suponía nuestra vida y supervivencia. Lo más sensato sería guardar silencio.

Yo era astuto, pero la sensatez brillaba por su ausencia en mi caso.

—Malin Strom. —En un reflejo, puse la mano sobre la rosa que acababa de esconder—. Ella se llama Malin Strom.

Nota de la autora



Agradecimientos

Gracias a todos los que me habéis apoyado mientras escribía sobre este mundo. A Clara Stone, de Authortree, gracias por tu increíble diseño y por tus habilidades a la hora de dar formato. También a Bianca, de Moonpress.co, por las preciosas portadas. Me siento muy agradecida con Jennifer Murgia por su ayuda para pulir los detalles; siento que has habitado este mundo tanto tiempo como yo.

Además, quiero darle las gracias a mi familia por la paciencia que ha demostrado algunos días, cuando no paraba de tomar cafeína para mantenerme despierta después de haber estado escribiendo hasta bien entrada la noche, incluso hasta la madrugada. A mis hijos: vosotros lo sois todo y la inspiración para el mundo mejor que espero llegar a crear. Os quiero. Gracias a Derek por hacer lluvia de ideas conmigo sobre este mundo durante infinidad de horas. Me has inspirado muchísimo. Te amo.

Y un profundo agradecimiento a todos mis fantásticos lectores por devorar esta historia y toda la saga. Estoy deseando crear más héroes sexis y heroínas feroces que encuentren su camino para estar juntos en el futuro.

Sed buenos.

L. J.

Table of Contents

Primera parte

Capítulo uno

Capítulo dos

Capítulo tres

Capítulo cuatro

Capítulo cinco

Capítulo seis

Capítulo siete

Capítulo ocho

Capítulo nueve

Segunda parte

Capítulo diez

Capítulo once

Capítulo doce

Capítulo trece

Capítulo catorce

Capítulo quince

Capítulo dieciséis

Capítulo diecisiete

Tercera parte. El rugido de la guerra

Capítulo dieciocho

Capítulo diecinueve

Capítulo veinte

Capítulo veintiuno

Capítulo veintidós

Capítulo veintitrés

Capítulo veinticuatro

Capítulo veinticinco

Capítulo veintiséis

Capítulo veintisiete

Capítulo veintiocho

Capítulo veintinueve

Capítulo treinta

Capítulo treinta y uno

Capítulo treinta y dos

Capítulo treinta y tres

Capítulo treinta y cuatro

Capítulo treinta y cinco

Epílogo

Nota de la autora

Créditos